José María Gironella

Se hace camino al andar

Accésit del Premio de Novela Fernando Lara 1997

Ireneo Morente, el protagonista de esta historia, es un reconocido sociólogo barcelonés de cuarenta años, «soltero por convicción» según sus propias palabras, que reconoce tener gran admiración por su padre, un eminente cardiólogo de quien ha heredado su talante independiente y crítico.

Pero Ireneo, quien a los cuarenta años se sabe en la plenitud de la vida, siente un gran vacío existencial.

Dispuesto a hallar una respuesta a su desencanto, Ireneo emprende un largo viaje que le llevará a recorrer Oriente, desde Bangkok hasta Belén, pasando por Teherán y El Cairo.

En su peregrinaje, el protagonista entra en contacto con los grandes maestros espirituales y descubre el pensamiento de Buda, Confucio, Zoroastro, Mahoma y, finalmente, Jesucristo. Del balance que Ireneo hará al final de su viaje sobre las experiencias vividas se desprende una sorprendente revelación, que será crucial para el resto de su existencia.

Se hace camino al andar es una obra de gran madurez literaria; es a un tiempo el relato de un viaje iniciático y una profunda reflexión filosófica, en la que José María Gironella, con la agudeza a la que nos tiene acostumbrados y con su asombrosa capacidad para recrear múltiples escenarios, traza el afilado retrato de un hombre que se enfrenta a su destino.

José María Gironella

Se hace camino al andar

ePub r1.0
Titivillus 23.04.2023

Título original: *Se hace camino al andar*
José María Gironella, 1997
Ilustración de la sobrecubierta: «El encuentro», de Gustave Courbet,
Musée Fabre, Montpellier

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Proyecto Scriptorium

10.º Aniversario

"Todo libro es
una gran aventura"

"Más libros, más libres"

A mis primos Francisco y Montse, con mi gratitud.

La Fundación José Manuel Lara y Editorial Planeta convocan el Premio de Novela Femando Lara, fiel al objetivo de Editorial Planeta de estimular la creación literaria y contribuir a su difusión.

Esta novela obtuvo el accésit del Premio de Novela Femando Lara 1997, concedido por el siguiente jurado: Juan Eslava Galán, José Manuel Lara Hernández, Manuel Lombardero, Terenci Moix, Carlos Pujol y José Enrique Rosendo.

José María Gironella: *Se hace camino al andar*.

Accésit del Premio de Novela Femando Lara 1997.

Quien busca afanosamente la Verdad,
corre el riesgo de encontrarla.

Manuel Vicent

Capítulo I

Me llamo Ireneo Morente. Acabo de cumplir los cuarenta años: etapa de plenitud. Soltero por convicción. Vivo en Barcelona, calle Fernando Agulló, junto al Turó Parc. Soy sociólogo, también por convicción y vocación. Mido 1,74, soy de piel morena y al parecer lo más expresivo de mi rostro son los ojos, verdiazules, quién sabe si por alguna complaciente pirueta de la genética. Los radiólogos estiman que mi columna vertebral es sólida, lo que me permite andar de prisa y sin tambaleo. Mi carácter y mis reacciones son tan contradictorios que merecería ser eslavo. Aficionado a las estadísticas sociales y a investigar con mayor afán la vida comunitaria que la vida del individuo, de la «persona» en sí. Todo cuanto atañe a las masas me interesa de un modo especial, lo mismo si se trata de una rebelión política que de una manifestación deportiva o religiosa. El alma colectiva, eso es. Esa alma que nadie, ni siquiera mi padre, sabio por la gracia de Dios, ha conseguido definir con precisión. Nací en el barrio viejo de Barcelona, cerca de la Catedral, pero ello no significa que me interesen particularmente las ruinas y los mendigos. Mi piso en Fernando Agulló es moderno, lo que presupone que es feo pero funcional. Confortable. Vivo más cómodamente que Felipe II y que los Borgia. Me gustaría jugar al golf, relajante, pero me repatea que alguien haga agujeros en la hierba y que la tradición ambiental me obligue a calarme una visera y a andar varios kilómetros. De modo que mi pasión favorita, aparte de las mujeres, es el ajedrez. No se trata de una inclinación perversa a matar al rey, sino del placer que proporciona la mezcla de cálculo e intuición, o la posibilidad de que un ser humilde como un peón decida la victoria, en medio del revoltijo de tantas piezas dispersas por el tablero. Se dice que los maridos enamorados defienden con ahínco a su dama, que los militares confían básicamente en las torres y los caballos y que los alfiles tienen algo de irónicos. ¡Se dicen tantas cosas del ajedrez y de la vida! Pero lo cierto es que, a mi juicio, la irrupción de las computadoras ha enturbiado muy mucho la belleza intrínsecamente humana del ajedrez, aunque el hecho, desde un punto de vista

científico y técnico, resulta tan apasionante como las hazañas de los cohetes espaciales. Resumiendo, y pese a no ser miope, me siento más próximo al microscopio —hay que ver, las reacciones *masivas* y el culebreo de los microbios— que del telescopio, aun a sabiendas de que el número de estrellas es infinito, palabra que mi padre procura no emplear jamás.

¿Por qué aludo con tanta frecuencia a mi padre? Porque es la persona que más ha influido en mi trayectoria personal. Es cardiólogo del hospital Clínico y bromea con mi madre porque mi madre, que se pirra por el *bridge*, afirma que su carta preferida es el as de corazones. Mi padre, valenciano de origen, se llama Óscar, Óscar Morente Ombuena, tiene sesenta y ocho años, una salud de hierro, que él atribuye al ejercicio físico y a su indiferencia ante los infartos de los demás. Ama su profesión tanto como yo la mía y suele decir que la época actual sufre de infarto colectivo, trabajado a conciencia por las ambiciones del hombre, por el hedonismo y el desmedido afán de triunfo. «Cada uno de mis colegas aspira a ser el primero». Coleccionista de relojes, que le apasionan por su tictac parecido al del corazón. No habla nunca de sístole y diástole, sino de tictac. Algo hay en él de poeta, como lo demuestra su contento porque al fin se ha reconocido que la persona muere cuando muere su cerebro, no cuando deja de latir su corazón. «El electroencefalograma plano redime y exonera al corazón de su enorme responsabilidad de antaño». Ni golf, ni *bridge*, ni ajedrez; un poco de billar, acaso por la bola de sangre. Cuando cumplió los sesenta y cinco años y sabía, por lo tanto, que ya no podía ser donador de sangre recibió un doloroso impacto emocional. Es tan vanidoso que asegura que se enamoró de mi madre porque esta, cordobesa, se llama Victoria. Residen al otro lado del Turó Parc, en la calle Maestro Pérez Cabrero. Para venir a verme cruza aceleradamente los jardines, ya que ignora por igual a los bebés que juegan a ser bebés y a los viejos que toman el sol en los bancos del parque. Más alto que yo, sin barba, porque opina que para un cirujano la barba es antihigiénica, la bata blanca le sienta de maravilla, lo sublima, al tiempo que contempla con pueril satisfacción su repertorio de diplomas, algunos de los cuales le han sido otorgados en los Estados Unidos. No acierta a explicarse la existencia del dolor y de la muerte y de ahí su agnosticismo, que ha calado en mí con irremediable agresividad, lo cual, a fuer de sincero, no le agradezco ni pizca. Con cierta elementalidad dice que el Creador no es omnipotente, que no es Todopoderoso, dado que, por ejemplo, no puede hacer que Él mismo no exista y ni siquiera que no hayan existido los Morente. A más de esto, ¿a santo de qué la existencia del

Mal? Detesta como yo la corrupción que ha invadido Occidente, que, por si fuera poco, según él, y echando mano de los datos que le suministran mis estadísticas, la raza blanca se suicida por falta de nacimientos y pronostica que a lo largo del siglo XXI, por simple inercia demográfica, los blancos, aunque algunos de ellos tengan, como yo, erecta la columna vertebral y verdiazules los ojos, serán esclavos de las razas no blancas. Los ordenadores de mi despacho, que parecen centinelas einstenianos, afirman que de cada 100 habitantes, solo 12 pertenecen a la raza blanca; los 88 restantes, a las razas llamadas de color.

—Los jefes del Clínico —afirma mi padre—, allá por la mitad del próximo siglo, cuando ya sea admitido el sacerdocio femenino, serán chinos, indios, japoneses, árabes y negros. Es la ley de la rotación de la especie.

En tanto que sociólogo no puedo hacer otra cosa que darle la razón, lo que causa a mi madre el mayor espanto.

—¡*Jozú,* no digáis esas cosas!

—Y te vamos a facilitar otro dato: los orientales jugarán mejor al *bridge*.

Victoria, que adora a la Virgen María, a condición de que sea andaluza, se santigua una y otra vez, sobre todo al recordar que la patrona de Cataluña, su patria de adopción, no es precisamente de color blanco.

Debo repetir que la corrupción de Occidente, cuya juventud, es decir, el futuro, anda desnortada y sin esperanza, tiñe de luto mi muestrario de ordenadores, en uno de los cuales un colega travieso ha introducido un perro locoide que aparece y desaparece y que me trae a mal traer. Hablando en plata —curiosa expresión—: no entiendo nada de lo que ocurre. Tampoco lo entiende mi madre, frívola como la programación de la tele y de muy escasa culturalización. Tópicos al uso: sexo, violencia, el dinero convertido en Dios, homenaje a Mercurio. Con frecuencia, yo y mi padre, que de un tiempo a esta parte engorda peligrosamente, dialogamos en plan surrealista.

—¿Qué opinas del bombardeo de la tele?

—Abundan las imágenes esquizofrénicas, que enloquecen a los niños.

—¿Te refieres a los anuncios?

—Y también a los dibujos animados.

—Revistas del corazón…

—En el fondo de sus historias se yergue un falo.

—Y la creación de falsos ídolos.

—Se ha subastado, alcanzando una suma importante, una caja de

preservativos de John Lennon.

—Y ese Michael Jackson, camaleónico y epiléptico, que se toca los genitales, ha estrenado un traje como de amianto, climatizado.

—Delincuencia de menores…

—La culpa es de los padres y, como diríais los sociólogos, de la sociedad ambiental.

—Rebelión de las etnias.

—Respuesta presumible a la pintoresca idea de la aldea global.

—¿Qué me aconsejas, padre?

—Que te autoexamines, porque tú eres el primer corrupto.

Cierto de toda certidumbre. Soy el primer corrupto. Persigo los dólares —me pagan viajes por toda Europa— y en casa llevo a la cama a mi sirvienta, que finge orgasmos y me llama señor. Pero lo peor, o lo mejor, no veo diferencia entre ambas voces, es que mi amante oficial, Lupe, regenta un *pub* lujoso, de alterne, en la parte alta de Barcelona. Se presta a los números más orgiásticos con tal de que le paguen bien. A mí me proporciona océanos —perdón por la palabreja— de placer. Conoce mi cuerpo milímetro a milímetro, todos mis circuitos de energía, los meridianos de mi sensibilidad. Y yo conozco el suyo de igual manera. Ofrece al mundo quinceañeras que se pirran por caprichos dignos de las *vedettes*. Y los banqueros, los políticos y algún que otro cura acuden a su reclamo. Beso negro, lluvia dorada y un largo etcétera. Lupe me quiere: «Tú eres mi amor, mi cuarentón soñado, con vigor y experiencia».

—El vigor se lo debes a la naturaleza —afirma Lupe—, la experiencia me la debes a mí. Por ti sería yo capaz de perder la virginidad. Me dedico al *pub* porque me gusta. En los *pubs* de mi categoría es donde se palpa la realidad de la vida. Es donde se aprende que el ser humano no tiene alma, que es impura zoología, que lo lógico no es que haya místicos y ascetas sino sectas satánicas. Por ello me gustaría montar una sucursal en Brasil y otra en Hong Kong. Sé que tienes una biblioteca de ocho mil volúmenes. Nada de nada. Infantil teoría. Yo solo tengo un libro: el *pub*. En él leo las páginas más escalofriantes, desde las increíbles formas de amor de los pueblos primitivos y del mundo de los insectos hasta los refinamientos de ese *gay* que fue injustamente condenado a dos años de cárcel, un tal Wilde, Oscar de nombre, como tu padre. Me gusta ese tipo, pese a ser irlandés. Lucía largos abrigos verdes y se paseaba con un lirio o un girasol en la mano. En la aduana de Nueva York: «Nada que declarar, excepto mi talento». Fumaba más que tú, hazaña difícil, aunque en boquillas de oro. Sí, ya lo sé, tú fumas en pipa porque en el fondo querrías ser inglés, porque estás convencido de que en la pipa inglesa

de los lords se encuentra la clave del Imperio británico, como en la espada y la cruz se encuentra la clave del fenecido Imperio español. ¡Hay que ver, los curas! Discutiendo si las mujeres indígenas de América tenían alma. ¿Es que no sabían que el alma no existe? Ya te lo dije: solo existe el cuerpo, con algunas neuronas dotadas de inteligencia, aunque nadie sabe con certeza lo que la inteligencia es. ¿Tú crees, por ejemplo, que yo, Lupe, castellana de pro, vaya paradoja, soy inteligente? ¿Crees serlo tú? Inteligente lo es tu padre, a quien me gustaría ver por el *pub*. Y también es inteligente tu sirvienta. Y esos viejecitos adorables que les piden a mis pupilas que se acuesten en un ataúd y enciendan un par de velas. El culto a la muerte, ya sabes. La necrofilia. La muerte no me asusta, pese a que soy muy friolera, porque sé lo que hay al otro lado: nada. En mi caso, no habrá siquiera gusanos, pues quiero que me incineren y esparzan mis cenizas por el espacio. ¡Ah, si pasara por mi *pub* un astronauta! Me lo zamparía yo. Conmigo conocería lejanas galaxias. Pero no me hagas caso. El ser más corrupto que he conocido eres tú. Y que sigas así por muchos años.

Lo único sano que hallo en mí es mi admiración por mi padre. Jefe de cirugía vascular del Clínico. Especialista en trasplantes. ¡Trasplantes de corazón! ¿Hay algo más hermoso? En el quirófano no lleva bata blanca, sino bata verde. Verde relajante, como el verde de las pistas de billar. Mi padre, cuando se quita los guantes, muestra unos dedos largos, afilados, aristocráticos. La pregunta que le formulo, y no en plan surrealista sino lógico: ¿vale la pena resucitar a un muerto? ¿Es ello meritorio, teniendo en cuenta la estupidez del llamado —e inevitable— último suspiro? De eso me hablaron los jesuitas, del gran acontecimiento cósmico, el Juicio Final. ¿Al final de los tiempos —el Tiempo no existe— tendrá lugar la resurrección de la carne? ¿Es decir, resucitarán, en un solo instante, instante supremo, todos los billones de seres que han brotado de la Nada? ¿Resurrección a qué edad individual? ¿Cuándo éramos niños, a los veinte años, a los cuarenta? ¿Con qué facha? ¿Con gafas, sin gafas? Y teniendo en cuenta, como bromea mi padre, los actuales trasplantes y los que se avecinan, más sofisticados aún, ¿qué ocurrirá? ¡Este corazón es mío, me perteneció, me pertenece! ¿Este pulmón, este hígado? Gran jugada de ajedrez. El jaque mate de Dios, de ese Dios que busco y no encuentro. Ese Dios que se esconde detrás del árbol del bien y del mal, aunque los eremitas afirman que su hábitat es el desierto. Leyendas, leyendas. Mi padre, que no fuma y que se preocupa por mis pulmones, sostiene que las leyendas son lo único cierto en la historia humana y, por lo tanto, lo menos legendario que hay. Cuando viene a mi piso,

después de cruzar el Turó Parc, contempla sonriendo los cuadros abstractos que tanto dinero me han costado, suelta una carcajada. «El arte abstracto no existe —sentencia, rascándose, como de costumbre, la ceja izquierda—. Todo es copia. Los trallazos, los golpes de espátula, o de escoba, son viles remedos de los juegos de nubes o de los paisajes submarinos. Copias de la circulación de la sangre por las arterias y las venas del cuerpo humano. Los artistas no lo saben, pero así es. También son plagios de las paredes desconchadas, aunque ellos hablan de meses y meses de profunda meditación».

Pese a ello, mi padre admira en gran manera a Salvador Dalí, «prodigio de imaginación», «loco de sana locura», que para su obra se inspiró en el subconsciente, y admira a Gaudí, que se inspiró en los guijarros de los arroyos y en las caracolas de mar.

La ventaja de la profesión de sociólogo es que permite relacionarse con colegas de todas partes, para intercambiar información y charlar jocosamente sobre lo divino y lo humano. Hoy ha venido a mi despacho uno de esos colegas, cubano, llamado, no sé por qué, Segismundo, Segismundo Ortega, exiliado, como es de rigor, a Miami, y que habla con un acento gangoso que invita a la somnolencia. Sus antepasados eran gallegos, pero no por ello se siente capaz de escuchar la gaita dos minutos seguidos, ni cree en las brujas, aunque sí en la calidad de las vacas que mueven la cola en la tierra de sus ancestros. No es tonto, pese a las apariencias, y tiene el buen gusto de no llevar un jersey de alguna de las universidades de los Estados Unidos. Su tarea actual consiste en calcular el número exacto de errores cometidos por Fidel Castro desde que bajó de Sierra Maestra y se apoderó del país.

—Amigo Segismundo —le replico—, yo también podría calcular el número de errores cometidos por la Casa Blanca y el Pentágono, empezando por la guerra del Vietnam.

—Conozco sobradamente, querido Ireneo, tales errores. Pero en compensación, los americanos han enseñado al mundo entero a lavarse, a limpiarse los dientes y se han convertido, generosamente, en los centinelas del planeta. El mundo entero está lleno de cadáveres de soldados americanos. En Filipinas, en las afueras de Manila, hay un cementerio con siete mil cruces blancas, anónimas, correspondientes a los *marines* yanquis que desaparecieron en el mal llamado Pacífico.

—Pero, según tú mismo me has contado, Segismundo, el ciudadano medio en tu país de adopción es mediocre, ignorante y considera ídolos a personajes de tres al cuarto.

—De acuerdo, mantengo lo dicho. Y ahí está el milagro. Pese a tal mediocridad, a fuerza de trabajo, trabajo de equipo y de una selecta

importación de cerebros, el país se ha convertido en la máxima potencia mundial. Más aún, si para subir a tu despacho dispongo de ascensor y no me veo obligado a empinar la escalera a pie, y tienes allí dos secretarias de buen ver, réplicas de Marilyn Monroe, y el local huele a perfume caro, se lo debes a los Estados Unidos. Ahora bien, reconozco que sus defectos o errores son de tamaño tan colosal e ingenuo como la estatua del Sagrado Corazón que se alza en la cima del Tibidabo. Convertir el éxito en un fin en sí mismo, que cada quisque, en su parcela, quiera ser el primero, es propio de aquellas religiones primitivas que adoraban al jefe con tanto más fervor cuantas más plumas este llevara en la cabeza. Yo, Segismundo, en Miami soy un cualquiera, porque no he ganado una fortuna con el tabaco de contrabando. Tú, en cambio, Ireneo, serías bien recibido porque has triunfado en tu profesión y hablas un inglés casi perfecto, y digo casi porque no creo que nada ni nadie sea perfecto del todo. Sí, Ireneo, muchas veces he pensado que podrías fundar, con total garantía de éxito, una secta que, por ejemplo, persiguiera a los negros, que defendiera la tesis de la violencia como válvula de escape y afirmara que todo el mundo, incluso los niños, tienen derecho a poseer un arma de fuego…

—¿Me estás diciendo, querido Segismundo, que echas de menos en tu patria de adopción un mayor porcentaje de espiritualidad?

—Digamos que sí…

—Entonces debo entender que tú sabes lo que es el espíritu. Astuto cubano, te confieso que yo no sé lo que el espíritu es. Tal vez sea, ¿cómo te diré?, el amor que me profesa mi sirvienta, que es de un pueblo de Almería que se llama Macael, célebre por sus canteras de mármol. Cuando, al saltar de mi lecho murmura: «Gracias, señor», detecto en su voz algo más conmovedor que los sonidos vocales.

—¿Y por qué, odiado Ireneo, te limitas a hablar de tu sirvienta, la calidad de cuya piel desconozco? ¿Por qué no mencionas a los misioneros, a los cartujos, a aquel eremita que se pasó no sé cuantos años en lo alto de una columna?

—Son locos de atar, te lo digo yo. Y esperan recompensa. Recompensa eterna. Como la esperan igualmente, y acepta que intento ver la cara y la cruz de cada cosa, que es lo menos que se puede esperar en nuestra profesión, repito que esperan igualmente recompensa los innumerables miembros de las innumerables sectas que, según tus propios informes, brotan a diario en Norteamérica. Pero dejemos eso. Si te prestara atención, astuto cubano, acabaría también mis días en lo alto de una columna, y sin ascensor…

—Dejémoslo, conforme. Pero antes permíteme que te diga, Ireneo,

que cuando hablas de la corrupción de Occidente, que es algo así como tu obsesión, olvidas confesar que el más corrupto de esa área de cultura milenaria eres precisamente tú.

—No me halagues tanto, por favor.

—No hay más que verte comer. Eres *gourmet* y a la vez *gourmand*, combinación infrecuente. Eres capaz de invitarme a un viaje de cien kilómetros para degustar una perdiz al horno o unos pulpitos con no sé qué salsa, todo ello regado, si lo prefieres diré lubricado, con vino de no sé qué cosecha. ¡Para no hablar del champaña, tan burbujeante como tú!

—No menciones el champaña, por favor.

—¿Por qué no?

—Porque se lo debemos a la Iglesia católica.

—Explícame eso, por favor.

—Pues sí, vil ignorante. El descubridor del champaña fue un abate católico. Perignon de nombre, francés y ciego, ciego como tantos intelectuales franceses, que se dedicó durante años, en las bodegas, a experimentar con el alcohol, a fermentarlo. Y acabó descubriendo el champaña. De ahí que en el edificio de Moét Chandon, y confío en que este nombre te suene, en el patio de entrada haya una estatua del abate, pintoresca. Dom Perignon sostiene brazos en alto, en el derecho la Biblia, en el izquierdo una botella de champaña.

—Hermosa combinación. Parece una leyenda bíblica, aplicada a nuestro tiempo.

—No me hables de la Biblia, por favor. Me refiero al Antiguo Testamento, ya que siento el mayor respeto por el Nuevo, por la figura de Jesucristo y por el gallo que cantó tres veces. Por cierto que Jesucristo, en contra de lo que se supone, nunca arremetió contra los amantes de una buena cena. Buen pan, por supuesto, pero también buen vino, no sé de qué cosecha. Los evangelistas, cuyos nombres reales se desconocen, no facilitan ese dato. Pero vuelvo al Antiguo Testamento, a Yahvé, el más cruel y vengativo de los dioses. Me basta con el sacrificio que le exigió a Abraham. ¡Sacrificar a un hijo! Mi padre, sin ser dios, por lo menos oficialmente, nunca sería capaz, por obediencia, de clavarme un puñal en la espalda y menos en el corazón.

—Resumiendo, querido agnóstico, ¿crees que en tu despacho acabarás o acabaréis siendo esclavos de las máquinas?

—Exacto, querido rumbero. Fíjate en la última conquista, el Internet. Gracias a él puedes recabar datos y comunicarte con La Habana, con Australia, con Nueva Zelanda, y quién sabe si con los lapones agazapados en los iglúes. Pero no sirve para comunicarse con

uno mismo. Y precisamente es eso lo que me interesaría, porque quien me interesa soy yo y no los lapones y los analfabetos de Nueva Zelanda.

—Sí, te conozco. Y porque te conozco no te entiendo. Lo que a mí me revienta del Internet es que puede ser utilizado por los narcotraficantes y los fabricantes de armas, a quienes un servidor fusilaría masivamente, sin el menor escrúpulo.

—También se utiliza para la pornografía infantil, aunque esa Lupe de mis hormonas le quita importancia. Dice que no cree ni en la pornografía ni en el infantilismo. Mejor dicho, no cree que la pornografía sea un mal. Es algo, dice, que late en nuestro más profundo mundo instintivo. Y ahora, querido rumbero, lárgate… Quiero irme a casa y saborear con calma la nueva pipa artesanal que me has traído. Llevo varios días sin asomarme a mi despacho y compruebo que no pasa nada. Aunque echo de menos, eso sí, los pechos de las secretarias de que me hablaste. ¿No compartes mi opinión, por lo demás nada original, de que nunca pasa nada?

—No, no la comparto. Pasan muchas cosas. Por ejemplo, con o sin pipa, cada día eres más cabrón.

—Se agradece el cumplido y me alegro de que te dejes crecer la barba…

Hoy es la onomástica de mi padre. Le he regalado una corbata italiana —se pirra por las corbatas italianas— rogándole que no la usara para estrangularse.

Repito que soy un ser contradictorio. Es contradictorio que me llame Ireneo, que fue un mártir del siglo II, siendo así que no tengo vocación de mártir y soy hombre del siglo XXI, y es también contradictorio que mi padre se casara con mi madre, que es, como suele decirse, una «bellísima persona», pero que en toda su vida no habrá leído más que una docena de libros, cuyos títulos me resisto a recordar. A veces pienso que nació para contemplar escaparates, pero esto sería injusto, porque mientras mi padre terminaba, a trancas y barrancas, la carrera, le ayudó mucho, pese a no saber que al final sería un triunfador. Un poco frívola, o un mucho, ya que se interesa por los embarazos de la Preysler, por los concursos de la tele y afirma no comprender que Brigitte Bardot se dedique a salvar la vida de las focas. Me parió con dolor —¡ay, el Génesis!—, pero siempre me dice que soy su dios particular. ¡Ah, también nació para rendir culto al *bridge*, otro hallazgo que propició la consolidación del Imperio británico!

Mi padre, socio del Rotary Club, detesta el capitalismo, pese a admitir que sin un buen puñado de dólares no podrían financiarse los

grandes centros de investigación médico-quirúrgica. Leyó no sé dónde que el dólar es el mejor bisturí de que disponen los cirujanos. Cuando le digo que considero un abuso que, por aquello de la santidad, o quién sabe si por inexplicable y soterrado masoquismo, la madre Teresa de Calcuta estuviera dispuesta a lamer las llagas de los leprosos en la India de sus amores, me replica que soy un monstruo que va de mal en peor y que eso de la paternidad es evidentemente algo muy serio, ya que, pese a todo, me quiere como a nadie en el mundo.

—Eres tu propio dictador, tu Gengis Khan particular.

—¿Te imaginas, padre, que tu mujer, o sea mi madre, fuera como Teresa de Calcuta? ¿Te gustaría?

—Eso es una estupidez. Entre otras cosas, se acabaría la especie.

—¿Y eso sería malo?

Mi padre consulta su reloj, supongo que para fijar en su mente el instante exacto en que he soltado lo que pienso. Sí, eso es lo que pienso, a sabiendas de que es una barbaridad.

—Menos mal —añade mi padre— que puedo dar fe de que no todos los corazones son iguales. No comprendo cómo, estando ciego, puedes jugar al ajedrez.

—No solo puedo sino que hay maestros de ajedrez que juegan partidas a ciegas, es decir, sin ver el tablero.

—Estás bromeando.

—Nada de eso. Pueden dar incluso simultáneas. Creo que el récord lo ostenta un polaco, Koltanowski o algo así, que jugó de este modo contra treinta y cuatro tableros, ganando treinta y tres partidas y perdiendo solo una, ¡contra un ciego! Esas cosas a mí me chiflan, como a ti te chiflan los relojes y las corbatas italianas. Es una paradoja, ¿no crees? A veces me pregunto cómo se puede vivir sin paradojas.

—Me estás haciendo daño, Ireneo. Oyéndote hablar, acabo por no creer en nada, lo que va en contra del decálogo del Rotary.

—No te preocupes, padre. Yo tampoco creo en nada. Ni creo que alguien crea en algo. Imaginan que creen, pero es falso.

—¿Ni siquiera crees en las estadísticas?

—¡Claro que no! Las estadísticas son un engaño. Les das la vuelta y todo queda igual. Yo les dedico mi tiempo porque me dan de comer, me dan de beber y fumar y me permiten desnudarme gloriosamente ante Lupe.

—¡Ay, Lupe! ¿Querrás creer que no conozco el nombre de su *pub*?

—Tú te lo pierdes, padre. Porque permaneces fiel al juramento de tu paradójico matrimonio. El *pub* se llama simplemente AMOR. Aunque yo le llamaría Virgen de los Desamparados.

—¿Dónde aprendiste ese tipo de irreverencia?

—Si no lo sabes tú, que eres mi padre…

—Se lo preguntaremos a tu madre, cuyo recuerdo me impide llamarte hijo de puta.

—¡Ja, ja!

Cumpleaños de mi madre. Le he ofrecido un disco de canto gregoriano y un genial pensamiento de un tal Bertrand Russell: «Todas las grandes revoluciones empiezan en las peluquerías de señoras». Quería comprarle un abrigo de visón y se negó a admitirlo. «Envía el dinero a las misiones…» Bien, será cierto que no todos los corazones son iguales.

La verdad es que no soy un hijo de puta pero sí un desgraciado. No solo lo soy sino que siento que lo soy. Bienaventurados los que creen en algo. Ser agnóstico no es ninguna ganga. Creer solo en lo que se puede palpar o demostrar es jugar una partida a ciegas y perder. ¿Por qué me parieron así? Solo conmigo mismo, pese a estar rodeado de ocho mil libros, doce ordenadores y la pipa que me regaló Segismundo, me doy asco. Dicen que las tres cuartas partes de nuestro cuerpo son agua; sospecho que las tres cuartas partes de mi propio cuerpo son semen. Puro semen, o impuro, vete a saber. A lo mejor resulta que se oculta dentro de mí el germen del sida, y cualquier día me despierto con la tez espectral y la nariz afilada. Me doy asco porque hace unos días, con ocasión de una sesión de títeres en el Turó Parc, deseé vivamente que en la batalla final ganara el diablo. Me doy asco porque un simple catarro me pone de un humor de perros. Porque a raíz de una encuesta —tarea que forma parte de mi profesión — entre cien españoles, preguntándoles si creían que Dios es buena persona, deseaba íntimamente que me contestaran que no. Me doy asco porque me repugna la gente fea. Pese a poseer un Picasso y tener los ojos verdiazules, he de hacer pipí y expeler excrementos. El organismo humano —mi padre me desmiente, afirmando que es una maravilla— se me antoja un producto absurdo, «obra de un aficionado» —definición de Voltaire— con, por ejemplo, innecesarios meandros intestinales y la muerte cada segundo de millares de neuronas. Abocados irremediablemente a ese esperpento que es la vejez. Sí, todo envejece, incluso la vejez. Me doy asco porque lo que mayormente me impresiona de los cementerios son los nichos vacíos, en impaciente espera del inquilino de turno, ante las protestas chillonas de los murciélagos y de las ratas que montan la guardia en su concavidad. En cuanto a los fuegos fatuos, que existen sin duda alguna y que acaso inspiraron al descubridor de los fuegos artificiales, por un lado, me atraen como un milagro y por otro me dan ganas de

dispararles con toda la furia de que soy capaz. A ráfagas un odio subálveo se apodera de mí. Internet —inevitable hablar de él— me informa de que existen en el mundo 121 países en guerra, abundando los enfrentamientos tribales, de los que mucho se sabe con respecto al África profunda y poco con respecto a Siberia. Dostoievski acertó al escribir, en su Diario íntimo: «La humanidad no está capacitada para resistir la monotonía de la paz». Dostoievski era epiléptico y tampoco estuvo nunca en paz consigo mismo. Sí, la Tierra se me antoja un inmenso campo de concentración, donde los seres se debaten en vano para modificar su destino, donde unos sufren de gordura y la inmensa mayoría de repugnante, esquelética delgadez. Tal vez fuera lo mejor que Yeltsin, antes de morir del próximo infarto, o un Yeltsin cualquiera, tal vez de estirpe hebrea, apretara el botón nuclear y nuestro planeta volara hecho trizas, estrellándose no contra Venus pero sí contra Marte o Júpiter. ¿Dónde está, dónde se oculta, cuando el gallo canta de madrugada, la tan cacareada Misericordia? Me atrevo a suponer que no soy el único que opina de ese modo, que no ve la necesidad de que la Tierra esté habitada. En efecto, lo único aceptable de la Biblia —todavía nadie me ha explicado por qué fracasó el diluvio universal— se encuentra también en el Génesis, capítulo 6, versículo V: «Dios, viendo la maldad de los hombres, se arrepintió de haberlos creado». ¡Qué poco se habla de este versículo, de carga letal! A buen seguro, Victoria, mi madre, no ha oído jamás hablar de él ni en la iglesia ni en la peluquería. Me doy asco porque me masturbo locamente, en el lavabo, y contemplo cómo los espermatozoides desaparecen en el agujero, en ruta hacia una disolución ineluctable. ¿Por qué nacen niños? Las cunas, casi todas las cunas, pese a sus adornos rosados, tienen forma de ataúd. Un niño es una profecía de muerte. Y en consecuencia —gracias, Descartes—, los padres que lo trajeron al mundo son asesinos. ¡Mis padres fueron asesinos al «crearme» a mí! Óscar Morente y esposa dulce, sabíais que un día u otro yo moriría, posiblemente al término de una dolorosa enfermedad, tal vez mudo, o sordo, víctima de Alzheimer o de la espuria decrepitud. La agresividad de la técnica, de la sociedad del bienestar. En cuestión de una semana me he sentido ridículo por dos veces consecutivas. La primera, al mirarme al espejo e imaginarme con un ojo de cristal. La segunda, al sorprenderme, cruzando la Diagonal, con el teléfono móvil, inalámbrico, hablando por teléfono con otro sociólogo amigo, empeñado en calcular las víctimas de tráfico que se han producido en el mundo desde el término de la segunda guerra mundial hasta nuestros días. «Nuestros días…» ¿Los días son nuestros? Sí, me sentí ridículo como deberían sentirse esos jóvenes motoristas

que zigzaguean por la ciudad con casco, auriculares, vestidos de marcianos, aislados del entorno. ¡Ah! También me sentí ridículo al conducir mi Mercedes en ruta hacia Madrid, a 180 kilómetros por hora, sin que nadie me esperara a hora fija. Por inercia, por debilidad mental, como esos estúpidos que de un tiempo a esta parte se dedican a los llamados «deportes de riesgo». ¡Como si no fuera ya arriesgado el simple hecho de vivir! Me doy asco porque, pese a que mi padre adora la naturaleza, afirmando que es la maestra de la vida, a mí no me interesan ni los árboles de hoja perenne, ni las flores —greguerías de los jardines del Turó Parc— ni los animales. ¿Perros y gatos, «animales de compañía»? Aquellos descienden de los lobos, estos de los tigres. Pájaros y peces, ¿para qué sirven, si los poetas y el comandante Costeau también morirán? El encargado de la vigilancia del Turó Parc, que siempre anda con la colilla en los labios y un ramillete de globos de color para las mamás jóvenes —¿hay alguna mamá que sea joven?—, me conoce, sabe que ignoro la diferencia que hay entre una palmera que ofrece su sexo al sol y un baobab, entre una hortensia y una orquídea, y me declara, con toda justicia y en voz alta, analfabeto. Tal vez lo sea. Ni siquiera los sabios saben en qué consiste la sabiduría. ¿Hemos avanzado algo desde la época de las cavernas? Aparte del tamaño, ¿qué diferencia hay entre un dinosaurio y Segismundo, mi colega cubano? La «evolución de las especies», Darwin al aparato, de regreso de las islas Galápagos. Las hormigas creen que un elefante es un dios, los elefantes creen que su dios es el domador que en el circo los somete a la obediencia.

La naturaleza, ¿es una maravilla…? Así me lo enseñaron en los jesuitas. «He visto el mar, tengo fe», escribió un monje. ¿Y los maremotos? ¿Y las olas bravias que se tragan barcos, flotas enteras? ¿Y los huracanes, hasta ahora con nombre de mujer —uno de ellos se llamó Victoria, ninguno se ha llamado Lupe—? ¿Y el azote del frío, que, según los ordenadores de mi despacho, situado en la calle Balmes, filósofo que estaba convencido de tener criterio, se carga anualmente un millón de seres humanos? Playas del Caribe, oídme. No sois el paraíso, como anuncian las agencias de viaje. Tomados, Dios «se hace lluvia» —expresión de Kazantzakis— y arrasa los campos y derriba los árboles, sembrando la desolación y provocando la gran carcajada de la muerte. La muerte otra vez. La cáustica sonrisa de las calaveras, que más de un sensible pintor ha captado, es la más irónica sonrisa de la creación. En las catacumbas de París se concentran, bien alineados, seis millones de cráneos. Gran parte de las víctimas de la Revolución francesa están allí, las tibias y los peronés formando figuras geométricas. Las recordé en una ocasión, aprovechando unas

conferencias que, sobre las perspectivas de vida de los franceses, di en la capital del país vecino. Las recorrí con una vela en la mano, en fila india, detrás de unos turistas japoneses que, vencido el pasmo inicial, no cesaron de bromear, en contradicción con mis colegas sociólogos que afirman que los japoneses sonríen pero no bromean jamás, asustados como están por haber «ganado», al igual que Alemania, la última guerra mundial. Agresividad, inevitable componente del comportamiento humano. Países enteros sembrados de minas ocultas, llamadas «minas personales», que despedazan a los niños-cobayas y a los campesinos. Y drogadictos al por mayor, incluso entre la fauna adolescente. Estado etílico, búsqueda del éxtasis a que los santos han aspirado con singular apasionamiento. «Te amo, Dios mío —Teresa de Lisieux—, te adoro, te amo con locura».

Mi padre estima que ya no tiene sentido la locución poética: «Te amo con todo mi corazón». Ahora es preciso y riguroso decir: «Te amo con todo mi cerebro», pese a la posible desesperación de los malos poetas. Los avances de la ciencia acarrean lamentables desmitificaciones. Como fuere, la humanidad se embriaga. Yo, no. Prefiero un baño voluptuoso, réplica de los baños romanos de Pompeya y Herculano, agua caliente y masaje, a cargo de mi sirvienta, que curiosamente se llama Piedad y que, por si fuera poco, tiene tres hermanas de estimulantes nombres, frecuentes en su Andalucía natal: Angustias, Dolores, Soledad. ¡Ah, la alegría del Sur! ¡El cante jondo, el flamenco, penita pena, taconeo, guitarras con llanto en su interior, cuyas cuerdas resuenan por simpatía, palmadas imitando las castañuelas, estás imitando quizás —perdón, García Lorca— el croar de las ranas en un charco plagado de algas!

Capitalismo, sociedad de consumo, ejecutivos, coches con dirección asistida, primera clase en los aviones, fax. Mi padre casi murió de un infarto cuando le informé, en mi despacho impersonal de la calle Balmes, con incómodos asientos y plantas hasta el techo, que unos trescientos individuos, llamados «personas», poseen algo así como el setenta por ciento de la riqueza mundial. Tal injusticia no clama al cielo, ya que clamar al cielo, tan lejano y distante, es perder el tiempo, pero sí clama a la tierra y al sentido común. Y ese pecado onassiano se pagará caro, a corto o largo plazo, más bien largo que corto, puesto que la justicia es tortuguesca y porque las masas —no se olvide que mi especialidad se centra principalmente en el estudio de sus reacciones— tardan mucho, tardan demasiado e incomprensiblemente en rebelarse contra el opresor. Si bien he de confesar que ni a mí ni a Lupe nos importaría formar parte de ese lote de trescientos agraciados individuos, llamados «personas», veneradas

por doquier. ¿Y quién no? Lo que ocurre es que nadie se atreve a confesarlo. Como apenas nadie osa confesar que el dolor no purifica, salvo excepciones, sino que embrutece a la mayoría de los mortales, abocándolos a la rebeldía e incluso a la blasfemia, que es como una jaculatoria al revés. Un tetrapléjico, un canceroso, un niño de los suburbios de Harlem o del barrio del Raval, ¿qué puede esperar? Esos tales abren mentalmente la ventana, si es que hay ventanas en sus covachas, miran al cielo y gritan: «¡No…!» ¿Qué diferencia hay, padre, entre sufrir y padecer? Se dice que los animales padecen, pero no sufren. Habladurías, sutilezas verbales que ocultan la realidad. He visto hormigas retorcerse de dolor y un ictiólogo, iluso genial, escribió una vez en una revista especializada a la que estoy suscrito, que los delfines son la alegría del agua. Me gustaría preguntarle a un delfín herido si ello es cierto. Pegar saltos y comunicarse a distancia mediante un secreto código de señales no presupone felicidad. Y las mariposas —también greguerías del aire— terminan su vida loca clavadas en una pared. El dolor es nuestro santo y seña, nuestro carnet de identidad y de ahí la gratitud de los galenos del Clínico por la labor de los anestesistas. Mi padre, en una conferencia literariamente bien elaborada, habla a menudo de «los Himalayas de dolor que la humanidad padece», ante la indiferencia de Aquel que nos contempla desde un trono dorado. Lo digo y lo repito. Jamás he entendido la tesis según la cual el dolor purifica y que sufriendo con resignación se alivia el dolor del prójimo. El dolor embrutece a la mayoría de los mortales y la teoría, inmanente en el cristianismo, de que sufriendo «se participa en los sufrimientos de Cristo» se me antoja también una *boutade*, una entelequia que no resiste el análisis. Insisto: los enfermos de esclerosis múltiple, algunos de ellos muy jóvenes, abren la ventana, miran al cielo y gritan: «¡Nooo!»

Ahora bien, hablando del cielo, he aquí que ha ocurrido en mi entorno algo insólito, digno de mención y que en cierto modo ha significado un cambio de ritmo mental o emocional. La Sociedad Astronómica Estadounidense-Helvética, cuya existencia yo desconocía, ha bautizado con el nombre de mi padre, Óscar Morente, nada menos que una estrella visible mediante un telescopio, sobre todo en noches de luna llena, una estrella de la constelación de Casiopea. ¡El nombre de mi padre en el firmamento! El hombre se ha quitado los guantes de látex y se ha apretado, en acto de autosatisfacción, el nudo de la corbata italiana que le regalé. Mi padre rezuma ahora felicidad, al igual que mi madre, la cual no acierta a deletrear correctamente Casiopea. La vanidad de mi padre ha dado un salto perceptible para cuantos estamos a su vera. «Por primera vez —confiesa— he prestado

la debida atención a la inmensidad del cosmos». No es que su agnosticismo haya sufrido un rudo golpe, como tampoco el mío, porque lo que a mi padre —corpulento, cejas pobladas, en las que, al parecer, yo de niño me balanceaba— le preocupa es que incluso las estrellas se apagan y mueren. Sin embargo, justo es reconocer que ahora contemplamos el firmamento de otro modo, con otros ojos, procurando no pestañear. Tenemos allí algo propio, que nos pertenece, o bien, en lenguaje panteísta, mi padre pertenece a él. ¡Grandiosidad del universo! ¡Incógnitas del universo! ¡El nombre de mi padre en una estrella de la constelación de Casiopea! Tengo un recuerdo para Lupe, que querría zamparse a un astronauta y asimismo por la teoría del *big bang*, que jamás me ha convencido —ser agnóstico dista tanto de ser ateo como mis conocimientos distan de los conocimientos de Leonardo da Vinci—, por cuanto Alguien tuvo que crear la hipotética almendrilla inicial, que de pronto estalló y se difundió o esparció por el espacio sin fin. Mi madre, pragmática, para celebrar tan inesperado, aunque merecido, galardón, se ha comprado un bolso de piel de cocodrilo, mientras mi padre, dialogando con sus colegas del hospital Clínico, les ha preguntado qué significado tiene la metáfora usada por los poetas: «la música de las esferas».

Yo me atrevería a imaginar, a falta de la opinión del cosmonauta Gagarin, que lo que impera en nuestra y en otras galaxias es el Silencio. Silencio que echamos, que echo de menos en nuestro mundo de hoy, en nuestra tierra, en nuestras urbes, que han divinizado el Ruido, rindiéndole hereje culto. Y digo el Ruido porque la música llamada moderna no me parece música sino todo lo contrario. En las discotecas, donde buena parte de la juventud «mueve el esqueleto» —certera frase, de precisión semántica—, lo que se da es ruido, aparte de los calidoscópicos juegos de luces, imposibilitando ese placer tan amado por los griegos: el diálogo. A resultas de ello los jóvenes actuales, incluso en Atenas, apenas saben hablar —uno de mis ordenadores fija en un máximo de 2 500 palabras las utilizadas por los jóvenes—, contrariamente a lo que nos ocurre a mi padre y a mí, que charlaríamos, sin cansarnos, horas, meses y años, no solamente en homenaje a Aristóteles y a Sócrates sino al gran fumador de pipa que se llamó Ramón Gómez de la Serna, aquel que escribió la interesante frase: «Perdónales, porque *saben* lo que se hacen». Y puesto que los detalles sobre el particular huelgan, informo a mi padre de que la última moda en el Japón es colocar en los ataúdes, para regocijo de los muertos, un transistor y un televisor. Y al margen de esto, enhorabuena, padre, enhorabuena. Te has ganado a pulso la distinción, a fuerza de recomponer corazones. He buscado en un

diccionario astronómico qué diablos, o qué ángeles, Casiopea podía ser, y resulta que se trata de la esposa de Cefeo, rey de Etiopía y madre de Andrómeda. Curioso que una constelación pueda ser madre. Me dan ganas de llamar Andrómeda a mi madre, entre otras razones porque su vida transcurre en una galaxia en la que nada me resulta familiar.

—No exageres, Ireneo. Tu madre tiene muchas cualidades, como las tiene cualquier mujer enamorada. Su archivo intelectual no es amplio, lo sé, y sé también que tú jamás has comprendido que yo la eligiera por esposa, en vez de elegir a una enfermera o, mejor aún, a una ginecóloga de prestigio. Pero es que tú no la conociste cuando tenía veinte años. Era una constelación, era la Belleza. Turgente, con un punto de turbadora languidez y doctora en esa difícil asignatura que es el beso. Los médicos solemos ser lujuriosos, anótate el dato, porque tiene su aquel, tal vez no tanto como tú, pero por ahí se andará. La realidad es que abundan los médicos que se casan con mujeres dueñas de un cuerpo que tu cultivada Lupe importaría de buen grado para su harén.

Le he regalado a mi padre una estrella en forma de corazón.

Ha pasado un tiempo y el momento de felicidad se ha convertido en anécdota, la cual, por descontado, no ha modificado un ápice mis habituales y cambiantes estados de ánimo y mucho menos mis convicciones. Sigo dándome asco y sigo sintiéndome desgraciado. Algo fundamental debe de fallar en mis planteamientos, basados, lo confieso, en la búsqueda del placer como meta y fin y en la magnificación del EGO. Egoísta de tomo y lomo, no solo me río de los peces de colores sino de aquellos que ofrecen e incluso dan la vida por el prójimo. El resultado no puede ser más desolador. Me sorprenden las *top-models* y las folclóricas que suelen declarar: «Me siento bien conmigo misma». ¡Eureka para tales ejemplares humanos! Yo, salvo en esporádicos momentos, que coinciden con algún trabajo absorbente de mi especialidad, me siento mal conmigo mismo. En una noche de insomnio me pregunté si mi error no fue permanecer soltero. No deja de ser una posibilidad. No obstante, mi obsesión por la independencia ha sido decisiva al respecto. «Para toda la vida, en la felicidad y en la desgracia, en la salud y la enfermedad». Juramento superior a mis fuerzas. ¿Y si luego nace un hijo con el síndrome de Down, para citar un ejemplo? Sería incapaz de compartir la tesis según la cual un hijo deficiente mental es un estímulo, una gracia de Dios. No sabría qué hacer con él; o quizá sí lo sabría, dado que mi postura ante el aborto difiere de los moralistas al uso, en determinadas circunstancias desde luego, como violación, necesidad de salvar al hijo o a la madre, etc.,

aparte de que mi padre y mis amigos saben que no veo la menor necesidad de prolongar la vida en la Tierra. Además, ¡las mujeres! Mi experiencia, a fuer de sincero, es escasa. Mi madre, Lupe, Piedad, la sirvienta, algún que otro episodio alegre en Mallorca, donde he pasado tres veranos. Las mujeres, en tanto que género humano específico, son un misterio para mí. A mi despacho llegó, a través precisamente de un informe que me facilitó Segismundo —ferviente adorador del sexo femenino—, un acopio de refranes alusivos a la mujer, recopilados por un antropólogo alemán. Refranes positivos y negativos, como es de suponer. «Salón sin dama, cuerpo sin alma». «No hay dolor que la mujer no sepa hacer menor». En el reverso: «El hombre propone, Dios dispone y la mujer lo descompone». «A la mujer y a la gata no le lleves la contraria». «Contra mujer, judío y abad, esfuerzo no has de mostrar». En mi caso, me he quedado con los refranes negativos, pese a que a Lupe se lo he permitido todo, incluso que en fecha reciente me confesara que practica con asiduidad el lesbianismo. Resumiendo, mi felicidad y mi auto-asco no provienen de la soltería. Provienen, en primer lugar, de mi EGO, y ha seguido de la decepción creciente que siento por lo que se entiende por civilización occidental, sobre la que no cabe extenderse más. Occidente anda a la deriva, al suicidio colectivo. Más he aquí que algo en lo más profundo de mi psique me dice, tal vez utópicamente, que en algún lugar del planeta debe de existir una actitud distinta ante la vida y ante la muerte, habida cuenta de que, si mi posición fatalista fuera correcta, la VIDA no se hubiera prolongado durante tantos milenios. De nuevo los antropólogos, de nuevo las sentencias de mi padre, que obviamente no se estrangulará jamás mediante la corbata que le regalé. Parece demostrado hasta la saciedad que pululan en nuestro planeta organismos «vivos» desde hace millones de años. De ello se deriva que el menos cultivado de la familia no es mi madre, sino que soy yo. La supervivencia no es imaginable sin un tesoro mental positivo, oculto en algún lugar. Y puesto que los mapas son objetivos, y tal lugar no se encuentra en Occidente, acaso pueda encontrarse en ese Oriente lejano del que tanto se habla y que tan frívolamente se estudia en las aulas de nuestro entorno. Lo que ha fallado en Occidente puede ser el cristianismo, o, mejor dicho, la adulteración del mensaje de Jesucristo, aquel judío que existió realmente, pese a que muchos agnósticos de mala uva lo nieguen, que nació en una aldea humilde, que sorprendió a propios y extraños con un lenguaje nuevo y revolucionario y que con solo tres años de vida pública dividió a la humanidad en antes y después. El cristianismo actual, en el seno del cual, en el colegio de los jesuitas, me he movido desde que, sin mi permiso, me bautizaron, no

tiene nada que ver —es mi opinión— con el Sermón de la Montaña. Ni el cristianismo del sur europeo —católico— ni el cristianismo del norte —protestante— se han salvado de la adulteración de la idea original del Nazareno, palabra que tiene la virtud, un tanto inexplicable tratándose de mí, de evocar una existencia ejemplar, a despecho de los pensadores que han escrito que «Ser pecador es más difícil que ser virtuoso», carambola verbal elipsoide, que no deja de tener su atractivo. El Nazareno ahí está, presente en la inmensa iconografía occidental, crucificado y pidiéndole al Padre que apartara de él el cáliz de la amargura. El Nazareno habló de una Casa celestial en la que había muchas moradas. ¿Por qué —me pregunto— no puede haber muchas moradas en la Tierra que nos engendró? ¿Y por qué una de esas moradas salvíficas no puede encontrarse lejos del Turó Parc, en aquellas latitudes que inventaron la brújula, el número Zero, tratamientos médicos que se están abriendo paso incluso en el hospital Clínico, que discuten con Dios, o con la noción de Dios, cara a cara, sin tapujos, que se rigen por la dicotomía yin y yang y que, además, nos legaron el *Kamasutra*?

Oriente… ¿Qué sé yo de Oriente? No mucho, por supuesto: que allí viven las tres cuartas partes de la humanidad y que darle la espalda es desorientarse. Sé que han brotado en su seno —mi padre prefiere decir «coágulo»— unos cuantos «pensadores», o «meditadores», o «fundadores» de religiones mucho más antiguas que el cristianismo. ¿Por qué no lanzarme a la aventura de averiguar? No creo que hayan descubierto la piedra filosofal, porque en este caso en Occidente lo sabríamos. Pero, al parecer, poseen una capacidad de autodominio muy superior a la nuestra, hasta el punto de que practican operaciones sin necesidad de anestesiar al paciente. ¡Autodominio! La palabra se me antoja tan rara como la palabra «perejil».

Antes de tomar una decisión, se me ocurre que puedo charlar un rato con el *maître* del restaurante chino Bagdad, hombre inteligente y culto, con el que me une buena amistad. He estado allí, solo o con amigos, media docena de veces y guardo un recuerdo ingrato de los menús, pero muy grato del *maître*, que afirma llamarse Tsao Ku'ng, quien, de entrada, me obsequia con una reverencia inimitable.

La primera vez que crucé el umbral del Bagdad le pregunté el porqué de tales reverencias y me contestó:

—Dispense, señor. A los chinos nos parece de más calidad, no sé si empleo bien esta palabra, que estrecharle la mano, quién sabe si sudorosa. Se trata, no de un contacto de piel sino de un contacto mental. Nosotros creemos mucho en la mente, incluso cuando cocinamos.

Elijo al azar el menú, a sabiendas de que el resultado será negativo. Al final no sabré si he comido lechuga o langosta, carne o una masa compuesta de hormigas. ¡O de serpientes! O de dragón… El dragón aparece inevitablemente en cualquier acto relacionado con China.

—Si usted me lo permite —dice Tsao Ku'ng—, le prepararé algo muy especial. Me gusta operar por sorpresa. Ustedes dicen que ocultamos o disfrazamos la verdad. Eso no es cierto. Si quiere usted saber lo que va a comer, se lo explico en un momento.

—¡No, no, por favor! Prefiero ignorarlo. Soy muy propenso al vómito, ¿comprende? Además, mi visita, hoy, tiene una finalidad al margen de la comida. Una finalidad… digamos intelectual.

—Usted dirá. Le escucho con atención.

—Pues bien, he aquí que me dispongo a emprender un largo viaje por Oriente. Y me gustaría que usted, profundizando más en nuestros anteriores diálogos, intentara aclararme cuáles son las diferencias fundamentales entre su mundo y el nuestro, entre Oriente y Occidente.

—¡Oh, que mis antepasados me iluminen! Es una dura prueba para mí. Pero puesto que su petición me halaga, intentaré complacerle. Yo diría que la primera diferencia es que Occidente solo hay uno: gris, monótono, y perdone la expresión. En cambio, Orientes hay muchos, cada país es distinto y en uno prima, ¿es correcto este verbo?, el tacto, en otro el oído, en otro la vista y, por ejemplo, en mi país, el gusto, el paladar. Tenemos otro sentido del color. A mí me cuesta mucho comprender por qué ustedes lo etiquetan todo, como si supieran lo que cada cosa es. A nosotros no nos gusta decir «sí» o decir «no». Nos gusta el tal vez, lo ambiguo, porque es ambiguo nuestro organismo. También es mayor nuestra capacidad de concentración. Ustedes piensan en varias cosas a la vez; yo soy capaz de dirigir todos mis pensamientos hacia un solo lugar, hacia un solo objeto. Llevo tres años aquí. Puedo decir que conozco perfectamente el repertorio de muecas de mis clientes, porque son poco variadas. En mi país, estoy hablando naturalmente de China, tal repertorio es mucho más rico y complejo. Seguro que usted aprendió a leer y a escribir en tres o cuatro años; yo, para memorizar mil ideogramas, que es lo mínimo, necesité diez años. Complejidad, ¿comprende? ¿Le estoy aburriendo…?

—¡No, no, al contrario! Estoy fascinado. Lo que no entiendo es cómo usted, siendo por naturaleza un filósofo, se dedica a regentar un restaurante.

—Ahí está la clave, señor. Nosotros creemos que para saber cocinar e incluso servir una mesa es preciso ser filósofo. ¿Sabía usted que los

chinos podemos condimentar el arroz con más de mil recetas distintas?

—Me parecen muchas recetas. Y dígame, ¿su padre a qué se dedica?

—A fabricar cometas en forma de pájaro.

—¿Cuántos hermanos son?

—Doce, número importante en nuestro calendario.

—¿Cree en la reencarnación?

—Naturalmente. A nosotros nos parece raro que crean ustedes en la resurrección de la carne. Es un misterio mucho más inexplicable que el nuestro.

—¿Cuál es su religión?

—Mi religión es este restaurante.

—¿Ha empleado alguna vez la palabra «cielo»?

—Sí, en el sentido de firmamento, pero no en el sentido de paraíso. El paraíso no viene de fuera, sino de dentro. Para mí el paraíso es penetrar en el hueco, no sé si me explico bien, de mi mujer.

—Se explica usted divinamente.

—¿Por qué emplean ustedes tan a menudo el término divinamente? Lo divino no existe. Creer en Dios presupone un complejo de inferioridad.

—¿Cómo definiría usted a Mao Tsé-Tung? ¿Como el Gran Timonel?

—No, no, en absoluto. Era un tirano. Sin embargo, era también la reencarnación de un gran poeta y su caligrafía fue correcta.

—¿Qué opinión le merece a usted el Cristo tan venerado en Occidente?

—No sabemos nada de él. Su figura se ha manipulado. En China lo hubieran tomado por loco. Eso de la redención universal…

—Muchas gracias. ¿Qué le debo?

—Pase usted por caja. Y recuerde que no aceptamos propina.

Ha sido un escopetazo. Renunciaré a este Occidente gris y monótono y saldré rumbo a Oriente, como un Marco Polo espiritual o mental cualquiera. Seguro que Piedad, mi sirvienta, me dirá que he perdido el juicio. Pero eso no es ninguna novedad. Lo he perdido hace mucho tiempo. Además, no tengo alternativa. Más desgraciado de lo que ahora soy no lo seré. Más asco del que me doy no me lo daré. O encuentro una Luz o me pego un tiro. Lo único que me falta esclarecer es el nombre que me daré a mí mismo: debo escoger entre fugitivo, aventurero o peregrino. Me quedo con este último. Seré un peregrino, pero no con cayado y sayal sino llevando conmigo cartas de crédito y un buen puñado de dólares.

Me preocupa la reacción de mi padre, pero conozco su punto débil:

hablarle en metáfora.

—Padre, me voy. Salgo en busca de mi Casiopea particular. He decidido cambiar de corazón.

—De acuerdo, hijo. Que el Dios en el que ni tú ni yo creemos te bendiga. Escríbeme a menudo. Y si encuentras el que desde ahora llamaremos el Santo Grial, avísame y correré a reunirme contigo. ¿Tienes ya previsto el itinerario?

—Solo el comienzo. Empezaré por el primer país en el que se venera a Buda, quien según dicen sabía concentrarse y meditar. Concretando, dentro de un mes, coincidiendo con mi cumpleaños, me iré a Tailandia, nombre que, si los etimólogos no mienten, significa «país de los hombres libres», y ello porque no ha sido ocupado jamás por ninguna fuerza extranjera.

—Conforme, hijo. ¿Hay algo que te asuste de este viaje, que nadie sabe cuánto durará?

—Solo una cosa: los dragones…

Capítulo II

Acostumbrado, por deformación profesional, a husmear en los documentos para acercarme a la realidad, yo, Ireneo, antes de tomar el avión destino Bangkok, me leo unos cuantos libros sobre Oriente, sobre Asia, además de informes de la ONU y de la FAO. Y encuentro una perla en el *Libro del té*, del japonés Okakura Kakuzo, aunque debo decir que el Japón no figura en el itinerario mental que me he trazado. Mi padre no acaba de entender que haya orillado el Japón, ya que, según él, los cardiólogos japoneses son investigadores de primera fila. Como lo son también los oftalmólogos, por aquello de que en el país nipón abundan clamorosamente los miopes, en tanto que los calvos brillan por su ausencia. Mientras preparo el escueto equipaje, le digo a mi padre que no me voy a Oriente en busca de cardiólogos sino de gentes que posean un «alma» distinta, entendiendo por *alma* —y de esta y del espíritu hablé con Segismundo— lo que late en nuestro interior, ese algo indefinible que con toda evidencia escapa a la noción de «materia». No es que yo crea en el alma tal y como la entienden los seguidores del cristianismo, pero sería ridículo negar que el mundo de los sueños, para citar un ejemplo, escapa a cualquier pretensión de que todo en nosotros es «visible» y «palpable». Entre los pocos libros y diccionarios que llevaré conmigo en esa singladura que ha dejado atónita a mi madre, a Piedad, mi sirvienta y, por supuesto, a mis compañeros de despacho y ordenador, el primero de ellos será este de Okakura Kakuzo, en el que puede leerse: «¿Cuándo comprenderá el Occidente al Oriente, o cuándo intentará comprenderlo? Nosotros, los asiáticos, nos asombramos a veces ante el tejido de hechos que se nos atribuyen. Unas veces se nos pinta alimentándonos del perfume del loto; otras, de impotencia o sensualidad abyecta. El espiritualismo indio no sería más que ignorancia; la sobriedad china, producto del fatalismo; y se ha llegado al extremo de decir que, si somos menos sensibles al dolor y a las heridas, ello se debe a una menor delicadeza de nuestro sistema nervioso. ¡Ah, pero Asia os devuelve el cumplido! —prosigue el pensador, que al parecer es homosexual—. ¡Si supierais lo que los asiáticos hemos imaginado y escrito sobre vosotros, los

“hombres blancos”! Nuestros escritores de otros tiempos nos han enseñado que, a menudo, cenabais a base de un guisado de niños recién nacidos. Peor todavía: estábamos acostumbrados a consideraros como las gentes menos realistas de la Tierra, puesto que nos habían dicho que *predicabais* lo que no *practicabais*. Evitemos el atosigarnos unos a otros con epigramas. Nos hemos desarrollado en sentidos diferentes, pero no hay razón alguna para que el uno no complete al otro. Los occidentales habéis ganado en *expansión* al precio de la ausencia de toda tranquilidad; nosotros hemos creado una armonía que nos deja indefensos ante ciertos ataques. Pero ¿lo creeréis? ¡El Oriente, en ciertos aspectos, vale más que el Occidente!»

Excepto los dólares y las cartas de crédito, voy ligero de equipaje. Sé que en Oriente, en los países que pienso visitar, pueden darse circunstancias que me obliguen a prescindir de muchos caprichos a los que estoy acostumbrado. Varias pipas, eso sí, empezando por la «pipa de la paz». Y cepillos de dientes. Y medicamentos. Me han vacunado contra buen número de enfermedades posibles; confieso que hubiera preferido que me vacunaran contra la soberbia y contra la indiferencia. Para encontrar lo que busco, que no me atrevo a bautizar con el nombre de la Verdad, he de tener los ojos muy abiertos, convertirme, en cierto modo, en niño, que es el calificativo cariñoso con que suele obsequiarme Lupe. Echaré de menos el teléfono portátil, las informaciones sobre el campeonato del mundo de ajedrez que en estos momentos se está celebrando, precisamente en España, entre Kasparov, mi candidato preferido, y Karpov, que siempre estuvo al servicio y quizás a sueldo de las autoridades soviéticas. Lo cierto es que, al subir al avión que ha de conducirme a Roma, primera escala para alcanzar Bangkok, me siento alegre. Posiblemente se deba a la curiosidad. Ni siquiera me doy asco, como en tantas otras ocasiones, porque un garbeo por los países que llamamos, un tanto despectivamente, exóticos, lo convierte a uno en estudiante de Bachiller. ¿Encontraré lo que busco, lo que mi padre denominó el Santo Grial y los filósofos y matemáticos denominan la «piedra fundamental»? Ninguna certeza. Pero so pena de suicidio, necesito oír una voz nueva, una melodía que no sea la del «placer a toda costa».

El avión me inspira un gran respeto, eufemismo que significa temor. El avión es un milagro producto de Occidente. Me aprieto el cinturón. Claro que «todos tenemos nuestro día señalado», pero ¿y si el día, como dijo Jules Renard, es el día del piloto? Tengo un recuerdo —¡ah, los libros!— para Ramón Gómez de la Serna, quien dijo que «Viajando en avión se ve a la humanidad dispersa por los caminos». Es cierto. ¿Por qué las estadísticas y los demógrafos se empeñan en que el

mundo está excesivamente habitado? Miro por la ventanilla. No hay nubes, invento de los ateos para que Dios permanezca oculto. Brilla el sol. Y se ve la tierra deshabitada, cultivada o yerma, pero tierra al fin, y solo de vez en cuando un villorrio, una casa de campo, un riachuelo. ¿Y qué diría si sobrevolara el desierto? Creo haber leído que es de notar que los grandes fundadores de religiones nacieron en el desierto, por designio de los dioses a los que auscultan los seres primitivos. Los psiquiatras pretenden que en el desierto se goza de una claridad mental impensable, por ejemplo, en Nueva York o en la propia Barcelona. Algo habrá de cierto. No puedo imaginar, por ejemplo, que Jesús el Nazareno naciera en Marsella, o que Mahoma, que después de un largo eclipse resurge con fuerza, tal vez a caballo del precio del petróleo, naciera en Río de Janeiro, en pleno carnaval. El desierto se emparenta con el ascetismo, y ello, de entrada, me produce malestar; pero, quién sabe. Seguro que en el desierto se encontrará también, de pronto, una beduina de buen ver, que además sepa bailar «la danza del vientre» o juguetear con los «siete velos» con cierta gracia arcangélica.

Aparece una nube densa y mi estado de ánimo se modifica. Pienso en Italia. He estado allí varias veces, estudiando la «magia» de los napolitanos. Concretamente en Roma, recuerdo que la primera vez, en el aeropuerto, me sorprendió ver un rótulo publicitario que rezaba —atención a este verbo— Banco del Espíritu Santo. ¿El Espíritu Santo, del que tanto me hablaron los jesuitas, convertido en Banco? La paradoja me alegró las pajarillas. Ya resulta indigesto «pensar» en el Espíritu Santo convertido en paloma, pese a que la palabra espíritu, que tanto preocupa a Segismundo, en muchos idiomas es de género femenino, lo que complica la vida de los teólogos. La paloma es también femenina, y Lupe llama «palomitas» a algunas de sus pupilas. ¡Pero un Banco! Se dice que el Vaticano ha sido, a lo largo de muchas etapas de la historia, eso, un banco, presidido por una autoridad suprema, y, desde hace un siglo, infalible cuando habla *ex cáthedra*. Pero llegó Juan XXIII y barrió de un plumazo, con sentido del humor, muchas telarañas acumuladas por sus predecesores. Recuerdo que cuando murió lloró mi madre y lloró lo que suele llamarse «el mundo entero». En mi despacho se guarda un *dossier* según el cual es cierto que lloraron muchos budistas, muchos seguidores de Confucio, de Zoroastro, muchos musulmanes. En el aeropuerto de Roma ahora llora el cielo. Llueve. El sol se ha largado a su hogar, que debe de ser, además de ígneo, rojo como la bola de billar que tanto atrae a mi padre.

Roma. Simple transbordo. Comienza la Aventura con mayúscula. El

nuevo aparato aéreo, de las líneas tailandesas, se adentra en el misterio.

Viajo en primera clase, ¡cómo no! La azafata me entrega un paño húmedo y caliente, con el que lavarme las manos antes del almuerzo, que sin duda me deparará también alguna sorpresa gastronómica. La azafata lleva un gracioso casquete, y mejor que andar parece deslizarse por el pasillo del avión. Le pido un plano de Bangkok. Me hace una reverencia similar a las del *maître* del restaurante y acto seguido lo despliega ante mis ojos. Papel de color azafrán: diríase un pedazo de túnica budista. ¡Claro, Tailandia es budista! En la guía adjunta al plano están señaladas gran número de pagodas. Antes que Cristo naciera, Buda reinaba ya en Bangkok, que por entonces era un mísero lugar a orillas del río Menam, en el imperio de Indochina. Enciendo una de mis pipas y consulto algunos datos. En efecto, *Thai* significa «libre». Recuerdo lo que leí antes de emprender el viaje: Tailandia hasta ahora no ha sido colonizada jamás por ninguna nación occidental, razón de más para elegir el país como puerta de entrada a los países del «mundo viejo» en el que intento penetrar. Me encuentro solo en el avión, pese a la azafata y a sus compañeras y a la compañía de dos «turistas» americanos que deben de dirigirse a «ampliar mercados». Presto atención a su acento al hablar. Sí, Bernard Shaw acertó al escribir que Inglaterra y los Estados Unidos eran dos países separados por el mismo idioma.

Prefiero hablar con la azafata en vez de seguir consultando la guía que me entregó. Y agradezco a mi padre que a los diez años me enviara ya a Londres a aprender inglés. Sin conocer el inglés, este viaje me hubiera resultado imposible.

La azafata, después de retirar la bandeja del almuerzo, me trae un abanico de colores. Sorpresa inédita. El mundo de los colores es importante, siempre me interesó, sobre todo desde que leí el ensayo que escribió Goethe sobre dicho tema, en el que eché de menos un canto al arco iris. También el, *maître* me habló del mundo del color y algunos viajeros, en sus relatos, afirman que, al regresar de Oriente, Occidente les parece gris, monótonamente gris. El abanico de la azafata euforiza aún más mi estado anímico.

Me cuenta que Bangkok tiene ahora unos tres millones de habitantes y que, antes de la invasión de las calzadas de cemento, fue llamada «la Venecia del Este», por la red de canales que surcaban la ciudad. «¡Preste atención a la selva!» —se interrumpe, de pronto—. Miro por la ventanilla y, efectivamente, la selva, una de las grandes realidades de Asia, se ofrece a mi vista. Selva sin fin, con las serpientes de agua —los caudalosos ríos— zigzagueando. ¿Maravilla de la

naturaleza? Ya me he expresado sobre el particular. La selva es una trampa. En su seno viven y se multiplican sin cesar toda clase de animales y bichos, y sabido es que el repertorio zoológico no me interesa lo más mínimo. La azafata, en cambio, se entusiasma al contemplar aquella inmensa masa arbórea. Y de repente, yo me pregunto: «¿Cuántos árboles habrá en toda la Tierra? ¿Y por qué se dice *masa* arbórea y no *multitud*?» Claro, son dos términos distintos. Ahora bien, ¿cuándo una *multitud* se convierte en *masa*? ¿Cuándo se enfurece? Buen tema para estudiarlo en mi lejano despacho de la calle Balmes, de cuyo ascensor me despedí con cierta melancolía.

Aterrizamos en Bangkok. Mejor dicho: «tomamos tierra» en Bangkok. Por consejo de la agencia de viajes me alojo en el Hotel Oriental, que se me antoja una delicia. Está situado a orillas del río Cao Pya. Dispone de un jardín de estilo coreano —piedras sin pulimentar, un puentecillo rojo, tortugas asiáticas—, salones de baile, arcadas, piscina. El uniforme de los mozos y de los camareros es boyante. Junto a la piscina, muchachas que, con toda evidencia, se ofrecen al forastero. Me entero de que el precio es módico y que el número de prostitutas en la ciudad, desde hace un par de años aumenta sin cesar. «La clientela es occidental». ¡Vaya por Dios! Oriente exporta a Occidente carne de primera calidad. «Esto no es nada. Normal. La peor tragedia es la trata de menores. Bangkok se ha convertido en el paraíso de los pederastas». Quien así me habla es el encargado de la piscina, que se hace llamar Tomy y que suministra datos a cambio de monedas. ¿Corrupción? Las muchachas, que no son *geishas* pero que merecerían serlo, juguetean en el agua y despiertan la lascivia de los huéspedes, entre los que me encuentro. ¿Encontraré ahí la verdad? ¿Es esa la verdad? Quiero creer que no. «El negocio de la prostitución alcanza ahora mismo en Bangkok un volumen incalculable». «La nación precisa de divisas y ha encontrado esa fuente, que mana tanto como el petróleo en los emiratos del, golfo Pérsico». «Los padres son los primeros en ofrecer a sus hijos e hijas al mejor postor». «Este hotel, señor, es uno de los centros de reclutamiento. Si le apetece algunas de esas “bailarinas”, generoso eufemismo, dígamelo y arreglamos el asunto en menos de cinco minutos».

En el hotel hay por lo menos doce habitaciones reservadas. Cada media hora, cambio de sábanas. Tomy habla e informa de modo rutinario, excepto en lo que atañe a las reverencias, arte cuyo secreto pretendo averiguar. No sé qué pensar. A la hora de la cena me instalo en una mesa al lado de la piscina, lugar desde donde se domina el río Cao Pya. Una hilera de antorchas se refleja en el agua y luces de neón

rojas brotan de una palmera. Debajo de mi mesa hay un braserillo del que emana un olor dulzón, que tiene por objeto ahuyentar a los mosquitos. Barcazas majestuosas surcan el río. Un pianista toca melodías tropicales. Tardo en darme cuenta de que es ciego. Tiene al lado un vaso de agua y de vez en cuando deja de tocar y bebe un sorbo. Pero sonríe. Sonríe sin descanso y su sentido del ritmo me encandila y encandila a todos los huéspedes, entre los que abundan los norteamericanos. En el cielo hay una gran luna redonda. Aquí y allá giran los ventiladores, cuya misión podría ser la de ahuyentar mis pensamientos. Al margen de mis especulaciones y de mis recuerdos para Lupe, que debería abrir aquí una sucursal, todo es armónico. Al otro lado de la piscina, junto a una jaula con techo en forma de pagoda, juguetean dos monos. Curioso que haya monos en la primera pagoda que me ha sido dado ver. «¿Cuál es la primera fuente de divisas de Tailandia?», le pregunto al camarero que me sirve y que sonríe con la misma dedicación que el pianista. «Primero el arroz, ¿no ha visto, desde el avión, los arrozales?, y luego el sexo. Ninguna mujer en el mundo sabe acariciar a un hombre como la mujer tailandesa».

—¿Qué opinión le merece su rey, que si no yerro se llama Bumibul?

—Inmejorable. Se dedica a tocar el clarinete y nos deja en paz. Perdió un ojo en una cacería, pese a lo cual lo ve todo.

—¿Y la reina?

—Se llama Sirikit y, a no ser por sus deberes protocolarios, se dedicaría a bailar, que es lo que más le gusta. Es muy hermosa.

—¿El pueblo está contento con los monarcas?

—Por supuesto. Los reyes lo saben todo, pero son tolerantes. ¿Qué más se puede pedir?

—¿Se llevan bien con los bonzos?

—Ya le he dicho que son tolerantes.

—¿Es usted budista, Tomy?

—Por supuesto.

—¿Cuántas prostitutas calcula usted que hay en Tailandia?

—No lo sé. No me fío ni siquiera de mi mujer. Pongamos alrededor de un millón. Aunque lo peor es la violación de niños.

—¿Tanto abundan los pederastas?

—¿Pederastas? No sé lo que el señor quiere decir.

—Pederastas son lo que se sienten atraídos por los niños.

—¡Ah, sí! Abundan como los granos de arroz y como los monos en la selva. ¿Quiere usted, sir, una señorita en la habitación? ¿O prefiere un muchacho?

—Gracias, Tomy, pero lo que prefiero es dormir.

Subo la escalera que conduce a mi habitación y he aquí que me cae del techo una lagartija, que se posa dulcemente en mi hombro.

—No se preocupe, señor. Eso significa que tendrá usted buena suerte…

Mi primer encuentro con Oriente no tiene nada que ver con lo soñado. Belleza y armonía, un pianista ciego, arrozales, carne joven… y una lagartija.

Al entrar en la habitación me encuentro, de pie, completamente desnuda, una Venus de apenas veinte años, que, ¡cómo no!, me obsequia con una profunda reverencia. Me excuso diciéndole que estoy muy fatigado. «Pues le conviene un buen masaje, sir».

—No, no, gracias. Lo que me conviene es dormir. Le ruego que me perdone.

La Venus desaparece de la habitación como deslizándose sobre el río Cao Pya. «¡Ah, si esto me pilla en Barcelona!», pienso.

Ante mi asombro, compruebo que el agua brota de un color ligeramente azul.

Al día siguiente solicito hablar con el director del hotel, que curiosamente es de origen suizo y habla un francés casi tan perfecto como el mío. Le explico que he llegado dispuesto a informarme sobre el budismo, puesto que soy un hombre dotado de una inmensa curiosidad.

—¿Cuántos días piensa usted permanecer en Tailandia?

—No lo sé. Ocho, quince.

—¡Perdone usted, señor! Yo llevo veinte años aquí y todavía no sé lo que es el budismo. Muy complicado para un suizo, y seguramente más complicado aún para un español.

—Se hará lo que se pueda. ¿Me aconseja usted un guía, un guía oficial?

—¡De ningún modo! En el hotel lo tenemos todo previsto. Le pondré en contacto con un bonzo, que, aunque disimuladamente, ejerce algo así como de jefe de relaciones públicas. Se llama Logdse, habla cinco idiomas y es un fanático defensor de su religión. Está seguro de ser la reencarnación de un monje del siglo XVII, que no tuvo necesidad de raparse la cabeza porque era completamente calvo.

El director, que por las trazas se mofa de lo que el budismo pueda ser, toma el teléfono y, en un inglés también casi tan perfecto como el mío, conecta con el bonzo llamado Logdse. Este le comunica que antes de media hora estará en el hotel.

—Me complace informarle de que el «servicio» de su guía será enteramente gratis.

Alto, delgado, cabeza rasurada, con una túnica color azafrán y

sandalias. Junta las manos en actitud de plegaria y, en el *hall*, me somete a un breve pero afilado interrogatorio, al objeto de captar la índole de mis intenciones. Al confesarle que soy agnóstico pero que, insatisfecho, he iniciado la aventura de buscar en Oriente lo que Occidente me ha negado, junta las manos en actitud de plegaria, momento en que evoco la figura y maneras del Dalai Lama que huyó del Tibet con ocasión de la invasión china y anda por el mundo predicando su doctrina y recabando fondos para mantener los templos budistas del norte de la India.

Logdse tendrá más o menos mi edad, no lleva gafas y la túnica con que se cubre, al recibir un rayo que entra por una ventana, brilla como ascuas de un fuego sagrado. Refleja una envidiable serenidad y su mirar es dulce como el de algunos ancianos del Turó Parc.

—Estoy contento porque, por la experiencia que tengo, cada día son más los occidentales que se interesan por nuestra doctrina.

Tomo nota, mentalmente, de que no ha dicho «religión», ni «filosofía», sino doctrina. Pero no exteriorizo mi «hallazgo» psicológico para no entrar en materia semántica y porque doy por supuesto que mi monitor, hombre de pocas palabras, me inspira un respeto extremado. Observo sus pies. Las sandalias deben de ser cómodas sobre la alfombra del hotel, pero ¿y en el exterior?

—Estamos acostumbrados, señor. Y no olvide que en Asia son millones los habitantes que caminan descalzos.

—¿Cuestión de hábito, de costumbre?

—Por supuesto. Nacemos descalzos, ¿no es así? Los zapatos que usted usa, ¿no le incomodan?

—¡De ningún modo!

—¿Zapatos españoles?

—No, no, italianos, como mi corbata.

Pronto llegamos a un acuerdo sobre el «procedimiento» a seguir. Bangkok es muy grande, aunque menos grande y extenso que el budismo y a su modo de ver lo más conveniente sería visitar unos cuantos templos y pagodas.

—Intentaré explicar al señor el significado de nuestros símbolos. Y al paso, intentaré, aunque modestamente, porque el tema es muy amplio, transmitirle un esquema de quién fue Buda y cuáles son sus principales enseñanzas. Lo único que le pido es que, cuando algo le sorprenda, no abra la boca como si bostezara. Tengo observado que ustedes, los occidentales, abren la boca muy a menudo.

Trago saliva y salimos del hotel. Tomamos un taxi, y en el camino Logdse me habla, suplicando perdón, del desconocimiento que en Occidente hay, según les contó el Dalai Lama en una reciente visita a

Bangkok, de la importancia de la cultura —dice «cultura» y no «civilización»— oriental. Parece enamorado de la India, quizá más que de Tailandia. Se refiere con mucha frecuencia al país de Gandhi, del que salen los mejores jugadores del mundo de *hockey* sobre hierba.

—A la India le debemos, señor, los mayores descubrimientos astronómicos registrados en el pasado, el concepto de *átomo*, el álgebra y el cálculo y el número más importante de todos: el Zero. También, hace más de dos mil años, se compuso en la India el primer tratado del mundo sobre teoría de la música, el *Natys Sastra*, del siglo IV a. J.C. Pero no alardean de ello. Les basta con que las cosas sean. Tampoco nosotros alardeamos demasiado de nuestros monumentos, como el que tengo el gusto de presentarle —y Logdse me muestra, con el índice inesperadamente enérgico, la Pagoda de la Aurora, cuya cúpula son los *stupas* o monumentos funerarios que se elevan al cielo con la prestancia de nuestras mejores catedrales.

Renuncio a describir semejante obra de arte, mientras lamento que se me haya averiado la máquina de filmar, y protesto para mi capote de que la tal pagoda no figure entre las siete maravillas del mundo.

El itinerario elegido por Logdse, cuyo único defecto detectable es que estornuda con frecuencia, sin limpiarse con un pañuelo la nariz, es sabio, es correcto. Me impresiona especialmente el Buda recostado, de cuarenta y siete metros de longitud. Las plantas de los pies de dicha imagen son tan enormes que en ellas ha podido grabarse, al parecer, en signos, la biografía de Buda. En unas galerías próximas al hangar en que se cobija dicha imagen hay nada menos que 384 estatuas de Buda, siempre sentado, cada una de ellas con su particular significación. Algunas de dichas estatuas representan a Buda femenino, bajo forma de mujer, lo que sin la menor duda pondría en boca de Lupe la palabra «travestí» y en boca de Segismundo la palabra hermafrodita.

Logdse me acompaña luego al templo de Mármol —mármol que, por desgracia, no procede de las canteras del pueblo de mi sirvienta, de Macael—, sino de Carrara. Dicho templo da idea del gusto tailandés por lo suntuoso y junto a él discurre un arroyuelo repleto de tortugas gigantes que divierten sobremanera a mi acompañante. Pasan a nuestro lado unos cuantos muchachos con túnica de color azafrán y la cabeza rapada. Logdse me informa de que todos los jóvenes tailandeses tienen la obligación de prestar «servicio religioso» —por fin emplea esta palabra— por espacio de tres meses, durante los cuales se visten de bonzo, viven en las pagodas y se ganan el sustento mendigando. Ni siquiera el rey escapó a esa tradición.

—Sin embargo —observo, no sin cierta timidez—, tengo entendido

que actualmente son muchos los jóvenes varones que el servicio que realmente prefieren prestar es el que nosotros llamamos «sexual».

—Sí, por desgracia ello es cierto. Bangkok se está convirtiendo en un inmenso prostíbulo. Pero ello no hace más que acrecentar el deseo de persistir en el sistema de vida que hemos elegido los bonzos como yo. No olvide usted que Buda predicó, casi en primer término, el «bloqueo de toda concupiscencia».

Estas palabras tienen la virtud de martillear mi cerebro. «Bloquear las concupiscencias». Debo admitir que, hasta el momento, tal hazaña personal no la he practicado jamás. Siempre he sido esclavo del deseo. «No me apetece», «no me da la gana», «ahora quiero fumar», «ahora quiero echarme una siesta», «ahora quiero que Piedad, la sirvienta, me acaricie los genitales», «ahora quiero comprarme una pipa nueva», etc.

Para celebrar mi hallazgo autocrítico no se me ocurre más cosa que encender la última pipa que me regaló Segismundo, sin preguntarle a Logdse si ello le molesta. Observo a mi acompañante, que anda despacio, como si meditara cada paso que dan sus sandalias. Su serenidad me desconcierta. El tráfico es intenso, coches y bicicletas, y él no se inmuta. Y me acompaña a la gran aventura del llamado «Buda de oro». Se trata de otro templo, en el que se puede contemplar la Imagen de Buda en oro macizo. ¡Su peso es de cinco toneladas y media! Obra de arte sin par, pero, al mismo tiempo, contradicción, paradoja. Bloqueo de las concupiscencias y he aquí que en Bangkok han erigido a Buda una estatua de oro macizo que pesa cinco toneladas y media.

El hecho me asombra, al descubrir que una larga cola de fieles se acercan a la estatua y le aplican finísimas láminas doradas que, al pegarse a la imagen, engordan su volumen. Hay quien elige pegarlas en la frente, otros prefieren el pecho, los brazos o la nariz. A resultas de ello el aspecto de Buda se transforma constantemente, se metamorfosea.

—Sí, se trata de una especie de plegaria tangible —me informa Logdse, satisfecho, al parecer, porque he apagado respetuosamente mi pipa—. De un acto de veneración comunitario, solidario. De la manera más plástica de ir «recreando», si me permite la palabra, la figura de nuestro Maestro.

—¿Cuántos templos budistas hay en Bangkok?

—Exactamente, trescientos treinta y dos.

—Supongo que tendrá usted la delicadeza de no enseñármelos todos.

—A mí no me importaría. Los he visitado infinidad de veces. Pero comprendo que los cristianos no son partidarios de la infinita

repetición.

Logdse, hablando con una voz ligeramente femenina, me aconseja que compruebe yo personalmente lo que ocurre en los patios de muchas pagodas: que se apostan en ellos mercadillos de alimentos, de flores, de palillos de madera de sándalo. Los vendedores ofrecen al monje, con la sonrisa en los labios, muestras de tales mercancías, con lo que mi guía puede cumplir sin esfuerzo su deber, su promesa de vivir de la caridad pública.

En resumen, un mundo nuevo para mí. Me alegra haber elegido tal aventura. Consulto el reloj: a esta hora, en Barcelona, estaría pendiente de algún fax enviado desde algún país de Hispanoamérica. Me digo que los faxes no huelen a madera de sándalo, que pertenecen al reino que se avecina y que a Logdse debe de parecerle una memez: la celeridad de la comunicación. Él se comunica, sin moverse, con todo cuanto necesita: Buda y la correspondiente liturgia que se ha desarrollado en torno del «fundador».

—Ustedes los occidentales tienen un extraño concepto del tiempo, respiran de otro modo y duermen acostados. Para nosotros el aire que aspiramos es sagrado, nos nutre y en mi santuario dormimos sentados, lo cual, además de propiciar la meditación, es útil para conservarse sano. Para decirlo con palabras de claro significado, preferimos lo ingenuo a lo complicado.

Pienso para mí que aquí el ingenuo soy yo y desde ese momento procuro respirar más hondamente, notando en el acto que el aire «sagrado» discurre por mi cerebro con mayor libertad.

—¿Sabe usted, señor? En Tailandia hay una ciudad, Songla, en la costa oriental, que fue fundada por españoles hace de ello cuatrocientos años. Por cierto, que en un principio se celebraban allí corridas de toros, hasta que nuestro amor y respeto por los animales consiguió eliminar la figura del torero y que lucharan los toros entre sí. No es lo ideal, pero probablemente es lo que Buda hubiera aconsejado.

Al advertir mi desconcierto, Logdse, después de estornudar, confiesa que los tailandeses no saben nada de España, que el idioma castellano les suena más melódico que el inglés y que los sellos de correos españoles hacen las delicias de los filatélicos.

Al regresar al hotel —los monos continúan balanceándose entre los árboles— vemos a un par de ingleses —¡pipa humeante!— jugando al ajedrez. Logdse aprovecha la ocasión para informarme de que el ajedrez, aunque de origen incierto, es también un invento oriental. «Probablemente en sus comienzos se jugaba con dados. En la India se llamaba Chaturanga. En China —"no se olvide usted de visitar

China”— se llamaba Sina-Ki, que significa “juego real o de los elefantes”. Por cierto, que el animal totémico de Tailandia es precisamente el elefante. Hay miles de elefantes en nuestro país, en el norte, y los monjes los consideramos también “seres sagrados”, como ustedes, los cristianos, consideran sagrado el cordero, “cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo”, si el Dalai Lama, en un curso que nos dio sobre el cristianismo, no mintió, lo que para nosotros, que lo veneramos, resulta inimaginable».

—¿Quiere usted, mi querido monitor, jugar una partida del Chaturanga, o como se llame, conmigo?

—Perdone, señor. Yo no quiero matar a nadie, y mucho menos al rey. Para mí el ajedrez es un juego violento, que excita la agresividad del hombre y exalta su afán de triunfo.

El director del hotel, pese a ser suizo, me ha gastado una broma: me ha colocado en la cabecera de la cama un pequeño Buda, ventrudo y con los ojos listados.

Sentado en mi butaca, de espaldas al sol, me dispongo a leer una extensa biografía de Buda, libro que me prestó Logdse, más amante de la lectura que de la palabra. «Hablar mucho es propio de los charlatanes; leer mucho es propio de los sabios».

El libro que el monje me ha prestado no tiene autor. Ello añade un cierto misterio a su desfloración. Lo cierto es que me dispongo a leerlo con sorprendente avidez y, ¿por qué no decirlo?, con cierto temor a entrever o encontrar la verdad por la que hui del Turó Parc, de mi oficina de datos, del *pub* AMOR regentado por Lupe. Intentaré sintetizar al máximo la «biografía» y la doctrina de aquel que preside a la vez grandes extensiones de Asia y mi habitación.

«El que debía conquistar para sí el título de Buda nació el año 560 a. J.C., en el norte de la India, cerca de Benarés. Era hijo de un rajá, tal vez de un monarca, y recibió varios nombres, entre los que el más usado es el de Siddharta (el que ha alcanzado la meta). Su madre, Maya, mujer de gran virtud, lo concibió después de haber formulado voto de castidad y de haber conseguido que su marido no la obligara a cumplir los deberes conyugales.

»Maya vio en sueños, y bajo la forma de un elefante blanco, cómo entraba en su seno el futuro Buda, el cual nació en el parque de Lumpini, a la sombra de una higuera. Inmediatamente se multiplicaron los prodigios: las flores se abrían fuera de estación, un relámpago de color verde cruzaba el espacio, el océano perdía su sabor salado.

»Maya murió una semana después y tal orfandad influyó poderosamente sobre la visión fatalista de la vida de la criatura. La

cual, desde los primeros días, reveló facultades poco comunes; por ejemplo, supo andar en seguida, distinguía los colores y parecía extasiarse ante la luna llena. Poco después recibió la instrucción de todos los príncipes indios: a la vez deportiva, religiosa y guerrera.

»El propio Buda contó: "Fui mimado, muy mimado. Día y noche me protegía un parasol blanco. Tenía un palacio para el invierno, uno para el verano y uno para la estación de las lluvias. Durante los cuatro meses de la estación de las lluvias no salía del palacio y vivía rodeado de alfombras y almohadones". A los dieciséis años, para premiarlo por haber logrado la victoria en un concurso de tiro al arco traspasando siete árboles con su flecha, le dieron por esposa a su hermosa prima Yasodhará, hija de un príncipe vecino.

»Siddharta, el futuro Buda, no era, pese a todo, feliz. Habían rodeado su vida con un velo dorado, pero experimentaba profundamente la amargura vital y la fragilidad de todo goce. "¿No existe refugio alguno contra la disolución de las cosas?" Un día, cuando iba de un jardín a otro en su carruaje de estirpe real, cambió de camino y se encontró con un anciano de ochenta años que se arrastraba bajo el peso de sus miserias. "¿Por qué sufre ese hombre?", se preguntó.

»Otro día en que se había aventurado más lejos aún de los muros, vio un cortejo fúnebre y se entristeció al percibir el llanto y el dolor de los parientes que acompañaban al muerto. En su tercera salida halló a un apestado que gemía de dolor. Por fin, en la cuarta salida, encontró a un monje que iba mendigando, los hábitos desgarrados, pero con una expresión serena en el rostro. Comprendió entonces cuál era su destino y volvió corriendo al palacio, donde se festejaba el nacimiento de su hijo Rahula. Los invitados, las concubinas, las bailarinas se entregaban a toda suerte de actos lujuriosos. Tal visión le permitió darse cuenta de la vanidad de los placeres terrenales. (Empiezo a sentirme incómodo y sospecho que no terminaré de leer el libro).

»Se despidió de su mujer y de su hijo, subió al caballo y en compañía de su fiel Channa se dirigió al bosque. Allí descendió de su montura y se cortó los largos cabellos con la espada. Ordenó a su criado que se alejara de allí, y cambiados los ricos y lujosos vestidos por humildes hábitos de mendigo, se encaminó hacia el sur, ávido de paz y lleno de exaltación religiosa. De este modo se convirtió en "Buda en potencia".

»Después, cubierto con cortezas de árbol, conoció a cinco ascetas, se unió a ellos, y se obligó a terribles mortificaciones, sin sentarse jamás y limitándose a hacerlo en todo caso sobre sus talones, acostándose en un lecho de espinas y contentándose, por todo

alimento, con un grano de arroz de vez en cuando. Seis años transcurrieron en tales austeridades y el candidato a la Liberación tuvo que reconocer que no había hecho ningún progreso espiritual satisfactorio. Con gran escándalo de sus compañeros, que le abandonaron inmediatamente, tomó entonces la decisión de seguir la "vía media", tan alejada de los placeres mundanos como del vano ascetismo. Continuando su vida errabunda y mendicante por el bosque, estaba a punto de desesperarse cuando, habiéndose detenido junto a un río, sintió muy adentro que el término de sus pruebas estaba próximo. Fue entonces a situarse debajo de una higuera y en el curso de la noche siguiente tuvo una visión clara: comprendió, ya para siempre, que la causa original del dolor humano era el querer-vivir, el deseo (me horroriza pensar que tal conclusión sea la correcta).

»Se dedicó a predicar. "He aquí, oh monjes, la verdad santa: el nacimiento es dolor, la vejez es dolor, la enfermedad es dolor, la muerte es dolor, la unión con lo que uno no ama es dolor, la separación de aquello que uno ama es dolor"».

Llegado a este punto, y antes de sufrir una crisis de angustia, porque comprendo que Buda tiene buena parte de razón, cierro el libro y enciendo una pipa. El tabaco me devuelve a la realidad —estoy vivo— y decido llamar por teléfono al director del hotel, al que suplico que me mande cuanto antes una de aquellas muchachas que montan alegremente la guardia en torno a la piscina. Al cuarto de hora escaso entra una venus oriental —no más de dieciséis años—, que, después de la consabida reverencia, me dice que se llama Sandrai y que está a mi disposición.

—¿Qué le apetece al señor?

—¡Todo! ¡Me apetece todo! ¡El *Kamasutra* entero!

Sandrai sonríe. Me dice que el *Kamasutra* es pueril, que se ha quedado atrás y que la mujer tailandesa ha descubierto nuevos métodos para complacer al varón. Y lo cierto es que, a lo largo de los siguientes treinta minutos, me demuestra que, pese a su temprana edad, Sandrai supera los sortilegios que constituyen el repertorio de Lupe. Terminado el acto, satisfecho como jamás lo estuve, entrego a la ninfa un puñado de billetes, recibo de su parte una reverencia que se me antoja especial y me quedo solo. Me tomo un baño de agua caliente y perfumada y procuro convencerme de que Buda exageró, de que el hombre es capaz de vivir algunos momentos no dolorosos. Instantes de plenitud, de respiración honda, de suave cansancio, pero que se desvanecen como el humo de la pipa que he encendido otra vez. Por fortuna, veo en la mesilla una bandeja llena de fruta y me lanzo a devorarla en un santiamén, ¡bañada en champaña! Pienso que

el abad Perignon, en vez de sostener, en el patio de Moét Chandon, en una mano la Biblia y en la otra una botella de champaña, hubiera debido sostener el champaña, por supuesto, pero en la otra mano una pequeña escultura que representara a Sandrai.

Durante los ocho días siguientes, Logdse, que sigue estornudando, lo que parece divertirle, hace lo imposible para intentar transmitirme una imagen atractiva del Siddharta convertido ya en Buda, al que llama Gautama. No me invita a su templo, su «santuario», lo cual me sorprende. Sospecho que ha adivinado que la doctrina que él mismo practica solo la acepto desde el punto de vista mental pero que no estoy dispuesto a liberarme de la esclavitud de los sentidos. Se esfuerza denodadamente, y ello es de agradecer, para hacerme comprender en qué consiste la tesis de la iluminación, que en cierto modo recuerda a la que experimentó Saulo camino de Damasco, pero es inútil. En cuanto el discurso roza la zona de lo «sobrenatural» todo mi ser se rebela, se crispa, se coloca a la defensiva.

Más plausible se me antoja la tesis de la reencarnación, en el fondo menos enteléquica que la del juicio universal y la resurrección de la carne, de toda la carne que en el mundo ha sido a lo largo de los siglos. Resurrección que provocaba también un rechazo en la conciencia o la inteligencia de mi padre y que desafía al sentido común. Recuerdo que los jesuitas que me educaron procuraban siempre eludir los detalles de semejante misterio. ¡Ah, la palabra MISTERIO! ¡Cuántos disparates se han escondido y se esconden detrás de esta palabra! ¿Es Logdse un ser «liberado»? A su manera, sí. No puedo menos que admirar su autodominio. Más que sus palabras, me han convencido y me convencen sus actos. Según el director del hotel, el monje-monitor fue capaz de soportar sin anestesia la extracción de una muela cariada y podría ayunar veinte días consecutivos y permanecer indefinidamente de pie, sin moverse, en estado equivalente al que los occidentales llamamos catatónico. Nadie podrá negar, ni siquiera mi añorado Segismundo, que con tanta frecuencia solía llevarme la contraria, que mis esfuerzos han sido loables para entrever, por ejemplo, lo que significa el NIRVANA, alcanzar el Nirvana. Lo único que Logdse me ha repetido una y otra vez es que Buda no fue ateo.

—Buda no conoce a Dios ni a los dioses. Buda no niega a Dios; lo ignora. No ataca a las creencias ni a los cultos; simplemente, no los necesita. La hipótesis divina es para él innecesaria y tal vez malsana. Si Buda rechaza la noción de un Dios omnipotente y creador, es ante todo en razón de este sentimiento obsesivo del mal universal.

Mi actitud ante tales palabras es ambivalente. Por un lado, el

agnosticismo de Buda coincide con el mío; por otro, lo desborda. Puedo admitir que el Mal y el Dolor son dos realidades supremas; pero tal fatalismo, llevado a las últimas consecuencias, me conduciría con suma rapidez al suicidio y soy demasiado cobarde para tomar tan drástica decisión. En el fondo amo la vida, amo el pecado e inicié mi singladura con la esperanza de encontrar una solución optimista al asco que me daba y me doy a mí mismo. ¿Reencarnación? Sí, conforme. Pero a condición de convertirme, no en paria, sino en brahmán. No me gustaría en absoluto reencarnarme en un animal, aunque se tratara de una gacela o un cisne. Ni tampoco en una pantera. Y menos en un elefante.

—Usted, querido monje, ¿cree haber tenido una vida anterior?

—Sí, claro. No una, sino varias.

—¿Por ejemplo?

—Fui lama, lama importante. En Nepal. Pero no bloqueé mis concupiscencias y posteriormente me reencarné en soldado y maté a un superior que me pegaba latigazos. Por último, y gracias a mis oraciones y a aprenderme de memoria el célebre sermón de Buda en Benarés, conseguí ser el que soy y no aspiro a más.

—¿Ahora es usted feliz?

—La palabra felicidad no pertenece al mundo budista. Pero vivo en paz. Con los demás y conmigo mismo.

—No es poco.

—El budismo es mayormente esto: la paz. La religión, si se me permite esta palabra, más pacífica de cuantas ha habido y hay. La única, que yo sepa, que no ha provocado jamás una guerra, aunque sí las ha sufrido.

—¿Por ejemplo…?

—La invasión del Tibet por parte de los comunistas chinos.

—¿Odia usted a tales comunistas?

—No odio a nadie. Dichos invasores me inspiran compasión. Sus reencarnaciones serán terribles. Tal vez víboras o leones hambrientos. El budismo es también compasión. Compasión por los que sufren.

—¿No cree usted que el dolor purifica?

—En absoluto. El dolor es una consecuencia del deseo de no sufrir. Es posible que no entienda usted este código mental.

—Lo entiendo. Pero, por mi educación, me resulta imposible no desear nada. Ayer mismo hice el amor con una muchacha en Bangkok, y se comportó de tal manera que, caso de que el budismo sea la postura correcta, se reencarnará en reina, aunque no se casará con un rey como el que les gobierna a ustedes y que, según me han dicho, se pasa la vida tocando el clarinete.

—Nuestro rey es bueno, ecuánime. Es posible que posea una fortuna desmesurada, pero tocando el clarinete no hace mal a nadie.

—¿Es un buen músico?

—La verdad es que no lo sé. Uno de mis defectos, de mis muchos defectos, es que la música no me interesa. Prefiero el silencio. Y ello a pesar de que la música dentro del budismo tiene un gran significado. En cambio, la escultura y la pintura budista, y no digamos la arquitectura, alcanza cotas insuperables. Pero ha sido un itinerario laborioso. En un principio el budismo carecía de artistas. Los monjes eran mendigos y no tenían siquiera chozas. Paulatinamente se evolucionó y surgieron los templos y el arte esencialmente figurativo, aunque se compone de un lenguaje simbólico que no tiene parangón. Sé que la iconografía del cristianismo, que imagino que usted profesa, es digna y de una gran belleza. Pero la iconografía de los millares de Budas que nosotros veneramos es más rica aún. En mi templo hay un monje nonagenario que ha pintado a lo largo de su vida algo así como ochocientas interpretaciones de Buda.

—¿Buda no sonríe jamás?

—Jamás. Está en éxtasis permanente. Yo tampoco sonrío nunca. Sonreír sería para mí una traición. Una vez claudiqué, al contemplar los juegos de los monos que circulan por entre los árboles que adornan la piscina de este hotel; pero me arrepentí y me apliqué, durante una semana, ciertas mortificaciones.

Me doy cuenta de que me encuentro ante un universo intelectual y espiritual inmenso y que necesitaría toda una vida o varias vidas para absorber una mínima parte de su hondura o su puerilidad, vaya usted a saber. Pero, por lo pronto, lo que siento con mayor fuerza es el desconcierto y, ¿por qué no?, el desencanto. El budismo es más fatalista que yo y el director del hotel coincide conmigo. «Yo llevo treinta años aquí y todavía no sé lo que significa el Nirvana». El director, a juzgar por su amor al dólar, se reencarnará en camarero o en mujer fregona.

—¿Cómo se explica usted, director, que un país que se rige por el budismo se haya convertido ahora en el burdel de Asia? Padres que ofrecen a sus hijos menores a pederastas. Muchachas que emigran y se dedican a la prostitución. Yo suelo decir que las tres cuartas partes de mi cuerpo se compone de semen; pues bien, tengo la impresión de que las tres cuartas partes de Tailandia se componen también de ese jugo asqueroso, el cual, paradójicamente, es el agente transmisor de vida.

—La culpa es de los occidentales, amigo. Ellos han pervertido Tailandia como los soldados americanos pervirtieron el Vietnam. El budismo en sí es puro. Y un buen budista es también un hombre puro.

Pero últimamente la doctrina se ha adulterado como, por otra parte, ocurre con todas las religiones. ¿Qué tiene que ver el cristianismo actual con el que Cristo fundó? ¿Es que Nueva York o Barcelona, tienen algo que ver con Nazaret? ¿Es que los bancos de mi patria, Suiza, y las finanzas del Vaticano tienen alguna relación con la Jerusalén del Calvario? ¿Es que la usura de los jeques árabes y la danza del vientre se asemejan a las enseñanzas del Islam? Claro que Mahoma no fue precisamente un hombre casto, admitió la poligamia y prometió un cielo con huríes; pero no amaba el dinero. Murió pobre y en la agonía se acordó de algunas pequeñas deudas y ordenó que se cancelaran.

—¿Existe algún país en el que el budismo haya respetado su ortodoxia original?

—Ninguno. Tal país pudo haber sido la India, pero los ingleses cuidaron de que no fuera así. Algún budista, individualmente, guarda el tesoro de su ejemplaridad, pero para imitarle debería usted regalar a los pobres de Bangkok su indumentaria, vestirse de montañero y acercarse a los Himalayas. Allí es posible encontrar un Buda reencarnado en gurú o mero sacerdote vacunado contra el deseo. Yo estuve una vez en Bhutan y conocí a un budista que había ya alcanzado la edad de ciento cuarenta años, que no se había cortado el pelo jamás, con una barba hasta los pies, que se alimentaba de yerbas y llevaba medio siglo sin pronunciar una palabra. Pero no le aconsejo que vaya en su busca. Lo más probable es que haya muerto y a lo mejor, y en pago a sus méritos, se ha reencarnado en una criatura que su amigo Logdse detesta: en ciudadano americano.

Le pido consejo al director del hotel. ¿Dónde puedo encontrar la Verdad que ando buscando desde que abandoné mi ciudad, mi casa, mi despacho, a mis padres?

El director, que también fuma en pipa, suspira, reflexiona unos momentos:

—Pruebe usted la doctrina de Confucio, uno dé los grandes creadores o pensadores chinos. Vaya usted a Formosa, a Taipei. Le daré una tarjeta para un colega mío que regenta un hotel, el Ambassador.

Se ha casado con una mujer china y, al parecer, vive feliz, o, por lo menos, tranquilo. Es un enamorado de las pagodas. Tiene un defecto: sufre de urticaria y continuamente tiene que rascarse los brazos y las piernas.

Lo cierto es que no puedo abandonar Tailandia sin tener una larga conversación con Logdse, dado que me falta saber qué ocurrió en la última etapa de Buda, cómo murió y cómo se desarrollaron sus

funerales. Supuse que mi querido bonzo me hablaría con pena del fin del fundador y no fue así. Claro, para él la muerte no es irremediable. Es un mero tránsito a un estado que en el caso del Gautama sería un estadio superior, aunque no se le ocurría cómo podía ser un estadio superior al propio Buda.

Logdse me remite al libro que me prestó. «Lea usted los últimos capítulos». Obedezco y, sentado en mi sillón, excesivamente bajo, enciendo una de mis pipas y leo: «Muerte de Buda».

«Era la estación de las lluvias cuando el Gautama fue atacado por los primeros dolores. Envió mensajes a todos los conventos, convocando a los monjes. "Hoy he llegado a la edad de ochenta años y mi cuerpo es como un viejo carro destrozado. ¿No dije siempre en mis predicaciones que nada en la tierra es capaz de oponerse a la destrucción y a la muerte? Sería injusto que yo me salvara de la destrucción. Me voy hacia el más alto de los cielos etéreos, pero también allá arriba todo tiene fin, todo perece". Llegado el momento se puso en camino y se detuvo en el Bosque de los Mangos, donde se alimentó de cerdo, lo que agravó su estado de salud. Allí habló largamente a los fieles, instruyéndoles en su doctrina, exhortándolos a obrar bien y a la constante búsqueda de la verdad, del camino. "Después de mi muerte —dijo— predicad el bien, haced el bien. En cualquier parte donde el bien sea hecho, allí estaré yo". Ordenó que le acercasen un lecho, se acostó sobre el lado derecho, apoyando sobre la palma de la mano la cabeza vuelta hacia el norte y por último se elevó, mientras la tierra temblaba, la luz del día se oscurecía, los príncipes y monjes lloraban y los árboles perdían sus ramas».

El relato me estremece por sus equivalencias con la muerte de Cristo, aunque en el caso de Buda no hubo un Sanedrín, ni un Poncio Pilatos, ni una crucifixión. Mi estado de ánimo, confuso, no me permite valorar con justicia el sentido de ambas muertes.

Llamo a mi guía Logdse, constato que no conoce absolutamente nada de la muerte de Cristo, de sus últimas palabras, de su resurrección y de su pretendida elevación al cielo, para sentarse a la diestra del Padre. Le ruego que me explique él mismo, de viva voz, cómo se produjo el entierro de su soberano. Accede a mi petición, con una rara expresión de contento en su rostro. «Siete días después de su muerte, los restos mortales de Buda fueron llevados al sur de la ciudad y los quemaron. Cuenta la leyenda que la hoguera se encendió por sí sola y por sí sola se extinguió, mientras un intenso perfume de jazmín embalsamaba el ambiente. Se produjo una auténtica batalla entre los diversos príncipes para quedarse con las cenizas. Por fin, estas y las reliquias fueron colocadas dentro de cajas de oro y cristal de roca.

Todo fue guardado en una urna de piedra, sobre la cual se elevaba una torre. Esta tumba fue poco a poco enriqueciéndose con nuevas decoraciones esculpidas y con inscripciones simbológicas. Finalmente fueron a parar a un convento expresamente construido para ello en Calcuta». «Todas las reliquias —informa Logdse— están hoy esparcidas por el mundo y cada una de ellas es objeto de peregrinación. Yo mismo me preparo para viajar hasta una colina de Ceilán, donde se conserva un diente del Gautama. Intentaré recorrer el trayecto a pie, sin sandalias siquiera. Todo es cuestión de voluntad».

En mis adentros siguen las comparaciones, pero procuro eludirlas. El director del hotel advierte mis perplejidades y me aconseja que renuncie a comprender. «En el budismo todo es misterio, al igual que en el cristianismo. En cuestiones de religión la lógica no sirve para nada. Supongo que ya se lo enseñaron en los jesuitas: Es cuestión de fe. Yo solo tengo fe en la buena marcha de mi negocio, en las piruetas aéreas de los monos de la piscina, en que usted me pagará la factura… y en que las lagartijas traen buena suerte».

En la última entrevista, Logdse me cuenta, por primera vez con un leve tono entusiasta, que el budismo, iniciado en un bosque y bajo una higuera, se expandió pronto por toda Asia y que actualmente los fieles budistas suman decenas de millones y se presiente cómo la religión puede atraer a las almas más nobles de Occidente.

—La relajación actual, la prostitución infantil, etcétera, es una pura anécdota, un fugaz instante en el concepto Tiempo. Si el cuerpo humano se deteriora, si se deteriora el medio ambiente y en invierno, cíclicamente, se caen las hojas de los árboles, también se deterioran las religiones. Pero la nuestra renacerá porque postula el pacifismo, la hermandad universal.

—Todo eso está muy bien —le replico—, pero semejante sermón lo he oído ya en mi tierra referido al cristianismo. He de confesarle que el budismo se me antoja en exceso fatalista. Usted, Logdse, en vez de destrozarse, descalzo, desde aquí a Ceilán para venerar un diente, debería suicidarse, para acortar la distancia que pueda separarle del Nirvana, ese Nirvana que ni siquiera usted sabe en qué consiste. Por otra parte, me temo que se ha encerrado usted en una cueva y que no recibe otra información que la que le dan sus superiores. ¿No formarán ustedes un gueto? ¿No se dice que Buda se contempla eternamente el ombligo, a pesar de sus increíbles intuiciones?

—¿No será que se ha defraudado usted a sí mismo? Si me lo permite, señor, oyéndole y, sobre todo, observando la expresión de su cara, me permitiría decir que quien se ha encerrado en un gueto personal es usted. A lo que nosotros aspiramos es a la relajación.

—Sí, empiezo a conocer la historia: el autodominio. Póngame, por favor, un ejemplo práctico de hasta dónde llega usted, personalmente, a través del autodominio.

—No me creerá usted, pero yo he conseguido, por ejemplo, comer estiércol y deleitarme como si fuera miel.

—Comprendo. Con eso me basta. ¿He de entender que a mi paisano, el niño Osel, que al parecer es la reencarnación de un lama, le dan de comer estiércol?

—Pues no lo sé… ¡Osel! Tengo de él las mejores referencias. Está en un convento del Nepal y ha conseguido incluso no echar de menos a su madre, que se ha quedado en España, disconforme con la trayectoria que sigue su hijo. Osel, Osel… Por fortuna, su padre está a su lado y ello le basta. Sabe usted, Buda dijo ya muchas cosas, un tanto contundentes, con respecto a las mujeres…

—¿Por ejemplo?

—Es usted un ser curioso, señor. Siempre necesita usted ejemplos. Pero lo comprendo. Viene usted de un mundo que no se conforma con la realidad, que solo la admite si le ponen un espejo delante.

—Por favor, ¿qué dijo Buda de las mujeres? ¿Las amaba, como yo, o las menospreciaba, como muchos teólogos cristianos?

—No sé si menospreciar es el verbo exacto; pero, desde luego, sí que las consideraba peligrosas. Hay un texto suyo que me sé de memoria, porque he de confesarle que las mujeres también me gustan a mí. El texto dice: «Las mujeres son envidiosas. Por una que sea juiciosa, hay mil que son locas o malvadas. La mujer excita el deseo, y el deseo es dolor. La mujer es más secreta que el camino por donde, dentro del agua, pasa el pez. Es raro que diga la verdad, porque la mentira forma parte de su naturaleza». Por eso aconsejó que evitáramos a las mujeres…

—Acaba de noquearme usted. Acaban de perder ustedes un posible discípulo. Las mujeres, para mí, son lo único que se salva de la naturaleza, casi siempre detestable.

—Son puntos de vista. Confío en que el niño Osel, acordándose de su madre, comparta la opinión de nuestro Maestro.

—Supongo que tengo el derecho a sentir compasión por usted.

—¿En qué sentido?

—Le supongo a usted célibe, como nuestros monjes de clausura.

—Por descontado. Buda, en esa dirección, llegó muy lejos. Aconsejó incluso que los monjes, si nos veíamos obligados a utilizar una cabalgadura, renunciáramos a montar en una yegua…

—¿Me permitirá usted que encienda mi pipa? La pipa es el instrumento que suelo utilizar para protestar.

—¿De qué le sirve la protesta? El mundo budista puede sobrevivir y expansionarse cada vez más, al margen de lo que los no budistas opinen de él. Personalmente, señor que viene del Oeste, continuaré respetando nuestras reglas monásticas, que si no está usted cansado le resumiré…

—¿Cansado yo? Soy todo oídos. Descubrir un mundo nuevo es siempre fascinante.

—No hay mundos nuevos. Simplemente hay mundos desconocidos. Pero volvamos a mis obligaciones como tal monje: solo puedo aceptar óbolos en especies, nunca en dinero. Solo puedo poseer tres túnicas, una navaja, una aguja, un filtro y una marmita. He de vivir mendigando, pero solo puedo mendigar por la mañana. Pasado el mediodía, no puedo probar alimento. Pero la pobreza no significa suciedad: he de limpiarme regularmente las uñas y los dientes, y afeitarme la cabeza por lo menos dos veces al mes. En mi templo, donde seguimos las reglas del Tibet ocupado ahora por los comunistas chinos, no podemos matar a nadie, lo cual, en cierto modo, debe tranquilizarlo a usted. No podemos matar ni siquiera a un animal. Y para evitar tragarnos algún mosquito, con frecuencia llevamos un velo delante de la boca. Y antes de beber debemos sacar delicadamente del agua los mosquitos que pudieran nadar en ella.

—Teniendo en cuenta, monje Logdse, que yo no soy monje, ni creo que lo sea nunca, ¿me permitirá que saque del minibar una botella de whisky, dentro de la cual no creo que se encuentre ningún mosquito?

—¿Por qué dice usted minibar? Los tamaños no existen. Son espejismos. Las cosas son pequeñas o grandes con relación a otras cosas. Para una hormiga es usted un ser de gran tamaño; para un elefante es usted un ser mínimo.

—Entonces, ¿cómo sabré si lo que usted acaba de decir es una gran verdad o una gran mentira?

—No lo sabrá nunca. Pero ¿por qué necesita usted saberlo?

—¡Es usted el diablo! Empiezo a preguntarme si estoy loco…

—Como todo el mundo, como yo mismo, hay momentos en que está usted loco y otros momentos en que es usted cuerdo. Aunque, si me lo permite, le diré que nadie sabe qué es exactamente la locura.

Abro la botella de whisky, lleno un vaso con hielo —¿habrá dentro algún animalito congelado?— y tomo un sorbo. El diálogo, que confieso que estimula mi ordenador cerebral, discurre por los mismos cauces hasta que Logdse me habla del cosmos, en el que el Sol y la Luna se atraen y se rechazan a la vez. Entonces aprovecho para informarle de que mi padre es un ser afortunado, ya que una estrella ha sido bautizada oficialmente con su nombre. Logdse sonríe.

—Eso no es ninguna novedad. Cada budista tiene una estrella a su nombre.

—Pasemos página. ¿Cómo denominan ustedes el hecho, o el acto… conseguirá usted que me vuelva tartamudo, de morir?

—Morir es cruzar a la otra orilla.

—¿Orilla de un lago, del mar?

—No, no. Orilla de un río. La vida es cósmica, un río que fluye sin cesar, fecundándolo todo a su paso.

—¿Y dónde desemboca su río, si puede saberse?

—No desemboca en ninguna parte. El río de que hablo no es nuestro querido Cao Pya. Es el río de la eternidad.

La verdad es que, pese al whisky, me siento cansado, de modo que decido poner punto final.

—Mi querido y admirado monje, ya que me consta que no aceptaría usted dinero, ¿puedo dejarle algún objeto como recuerdo, un *souvenir*?

—Pues sí, puede usted dejarme una de sus pipas. A ser posible, que haya contenido un poco de opio. El opio, en dosis razonable, inunda de paz el corazón.

Le entrego la última pipa que me regaló Lupe, que mi «guía» acepta como si se tratara de una reliquia de Buda. Y nos despedimos dedicándonos mutuamente la última reverencia. El monje, al volverse de espaldas, para regresar a su templo, estornuda por última vez.

Capítulo III

Por fin llega el momento de trasladarme a Taipei, la China nacionalista, que fundó Chiang Kai-Shek al ser vencido por las tropas de Mao Tsé-Tung, el gran calígrafo de los ideogramas, el gran poeta del agua y del bambú, y también uno de los más crueles dictadores que la historia ha registrado. En fila india —plástica expresión— subimos al cuatrimotor —los chinos llaman al avión «pájaro eléctrico»— que en poco más de dos horas nos conduciría a la capital de Formosa, nombre que se debe a los navegantes portugueses. El aparato es confortable y emite música oriental, que a mis oídos suena como una mezcla de chirridos. El mar de nubes me impide ver si la tierra, allá abajo, es un desierto o la selva que suele llamarse virgen. Es el milagro de la aviación, del que Logdse, es de suponer, habrá oído hablar. En un minuto el avión nos secciona de lo anterior trasladándonos a un universo irremediablemente distinto. Pasajeros a tope. La China nacionalista se ha convertido en un país de renta per cápita elevada, según una encuesta que llegó, vía ordenador, a mi despacho de la calle Balmes.

La azafata, de ojos más oblicuos que los de las que me acompañaron a Bangkok, me ofrece de inmediato un paño húmedo, caliente, con el que me froto la cara y las manos con cierta fruición. Hubiera dicho que con este rito despejaba el concepto fatalista de la existencia que, debido a la doctrina budista, había martilleado mi cerebro. No obstante, no puedo alejar de mi memoria el último dato que me procuró el director del hotel: que Buda presintió, e incluso describió, «la bomba atómica». En efecto, dejó dicho que «El Cosmos se compone de un número infinito de universos en miniatura, del átomo a los sistemas solares». «El átomo tiene carga positiva y negativa en equilibrio. Si por un determinado procedimiento se llega a romper la unidad del átomo, el elemento solitario se transforma en energía, por la repetición inmediata y fulgurante de la escisión nuclear continuada en cadena», fenómeno que Buda denominó «Rayo Resplandeciente». Ello es, exactamente, la explosión atómica. Pienso que a mi padre le interesará vivamente conocer ese sentido de

anticipación del Buda, que predijo además otros muchos adelantos científicos.

Volamos a una altura de ocho mil metros y a ochocientos kilómetros por hora. Llevamos una hora de vuelo y todavía no nos han permitido desabrochar el cinturón; en cambio, nos permiten fumar y yo enciendo la pipa que me regaló Segismundo, lo que me permite echar por la boca el humo de mis secretos temores. De improviso se abre un claro entre las nubes y puedo ver abajo el gran mar del Este, surcado por un barco solitario. ¿Cuál sería su bandera? El barco es una miniatura casi risible. Es obvio que a partir de cierta altura todas las banderas parecen iguales. Ello me invita a reflexionar y digo para mis adentros que Los astronautas llegarán a ser, quizá, los hombres más ecuménicos que jamás hayan existido.

El aterrizaje en Taipei es correcto. ¡Estoy en China, en la inmensa, inacabable China, donde se cocieron buena parte de los descubrimientos que han permitido a los occidentales avanzar hacia el dominio de la naturaleza! Posiblemente el primer hombre que extrajo un corazón y lo examinó fue un chino, un anónimo Leonardo da Vinci. Algunos textos he leído a lo largo de mi vida referidos a China y a los chinos. Recuerdo los del filósofo Lin Yutang, del que me dijeron que había muerto precisamente en Taipei. Recuerdo también el de Giovanni Papini: «Los chinos se han valido de la república de Sun Yat-Sen para liberarse de los parásitos del antiguo Imperio manchú; se han valido del bolchevismo para liberarse de los parásitos de la república burguesa; un día u otro se liberarán del comunismo, bajo cualquier bandera acomodaticia. Forman un pueblo sin escrúpulos, que se sirve de las ideas pero que se niega a ser esclavo de ellas. Con el tiempo, la Tierra les pertenecerá».

El pronóstico se me antoja un poco fuerte, pero no puedo por menos que recordar la objetividad de las estadísticas: China, la China continental comunista y la China Nacionalista, que funciona en Taiwan, Formosa, en cuya capital me encuentro, alojado en el hotel Ambassador, a cuyo director he saludado en nombre del director del hotel de Bangkok, los chinos, digo, suman ya 1.200 millones de habitantes, la quinta parte de la humanidad.

El hotel Ambassador, menos lujoso que el de la capital de Tailandia, es funcional, moderno, como mi despacho, y carece de la «magia» de lo exótico. La cena que me han servido es un reto un tanto difícil para mí, pues se compone de sopa de alas de mariposa, hígado de tortuga, ¡y serpiente! Comerse las mariposas es una empresa menos alada de lo que podría suponerse; comer serpiente, aunque las salsas la cubran y la disimulen, constituye para mí un revulsivo espectacular.

Por fortuna, una orquesta filipina ameniza la velada, y su sentido del ritmo es contagioso, comparable al de los sudamericanos, lo que acaso pueda atribuirse a la impronta que los españoles dejamos en aquel archipiélago.

El director del hotel es francés, se llama Marcel Latour y, enterado del objetivo de mis andanzas por Oriente, me dice que puede poner a mi disposición, en calidad de guía y asesor, a un misionero católico, jesuita por más señas, o bien a un guía seglar, francés, Jean-Louis Deudon, hombre joven, políglota, que suele decir que el Arco de Triunfo de París debería tener forma de pagoda.

—Prefiero al guía oficial, prefiero a Jean-Louis Deudon. Los misioneros católicos barrerían para su casa.

—¡Oh, no lo crea! Llevan años aquí, son muy ecuánimes y han aprendido, tal vez con cierto sufrimiento, que hablarle a un chino de la Virgen María, de que Dios tuvo un hijo y que a este Hijo lo crucificaron es perder el tiempo. Para no mentar la transubstanciación y la unión hipostática. Se dedican en cuerpo y alma a ayudar al prójimo, empezando por la educación de los niños. Les enseñan a lavarse, los buenos modales, a hablar en voz baja y a descubrir la vocación que mejor encaje con su carácter. La gente los respeta mucho y los quiere.

Marcel Latour confirma el dato que me dio el director del hotel de Bangkok: empieza a rascarse brazos y piernas: la urticaria. Aseguraría que encuentra cierto placer en la acción de rascarse. Debe de ser su manera de fumar en pipa.

Media hora después estoy sentado en el *hall* delante de un muchacho rubio, de porte atlético, parisino por azar y también por convicción. Pronto llegamos a un acuerdo sobre sus honorarios. Será mi cicerone mientras dure mi estancia en Formosa. Gesticulante, habla con extrema lentitud, como si hubiera aprendido a no tener prisa. ¡Lleva una corbata italiana! ¡Y unos zapatos españoles! Y, en la corbata, la insignia de la ONU. Descubro con suma facilidad que se trata de un «ciudadano del mundo», de un partidario del no-racismo, de alguien que no cree en la superioridad o inferioridad de unas razas sobre otras. «Varían las formas, pero, en el fondo, todos somos iguales». Tiempo tendré —pienso— para discutirle tamaña afirmación.

Lleva mucho tiempo en Formosa. Conoce la isla palmo a palmo y, antes de hablar de Confucio, que es el tema que mayormente me importa, me facilita varios datos que estima de interés. Merecería ser sociólogo. Los dos tercios del territorio taiwanés son montañosos, por lo cual, para sacar el país adelante, ha sido necesario industrializarlo e importar a cambio productos agrícolas.

—Por cierto, que en las montañas del norte viven aún unos doscientos mil aborígenes, los chiwans, de origen malayo polinesio, cuyo vicio roedor es el alcohol. Algunos de dichos aborígenes se dedican ¡todavía! a cortar cabezas. No tema, *cher maître*. Le acompañaré por toda la isla, excepto al territorio de esos bárbaros, aunque quiero aclarar que ellos no tienen la culpa de serlo. En el fondo, actúan de acuerdo con el sentimiento religioso, primitivo, que han heredado, y que se basa en los sacrificios rituales. También en París, a lo largo de la historia, se han cortado cabezas en nombre de un ideal. Y no hablemos de España, y menos aún de la Inglaterra que, a caballo de su imperio, ha matado, expoliado y sembrado cizaña por doquier. Eso de los imperios, *cher maître*, es una lata.

—Por favor, Jean-Louis, ¿cómo justificaría usted esta afición ritual de los chiwans?

—Ellos creen que en la cabeza habita «el alma». En consecuencia, aquel que corta una cabeza se apodera de su jugo vital, lo que puede serle útil en su próxima reencarnación.

—¿Esas tenemos?

—¡Pues claro! Asia es así y debe andarse con mucho cuidado en el momento de opinar y juzgar. En muchos aspectos nos dan cien vueltas, ya lo verá. Le informaré de algo curioso. En otro lugar de esta isla, la cuenca del Tarim, hay un cementerio «para los no nacidos todavía», es decir, para los espíritus de quienes «ya vivieron una vez» y que ahora esperan la llegada de su nueva envoltura corporal.

No puedo evitar una exclamación de asombro. «Cementerio para los no nacidos todavía…»

—Si continúa usted, joven, facilitándome informes de este calibre, le pagaré el doble de lo estipulado.

—Pues vaya usted preparando una importante suma de dólares.

Tomamos un té, yo enciendo mi pipa y mis oídos se alegran ante los elogios que mi cicerone dedica a «mi francés».

—¿Cree usted, Jean-Louis, que su idioma es superior a todos los idiomas, que es el más preciso, que los escritores franceses son quienes se expresan con mayor claridad?

—De ningún modo. No hay idiomas superiores.

Cada «tribu» tiene el suyo y esto les basta. Ni siquiera creo que el idioma con que se comunican los animales sea inferior. ¡Y por lo menos no cometen faltas de ortografía! Y ahora, ¿qué le parece si damos una vuelta por Taipei? ¡Tiene usted que ver el pueblo chino en su salsa, en su ambiente!

—De acuerdo.

—¿Se siente usted capaz de ir andando? Porque eso de alquilar un

taxi, como hacen los turistas americanos, es caer en una trampa.

—Andando, Jean-Louis. Es usted mucho más joven que yo, pero todavía no me he jubilado.

Tres horas después estamos de vuelta. ¡He visto millones de chinos! O, por lo menos, esa es mi impresión. La ciudad, pese a sus rascacielos y excesiva occidentalización, conserva su singularidad oriental, que se manifiesta en los ideogramas, en los templos, en la decoración, en el vestir femenino, en el vuelo de las sombrillas, en los sugestivos anuncios de los cines. Y, especialmente, en su diversidad, o bien, para usar un término que a mí me place, en sus contradicciones. En efecto, junto a imágenes de extremado refinamiento he sido testigo de espectáculos deprimentes, como el de los transeúntes soltando el moco por la calle, eructando, orinando en los bordillos de las aceras o junto a las tapias. Jean-Louis me aclara: «Así es. Las funciones fisiológicas son consideradas por los chinos como algo perfectamente natural, que no tienen por qué ser realizadas a escondidas».

Jean-Louis me somete a una prueba harto difícil: adivinar la edad de la gente. Me resulta imposible. Personas a las que atribuía veinticinco años, según mi monitor rozaban los cuarenta. Otras a las que calculaba cuarenta años —mi propia edad— rebasaban los sesenta. Por contraste, algunos adolescentes ofrecían rasgos de vejez prematura.

—Le daré una pista, *monsieur*. Los orientales envejecen normalmente por ciclos bastante detectables. Ciclos fulminantes. Cara aniñada hasta los treinta años, luego, un súbito bajón. Otra etapa estabilizada hasta los cuarenta y cinco, y otro bajón. A partir de ese momento, e inesperadamente, la senilidad. Al parecer, ese fue el itinerario de los dos grandes maestros que usted ha venido a conocer: Confucio y Lao-Tsé. Y observará usted que apenas si hay calvos, al igual que acontece en el Japón.

Asimismo se me ha grabado en la retina la imagen de los mercadillos, que abundan junto a los grandes almacenes modernos. Tenduchos con una simple bombilla colgando del techo, en los que se ofrecen pasteles, tortas, buñuelos —siempre me han encantado los buñuelos—. Olor a churrería, a maderas resinosas, a especias. Olor dulzón, tanto más sorprendente cuanto que, según Jean-Louis, apenas si utilizan el azúcar.

Capítulo aparte, los «sacamuelas». Ahí no ha llegado la influencia americana. Vitrinas en las que exhiben diversos modelos con dentaduras de oro. Los clientes hacen cola y sustituyen la dentadura sana por otra artificial, estimando que es más estética, que les favorece.

—Habrá observado usted el estoicismo con que los clientes soportan la operación. La mayor parte de ellos renuncian a la anestesia.

Asombroso. Como resulta asombrosa la indiferencia con que circulan los taiwaneses, los chinos.

Mi impresión es que los extranjeros, los «turistas», no les interesamos en absoluto. Sus sonrisas y reverencias no ocultan en ningún momento una total falta de curiosidad con respecto a quiénes somos, a cómo somos.

—¿Puedo decir que se consideran autosuficientes?

—Yo diría que sí.

—Pecado de orgullo.

—Desde el punto de vista de un ciudadano del mundo como yo, por descontado. Pero debo matizar. Los chinos, cuando se refieren al YO no se tocan el pecho, como nosotros, sino que se tocan la nariz. La nariz y el ombligo son sus centros de referencia personal. Raramente se besan: les basta con el muestrario, por otra parte, interesantísimo, de reverencias. Un hijo no se inclina igualmente ante su padre que ante un hermano o el abuelo. Esto se puede observar sin dificultad en los entierros, cuando desfilan los asistentes ante los parientes del muerto. Son reglas de protocolo antiquísimas, algunas de las cuales provienen de Confucio, el gran doctrinario y experto en protocolo.

—¿Qué me dice usted de los médicos de Taiwan? ¿Son buenos, malos, regulares?

—¡Ah, ese es otro tema! Ya sabrá usted que la medicina china es la más antigua del mundo. La mayoría de enfermedades no se tratan aquí con los métodos occidentales, a excepción de las intervenciones quirúrgicas. La acupuntura, la moxa, las inyecciones de cartílago, cartílago de tiburón. Esa dicotomía del yin y el yang, de la que a lo mejor usted se mofa, tiene su aquel. Son meridianos de energía, circuitos de energía. El origen de esta ciencia es también, como casi todo en la sociedad humana, religioso… Ahí interviene también Buda, para quien nuestros dioses, o nuestro Dios, son falsos. El único dios verdadero es la Energía.

Tiempo habrá para ahondar en la psicología china, pues he decidido para mis adentros permanecer en Taipei mucho más tiempo que en Bangkok. Le ruego a Jean-Louis que me hable de Confucio, de su personalidad, de sus posibles analogías con Buda. Y Jean-Louis, que se autodefine como cristiano, reacciona lo mismo que el monje Logdse: es mejor, o más práctico, que me lea un par de biografías sobre el Maestro. «Digo Maestro porque para mí lo es. Extraordinario. Su vida es menos literaria, por no decir poética, que la de Buda; pero

es mucho más práctica y realista, lo que para un francés como yo, hijo de Descartes, resulta mucho más seductor».

Al día siguiente de mi llegada me encuentro solo en mi habitación, sentado al estilo occidental, humeante la pipa repleta de tabaco que me ha suministrado el director del hotel, tabaco con una mínima pero suficiente dosis de opio. Dos biografías de Confucio, ricamente encuadernadas, salidas de la Biblioteca Nacional. Me sumerjo en su lectura, agradeciendo que nadie a mi alrededor estornude con frecuencia. Para tener la seguridad de que soy YO quien lee y vive, me toco repetidamente la nariz. Cabe decir que todavía no he acariciado a ninguna mocita taiwanesa, ya que, al parecer, en Taipei eso de hacer el amor no es tan prioritario como en Bangkok o como en el *pub* de la, ¡ay!, lejana Lupe.

»Confucio nació el año 551 a. J.C., en la ciudad hoy conocida por Shantung, en el norte de China. Cuenta la leyenda que el nacimiento de Confucio fue anunciado por esos signos celestiales que inevitablemente acompañan el nacimiento de los héroes: mientras la madre daba a luz, "dos dragones velaron toda la noche junto a la puerta de la morada, y las hadas encendían pebeteros e incienso para perfumar el aire". Su padre, Kung el viejo, gobernador de provincia, no sobresalió en nada, de suerte que Confucio no nació en cuna de oro, como Buda, sino en hogar modesto, por lo que durante su infancia desempeñó por algún tiempo el oficio de guardador de rebaños y graneros públicos. Su madre se llamaba Chentsai y enviudó pronto, debido a lo cual Confucio conoció la pobreza. Confucio, al referirse a la muerte de su padre, escribió que "partió hacia las Fuentes Amarillas", tranquilo, confiando además en que, por haber tenido un hijo varón, su alma no habría de quedar desamparada en el reino de ultratumba. El recuerdo de los esfuerzos de su madre influyeron decisivamente en su posterior doctrina, que podría resumirse en la "piedad filial".

»Su torso era arqueado, como el del dragón, los labios gruesos, como un buey, y tenía una boca grande como el mar. Por lo demás, los bigotes le colgaban de la cara como tres largos flecos, su estatura era aventajada y vigorosa su complexión. Desde niño mostró gran interés por toda clase de ritos y ceremonias. Posiblemente, de haber nacido en "algún país del Oeste", hubiera asistido con entusiasmo a la liturgia del Vaticano, y con entusiasmo a los carnavales de Venecia. Aficionado a la música, aprendió a cantar y a tocar el laúd y la cítara. Lector voraz, no se registran en su adolescencia juegos ni deportes, ni horas de recreo. Autodidacta tesonero e infatigable, se ha dicho de él que "no tuvo maestros sino discípulos", circunstancia que Gandhi

atribuye también a Jesucristo.

»A la edad de diecinueve años se casó con una muchacha de la que bien poco se sabe, pero que, según consta en los archivos, pertenecía a su misma clase social, acorde con el refrán de su tierra natal que advierte que "el matrimonio ha de ser siempre con la puerta de enfrente". Tenía una gran debilidad por el jengibre, que no podía faltar en su mesa. Concedía suma importancia al sueño. "Si un hombre es irregular en su sueño la enfermedad acabará con él". Amante de los buenos modales, no dormía de espaldas sino adoptando la postura fetal.

»A la muerte de su madre interrumpió sus trabajos, según prescribían los viejos ritos y guardó un luto de tres años, durante los cuales meditó sobre las leyes supremas de la moral y las tradiciones patrias. Revisó concienzudamente los libros sagrados en busca del camino de la sabiduría y, sobre todo, de la moderación. Fue entonces cuando tomó la decisión de modificar las costumbres de su pueblo, enzarzado en continuas guerras entre los señores feudales y el "proletariado". De hecho, durante esos tres años abandonó toda actividad, excepto la enseñanza. Aficionado a la caza, dejó de cazar. Aficionado al jengibre, se abstuvo de él. Se cortó los flecos que le colgaban de la cara. Y obligado a decidir sobre la ubicación de la tumba materna, respondió: "Yo soy un hombre que pertenezco al Norte y al Sur, al Este y al Oeste por igual". Primer indicio de su vocación filosófica. Cuando la tierra estaba todavía fresca encima de la tumba de su madre, cayó una abundante lluvia que se bastó para deshacer el túmulo. "Lamentable —dijo, con su habitual sinceridad— que lo sucedido tenga un culpable: yo mismo". En efecto, tal percance se debió, a su juicio, a que se había apartado de la sencillez de sus antepasados. En lo tocante a sus enseñanzas: —"No juzguéis y no seréis juzgados", "Haz a tu prójimo lo que quieras para ti"—, podría decirse que se dirigían a la redención de su pueblo, para moderar su pensamiento y hábitos anclados en la más peligrosa de las rutinas».

«Yo no pretendí nunca fundar una religión, de lo que, por cierto, me arrepentí en el momento de morir. No pretendí ser santo, ni profeta, ni poseer la clave de los secretos del universo. En realidad, en mi doctrina concedí escaso lugar a lo sobrenatural. Evité siempre la palabra "dios", aunque sí hablé del "cielo". A mis discípulos les decía: "No sabemos lo que es la vida, ¿cómo vamos a saber lo que es la muerte?" Mi empeño más ferviente fue conseguir que el hombre *obrara bien*. No hablé jamás de devolver el bien por mal, ya que tal proceder es contrario a la naturaleza humana. Intenté explicar, con palabras sencillas, las diferencias que hay entre el hombre bueno y el

mal hombre, entre el bien y el vicio, basándome en la convicción de que comer, beber y practicar las relaciones sexuales son los tres grandes instintos humanos.

»Siempre estuve convencido de que hay tres cosas contra las cuales el hombre debe defenderse: los apetitos de la carne en edad temprana, la agresividad en los años adultos, la ambición durante la vejez. La palabra *infinito* me horrorizaba, como me horrorizaba la palabra *eternidad*. Me detuve siempre en las fronteras de lo que los clásicos de mi país, empezando por Lao-Tsé, llaman *la tierra incógnita*.

«Entendí que es preciso respetar a los espíritus, pero manteniéndonos alejados de ellos. No había dioses en mis altares, ni tampoco santos ni demonios. Mis ojos no querían despegarse de la tierra. Me preciaba de tener *sentido práctico*, pese a lo cual buena parte del pueblo me tildaba de loco. ¿El alma inmortal? Problema grave. Si decía que los muertos conservaban su personalidad y estaban dotados de conocimiento, corría el peligro de que mis discípulos se suicidaran para reunirse lo antes posible con sus padres difuntos. Si decía lo contrario, el peligro radicaba en que los hijos impíos no tendrían en cuenta su obligación de sepultar y honrar debidamente a sus antepasados. Total, dejé la cuestión sin respuesta. Enfocaba los problemas con visión científica, lo cual, llevado al extremo, es sinónimo de dogmatismo».

En el libro que estoy leyendo, y que me resulta apasionante, sobre todo relacionándolo con la biografía de Buda, encuentro consejos que hacen humear más que nunca mi pipa, cuya mínima dosis de opio tiene la virtud de llenarme de una paz desconocida. En mi habitación reina un silencio absoluto, sin el peligro de que aparezca desnuda una Venus como me sucedió en Bangkok. Como fruta y bebo vino tinto, de Borgoña, obsequio del director del hotel, *monsieur* Latour, que debe de estar rascándose los brazos y las piernas. Algunos de los consejos que me llaman la atención y que el biógrafo, anónimo, pone en boca de Confucio son: «Adondequiera que vayas, ve de todo corazón». «La mayor culpa es tener culpas y no tratar de corregirse». «El hombre superior ama su alma, el hombre inferior ama sus bienes». «El sabio lo espera todo de sí mismo, el hombre vulgar lo espera todo de los demás». «El camino de la verdad es ancho y fácil de hallar; el único obstáculo es que el hombre no lo busca».

Esto último no me atañe, puesto que si estoy aquí, en esta ciudad habitada por gentes sencillas que cocinan buñuelos y llevan sombrillas de colores, es porque ando buscando la verdad que en Occidente me fue vedada. Y si estuve en Bangkok, con un pequeño Buda incrustado en la pared y un pianista ciego tocando en la piscina del hotel, es

porque ando por estos pagos buscando la verdad, si bien ya Logdse me advirtió que no la encontraría jamás, por la sencilla razón de que la Verdad no existe, o bien, si se exige un matiz, que el hombre es incapaz de encontrarla.

Reemprendo la lectura, después de que un camarero me haya traído, por cuenta propia, un paño húmedo y caliente para mojarme las manos. Estaba empeñado en bañarme también los pies, pero me ha dado pereza inclinarme para quitarme los zapatos. El autodominio que detecto desde que pisé Asia no reza para mí. De modo que, comparándome con Confucio, sigo considerándome un ser corrupto, tan corrupto como algunos novicios budistas que, según me confesó Logdse antes de partir, practicaban con frenesí la homosexualidad.

«Confucio se empeñó siempre en culparse a sí mismo del fracaso que conoció en la última etapa de su vida. Y evitó hablar de sus éxitos… Cabe recordar que su autoridad llegó a ser tan fuerte que el rey Tsi le nombró su ministro, gracias a cuyo cargo administró la justicia, reformó los impuestos, fomentó la agricultura y llevó a cabo una gran labor de limpieza, sin apelar en ningún momento a la violencia o al simple castigo. Viajó por todo el Imperio preconizando el orden, el respeto a las jerarquías. Durante su estancia en la corte, cuyo monarca contaba con ochenta y nueve concubinas que bailaban como las espigas de trigo cuando el viento arrecia, y que tocaban la flauta de jade y los címbalos de oro como los mismos ángeles, a cierto príncipe que le pedía consejo se limitó a decirle: “Empieza por aprender a gobernarte a ti mismo”».

«Decepcionado de la corte y sintiéndose viejo y cansado, se retiró al lugar de su nacimiento. Sus fuerzas declinaron hasta tal extremo que en los últimos meses no pronunció una sola palabra, pese a la insistencia de sus discípulos. No consiguieron nada. Confucio se tendió en la cama sin quejarse de nada, sin emitir un solo gemido, sin tomar alimento alguno. A los siete días de su renuncia interior a continuar viviendo, y a punto de cumplir setenta y tres años, expiró en paz. Su cuerpo fue enterrado en las afueras de Ku-Fu junto a sus antepasados, que para él eran el enlace metafísico entre el Destino, al que también llamaba Cielo, y su trayectoria terrestre. Sus discípulos lo lloraron como a un padre, y puesto que la costumbre china seguía siendo que los hijos guardaran tres años de luto por la muerte de su progenitor, cumplieron debidamente con su deber y dedicaron todo ese tiempo a recordar y anotar las enseñanzas del Maestro. La compilación de tales enseñanzas se convirtió en la Biblia de la nación china».

En la siguiente biografía que leo, aunque algo fatigado, en diagonal, encuentro una cita que me golpea el ombligo: al parecer,

Confucio, en cierta ocasión, cuando las inundaciones daban la impresión de que acabarían con el Imperio de cuya jefatura burocrática él formaba parte, le dijo al ministro Pe: «He sabido que en los países de Occidente nacerá un hombre santo que, sin ejercer ninguna tarea de gobierno, impedirá los desórdenes; sin hablar, inspirará una fe espontánea; sin provocar trastornos, operará un océano de acciones; nadie conoce ni puede decir su nombre, pero en sueños he oído que será el verdadero Santo».

La sacudida es fuerte. ¿Confucio era también profeta? Mi cicerone, Deudon, que a buen seguro conoce este fantástico pasaje, me espera abajo, en el *hall*. Apago la pipa, me visto y tomo el ascensor, que renquea como mi estado de ánimo. Deudon está eufórico, porque acaba de decidir estudiar árabe, que a su juicio es uno de los idiomas indispensables para, en el futuro, poder comunicarse. «Los musulmanes rebasan ya los mil millones, es decir, andan a la par con los chinos». Su teoría es que no hay que leer la biografía de Confucio de un tirón, sino en pequeñas dosis, como el opio. «Es todo demasiado denso para nosotros los occidentales. Le propongo, *cher maître*, vagabundear de nuevo por las calles de Taipei y visitar un hospital bastante insólito, situado en las afueras. Me ha hablado usted tanto de su padre, cirujano cardiovascular, que he supuesto que le interesaría entrar en contacto con uno de los aspectos más curiosos de los métodos chinos para curar. No se trata de la acupuntura y derivados, sino de algo único, que nace en la psique del médico e incide sobre la psique del paciente».

Media hora más tarde nos encontramos en el hospital, ¡hospital psiquiátrico!, que goza de protección oficial. Mi experiencia fue viva, inolvidable. Recorrimos una serie de dependencias, gracias a que mi guía y asesor era amigo personal del director del centro. Vimos a un enfermo que tenía frío, que sentía frío siempre, pese a llevar cinco jerséis y a pasarse las horas sepultado bajo un montón de mantas. Era un narcisista. Experimentaba una alegría desbordante hablando de sí mismo, hablando de su extraña alteración. Aquel hombre me contó —Jean-Louis traducía sus palabras— que el día que conseguía meditar, y meditar consistía para él en contemplarse el ombligo durante dos horas seguidas, se le pasaba el frío y penetraba en un mundo de felicidad que anteriormente no había conocido. Pero transcurrían semanas sin que acertara a concentrarse lo suficiente, y entonces deseaba morir.

Otro enfermo padecía una enajenación que, según el médico director, era típicamente china: creía que el pene le desaparecía. Estaba convencido de ello y constantemente se palpaba para

comprobar si tal mutilación se había producido ya. «Y lo malo —nos dijo— es que no puedo llorar». Sus noches eran terroríficas y se encontraba al borde de la locura definitiva.

El repertorio de dolencias era interminable, abundando las «suplantaciones de personalidad». Una mujer pretendía ser la esposa, ya muerta, de Chiang Kai-Shek, el dictador que perdió la batalla contra Mao Tsé-Tung y se trasladó a Formosa, con buena parte de su ejército y del tesoro artístico imperial chino. Un hombre ya senecto estaba convencido de ser la reencarnación de Confucio y, sentado sobre sus talones, sermoneaba y daba consejos a un inexistente grupo de alumnos.

Por fin pasamos al despacho del médico-director, quien se mostró dispuesto a suministrarme los datos que pudieran interesarme. Al enterarse, por Jean-Louis, de que yo no era psiquiatra, frunció el ceño. Sin embargo, contestó a mis preguntas, aunque lo hizo con frases precisas, de extrema brevedad.

—Doctor, ¿hay muchos suicidios en Formosa?

—Menos que en el Japón. Y más en las ciudades que en el campo.

—¿Muchas neurosis?

—Menos que en Occidente. Aquí hay menos ambición.

—¿Varía el porcentaje de angustiados según sea su religión?

—Por supuesto. Entre los budistas cultivados apenas si se registran casos de angustia o de ansiedad. Y los seguidores de Confucio encuentran en su espíritu armas valederas para defenderse.

—He visto que tienen ustedes televisión… ¿Influye esta sobre los enfermos?

—Poco. En cambio, según las estadísticas que recibimos —señala un montón de folletos—, parece ser que en Occidente la reacción es dual. A determinados enfermos la televisión los excita, a otros les sirve de catarsis.

—¿Y el cine?

—El cine es la gran evasión en ciertos tipos de desorden. Hoy encuentran ustedes el establecimiento casi vacío porque es jueves y muchos enfermos han salido a ver una película de Walt Disney.

—¿Cree usted que la psiquiatría occidental es tan avanzada como la china?

—Con todos los respetos, creo que no.

—¿Dónde radica la diferencia?

—En primer lugar, en la capacidad de resistencia de los pacientes. En segundo lugar, los psiquiatras chinos somos más capaces de identificarnos con la situación mental del «otro».

—¿Cómo consiguen ustedes esa identificación superior?

—No hay recetas para ello. Se trata de una aptitud heredada a través de generaciones.

—¿Podría usted llegar a sentir frío como el enfermo al que hemos visitado?

—Lo he sentido muchas veces.

—¿Cómo lo consigue?

—Autosugestionándome como lo hace él, contemplándome el ombligo, pero con finalidad opuesta, ya que lo que él pretende es sentir calor.

—¿Cree usted en el yoga?

—¿Y usted no?

—No sabría qué decirle.

—El yoga es una realidad científica y personalmente no comprendo que ustedes no le presten la atención debida.

—¿Emplea usted medicamentos?

—La herbolaria china es infinita.

—¿Y el electrochoque?

—Personalmente lo considero una aberración. Pero algunos colegas lo utilizan.

—¿Conoce usted algún remedio contra la depresión nerviosa?

El médico me miró a los ojos con súbita curiosidad. Reflexionó unos instantes. Finalmente dijo:

—Si el depresivo es un chino y ama a su familia, sí.

La respuesta me gusta y se lo digo. A partir de ahí mi interlocutor se muestra más expansivo y cordial. Comprende que yo no estoy aquí por morbosidad sino que el tema me interesa de veras. Durante media hora monologa sobre el temperamento chino, lo que sorprende a mi amigo Jean-Louis Deudon.

Me revela aspectos para mí inéditos, que se me antojan de gran sutileza. En su opinión, la superioridad china sobre el hombre «blanco» estriba en que el chino no admite el rígido corsé de la lógica, llevada a las últimas consecuencias. El chino no está nunca absolutamente convencido de nada. Ni siquiera Mao lo estaba de su revolución en el continente y de ahí que sus eslóganes cambiaran sin cesar. Partiendo de la base de que todo lo que existe tiene su contrario, y que uno y otro tienen que coexistir, el chino se inclina por ser tolerante: «vive y deja vivir». Dicha tolerancia o espíritu de comprensión le perjudica en el plano de la ciencia, que en cierto modo exige avanzar en línea recta; pero le ayuda en la búsqueda de la armonía y de la unidad, presentes ambas de forma casi obsesiva en toda la filosofía y la vida de China.

—¿El ejemplo podría ser Confucio…?

—¡Desde luego! Y también su principal discípulo, Mencio, que lamentablemente ha pasado a un segundo lugar.

—Entonces, ¿cree usted que el comunismo acabará perdiendo en China la batalla?

—Por supuesto. Y la caída se iniciará precisamente ahora, con la absorción de Hong Kong, centro neurálgico del capitalismo. Abrigo la esperanza de que alcanzaremos la simbiosis y que las tesis de Confucio sobre el comportamiento de gobernantes y gobernados prevalecerán.

Según el doctor —siento no haber entendido su verdadero nombre —, esta búsqueda de la Unidad inmuniza al hombre chino contra la esquizofrenia, que es disociación y rotura de la personalidad. «La capacidad de introspección de los orientales proviene de una actitud tan antigua que se ha convertido ya en biología. El chino puede, en efecto, curarse meditando, y le hablo por propia experiencia; ustedes, los occidentales, en cambio, "cortan a trozos su pensamiento", no pueden abarcar por entero un objeto, por ejemplo, un jarrón, no pueden verlo en su rotundidad. El hombre blanco, y le ruego me perdone, es tan dogmático que hasta se arroga la facultad de definir al Creador».

—Doctor, ¿cree usted que el concepto de la muerte que tenemos en Occidente es también inferior?

Mi interlocutor, de edad imprecisable, como no podía ser menos, se acaricia con suavidad la barba seccionada, partida en tres.

—Por favor, no me obligue a juzgar… Pero, desde luego, me inclino por nuestra creencia en la reencarnación.

—¿Puedo preguntarle si es usted budista?

El médico sonríe, sonríe por primera vez.

—Desearía que me comprendiera usted… A mi juicio, tan religioso es un hombre creyente como un hombre ateo. El Absoluto está por encima de nosotros y dependemos de él al margen de nuestra reacción. De modo que soy de Buda, de Confucio, cristiano, mahometano y ateo, todo a la vez.

—Una última pregunta, y le dejamos en paz. En ese fantástico progreso que ha hecho Formosa en los últimos años, ¿qué faceta destacaría o le proporciona mayor orgullo o mayor satisfacción?

—¡Ah, eso está claro! Que somos los mejores y mayores exportadores mundiales de juguetes.

Me he puesto tan nervioso que siento la necesidad de encender mi pipa.

—¿Me permite usted fumar?

—Desde luego. Pero haga usted la prueba. Intente prohibírselo a sí mismo.

Me siento un enano frente a un elefante. Llaman al doctor. El enfermo que sufre de frío reclama su presencia.

—Deben perdonarme. Hay una persona que necesita calor y yo se lo voy a dar.

Jean-Louis Deudon viste uniforme americano: jersey de la Universidad de Stanford, pantalones vaqueros, visera, gafas oscuras que me impiden ver si el parpadeo de sus ojos es de aprobación, de reprobación, de alegría, de mal humor. ¡Son tan importantes los ojos! Tengo un recuerdo para los que iluminan la faz de Lupe, con quien pienso hablar por teléfono en cuanto recabe datos del mundo sexual de Taipei y aledaños.

Mi cicerone es incansable, tal vez estimulado por mis continuos entusiasmos y sobresaltos.

Me ha acompañado a un hogar corriente, una especie de *bungalow*. «Es un hogar normal aquí, uno más entre los miles habitados por artesanos y familias unidas». El patriarca de la familia, es decir, el abuelo, se llama Chi-Chao. Nos recibe con una reverencia profunda, las manos juntas en actitud de plegaria. A su lado una nieta suya, Tang, que es la encargada de prepararnos el té.

—¿A qué se dedica tu abuelo, Tang?

—¡Bueno! Para ganarse el sustento confecciona molinillos de papel. Y también cometas. Pero a lo que más se dedica es a pensar.

Otro sobresalto.

—¿Ha estudiado alguna carrera? ¿Es universitario?

—Oficialmente, no. Pero lleva sesenta años meditando los libros y consejos de Confucio.

Comprendo por qué Jean-Louis ha elegido a ese anciano chino y no a otro. La conversación —exquisito el té preparado por Tang— se prolonga hasta casi la agonía del sol. Su resumen podría ser este:

—Confucio representa la equidad. Fíjese usted en su semblante en el cuadro que cuelga en la pared, a mi espalda. Pertenecía a la clase definida por la filosofía Jou, nombre que significa a la vez «hombre» y «debilidad». Confucio había heredado de sus antepasados un alma aristocrática, pero vivía la mísera vida del pueblo de su época. Una especie de tierra de nadie. Su primer gran mérito fue «convertir en fuerza esa debilidad». Estudió mucho, observó más y meditó más aún. Y se convenció de que la verdad no podía habitar en ninguna doctrina basada en la «conquista», error en el que cayó Mao, sino en una doctrina basada en la «asimilación», en la «absorción» de todo cuanto contuviese de bueno el espíritu de los hombres y de las ideologías ajenas a la suya.

»Su segundo gran mérito fue que fundó la “primera escuela” en

China. Hasta entonces, los conocimientos solo se habían transmitido por herencia; él fundó la primera escuela, en la que hizo partícipe a sus discípulos de cuanto había aprendido. El experimento prosperó y se fundaron en cadena otras escuelas, por lo que podía considerársele el padre de la pedagogía, sobre todo teniendo en cuenta que declaró que la enseñanza debía ser para todos, sin distinción de clases ni de méritos familiares. Lo que, en aquella época, implicaba una revolución.

»Para que su obra no muriese con él, escribió. Pero, además, recopiló cuanto pudo de las obras literarias y filosóficas de los antiguos, por lo que podría considerársele también Archivero Mayor. Extraño destino para quien, como él, se había dedicado a administrar el granero público de su país y había sido incluso pastor en el monte. ¿Les apetece otra taza de té?

—Sí, por favor. Está exquisito.

—Tal vez su libro más certero sea *Primavera y otoño*. Lo que más le importaba era la dulzura de carácter. Como ustedes saben, tuvo un hijo y dos hijas. Fue, pues, un poco más fértil que Buda, que solo tuvo a Rahula. Es cierto que durante largos períodos el nombre de «mi hermano», como yo suelo llamarlo, cayó en el olvido. Ahora bien, más tarde reinaron en China varios emperadores que adoptaron su código moral, hasta el punto de que empezaron a construirse en gran escala templos en su honor, casi siempre junto a las escuelas públicas. En ellos, dos días al mes, se ofrecían alimentos y frutas, y varios emperadores se arrodillaron tres veces ante la «tableta» del Sabio, tocando el suelo con la frente, como ahora lo hago yo.

Y dicho esto, el anciano Chi-Chao, haciendo gala de una agilidad de movimientos insólita para un hombre de su edad, se arrodilla y posa su frente en el suelo, donde permanece un minuto por lo menos, ante mi estupor. Murmura alguna oración ininteligible, mientras su nieta Tang sonríe con evidente satisfacción.

Poco después le pregunto a nuestro hombre cómo murió Confucio y si él ha ido alguna vez a visitar su tumba.

—Su muerte fue anunciada por él mismo a sus discípulos con una anticipación de varios meses. Dijo algo poco corriente y que algunos historiadores han interpretado, erróneamente, como muestra de vanidad y orgullo: «Puesto que ningún Príncipe de esta época tiene inteligencia suficiente para comprenderme, más vale que yo muera, pues mis planes a nada conducirían». Después de tan honda queja, permaneció siete días en cama, sin hablar y sin tomar ningún alimento. Murió a los setenta y tres años y fue enterrado en las afueras del pueblo de Ku-Fu, donde, según la leyenda, murieron al mismo

tiempo, sin que se conociese la causa, mil pájaros y gran cantidad de mariposas. También se oyeron cánticos de gran belleza y algunos árboles se doblaron en señal de abatimiento.

—¿Ha visitado usted, Chi-Chao, alguna vez la tumba de su Maestro?

—Hago un viaje allí cada tres años. Puede decirse que, al cabo de siete siglos, la tumba es objeto de veneración por parte de los ciudadanos humildes. En el túmulo hay una inscripción que señala que sus discípulos más fieles permanecieron siete años velando el sepulcro. Hay allí cipreses, pero ninguna imagen o efigie del Santo, como ocurre igualmente en las mezquitas dedicadas a Mahoma.

Fung Chi-Chao tiene los ojos húmedos. Impresiona tanta fidelidad. Me viene a la mente un pensamiento extraño: es imposible que siete siglos después de mi muerte alguien vaya en peregrinación a visitar mi tumba, suponiendo que no me entierren en una fosa común, en compañía de Lupe.

—¿Considera usted, maestro, que hay razas superiores a otras?

—No. Hay hombres superiores a otros, eso es todo.

—¿Ha viajado usted alguna vez en avión?

—No, nunca.

—Pues se ha perdido usted la oportunidad de ver la tierra desde arriba.

—Pero puedo ver, siempre que me apetece, el cielo desde abajo.

—¿Qué le disgusta del Taipei de hoy?

—Casi todo. Los coches, los espectáculos en los que priva el sexo, los anuncios que todo lo invaden.

—¿Y qué opinión le merece la China continental, que tanto ha cambiado, primero con el gobierno de Mao y luego con los gobernantes actuales?

—Aquello continúa siendo una dictadura. Y el país empezó a degenerar el día que entró en él la primera botella de Coca-Cola.

—¿Qué porvenir desearía para su nieta Tang?

—Se dedica al *ballet*, al *ballet* clásico, y tiene todas las cualidades para llegar a ser una bailarina tan brillante como las muchachas rusas que vinieron una vez a Taipei.

—¿Cree usted que el llamado progreso cambiará la mentalidad china, el modo de ser de los chinos?

—Solo en apariencia. Los avances son aleatorios, son adjetivos. En el soma de los chinos, tal como sentenció Lao-Tsé, hay algo inmutable, permanente. Cambiará la indumentaria, pero persistirá el sombrero picudo de los campesinos. Han llegado guitarras eléctricas, pero será una moda pasajera. Ser chino significa no sentir el menor afán de

modificar la estructura de la naturaleza y esperar el momento de volver a ocuparse de su oficio, de su familia, de sus códigos estéticos, de los molinillos de papel y de los concursos de cometas.

—¿Qué diferencias vería usted, querido maestro, entre Jesucristo y Confucio?

—¡Muchas! Son dos personajes casi opuestos. Jesús era un romántico, Confucio, un realista. Jesús era un humanitario, Confucio, un humanista. Ya sabe usted que el confucianismo no es una religión. En cierto sentido algunos de sus pensamientos lindan con lo religioso, pero no es una religión. Hay almas muy grandes en el mundo a las que la vida en el más allá o el problema de la inmortalidad no han interesado en absoluto. Tan apegado está el confucianismo al instinto humanista que ni Confucio ni ninguno de sus discípulos fue considerado, como supongo ya sabe usted, un Dios. Una mujer común, que sufra grandes adversidades y afronte la muerte sin sobresalto podría convertirse, entre nosotros, en un lapso de tiempo asombrosamente breve, en una diosa local, muy popular, a quien todos los aldeanos rendirían pleitesía. Pero lo típico de nuestra creencia, de mi creencia para ser más significativo, es que debe practicarse el bien por el bien mismo, sin referencia alguna a determinada instancia superior, ni a premio o castigo al margen de la tierra. Cuando Tang baila lo hace sin pensar en halagar a Dios sino a la belleza pura y, perdone la inmodestia, para halagarme un poco a mí. Nuestra teoría es la del sentido común, al que en nuestro particular lenguaje denominamos el Medio Dorado, o el «término medio». Nuestros grandes emperadores escuchaban los consejos de los sabios y elegían el medio entre los extremos. Los extremos confunden el ánimo, y en la práctica llenan de escrúpulos el alma, y también de contradicciones. Intentaré explicarme. No se trata de que mi vida sea razonable, sino de que esté de acuerdo con la naturaleza humana. Lógicamente ningún hombre debería casarse, pero en la práctica todos los hombres deberían casarse; en consecuencia, Confucio aconseja el casamiento. Lógicamente todos los hombres deberían ser iguales, pero en la práctica no lo son; de manera que Confucio aconseja la obediencia al superior. Por ahí falló Mao Tsé-Tung. Creía en el «sistema», y ello le ha costado el olvido, que aumentará con el tiempo, porque un sistema, una máquina, es siempre inhumano y los chinos odiamos todo lo inhumano. La construcción de la Gran Muralla fue eficaz pero inhumana; por lo tanto, fue un error. Ustedes, los occidentales, fabrican más cosas que nosotros pero no saben gozar de ellas. Yo gozo con mis cometas más que los científicos de la NASA. Y Tang goza con su danza más que cualquier bailarín occidental. Temo

haber teorizado en exceso y procuraré sintetizar: un agnóstico occidental sufre por serlo; yo soy un agnóstico chino y gozo de un equilibrio superior.

—No se preocupe, maestro, creo haber entendido por dónde van sus ideas. Y ahora, una última pregunta: ¿Cree usted que China, como creían ustedes en determinadas épocas, es el centro del universo?

—No. El centro del universo está en la mente de cada cual —y el viejo se toca la frente con la mano.

Nos acompañan a la puerta, donde nos obsequian con múltiples reverencias. Jean-Louis, que sabe interpretar tal liturgia, me dice: «Nos desean larga vida, que tengamos muchos hijos y que no le temamos a la muerte». Sonrío y contesto: «Diles que, después de la muerte, seguiré acordándome de Confucio, de sus consejos… y de la hermosura de Tang».

A la salida vemos pasar un cortejo funerario que acapara mi atención. Apago la pipa y me dedico a observar. Detrás del coche fúnebre avanza lentamente un camión con una banda de músicos que da la impresión de actuar en una fiesta. ¿Sería para ellos la muerte una fiesta? Posiblemente. «No olvide —me dice Jean-Louis— que esa gente cree en la reencarnación. Partiendo de esa base, la muerte es un simple tránsito, una mera estación en el eterno rodar de la vida. Le daré un ejemplo. Acaba de conocer a un viejo confuciano. Yo le conozco desde hace dos años y he hablado con él largas horas. Pues bien, le ha ocultado lo principal: está convencido de que en una vida anterior fue uno de los discípulos de Confucio, contemporáneo suyo, uno de los que plantaron un ciprés en torno a su tumba. De ahí su temple, su serenidad. Por estos pagos, y por otros pagos muy lejanos, se produce una mezcla curiosa de confucianismo y budismo, siendo imposible trazar la línea divisoria. No ponga esa cara.

También el cristianismo es una mezcla de judaísmo. Cristo fue un rabino, predicó en la sinagoga y "no vino a modificar la ley sino a que se cumpliera". Pero dejemos esto. Creo saber lo que ahora le apetece: quedarse solo, irse al hotel y tomarse un baño caliente, en esa bañera rodeada de biombos que allí le espera. Y con franqueza, si quiere que le haga llegar una Tang deliciosa, de no más de dieciséis años, me lo dice y la tendrá».

Miro, asombrado, a mi cicerone. Por primera vez en mi vida me siento bloqueado, siento bloqueados mis instintos. Llegamos al hotel. El director sigue rascándose. Me pregunta qué tal mi estancia en Taipei y me anuncia que mañana, en el *hall*, tendrá lugar una sesión de sombras chinescas… ¡en color! Decididamente, la vida en Formosa es una fiesta, tan fiesta como la muerte.

Jean-Louis, que sabe que, pese a mi reacción anterior, soy un corrupto, pregunta si me interesaría una charla con la madame que regenta un prostíbulo «científico» en Taipei, en el que se dan consejos orientales sobre la práctica del acto amoroso que datan de miles de años.

—Se llama Chu-Lu, madame Chu-Lu, tiene sesenta años y todavía «ejerce» con un vigor que para un occidental resulta inexplicable. Allí, en la Mansión de las Hojas Vivas, como se denomina su prostíbulo, se dan clases individuales y colectivas. En tiempos del generalísimo Chiang Kai-Shek, que era un retrógrado de armas tomar, estaba prohibido; pero con la Coca-Cola llegó la liberación. ¿Le interesa recibir unos consejos?

Pienso en Lupe, en su repertorio, y afirmo con imprevisible entusiasmo:

—Desde luego.

Curioso. Llevo quince días en Taipei y no se me había ocurrido que los chinos han sido siempre maestros en el arte de amar, a la par con los maestros de la India. Tomamos un taxi, Jean-Louis le hace una señal misteriosa al conductor y este se dirige raudo a las afueras de Taipei y se detiene frente a un templete en forma de pagoda, donde sobresale, en el frontispicio, un ideograma que, traducido, significa TAO. Sé, desde que estuve en Bangkok, que Tao equivale a Camino. Todo el templete, desde las columnas al tejado alado, está pintado de color rojo, es decir, del color de la sangre o de la bola de billar preferida de mi padre.

Madame Chu-Lu, pese a sus sesenta años, tiene aspecto de mujer joven y sus movimientos hacen gala de un vigor poco común. Dedica una especial reverencia a Jean-Louis, lo que me permite pensar que mi cicerone es «asiduo de la casa», casa de varias y amplias habitaciones alfombradas, con biombos de exquisitos dibujos eróticos y farolillos encendidos por doquier.

—Mi amigo —le dice Jean-Louis— desearía unos consejos. Como usted ve es occidental y, por lo tanto, un principiante como yo en el arte de amar. Desearía oír de usted unos cuantos consejos. Confío en usted. Y puesto que conozco los entresijos de la Mansión de las Hojas Vivas, me atrevería a pedirle, madame, que lo tratara como a un principiante.

Mi cicerone, ya amigo, me traduce estas palabras que me irritan sobremanera. Pero madame Chu-Lu se me acerca y me da un par de besos en la nariz y a renglón seguido me presenta la mano derecha para que se la bese.

—No hagas caso. A los occidentales los trata así.

La Lupe oriental se sienta en una silla bajita, sobre dos almohadones también rojos y me pregunta si quiero lección «práctica» o «teórica». Ante mi sorpresa, le contesto que «teórica», lo que provoca en Chu-Lu una sonrisa irónica, cínica, diría yo. Se ha dado cuenta de mi turbación y me pregunta la edad.

—Cuarenta y un años.

—¿Cuál es su récord de eyaculaciones diarias?

—Pues no lo sé… Tal vez tres. Depende.

—Muy bien. Dictaré mi diagnóstico.

Y, acompañado por gestos expresivos, de suma plasticidad, suelta un discurso de varios minutos, que Jean-Louis cuida de ir traduciendo.

—Se aconseja al principiante que no esté demasiado excitado o excesivamente apasionado. El principiante debe iniciarse con una mujer que no sea demasiado atractiva y cuya puerta de jade, vulva, no esté demasiado prieta. Si la mujer no es demasiado bella no perderá la cabeza, y si su puerta de jade no es muy estrecha, no se excitará demasiado. El novato aprenderá a realizar una entrada suave y una salida más vigorosa. Empleará primero el método de los tres impulsos superficiales y uno profundo, y totalizará ochenta y un impulsos. Si nota que está empezando a excitarse demasiado, detendrá el movimiento de empuje inmediatamente y retirará su pico de jade hasta un punto que se encuentre solo a dos centímetros y medio o más dentro de la puerta de jade, método cerrado. Aguardará hasta que se haya calmado y luego volverá a empujar con el mismo método de los tres impulsos superficiales y uno profundo. Al final hará nueve superficiales y uno profundo. Mientras se aprenda a controlar la eyaculación se evitará la impaciencia.

Ante tal exhibición matemática me siento humillado como un parvulillo y reacciono de modo casi violento. Jean-Louis sonríe a su vez, como diciendo: «Le he tendido una trampa que me satisface profundamente».

Herido en mi orgullo, digo que exijo pasar a la clase práctica. Mi tono de voz es bronco, de barítono, como de pope ortodoxo. Madame Chu-Lu sonríe de nuevo.

—¿Quiere probar conmigo o con una mocita taiwanesa que ha terminado ya el quinto curso…? Le advierto que estoy todavía en activo, porque he sabido regular mi acción amorosa y que mi experiencia es notable.

La situación se me antoja ridícula, cuando no esperpéntica y miro de reojo a Jean-Louis.

—Yo «practicaría» con madame Chu-Lu. Eso de la experiencia…

Repentinamente decidido, así se lo digo. «Acepto». Y al cabo de

media hora, al salir de una de las cuatro habitaciones, puedo garantizar que mi placer, compuesto de amor-odio, ha rebasado el mayor que haya experimentado jamás. Tengo para mí que a partir de ahora no podré olvidar la Mansión de las Hojas Vivas. ¡Qué lejos queda el pub del AMOR! El ensayo me cuesta un puñado de dólares pero no me arrepiento. Ha sido erotismo, el «erotismo del Tao», no burda pornografía. Ante mis primeros jadeos mi «amante» china ha vuelto a besarme la nariz, como si tratara a un niño. «No, no, nada de eso. Está usted malgastando energía. Y un poco de respeto, por favor». Su francés es deficiente pero eficaz. Como me advirtió Jean-Louis a la salida: «Se habrá dado cuenta de que su arte se dirige a lo esencial».

Me siento relajado, de buen humor.

—¿Cree usted que Confucio conocía de memoria el Tao? ¿Que lo practicaba? ¿Que dictaminó que para ser un buen gobernante y conseguir el equilibrio entre el Yin, hembra, y el Yang, macho, era preciso, como opina Chu-Lu, eyacular dos veces al día cuando se han cumplido los cuarenta?

—No lo sé, *monsieur* Ireneo. Yo no soy experto en Confucio. No olvide que soy cristiano, aunque me entiendo directamente con Jesús, con sus palabras, no con los papas, obispos y demás. En mi añorada Francia tal actitud es corriente, pese a que ciertos clérigos pretenden que Francia es la «hija» preferida de Roma.

Desde el hotel, la víspera de mi marcha, llamo por teléfono a Lupe. Su grito de sorpresa me resulta familiar y place a mis oídos, o, como diría Logdse, a mi «mente». Le cuento mis experiencias y le trazo el dibujo cromático de madame Chu-Lu. Le hace gracia lo de los «impulsos» y me comenta que llamar al pene «pico de jade» le parece una idiotez.

—Anda, hijito. Estoy viendo que si no te vuelves cuanto antes perderás la mitad de tu materia gris.

—Al contrario, Lupe. Todo es aquí apasionante.

—Te juro que si un chinito viene a mi casa se quedará también turulato. Y encima la sesión le saldrá más barata. ¿Se puede saber, hijo mío, qué has aprendido hasta el momento?

—Ahora sé quiénes fueron Buda y Confucio.

—Pues yo no tengo ni idea y vivo tan campante. ¿Y a quién vas a visitar ahora?

—A Zoroastro.

—¿Zoro qué…?

—Zoroastro.

—¿Dónde vive ese señor?

—Murió hace miles de años. Pero vivió en Irán.

—¿No será un primo del *sha*, el amigo íntimo de Jomeini?

—Anda, Lupe. Cuídate de tu camada. Y no comas demasiados pasteles, que últimamente te estabas poniendo muy jamoncita.

—No te preocupes. Desde que te marchaste he perdido cinco quilos. Y es que te quiero, ¿sabes? Un beso.

—¿Un beso? Aquí besan en la nariz.

—Anda y que te zurzan. Y tráeme algún regalo. Un quimono, por ejemplo.

—No seas cateta, Lupe, que no estoy en el Japón. Te llevaré un sombrero picudo.

—De acuerdo, majo. Me lo pondré en la puerta de jade.

—Adiós.

—Adiós.

Giro de ciento ochenta grados. Jean-Louis, cristiano convencido, me recuerda que en Taipei, y en otros lugares de Formosa, hay misioneros… españoles.

—Su obligación es hacerles una visita. Una visita de cortesía… para usted mismo. Son personas que han renunciado a sus raíces con el propósito de que otras personas, lejanas, participen de la fe que a ellos les llena la vida. Cuando un misionero muere, los demás dicen: «Misión cumplida».

—¿Dónde están esos misioneros?

—En el Tien Educational Center.

—¿Cuántos son?

—No lo sé exactamente. Tal vez unos veinte. Políglotas, como yo, entre todos componen una materia gris importante. A mí me quieren porque, como recordarás, soy «mundialista», ciudadano del mundo.

Pongo reparos. No guardo un recuerdo excesivamente grato de mi estancia con los jesuitas. Eso de la obediencia ciega nunca logró convencerme.

—Le propongo una jugada de póquer. Le acompañaré, en excursión, a un pueblo llamado Hintschu, a doscientos kilómetros al sur de Taipei. Allí vive un misionero vasco, en solitario, desde hace veinte años. Una especie de eremita, que se las sabe todas. Hombre todo-terreno, como ahora se dice. Lo mismo ejerce de carpintero que de ginecólogo. Los vecinos lo adoran. Se ha hecho el amo de la comarca. Además, a lo largo del viaje podrás contemplar maravillas y comprender por qué los descubridores bautizaron la isla con el nombre de Hermosa.

Acepto a regañadientes. Hui de España en busca de algo nuevo, y he aquí que ahora me invitan a visitar algo viejo, ya conocido. Pero la insistencia de Jean-Louis me puede y acepto.

Al día siguiente salimos de madrugada en taxi. El taxista, sorprendentemente joven, por lo menos en apariencia, lleva en el parabrisas un monigote que representa al exdictador Chiang Kai-Shek. Es un exiliado de la China continental y, cosa rara, completamente calvo. Jean-Louis comenta: «Seguro que ha sido víctima de una dolencia psíquica».

En ruta hacia Hintschu, el paisaje es, efectivamente, bello debido a los arrozales, que forman figuras geométricas de corte perfecto. Me llaman la atención los ideogramas de señalización. Jean-Louis me los traduce. En un paso a nivel hay dos, muy especiales. No decían *stop*, ni *peligro*. Significaban Carro de Fuego (tren) y Corazón encogido (temor). En un taller a la entrada de un pueblo otro ideograma significaba Abanico Eléctrico (ventilador).

—Este es el sentido profundo de los idiomas orientales. Al incorporar a su vocabulario las palabras técnicas procuran que estas conserven su poesía original.

—Si tuvieran que plasmar en ideograma la palabra estadística, por ejemplo, ¿qué figura inventarían?

—La de un cero a la izquierda.

—Muchas gracias.

—Me las merezco.

Poco a poco penetramos en una zona de clima inhóspito, frío. El taxista nos informa de que Hintschu es conocido por «el país del viento», lo cual permite a sus habitantes ser los campeones de la isla en los concursos de cometas. Los árboles aparecen inclinados, como cuando la muerte de Confucio.

Por fin llegamos a una parroquia que, por lo visto, era el objetivo primordial de Jean-Louis.

—Ahí conocerás al padre Zamora. Ha sufrido dos infartos, que ha superado sin necesidad de llamar a su padre, y perdone el juego de palabras. Por el hecho de llamarse Zamora suele aludir a dichos infartos diciendo: «He parado dos balones»; o bien: «He parado dos penaltis».

—No está mal.

Conocemos al padre Zamora. Nos ha hecho una reverencia exactamente igual que Chi-Chao. Claro, lleva nada menos que treinta años en esta comarca, regentando esta parroquia, con templo en forma de pagoda. Había cumplido los setenta años pero se mantenía en pie, con gran vitalidad. Arrugas profundas, ganadas a pulso, según me dice Jean-Louis. El padre Zamora, de entrada, quita importancia a su labor, pese a que ha construido él mismo, con sus propias manos, el templo o iglesia y ha pintado incluso las imágenes del interior, entre las que

destacan un Cristo sangrante y una Virgen de Begoña.

—Aquí estoy, para lo que gusten mandar.

—Le presento, padre, a un ilustre agnóstico, que anda por estos pagos buscando la verdad.

—Para encontrar la verdad no es preciso desplazarse. Basta con arrodillarse y pensar. Y al decir pensar quiero decir pedir perdón.

—¿De qué tiene usted que pedir perdón, padre Zamora?

—Pues, muy sencillo. Apenas si he conseguido, en tanto tiempo, bautizar a una docena de chinitos. ¡Es culpa mía, es culpa mía! ¡No he sabido hacerlo mejor! Francisco Javier, con mayores dificultades que las mías, bautizaba a centenares de personas. ¡Él era un santo! Yo, no. Soy un egoísta. Con un pecado, el mayor, muy curioso: todos los días, y especialmente los domingos, como un pedazo de membrillo que me trae una vecina de la parroquia. ¡Amigo agnóstico, se lo ruego!: rece por mí, rece por el padre Zamora.

Pronto nos sentamos alrededor de una mesa camilla. El misionero prefiere sentarse en el suelo, sobre una estera, en posición de Buda.

—¿Así que anda usted buscando la verdad?

—Pues sí, padre, en efecto. Soy un pequeño desastre.

—¿Cuál es su peor pecado?

—Sin duda, la lujuria. Y luego, todos los pecados que reinan en Occidente y que imagino que usted conoce de sobra, ya que he visto en un rincón un transistor.

—¡Ah, el transistor! Es mi único enlace con el mundo. Sin él no sabría nada que no fuera el viento que azota esta zona. No sabría siquiera que este año, 1997, es el año en que Hong Kong será devuelto al gobierno comunista chino, lo que me quita el sueño. Mi querido Ireneo, ¿qué le están pareciendo Buda, Confucio y un largo etcétera?

—Todavía no lo sé, padre. He de digerir el cambiazo.

—¿Lo compara usted con Cristo, aunque sea contra su voluntad?

—¡Claro que sí! La comparación es inevitable. Mi problema es que detecto demasiadas semejanzas.

—Eso me lo sé de memoria.

—¿Entonces?

—Siga usted esa línea. Tenga fe en algo, en Alguien. Sea quien sea, mientras no se trate de un impostor. Y Buda y Confucio no fueron impostores. Vivieron hace cinco mil años y ahí están, Buda sentado como yo, Confucio enseñando a las gentes, sobre todo a los gobernantes, a comportarse como es debido. No hay mentira que perdure cinco mil años. Mire usted, Mao era una mentira y en la China continental hay provincias enteras que ya no se acuerdan de él. Yo comparo la verdad con el viento: se lleva por delante todos los

obstáculos.

—¿He de entender que el eclecticismo no le parece mal?

—¡Claro que no! Yo mismo soy un ecléctico. No lo era en Pamplona, en el noviciado, pero aquí he aprendido mucho. A lo mejor le sorprende, pero voy a confesarle una cosa: en todas las religiones late una parte de verdad. Yo he picado un poco de aquí, otro poco de allá, y así voy tirando. De este modo construí, con mis propias manos, esta iglesia: ladrillo a ladrillo. No me importaba quién me suministrara el ladrillo; lo fundamental era que el ladrillo fuera de calidad.

—Me deja usted K.O., padre. En el colegio de su orden, en los jesuitas donde estudié, me decían que «fuera de la Iglesia no hay salud, es decir, no hay salvación».

—Tremendo error. Aquello era una herejía. Ahora ya nadie defiende una tesis tan tremebunda. Bueno, siempre quedará algún fanático.

—¿Qué opinión le merece eso de la reencarnación?

—Le seré sincero. A veces desearía que fuera cierto. A mí me gustaría reencarnarme, por ejemplo, en san Pedro, que es mi apóstol preferido, precisamente porque pecó.

—Yo siempre digo, padre, que ser agnóstico, como yo lo soy, no es ninguna ganga.

—Le comprendo. Debe de ser horroroso. ¡Y le diré algo más! Solo el hombre consigue ser agnóstico. No hay ningún animal que lo sea, ni siquiera el león. Tampoco hay árboles agnósticos, el que menos, el olivo, ni plantas, ni flores. Ninguno de los elementos de la naturaleza es agnóstico. No lo es el mar, no lo son los ríos, en especial el Éufrates y el Tigris. Y, sobre todo, no lo es el Viento. Aquel viento que sopló en el lago Tiberíades y que tanto asustó a Pedro, convencido de que naufragaban. ¿Ve usted? Yo creo en los milagros, y no solo por haber detenido dos penaltis. Creo que Buda y Confucio, y algún prohombre más, obraron milagros. Pero ninguno como aquel que consistió en caminar sobre el agua.

—¿Ha oído usted, padre, hablar del Internet?

—¿Eso qué es? ¿Un pecado nuevo?

—Pues… es posible. ¿Ha sido usted casto?

—¡A la fuerza! Estoy tan asustado con eso de la demografía china, que no he querido jamás agravar el problema.

—Dígame, padre. Partiendo de la base de que todos hemos cometido y cometemos algún pecado, como usted llama a los errores, ¿cuál es su pecado?

—El membrillo, ya se lo dije.

—Una última pregunta. Si tuviera usted que definir a Confucio, ¿qué diría? ¿Qué profesión le asignaría?

—No hay nada más evidente. Fue un gran sociólogo. Es decir, fue lo que usted es.

—Muchas gracias, padre Zamora.

—Vayan ustedes con Dios.

—Y usted, ¿qué va a hacer?

—Es hora de darles de comer a las gallinas.

—¡Cuidado con su corazón!

El regreso a Taipei discurre sin incidentes externos. El padre Zamora, en el último momento, me ha obsequiado con una estampita del Sagrado Corazón pintada por él mismo sobre un finísimo papel de seda. Cierro los ojos para ver mejor. No veo los arrozales, ni los ideogramas Carro de fuego o Corazón encogido. Corazón encogido, el mío; Carro de fuego, el corazón del padre Zamora. Y por encima y por debajo, rodeándolo todo, el Sagrado Corazón. Confucio un sociólogo, mi padre un cardiólogo, tengo un recuerdo para mi madre, por su *bridge* y el as de corazones, mi madre, que será la depositaría de la estampita. Jean-Louis, al verme al borde del sueño o de los sueños, respeta mi silencio. Sé que a él le gusta, cuando va en coche, oír música romántica. Renuncia a ello y yo se lo agradezco. Por fin me quedo dormido y al despertar estamos en la entrada de Taipei, donde se celebra un concurso de cometas, casi todas en forma de pájaro. Llegados al hotel, veo al director, *monsieur* Latour, enfrascado con un cliente en una partida de ajedrez. Pienso que desde que salí de Barcelona estoy jugando mi mejor o mi peor partida, vaya usted a saber. A veces tengo la sensación de que voy ganando, otras, como en este instante, sospecho que van a darme jaque mate.

Jaque mate me lo da Jean-Louis, a quien comunico que mi experiencia confuciana está llegando a su término y que muy pronto saldré para Teherán, donde me espera un tal Zoroastro, el tercer personaje de mi aventura que no me atrevo a calificar de espiritual. Jean-Louis me dice que no puedo marcharme sin visitar la llamada Granja de las Serpientes.

—Mañana, si le parece.

—Pues mañana, a las once en punto.

Duermo como un lirón y sueño de nuevo esta noche, sueño que doy de comer a las gallinas. Y al día siguiente, con exquisita puntualidad, el mundialista Jean-Louis pasa a recogerme. Antes de reunirme con él me entero de que el director del hotel perdió ayer la partida por culpa de un agresivo e incisivo peón de su rival.

La Granja de las Serpientes es un circuito cerrado no muy lejos del

taller de Chio-Chao. Jean-Louis comenta: «Es idéntica a la que funciona en Bangkok, que por lo visto se te escapó».

—Hoy es jueves —comenta mi amigo, después de consultar su reloj de pulsera de «cien prestaciones», como a él le apetece decir—. Por lo tanto, hay sesión.

Otra embestida de Asia. Se trata de un foso circular, lleno de serpientes. Los visitantes nos acodamos en la baranda, lo que nos permite seguir con todo detalle la operación. Operación que consiste en extraer de la boca de esos animales —capturados vivos por cazadores profesionales— el terrible veneno, con el que luego, en el laboratorio, se elaboran las vacunas y los sueros antídotos con que tratar a los que han sido víctimas de mordeduras. La habilidad de los especialistas encargados de tal menester es increíble. Saben el momento exacto en que pueden agarrar por el cuello a la serpiente, cuando esta intenta erguirse con insolente desafío, y presionar luego sobre sus glándulas para recoger el líquido mortal. Jean-Louis me informa de que se las alimenta con trocitos de carne y luego, para apaciguarlas, se les suministra leche. La especie más peligrosa es la cobra. Una sola extracción de veneno de cobra —dos tercios de gramo — basta para matar a cincuenta mil ratones o a mil conejos. Su órgano de olfato es la lengua y ven mejor de noche que de día. Hay culebras y víboras escurridizas, que se deslizan hacia el agua del foso con repelente viscosidad.

En el transcurso de la operación experimento escalofríos. «Porque eres occidental —comenta Jean-Louis—. En cambio, fíjate en los taiwaneses, incluso en los niños». En efecto, se han sentado en el borde de la tapia y han contemplado el espectáculo sin dar muestras de horror, sin aspavientos. Una vez más pienso en la normal coexistencia que se da en Asia entre las especies humana, animal y vegetal. «Y mineral», añadiría Jean-Louis.

—¿Por qué —pregunto— las serpientes provocan en nosotros un reflejo tan dramático?

Mi amigo, con su mechero *made in USA*, me ayuda a encender la pipa y responde:

—Tal vez se deba a la leyenda de Adán y Eva… En Oriente, en cambio, la *Naga*, la serpiente, es motivo ornamental e incluso sagrado en la mayoría de los monumentos arquitectónicos, como habrá tenido ocasión de comprobar, en el supuesto de que haya renunciado por un instante a su YO y se haya dedicado a observar a su alrededor.

—No sea injusto conmigo, Jean-Louis. Tenga piedad. Hago lo que puedo para escapar de mi foso de serpiente personal. Y le comunico que empiezo a sentirme optimista.

—Dígame una cosa, Ireneo. ¿Por qué le interesa tanto el ajedrez?

—Porque representa la vida misma: apertura, medio juego, final.

—¿Dónde se encuentra usted ahora?

—En el medio juego.

—¿Y qué final presiente?

—Un desastre. He conocido ya a dos profetas, Buda y Confucio, y ninguno de los dos ha cambiado mi espíritu ni me ha convencido enteramente. A lo mejor es que estoy ciego y, por lo tanto, incapaz de ver.

Conversación con Jean-Louis en el hotel Ambassador.

—Eso del mundialismo, ¿no será una utopía?

—¡Claro que es una utopía! Pero todas las utopías a la larga se convierten en realidad. Acuérdese de Julio Verne, para citar un ejemplo a ras de tierra.

—¿No teme usted que, para siempre, domine el «sentimiento tribal», como afirman los antropólogos?

—Por el momento, sí. No hay más que contemplar el narcisismo del pueblo chino. Pero en el próximo milenio se producirá una mezcla de razas que barrerá el concepto de frontera. En mi oficio, el oficio de guía con el que me gano la vida, tengo ocasión de detectar la creciente curiosidad de la gente por conocer países ajenos al suyo, otras costumbres, otros dioses, si quiere llamarlos así.

—¿Y si la persona, en el futuro, al perder su amor por el lugar donde nació, se siente huérfana? ¿Hay algo más desgraciado, más indefenso, que un apátrida?

—El hombre del futuro quedará tan saturado de información, que por el efecto boomerang volverá a amar las pequeñas cosas. Usted, por ejemplo, Ireneo, después de su periplo asiático sabrá valorar mucho más que antes lo que en su tierra dejó. Los astronautas que pisaron la Luna, a su regreso han amado a sus hijos mucho más que antes. Si a usted le dan la oportunidad de elegir entre un millón de pipas, acabará prefiriendo la que le regaló ese colega suyo, Segismundo, del que tanto me ha hablado.

—¿Cree usted, Jean-Louis, que vale la pena vivir, o, mejor dicho, venir a este mundo?

—Creo que sí. Soy cristiano.

—¿No cree usted que engendrar un hijo es equivalente a cometer un asesinato?

—Yo tengo un hijo en Taipei. La madre es una pupila de Chu-Lu. Y no me arrepiento. Verlo crecer, desarrollarse, es una sensación incomparable. ¿Quiere usted conocer un pensamiento de Lao-Tsé, de quien, por cierto, se ha olvidado que fue tan sabio o más que

Confucio?: «La cosa más blanda del mundo choca con la más fuerte y la vence. No hay cosa más blanda en el mundo que el agua y, sin embargo, el agua acaba por vencer las cosas más duras».

—Eso es muy bonito, pero no veo la relación con lo que estábamos hablando.

—Me refería a su corazón, Ireneo. Intente creer en algo, como le dijo el padre Zamora. Que la fe riegue su corazón, puesto que la sangre es todavía más fuerte que el agua.

—Huelgan consejos filosóficos, Jean-Louis. Aunque no lo parezca, yo tengo fe.

—¿En qué? ¿En quién?

—En el suicidio. Si fracaso en esta mi aventura, y me encuentro ya a mitad de camino, me suicidaré. Me costará un poco elegir el método; puede ser el agua, que por lo visto es tan importante, puede ser un tiro en la sien, puedo ir a la Granja de las Serpientes y lanzarme al foso. Y ahora, despidámonos. Pero, por favor, no me dé un beso en la nariz.

Tengo una idea en la cabeza y no quiero aguardar más: charlar con la esposa del director del hotel, china de la China continental, que nació en Shanghai y que consiguió huir de Mao vía Hong Kong y entrar en Formosa. Si mis informes son certeros, se trata de una mujer de unos cincuenta años, inteligente y que echa de menos su tierra natal. Persona idónea para hablarme de la Gran Revolución que Mao, el Gran Timonel, llevó a cabo en el país más grande de la tierra.

El director del hotel, *monsieur* Latour, me facilita el encuentro con una amabilidad que le agradezco. Y el encuentro tiene lugar en el propio despacho del director, ornado con jarrones de extrema calidad, ideogramas impresos en papel de seda y una fotografía de gran tamaño de Chiang Kai-Shek, el gran derrotado. Mi interés se centra sobre todo en el ateísmo de Mao, porque el ateísmo, llevado al extremo límite, puede entenderse como «otra» religión o como un sustituto de las religiones. El director me informa, antes del encuentro, de que su esposa, que se llama Wein Ch'i Mei, es agnóstica como yo, pero respetuosa con cualquier filosofía o doctrina que no quiera imponerse a la fuerza.

Wein Ch'i Mei, al entrar en el despacho, no me obsequia con la consabida reverencia. Influida tal vez por el saludo tradicional de Occidente, se me acerca y me estrecha la mano. Su aspecto es una curiosa mezcla de vejez prematura y de juventud conservada. En efecto, su rostro trasluce alguna etapa de hondo sufrimiento, pero simultáneamente una energía poco común. Le pregunto por su salud y me responde con una sonrisa.

—Bien, bien. En China lo pasé muy mal pero estoy fuerte. Los

chinos acostumbramos a decir «fuerte como el acero». Con mucho gusto le hablaré de mi país y de la Gran Serpiente, es decir, de ese monstruo llamado Mao Tsé-Tung, conocido por sus partidarios como el Gran Timonel. Sin la menor duda, uno de los hombres más complejos y crueles que han existido. Cinco años después de llegar al poder, es decir, el año 1954, él mismo declaró que se había visto obligado a «sacrificar» a treinta millones de disidentes, especialmente en el campo, a través de las llamadas Comunas Populares o Comités del Partido.

Me doy cuenta de que está dispuesta a hablar sin inhibiciones y ello me anima a elegir la línea recta para el interrogatorio.

—Si tuviera usted que mencionar el momento o la etapa más dramática de sus vivencias bajo la férula de la Gran Serpiente, ¿cuál elegiría?

—La elección es difícil, porque hubo muchos. Pero, para que se haga usted una idea, tal vez me inclinaría por la que se llamó la Campaña de Rectificación, porque dicha campaña afectó, más que al físico, a la intimidad de las personas, a su pensamiento y mundo afectivo. Fue algo horrible, que me marcó para siempre. A veces, cuando mi marido, que en el fondo es cristiano aunque no se dé cuenta, me habla de los tormentos del Purgatorio, pienso que el Purgatorio bajo Mao fue la Campaña de Rectificación. Porque el Infierno fue lo que antes le dije: las matanzas, las matanzas colectivas bajo pretextos a veces nimios. Fue como si alguno de nuestros grandes ríos transportara, en vez de agua, sangre humana. Intentaré explicarme.

—Se lo agradezco mucho. Ando por el mundo procurando vivir de realidades, lo que significa que solo me interesan los informes de primera mano, si me permite usted la expresión.

—El interés que usted demuestra es estimulante para mí. De modo que le detallaré lo que significó para muchos jóvenes chinos el ensayo de los Kun-Pa, es decir, la formación de los cuadros dirigentes. Los «cuadros de mando», que en realidad existían en toda la órbita marxista, desde Rumania y Alemania Oriental hasta las junglas de Malasia y Corea del Norte, tenían que ser para la Revolución china lo que el Hoang-Ho, el río Amarillo, era para la agricultura y la nueva industria. La espina dorsal, el principio formativo y actuante. De su éxito dependería, tal vez, el afianzamiento del credo marxista.

»Ya los «muchachos pioneros» habían sido sometidos infatigablemente al bombardeo de la doctrina maoísta relativa al amor y odio. Todo muchacho chino debía tener cinco amores: la tierra Madre, el Pueblo, el Trabajo, la Ciencia y la Propiedad pública.

—¿Ha dicho usted la propiedad pública?

—Sí, claro, la propiedad privada estaba drásticamente prohibida. Y solo debían tener dos odios: las Religiones y el Imperialismo americano. Como le estaba diciendo, llegó la hora de los jóvenes. En Yenan los «jóvenes elegidos» habían sido aislados y se les había obligado a la autocrítica individual y a la denuncia recíproca. En China debía llegarse a más. La autocrítica se referiría no solo a los actos, sino a las *intenciones*, y abarcaría desde la llegada al uso de la razón hasta la víspera del ingreso en los Kun-Pa. Era preciso que el catecúmeno desplegara ante sí la película de su vida y se explicara a sí mismo, para informar de ello al Partido, cuál fue su mayor choque en la infancia, por qué empezó a fumar, por qué empezó a beber, por qué había querido a sus padres… Además, el catecúmeno debía confesar en voz alta, públicamente, sus errores, a fin de cobrar la indispensable conciencia de culpabilidad. Y esta confesión había que hacerla fríamente, sin tartamudear, «como si se refiriera a otro», so pena de deslealtad, de entorpecer el trabajo de objetivización que los Kun-Pa perseguían.

»En cuanto a la denuncia recíproca, la ley era la misma. Convenía no olvidar que uno de los principales objetivos de los Kun-Pa era «conseguir un espíritu de espionaje y un conocimiento profundo de sus técnicas más certeras». Por consiguiente, era obligatorio observar con empeño al compañero y denunciarlo luego. Cualquier escrúpulo al respecto carecía de valor. Observar aguzaba el sentido crítico y establecía loables puntos de referencia. Por otra parte, no existía verdad fuera del Partido y resultaría un dislate gratuito y torpe anteponer el criterio personal a una doctrina que, en poco menos de cuarenta años, había transformado la sociedad.

—Me deja usted con el alma en un hilo. No tenía la menor idea de lo que me está contando. Aunque debo decirle, con toda sinceridad, que en ciertos aspectos: confesión, confesión pública, no hay verdad fuera del Partido, etcétera, me recuerdan ensayos que han tenido lugar en determinadas épocas del cristianismo occidental, pero siempre salvando las distancias y aclarando que los promotores tuvieron que hacer marcha atrás.

—Mao no hacía nunca marcha atrás. Al contrario. Cualquier proyecto suyo tenía un nombre: Salto Adelante. Pero, si me lo permite, continuaré con mi exposición, aunque el solo recuerdo me hace llorar por dentro, que es en cualquier caso la manera más lacerante de llorar.

—Siga, siga, por favor. Y no entiendo cómo su marido, René, no me había hablado nunca de los Kun-Pa.

—Pues es un hecho histórico. El mundo libre no ha conseguido datos muy concretos con respecto a los primeros cursillos de instrucción. El aprendizaje se llevaba a cabo en un campamento, en cuya puerta de entrada quedaban cortados los lazos de unión con los familiares e incluso con los antiguos amigos. A ese *cortar con lo antiguo* se le llamaba *cortar la coleta*. Los alumnos solo podían abandonar este campamento para excursiones al campo vigiladas, excursiones que consistían, o bien, como siempre, en presenciar ejecuciones públicas, o bien en visitar obras públicas en curso de realización. El futuro dirigente no sabía nunca si su comportamiento era correcto o si el delegado del Partido lo abochornaría ante los demás. Reacciones anímicas corrientes en el hombre, por ejemplo las lágrimas o el humor, estaban prohibidas en los Kun-Pa, por considerarse «valores burgueses», propios de una sociedad a la que era obligatorio aludir empleando palabras injuriosas. Tratábase de un plan psicológico destinado a crear seres con reflejos automáticos. «Lo que está contra Mao corre rápidamente hacia su fin». La revolución exigía «hombres nuevos», como, según Jean-Louis y usted ha insinuado, se ha ensayado en algunas religiones occidentales. Con la diferencia de que estas prometían o prometen, si no me equivoco, la felicidad personal en un *más allá* inimaginable, mientras que el marxismo se proponía conseguir la felicidad colectiva en un *acá* inmediato.

»Al hombre maoísta le estaba prohibido emocionarse y amar. Si yo hubiera hecho caso de tal prohibición, ahora no estaría casada con René. El hombre había de ser duro como las piedras empleadas en la muralla China. Emoción significaba debilidad, peligrosa disposición de ánimo a obrar contrariamente a lo que aconsejaba la lógica. Un comunista chino no debía emocionarse, pues el mundo adverso, el mundo todavía no redimido, exigía de él una constante vigilancia, la perpetua serenidad. Emocionarse suponía perder dicha serenidad.

»En cuanto a amar, era pecado, puesto que el amor seleccionaba caprichosamente y el hombre maoísta debía aspirar a la igualdad. El futuro dirigente había de estar dispuesto a sacrificar sus querencias más remotas. El joven Kun-Pa no debía amar ni siquiera al Partido. Al Partido había que servirlo, aunque en determinados momentos se sintiera odio hacia él. Frase común era: “El amor es menos útil que el estiércol”.

Me dispongo a intervenir pero René Latour, con una seña, me invita a que siga escuchando.

—Por lo demás, la vida era de propiedad pública. El individuo, como tal, no tenía significado ni valor. El contento del individuo solo era válido si con él alegraba el corazón de los demás; y resultaba

impugnable entristecerse por motivos propios. Los viejos chinos llamaban a los muertos «huéspedes de las alturas» porque creían que en cierto modo seguían viviendo. Los hombres maoístas no creían sino en la tierra y en que en la tierra nada era de uno y uno era de todos. Los Kun-Pa eran superiores a Confucio porque Confucio predicaba la piedad filial, clave de egoísmo y servidumbre. Los Kun-Pa eran superiores a Lao-Tsé porque Lao-Tsé predicaba una fórmula abstracta de santidad, germen de superstición y dependencia. Los Kun-Pa eran superiores a Buda, porque este aconsejaba tener compasión. Los Kun-Pa conducían, en fin, al origen fecundo del marxismo, el cual implica la fusión de todas las vidas en una sola.

Los cursillos concebidos por Mao dieron más resultado que los similares practicados en Rusia, o chocaron con una resistencia menor. En realidad constituyeron un éxito estimulante, lo que para mí fue una comprobación dolorosa. Yo he amado siempre y sigo amando la China de mis antepasados, la de los grandes ríos, los poetas, el bambú y los ideogramas, que encantan a René, aunque no consigue interpretar más que una docena. La verdad es que los «jóvenes elegidos» renunciaban pronto a lo suyo. Ni siquiera vacilaban en el momento de delatar al compañero. Ni siquiera este compañero delatado miraba luego con horror al denunciante. Por otra parte, abstenerse de denunciar resultaba expuesto. La falta se consideraba tan grave como, en caso de homosexualismo, no confesar voluntariamente la culpa. En ambas situaciones el castigo era, sin remedio, la extirpación radical. El reo desaparecía del campamento y durante unos días corrían diversidad de versiones sobre su suerte; por lo común, era destinado a un batallón de trabajos forzados.

—Perdone un inciso, Wein Ch'i Mei. ¿Abundaba entre los Kun-Pa el homosexualismo?

—Naturalmente. Era inevitable. Muchachos solos, juntos, sin la presencia de ninguna mujer y en la edad de la potencia sexual. Ocurría como en la guerra, en el frente, como en las cárceles, como en los conventos de clausura, según los psicólogos. El sexo reclama su ración. Claro que en el caso de los Kun-Pa, el «pecador» llegaba incluso a ser condenado a muerte. A menos, y tome nota, que el homosexual provocador fuera precisamente el dirigente de turno.

El tema me interesa de forma significativa. Pues, a decir verdad, los homosexuales, masculinos o femeninos, me han repugnado siempre, y ello es lo único que me distancia de las prácticas de mi añorada Lupe. No llego a pensar que sea «acción contra natura», ya que todo es natura, todo discurre al compás del metabolismo de cada cual. De modo que mi repugnancia no tiene explicación razonable,

sino química, para usar un lenguaje moderno.

Wein Ch'i Mei me dice que entre el pueblo chino, tal vez debido a la promiscuidad y a su inmensidad demográfica, el homosexualismo es corriente e incluso se habló de que el Gran Timonel se rodeaba de una corte de efebos, lo que ella nunca dio por cierto. Excepto en la etapa próxima a su muerte, se mostró libidinoso pero siempre dentro de un orden. No, el pueblo chino es proclive al homosexualismo, más entre mujeres que entre hombres, pero a Mao se le pueden achacar todos los, digamos, defectos, excepto este.

René Latour, que en su juventud debió de ser un efebo y que recuerda perfectamente que los homosexuales han abundado entre los grandes genios de la humanidad, confiesa que a él tal «pecado» le tiene sin cuidado, acaso porque si borráramos de la historia francesa los Gide y Cocteau de turno apenas si quedaría la mitad de la cultura de su país.

Interviene Wein Ch'i Mei para lanzar un puñetazo directo. Asegura que ciertos historiadores chinos de la época de Mao aseguraban que el mismísimo Jesucristo fue homosexual y que su amante se llamaba Juan.

Algo en mi interior se rebela con inusitada fuerza.

—Conozco la historia. Es la más vil de las calumnias que se ha podido escuchar. Jesucristo fue casto, célibe y su amor no estaba compuesto de carne, ¡Calumnia! Calumnia más vil que los ensayos del Kun-Pa.

El ardor con que he pronunciado tales palabras llama la atención de René.

—Se lo dije una vez y lo repito. Sin que se dé cuenta, es cristiano de pies a cabeza. Y me alegro de ello. Yo también lo soy. Formamos parte de la misma tribu.

Wein Ch'i Mei pregunta qué significado le damos a la palabra «tribu». No entiende que la empleamos con respecto a quienes profesan la misma religión.

—La palabra *tribu* —le contesto— tiene el mismo significado que clan. Es aquello que une a determinados hombres en virtud de un sentimiento visceral. Los sociólogos acostumbramos rechazar el término de «secta» y admitir algo más profundo. Más profundo incluso que la palabra «comunidad».

De hecho, la línea divisoria es difícil de establecer. Personalmente creo que incluso los pueblos o países o razas pueden ser tribales. En el caso de China la cosa está clara, sobre todo después de escucharla a usted. También los franceses forman una tribu y también la formamos los españoles, aunque andemos siempre a la greña entre nosotros.

Wein Ch'i Mei, para terminar, se lanza a un canto vehemente de la China de sus amores.

—China es algo inmenso, sin posible parangón. El futuro del mundo pertenecerá a China. Procure usted, cuando almacene sus recuerdos, no perder de vista que Formosa es una isla diminuta y no caiga en la trampa de creer que lo que aquí ha visto es el Todo. Taipei y su entorno no es más que una pequeña muestra. Confío en que mi marido esté de acuerdo conmigo.

—Yo siempre estoy de acuerdo contigo, querida. Excepto en una cosa: me gustaría tener un hijo chino y a ti eso te da miedo. Amas a China pero los chinos te dan miedo.

—A mí me ocurre algo semejante con España y los españoles —digo—. Lo cual, a fuer de sincero, me revienta, porque soy partidario del amor concreto, práctico, y no del amor abstracto.

Wein Ch'i Mei termina su intervención invocando un proverbio chino que tiene su hondura: «Ten presente que las flores maravillosamente bordadas en tu quimono no esparcen ningún aroma».

Nos despedimos, ¡con un abrazo occidental! Wein Ch'i Mei se va y nos deja solos. Viéndola de espaldas, no la imagino con sombrero picudo. Con toda evidencia, no es ninguna campesina. René asiente.

—De ningún modo. Es… sociólogo, como tú.

El director del hotel, al despedirme, me entrega un librito de proverbios chinos, de los cuales elijo unos cuantos para mi archivo mental.

«Lo que no comprendemos tampoco lo poseemos».

«Cuanto menos piensa uno en sí mismo, más desgraciado es».

«Todo el que es desgraciado lo es por su propia culpa».

«Es curioso que nuestros placeres sean superficiales y nuestras penas siempre profundas».

«La mayoría de los hombres gastan la primera parte de su vida en hacer desgraciada a la restante».

«Se nace llorando y más tarde se comprende el porqué».

«Quien sabe no habla; quien habla no sabe».

«Las palabras musitadas al oído se escuchan a mil kilómetros de distancia».

«Una tarde de conversación con un hombre eminente es mejor que diez años de estudio».

«El hombre que hizo su fortuna en un año debía haber sido ahorcado un año antes».

Capítulo IV

Tomo el avión Taipei-Teherán. «Se hace camino al andar», se hace camino más deprisa al volar. Continúo mi búsqueda de un «qué» o de un «quién» que me procure el necesario equilibrio. Equilibrio para no acercarme a la zona de los aborígenes Chawbs, no muy lejos de Taipei, que se dedican a cortar cabezas, si bien en mi caso no ganarían gran cosa extrayendo mi «jugo vital». Sigo dándome asco. El espejo me devuelve la imagen de un hombre cuyo espíritu envejece prematuramente, pese a que el recuerdo del padre Zamora me aporta, ¡qué extraña es la vida!, unas briznas de consuelo. Avión a tope, pasaje calidoscópico. Estrafalarios turbantes, saris baratos, un japonés manejando el ábaco, chinos tumbados en posturas de muñeco mecánico, otros dedicando reverencias al espléndido paisaje que «vive» al otro lado de las ventanillas. Un anciano árabe entretiene sus dedos y acaso su alma orando con su rosario, con su *marsabah*. ¡El rosario! Me acuerdo de los jesuitas, de los Ejercicios Espirituales. Los misterios de Dolor me dolían como clavos ardientes y las letanías a la Virgen se me antojaban alabanzas desmesuradas. ¿Desmesuradas? Si era/es la madre de Dios, nada resulta excesivo; pero ¿qué autoridad garantiza tan exultante hecho? ¿María-Virgen? ¿Concebida sin pecado? ¿Así pues, yo, y Jean-Louis, y mi padre, y el padre Zamora, hemos sido concebidos «en» pecado? ¿Pecado *original*? ¡Qué poco *original* es! El vapuleo del Génesis, al que aquel goloso que se llamaba Charles Darwin asestó un golpe mortal, admitido tan recientemente por la Iglesia romana, en virtud de la tesis de la evolución de las especies. Me pregunto si las especies han evolucionado poco o mucho, si yo soy un ser evolucionado, fundamentalmente distinto del hombre cavernario. ¿Los sacerdotes se distinguen gran cosa de los hechiceros y magos de la Antigüedad? ¿Existen los ángeles? ¿Existen los demonios? ¿San Ireneo fue o es un ángel, madame Chu-Lu o Lupe son demonios? ¿Quién traza la línea divisoria? Me parece recordar que san Agustín e incluso santo Tomás consideran necesaria la prostitución para el buen funcionamiento —frase confuciana— de la sociedad. Toda ciudad necesita de cloacas. El hombre es, en cierto modo, una ciudad, y sus

cloacas recogen los excrementos y los espermatozoides. Los ciudadanos de Taipei sueltan el moco por las calles y, según el director del hotel Ambassador, consideran que ello es más higiénico que conservar horas y días el sucio pañuelo en el bolsillo. Llorar a moco tendido significa llorar sin tregua. Por desgracia, yo no puedo llorar. Lloraría gustosamente para desahogar la aflicción —el descontento— que experimento en estos momentos. Lo peor es que tampoco puedo reír. Vivo y respiro, a siete mil pies de altura, en un estado neutro. Confucio trocaría ese estado débil en estado fuerte, pero yo no soy Confucio y mi pensamiento se pierde en vaguedades. A mi lado se ha sentado un hombre en uniforme, de policía. Su proximidad tiñe de gris, todavía más, mi ordenador cerebral. ¿Por qué no le pido que saque su revólver, si lo lleva, y me pegue un tiro? Porque soy un cobarde y porque, en el fondo, mi desesperación es de mentirijillas, como lo prueba el hecho de que la mera visión de las dos azafatas chinas, hermosas, que se deslizan por el pasillo del avión como si fueran cisnes, basta para modificar mi estado de ánimo. ¡Teherán! Mi acopio de cultura general me ayuda a recordar que el actual Irán era la antigua Persia, de donde proceden, precisamente, las más antiguas noticias de los magos, dando a la palabra mago el significado de rey. ¡Ah, si los Reyes Magos, fantasía infantil, a través de Zoroastro calmaran mi sed! Les ofrecería oro, incienso y mirra, sacados los tres del fondo de mi corazón.

De pronto, el aparato emite música árabe. ¿Árabe? ¿No será música persa? ¡De nuevo la incógnita! De pronto también, siento necesidad de ir al lavabo. Me levanto, me dirijo a una de las cabinas —ambas ponen «libre»— y abro la de la derecha. ¡Que el Profeta sea conmigo! Sentada en el váter, a horcajadas, una mujer con chador, la falda en alto. Me habían hablado mucho del chador, «símbolo de intransigencia», pero jamás pude imaginar que el primero que vería sería en el váter de un avión. Doy un portazo, el portazo del mal humor y abro con mucha cautela la cabina de enfrente, que por fortuna está libre de verdad. Cabina perfumada, que huele como los arcángeles, lo que poco a poco normaliza mi respiración. No hay botellitas de perfume francés, pero sí coquetonas pastillas de jabón. Guardo una de ellas, en reacción pueril. Y advierto que el aparato apenas se mueve, como si hubiera adoptado la postura de Buda.

Llegamos a Teherán: aeropuerto de Mehrabad.

Son las nueve y media de la noche, hora local. La urbe es inmensa —cinco millones de habitantes, incluidos los suburbios— y la iluminación, feérica. El aterrizaje es perfecto y el supuesto policía, que es el primero en levantarse, aplaude al piloto. En cuanto la puerta

exterior se abre, me azota el rostro una vaharada de aire más frío de lo que cabía esperar. En lo alto de la escalerilla, las azafatas chinas nos dedican las correspondientes reverencias.

Nadie me espera. Estoy solo conmigo mismo. Zoroastro, me digo, hubiera podido tener un detalle y aguardarme a pie de avión y darme la bienvenida. ¿Por dónde andará? ¿Dónde lo encontraré? Un autocar me lleva, nos lleva al hotel Hilton, lo que supone que mi primer contacto con Irán es americano, pese a que en época de Jomeini lo «americano» era repudiado, signo de corrupción. Durante el trayecto hacia el hotel se ha confirmado lo que me habían advertido: el atasco de coches es colosal, el tráfico, caótico. En la «guía» he leído que Teherán ha sido llamada la «ciudad sin memoria», pues apenas si hay en ella edificios antiguos. Raros son los que se remontan más allá del siglo pasado. El *sha* modernizó la urbe y, por extraño que parezca, la actual teocracia que gobierna el país no ha derribado los edificios por aquel construidos, aunque paralizó sus planes, que consistían en ganarle terreno al desierto próximo y convertirlo en una metrópoli con todos los alicientes para atraer el turismo mundial.

El director del hotel es un libanés, sinónimo de «espíritu avisado». Me dice que pronto el Hilton dejará de ser Hilton y pasará a ser el hotel Jomeini. Me parece lógico y en el fondo me divierte que Jomeini, el de la barba blanca, cabeza importante y cuya efigie los teheraneses vieron una noche en la Luna, se convierta en un hotel.

Enterado de mis proyectos, el director se acaricia el bigote y me asigna como guía a un compatriota suyo, llamado Javad, jefe de relaciones públicas y dedicado precisamente al estudio de las religiones.

Javad me tiende la mano. Es también libanés. Corpulento, con barba de *mullah*, pronto me doy cuenta de que tiene también su tic particular: se lleva con mucha frecuencia un pequeño inhalador a la nariz y aspira profundamente. «Perdone usted, señor, le concedo mucha importancia a la respiración». «Me parece muy sensato».

—Puesto que usted ha aceptado mis servicios, estimo oportuno presentarme. Me llamo Mohamed Javad y desde hace veinte años me dedico al estudio de las religiones, empezando, naturalmente, por la de mi patria y mi familia, es decir, el Islam. No sigo todas sus reglas, ni mucho menos, pero sí algunas. Por ejemplo, la poligamia. Tengo tres mujeres, no cuatro, lo cual me exige trabajar duro, pues entre las tres me han dado hasta el momento diez hijos. Me creo, y perdone la presunción, representante de la curiosidad que los libaneses sentimos por todo lo que acontece en el mundo, presumiblemente por el enclave geográfico del Líbano, enlace entre Occidente y Oriente. ¿Ha

oído usted hablar de los cedros del Líbano? Yo soy un cedro del Líbano. Me ha dicho el director que anda usted en busca de los rastros del gran Zoroastro, o Zaratustra, como a usted la plazca. Desde el principio debo informarle de que el zoroastrismo, contra toda lógica, en los últimos tiempos ha caído en desuso, sepultado por los chiítas del Islam. Quedan pocos zoroástricos en Teherán, pese a que la doctrina del Maestro es de una lógica aplastante, mucho más convincente, a mi ver, que la doctrina de Buda y la de Confucio. Le pondré en contacto con un estudioso del inmenso personaje que usted anda buscando. Se llama Teymur y es un rico comerciante del Bazar, que, como usted sabrá, es el bazar más poderoso, en todos los terrenos, con que cuenta el Islam. Digo poderoso porque la revolución jomeinista se fraguó en el bazar, en sus millares de establecimientos. Es una ciudad yo diría que autónoma dentro de Teherán. Solo me falta concretar que pagará mis servicios al director del hotel y que yo no aceptaré bajo ningún concepto ni propinas ni obsequios. Cumpliré con mi obligación y basta. No sé muchas cosas de España pero su historia me cae bien. Conquistaron ustedes un mundo y asimilaron grandes hallazgos de la raza árabe, si me permite hablar de razas. Todo irá bien, espero, si goza usted del sentido del humor, que es mi sentido predilecto. ¿Ha oído usted hablar de los sufíes? Yo soy sufí de mente, aunque no de corazón. Por de pronto, me parece que en cuestiones de edad y estatura usted y yo andamos a la par, y me gusta que fume usted en pipa, aunque lo invitaré a que pruebe el *narguilé*. Es una delicia. Y si a mano viene lo acompañaré a un fumadero de opio que funciona al sur del Bazar y que goza de gran fama. Fumar opio es de los pocos vicios que están permitidos por los gobernantes de este país, que dista mucho de haber encontrado el equilibrio correcto. Mucho fanatismo, mucha pena de muerte y subestimación del papel de la mujer, hecho contradictorio habida cuenta que el Profeta, Mahoma, vivió siempre rodeado de mujeres. ¿De acuerdo, señor Ireneo…? Ireneo, qué nombre tan raro. ¿Proviene del cristianismo? ¿Fue un mártir? Ah, todas las religiones tienen sus mártires, crean sus mártires. A mí me da risa que alguien muera por un dios. ¡Hay tantos dioses! ¿Cuál es el verdadero? ¿Es usted cristiano? ¿Solo a medias? Tanto mejor. Nunca he creído que un hombre con sentido del humor pueda adorar a un dios determinado. Mis dioses son mis tres mujeres y mis diez hijos. Y mi trabajo. Y por el momento, lo dicho, dicho está.

Tal catarata de palabras me deja estupefacto, pero tiene la virtud de alejar mis pensamientos lúgubres. He aquí un vivo ejemplo de vigor, de vitalidad. ¡Javad es mucho Javad! Tórax ancho, manos grandes, como manoplas, lleva un turbante —¿por qué llevará

turbante?— blanco que magnifica su cabeza.

—Conforme, señor Javad, con todo cuanto ha dicho, excepto lo de las propinas y el obsequio. No le daré propina, puesto que usted me lo prohíbe; pero sí le haré un obsequio: mi amistad.

—Trato cerrado. ¿Es obligatorio llamarle Ireneo? Bien, de acuerdo. Soy muy comprensivo.

Desde el primer momento eludimos hablar del *sha* y de la revolución jomeinista. Ambos somos partidarios del pragmatismo y, por lo tanto, lo que cuenta es la búsqueda del «inmenso» Zoroastro. Al día siguiente, pues, y habiendo llegado a un acuerdo con el director del hotel sobre las condiciones de mi estancia, de duración indefinida y de las prestaciones que, como dilecto hedonista, reclamo para mí, Javad me acompaña, en taxi, hacia el Bazar. El bloqueo del tráfico, a media mañana, es todavía más intenso e insoportable que el que me irritó ayer, desde el aeropuerto al hotel. Y nadie respeta las leyes de tráfico. El caos circulatorio se asemeja al caos de mi mente, de las circunvoluciones de mi cerebro, ansioso de llegar a la librería del zoroastro Teymur. Porque, Javad me informa, entre semáforo y semáforo, que su amigo zoroástrico es librero, tiene una librería exclusivamente dedicada a esa «teología» o «filosofía», términos que, en puridad, se entremezclan o que dificultan establecer entre ellos la línea divisoria. Ante mi sorpresa, y relegando al olvido la visión de la mujer con chador que encontré en el váter del avión, he aquí que el chador de las muchachas de la ciudad teocrática se me antoja mucho más elegante de lo que había supuesto. Claro que me crispa lo que significa de imposición, de opresión, de hábito carcelario, para usar un término que agradaría a Segismundo; pero es fotogénico. Y además, al parecer muchas jóvenes utilizarían esa prenda aunque no fuera obligatoria. No les agrada exponer su carne a la mirada de los hombres. Estoy lejos de Chu-Lu y de Lupe.

Javad parece leer mi pensamiento.

—Tengo la impresión de que el chador le resulta más excitante de lo que había imaginado.

—Pues, a decir verdad, señor Javad, sí. Lo prohibido es deseado.

—Mire usted, en el hotel hay tres piscinas vacías, sin agua, por decreto de las autoridades. Antaño estaban repletas de cuerpos femeninos occidentales, sobre todo americanos. ¿Querrá usted creer que los empleados del hotel, árabes, se cansaron de tanta desnudez? En mi trato íntimo con mis tres mujeres, lo que mayormente me place es quitarles la ropa. Es el momento supremo. Como diría un budista, es el momento de la Iluminación.

—Entonces, ¿no sería usted partidario de los reductos nudistas, que

tanto abundan en Francia, Alemania y países escandinavos?

—¡Ni hablar! Aquello apesta. Tenga usted en cuenta que, por cada cuerpo bello, presentable, hay cien cuerpos repugnantes.

—Empezando por el mío. Confío en que no tendrá usted, amigo Javad, ocasión de comprobarlo.

Mi primer contacto con el Bazar es de tal calibre, que, a petición mía, posponemos la visita al librero Teymur y nos dedicamos a echar un vistazo a las entrañas del llamado «corazón de Teherán». Formidable palco de observación, siempre igual y siempre distinto. Pululan por sus callejuelas un enjambre de turbantes y chadores, con abundancia de mujeres enjoyadas. Todo se compra y todo se vende ahí, incluso, tal vez, lo que los timoratos denominan «honra». Los altavoces no cesan de emitir música árabe, que al pronto no consigo aprehender.

—Ya se acostumbrará usted. El canto de los almuecines no tiene parangón. Es un reclamo que procede de ese más allá ignoto y que no figura en los mapas.

La mezcolanza de comercios es tal que me cuesta gran esfuerzo orientarme. En cada establecimiento hierve una tetera y hay alguien fumando narguilé. Al otro extremo del mercado de hortalizas se venden asnos y camellos, ¡camellos importados de Turquía! ¿Qué explicación tiene que Irán importe camellos turcos? En Irán hay desiertos y donde hay desiertos hay anacoretas, profetas, beduinos… y camellos.

Al día siguiente estimo que ha llegado la hora zoroástrica. Tengo una muy vaga idea de la personalidad de ese hombre-dios, que nació en Artropatene, hoy Ademahikan, el año 1260 a. J.C. y que murió en Balks el año 1181. Vivió, por lo tanto, 59 años, mucho menos que Buda y que Confucio.

Suponía que el librero, al igual que sus predecesores en Tailandia y en Formosa, para simplificar las cosas me ofrecería una biografía del personaje, pero no es así. Prefiere hablarme de él, hablarme personalmente, para de este modo poder resaltar lo sustancial de su doctrina.

Teymur Moghati, octogenario casado recientemente con una muchacha de veinte años, por haber perdido o repudiado antes a varias esposas que más o menos rondaban su misma edad, viste andrajosamente. Exhibe un pintoresco gorro de dormir y bigotes y barba teñidos con *henné*, los cuales tienen reflejos ígneos gracias a las luces de neón y a las lámparas de gas. Mutilado: le falta una pierna, por lo que permanece sentado o se ayuda con una muleta, y uno de sus ojos es de cristal, cuya inmovilidad y fijeza me dan grima. Lo

cierto es que no soporto los defectos o carencias físicas. Hago buenas migas con el librero Teymur y lamento que mi añorado Jean-Louis Deudon no esté a mi lado. Posee tres cualidades que yo valoro como se merecen: profesa una religión antiquísima, ha vivido toda su vida rodeado de libros viejos y de pergamino y se expresa con una mordacidad que hace las delicias de Javad y del forastero que yo soy. Apenas abre la boca al hablar, porque cuando el incendio del Bazar, allá por el año 1963, se le quemó un poco el labio superior, razón por la cual se dejó crecer el bigote. En resumen, en su cuchitril o zahúrda, con astrolabios, bolas de cristal y de cuero, textos traídos de algunos de sus viajes a Extremo Oriente, me siento a mis anchas, prestos los oídos. ¡Ah, Dios —¿qué Dios?— sea loado! Las tentaciones de suicidio han muerto. Y han muerto, es de suponer, porque eran de mentirijillas.

Me gustaría dejar bien sentado que la aureola que emana del hierofante Teymur no es en modo alguno folclórica ni producto de seducción ambiental. Todo cuanto lo rodea está justificado. Es un hombre de formación muy vasta, que confirma el retrato que de él me trazó Javad. Ha leído mucho, aunque no novelas de intriga, como la que yo estoy viviendo. Sherlock Holmes y el comisario Maigret dejaron de interesarle. En la Edad Media hubiera sido un alquimista de muchos quilates. Conoce de memoria a los clásicos orientales, que yo empiezo a descubrir, razón por la cual a su lado ha ido ganándome un tremendo complejo de inferioridad. Jamás pude sospechar que encontraría en ese Bazar locoide semejante joya. Joya que insiste en que los mencionados clásicos hay que leerlos en sus respectivas lenguas. «A base de traducciones no se puede hacer otra cosa que palparles la piel…»

Resulta inevitable hablar con Teymur de la situación actual de la sociedad iraní, dominada por entero por los musulmanes chiítas, mucho más fanáticos que los sunnitas.

—Verá usted. La religión musulmana es reciente. De hecho, Mahoma, cuya grandeza no me atreveré a negar, en el Corán entró a saco en los profetas que le precedieron. Hablando en plata, o en oro, como usted prefiera, el Corán es un plagio, un plagio monumental, sabiamente elaborado, eso sí, de las enseñanzas de Zoroastro, de Lao-Tsé, del Antiguo Testamento y de las parábolas de Jesús… Por desgracia, Mahoma no conocía bien los textos, por lo que a menudo incurre en anacronismos, errores y contradicciones de bulto, que claman al cielo, o si usted lo prefiere, que claman a Alá.

—¿Lo ha leído usted en árabe?

—Por supuesto… ¡Oh, poéticamente el libro es sublime! Esa es otra

cuestión. Yo suelo decir que el Corán es como este bazar: en sus páginas hay un poco de cada cosa, un singular microcosmos.

Intenta explicarse, mientras yo dudo entre encender mi pipa o aceptar el *narguilé* que mi interlocutor me ofrece. Muchas leyes islámicas tropiezan, en la vida moderna, con obstáculos insolubles, como se demuestra en el actual Irán… Por un lado, se ataca a la usura, por otro, gracias al petróleo, se crean bancos en todas partes, incluso en los propios Estados Unidos, los cuales, entre otros muchos delitos, son los culpables de haber sembrado el mundo de hoteles Hilton. Y la *umma* musulmana, la «gran comunidad» humana, ¿dónde está? Unos con yate, otros con su lepra y su tracoma. «Supongo que está usted al día con respecto a las guerras de la llamada África profunda, musulmana en su mayoría». ¿Y la medicina? A Teymur le interesa mucho la medicina, pese a que nadie le devolverá la pierna perdida y el ojo que le perteneció. Pues bien, con el Corán en la mano, la medicina no puede prosperar, evolucionar… Fuera las transfusiones sanguíneas, fuera el trasplante de órganos —¡Dios mío, pienso en mi padre, en su quirófano!—, fuera las extirpaciones —excepto si se trata de castigar—, fuera la contraconcepción. Han sido siglos, varios siglos, sin investigar y el atraso salta a la vista. «¿Ha asistido usted a algún entierro musulmán? Pues no se lo pierda, y ya me dirá…»

—Sin embargo…

—¡Bueno, ya sé que esas cosas tienen arreglo! Ellos mismos se han sacado de la manga una fórmula, a la que llaman *mektoub*, que significa algo así como «estaba escrito» y con ella lo resuelven todo… Pero juraría… yo juro muy a menudo, precisamente porque está mal hecho, que no se saldrán con la suya… ¡Qué quiere usted! El Islam, básicamente es árabe, y los árabes, contrariamente a nosotros, los persas, llevan en la sangre el placer de la venganza, aunque en sus salmodias hablan sin cesar del Misericordioso y del Compasivo… ¡Que vayan a Arabia Saudí y se convencerán! Incluso el Islam no árabe engendra venganza, del mismo modo que la carne de cerdo, según mis maestros, engendra pesimismo en quien la come…

—¿Quiénes son sus maestros? —pregunta Javad, aspirando hondo su inhalador, que huele a menta.

—¡Oh, solo tengo uno! Zoroastro… Ya lo saben ustedes.

Hablamos largamente, ¡por fin!, de Zoroastro y de la religión por él fundada. Teymur es hombre didáctico, por lo que desde el primer momento se ha dado cuenta de que debía empezar por lo más elemental.

Lo que más me fascina de su intervención es la *libertad*. La libertad de su pensamiento. Enemigo de los dogmas, por considerarlos

contrarios a la inteligencia humana, en seguida ha dejado claro que ha hecho del zoroastrismo una valoración personal, con bifurcaciones que a buen seguro no serían del agrado de los *mobed*, que así se denominan sus sacerdotes.

Empieza, pues, por confesar que no sabe exactamente cuándo apareció Zoroastro —las cifras que yo le doy las estima erróneas—, aunque él lo situaría entre los siglos XII y VI a. J.C. Más aún, sus doctrinas no fueron compiladas hasta mucho más tarde, allá por el siglo III, compilación que, como debo saber, se llama Zend Avesta —lo que podría significar Enseñanza y Texto—, y de la que solo nos ha llegado una mínima parte, algunos himnos llamados Gatha, por haber sido el resto destruido por Alejandro en el incendio de la biblioteca de Persépolis…

—Una pérdida irreparable, ¿no es así? Por los fragmentos conservados se sabe que la obra completa estaba escrita con caracteres de oro en doce mil pieles de vaca… ¿Por qué al tal Alejandro lo llamaron Magno, o el Grande?

—Los comienzos de Zoroastro son pura tradición y nada más que tradición. Nació en Persia, desde luego, aunque el mapa era por entonces distinto del actual. Y el itinerario que se le atribuye es parangonable al de cualquier otro profeta: nació sonriendo, tuvo visiones, los «magos» que por entonces dominaban el país se pusieron en contra suya, de los veinte a los treinta años permaneció en una cueva, donde recibió de lo Alto los dones de la sabiduría y poder sobre los elementos de la Naturaleza; más tarde comenzó su predicación, buscando discípulos y seguidores; sufrió pronto las tentaciones del Maligno y murió sin haber visto el triunfo de su doctrina, «como ocurre con todos los fundadores de religiones». Aunque su influencia es evidente sobre la concepción judaica de Yahvé y de la de Satán como eterno adversario de Dios.

Teymur habla con la calma y la seguridad de quien pisa terreno conocido. Yo me siento tan absorto que me olvido de su ojo de cristal.

—La gran intuición de Zoroastro fue creer hondamente, con todas sus fuerzas, en la existencia del Dios del Mal, puesto que el Dios del Bien ya existía cuando él vino al mundo, bajo el nombre de Ahura-Mazda… Sin la existencia de ese Dios, ¿cómo explicar los cataclismos del universo, el dolor del hombre y la perversidad? Ahí está la aportación de Zoroastro en la creencia de que desde el Principio existe un Dios maléfico, llamado Ahrimán, que virtualmente tiene tanto poder como el Dios del Bien. Esta dualidad informa toda su doctrina y explica las fuerzas opuestas que observamos continuamente en el cosmos, en la tierra —por ejemplo, la vida y la muerte— e incluso en

el interior de nuestro consciente.

—Eso lo explica Todo, mi querido Ireneo. Ambos Dioses… utilice usted las mayúsculas, sostienen una lucha constante, sin tregua y hay períodos en que uno gana y el otro pierde, y viceversa… ¿No se da cuenta? De repente pasa en el mundo una racha que podríamos llamar primavera, o paz del alma, o fuego que alumbra; de repente el mundo se torna hosco, como en estas últimas décadas y nos gana la melancolía, la carne de cerdo, o estalla una guerra, o estallan cien guerras, grandes y pequeñas, y funcionan las hachas o las cámaras de gas y la mujer se prostituye y los mayores cuidan de prostituir a los menores. Es, metafóricamente, el invierno. Es Ahrimán —Teymur da una lenta chupada a su *narguilé*, invento que por cierto se debe a los árabes, y prosigue—: Me gustaría que me creyera si le digo que muchas veces he visto entrar por la puerta de esta tienda a uno de los dos Dioses y en algunas ocasiones excepcionales, a los dos al mismo tiempo.

—Perdone que le interrumpa, Teymur —le digo—. Pero lo que ahora me intriga es el destino final, ya que el ser humano no pasa en la Tierra más que un instante. ¿Cuál es, o cuál será, a la postre, el resultado de ese combate entre las dos fuerzas? ¿Qué pasa al final con Ahura-Mazda y con Ahrimán?

Teymur mueve la cabeza. Se acaricia la barba teñida con *henné*, coge uno de los libros que tiene a mano y contesta:

—Quiero aclarárselo a usted con la máxima precisión… ¿Ve usted este librito? Contiene lo que llamamos el Apocalipsis iraní, el de Zoroastro. Le voy a leer un fragmento muy breve. No haga caso del lenguaje, un tanto rimbombante; lo que sí puedo anticiparle es que al final el vencedor es Ahura-Mazda, el Dios del Bien…

Abre el libro, busca la página correspondiente y lee, traduciendo con cierta dificultad: «Al final la victoria es para Ahura-Mazda. Y he aquí que al acercarse el término de los siglos, las montañas se allanarán, las gentes se igualarán y tenderán a ser mejores, ayudando con su propia tarea al Ser Supremo. Resucitarán los muertos. Todos los metales se transformarán en un río ardiente, que los justos atravesarán como si se tratara de un baño mediante una serie de oraciones, y lo precipitará el Infierno; pero este será también a la postre purificado, el mal desaparecerá y toda la creación vivirá eternamente feliz cantando alabanzas al Ser Supremo».

—¿Comprende usted ahora, mi querido huésped, por qué le hablé de la gran intuición de Zoroastro y de su incomparable aportación? Que yo sepa, no existe otra religión que ofrezca mejores perspectivas.

Llegados aquí, Teymur Moghati enciende unas luces y se rompe el

encantamiento, que se desarrolló en una suerte de penumbra. El resto de la charla es más bien trivial. Se refiere a la liturgia zoroástrica que Teymur no acaba de tomarse en serio, debido quizá al incendio de Persépolis, a los Gatha incompletos que la historia legó a la humanidad. «Falta una pierna, ¿comprende? Y un ojo también».

Con todo, yo sigo insistiendo y el librero, que con frecuencia mira el astrolabio que tiene al lado, nos dice que «en aquellos tiempos» los adoradores de Ahura-Mazda quisieron cambiar el calendario, poniéndoles a los meses nombres de ángeles, acción poética y simbólica que ni siquiera hubiera podido ocurrírsele al padre Zamora. Añade que dichos oradores destruyeron todos los templos antiguos —antes había innúmeras deidades—, conservando únicamente los llamados «altares de fuego», los cuales se convirtieron en el elemento principal de la liturgia, junto con una bebida llamada Homa, jugo de una planta excitante, que se suponía beneficiosa para la espiritualidad.

Más tarde, además del Fuego se adoró a toda la naturaleza. Las supersticiones se extendieron como una plaga. Los seguidores de Zoroastro, apartándose de la idea original, procuraban no manchar los ríos, besaban la tierra, bautizaban los árboles y había incluso policías limpiando sin cesar las calles. «No hubieran consentido una túnica andrajosa como la mía. Pero yo solo creo en la blancura interior».

Me habla de la existencia de las conocidas Torres del Silencio, de las que por cierto me informó Logdse en Bangkok, y de las que en el mismísimo Irán quedan ya pocos ejemplares.

—Son producto de ese sentido ritual por la naturaleza. Si la muerte representaba el triunfo del Mal, los cadáveres eran cuerpos impuros y, por lo tanto, no podían ser enterrados, ni arrojados al agua, ni quemados en el altar. Por ello se optó por dejarlos, cubiertos con sus ropas, en las altas torres silenciosas edificadas al efecto y en la cima de cualquier altozano. El objetivo era que dichos cadáveres fueran pasto de las águilas y de los buitres y desaparecieran. En mi región, Yazd, quedan algunas. Y también en algunas montañas del Kermán. Nadie ha penetrado nunca en ellas, pero desde el aire, en avión o en helicóptero, pueden verse…

Teymur añade que el gran dominio zoroástrico fue diluyéndose con el paso del tiempo, para terminar definitivamente, en lo que a Irán se refiere, con la llegada de los árabes. Los árabes les obligaron a pagar impuestos cuantiosos, y de ahí que muchos *adoradores del fuego*, como superficialmente suele llamárseles, se pasaran al Islam. Se mantuvieron algunos templos, aunque muchos persas consideraban censurable encerrar a Dios en un local limitado y rendirle culto debajo de un techo; pero ya no se hablaba siquiera de la pureza. Dichos

templos se convirtieron en tabernas, donde por las noches se burlaban de la prohibición del Islam de ingerir alcohol.

—El resto ya lo saben ustedes. Aquí quedamos unos diez mil, y unos cien mil viven en la India, dedicados, algunos de ellos, a prósperos negocios… Y si le interesa un detalle pintoresco, en la época floreciente de los harenes mis predecesores en la fe zoroástrica ejercían de jardineros…

Dicho esto, añade, con un deje de amargura, que la librería y la familia le sostienen el ánimo.

—En la librería he aprendido, a través de los viejos textos, que muchas de nuestras creencias son sueños, pero no cabe emplear este término en sentido de falsedad. Es evidente que no todos los sueños son avisos, y menos aún premonitorios; pero sería necio burlarse de ellos. Los profetas y los filósofos, todos los profetas y todos los filósofos, son los que más sueñan y a ellos les debe la Humanidad su progreso moral y material…

Hay algo en Teymur que me atrae más de lo corriente. Y también en la doctrina de Zoroastro. Lo único que no veo claro es que al final venza el Dios del Bien. ¿En qué se basó Zoroastro para sentar este principio?

—Todo esto es impresionante, maestro Teymur. Y ojalá viva usted eternamente y no termine en una torre de silencio, expuesto a las aves depredadoras. Recluido en este Bazar, se merece usted todo mi respeto de hombre occidental y que, por serlo, anda a la deriva. Por cierto, ha mencionado usted a su familia. ¿No resulta difícil tener tres esposas?

—De ningún modo. Me llevo bien con las tres y cada una ocupa su lugar. Más complicado resulta haber tenido diez hijos, lo cual, habida cuenta de que solo tengo una pierna, no deja de ser una hazaña.

—¿Qué porvenir les espera a sus hijos, a tantos hijos?

—Eso… solo Dios lo sabe. No todos alcanzarán el mismo nivel. El tiempo hace la criba. El mayor, por fortuna, es zoroástrico, como yo. Se siente a gusto con mi creencia; pero los dos que le siguen muestran ciertas debilidades que me preocupan. Afirman que eso del chador es una estupidez. Uno de ellos pinta y pinta desnudos de mujer.

—Síntoma de inteligencia… —sugiero.

—Comprendo. Pero es muy tímido y mi temor es que se limite a pintarlas, ¡ja, ja!

Tal respuesta distiende el diálogo.

—¿Dónde perdió usted la pierna, maestro Teymur?

—Cuando la revolución para derribar al *sha*. Me alisté voluntario, pese a que el imán Jomeini no me gustaba ni pizca, en primer lugar porque era dogmático y en segundo lugar porque durante su exilio en

Francia se alimentaba casi exclusivamente de nueces. ¿Han observado ustedes que el interior de una nuez se asemeja asombrosamente al interior del cerebro humano? Zoroastro afirmaba que *todo se parece a todo*, debido a que Todo proviene de un Principio Único.

—¿Cree usted, maestro, que usted y yo, para citar un ejemplo cercano, nos parecemos, aunque sea un poco?

—Creo que somos una excepción. Con el solo ojo de que dispongo veo en sus ojos una peligrosa tendencia al nihilismo. Y esto es sumamente peligroso. ¿A qué se dedica usted, si puede saberse?

—Profesionalmente, soy sociólogo.

—¿Y eso qué es?

—Estudiar el comportamiento humano en el seno de la comunidad. Analizar la «vida colectiva».

—¡Ay, ay! Zoroastro solo creía en el individuo, en un Dios personal y en una persona individual. Pero no polemicemos. Me gustaría que se llevara usted un recuerdo del viejo y tullido Teymur.

—Muchas gracias. ¿De qué se trata?

—De un pequeño yugo, elaborado en este mismo Bazar, con el que debe procurar domeñar sus pasiones…

Jamás hubiera podido sospechar que saldría del Bazar con un diminuto yugo en el bolsillo. La agudeza de Zoroastro se agigantó en mis adentros. Y de pronto me di cuenta de que llevaba diez días sin «conocer mujer, sin conocer hembra». Chu-Lu queda lejos, y más lejos aún, Lupe. Y no obstante, el cuerpo me pedía guerra. Me la pedía el pico de jade.

Me sinceré con Javad y el astuto libanés me lo puso difícil.

—Me pone usted en un apuro. Los prostíbulos están completamente prohibidos en Irán. Los mismísimos *mullahs* cuidan de la vigilancia. En cambio, se muestran tolerantes con los fumaderos de opio, aunque hay muy pocos y se hallan en las afueras de Teherán.

Me pregunté si el opio podía sustituir al hambre de mujer, al hambre de hembra. Por supuesto que no. Pero podía ser una experiencia.

—¿Conoce usted, Javad, algún fumadero en el que se admita a un sociólogo occidental?

—Conozco uno, y con uno basta. Está a veinte kilómetros al sur del Bazar. El rótulo de la entrada dice EDÉN, es decir, se entra en el paraíso. Y me atrevería a afirmarle que el paraíso del opio es lo contrario del nihilismo.

—¿Podemos ir mañana?

—Naturalmente. ¿Le parece bien a las seis de la tarde? El opio hay que tomarlo con el crepúsculo, como sucede con ciertos pinchazos de

la acupuntura.

Duermo como un lirón. Como un lirón que sueñe, por supuesto. Sueño que sueño: ignoro qué conclusión sacaría de este insólito hecho el filósofo Teymur.

La visión del yugo en la mesa de noche me sobresalta. Llevo mes y medio fuera de Barcelona, fuera de aquel cubil que huele a gasolina y a ritmo frenético. Del amplio abanico de «ofertas espirituales» que me han sido ofrecidas, la que se me antoja más elocuente, aunque no más eficaz que las demás, es la de Zoroastro.

Hoy he decidido dedicar la mañana a admirar alfombras. Teherán fabrica, exhibe y vende alfombras a porrillo. La mayor parte de sus comerciantes son judíos, lo que no deja de sorprenderme. Es evidente que los judíos se encuentran en todas partes, que Yahvé se encuentra aquí, allá y más allá. Bien, como me decían en el colegio de jesuitas, Dios se encuentra en todas partes, aunque a veces se oculta tras un biombo de concupiscencia. Me digo que resulta harto ridículo desplazarse miles de kilómetros buscando la Verdad y perder una mañana entera contemplando alfombras.

A la caída de la tarde, Javad, con un coche «americano», me deposita frente a un tugurio que, pese a las apariencias, se autodefine como Edén. Javad llama a la puerta y nos abre una mujer vestida con batín, que al identificar a Javad lo saluda con una familiaridad que delata a mi cicerone. Javad, ello no ofrece dudas, es un «habitual» de la casa, lo que yo no hubiera podido sospechar.

La mujer nos conduce a una habitación cuadrada, sin apenas luz, con solo unas diminutas lámparas de color violeta. Javad me dice que tengo que desnudarme y ceñirme un delantal a la cintura. En el suelo, una esterilla semejante al tatami japonés que vi en el hotel de Taipei. Dos almohadones largos y duros. Pronto aparecen dos muchachas jóvenes, masajistas, que nos ordenan, mediante un gesto cortés, tumbarnos boca arriba. Por lo visto el masaje previo es indispensable para conseguir la obligada relajación.

Entra la dueña de la casa, Javad la saluda: madame Pompadour. Madame Pompadour trae unas pipas y un frasquito que contiene un líquido espeso, color tabaco. Con un palillo de sándalo extrae una porción de dicho líquido y lo coloca sobre la pipa en la que hay un carboncillo especial, encendido. Se forma una bolita. «Tiene usted que chupar de una manera continua —me dice—. Aspirar sin descanso. De lo contrario, la bolita se solidifica y no se puede fumar».

Cumplo con las reglas y a las primeras chupadas noto una ligera sensación de náusea. La aspiración dura unos treinta segundos; la bolita se esfuma. Me tumbo y noto en la zona del pecho una gran

sensación de paz. Una paz extraordinaria, que debe de parecerse a la que se experimenta en plena «meditación trascendental». La experiencia es cautivadora. Y por primera vez en mi vida comprendo que es cierto que quienes hablaron de la religión como «opio del pueblo» emplearon esta palabra no en sentido de corrupción, sino de anestesia.

Las masajistas vuelven a actuar. Sus dedos son realmente ágiles y pícaros, conocedores de la anatomía y del espíritu que en ella habita. No puedo por menos que recordar aquella mi inolvidable secuencia con Chu-Lu.

Fumo la segunda pipa, esta vez reclinado a la manera de los antiguos romanos en sus triclinios. Esta vez consigo chupar sin experimentar náusea y al término de la operación me tumbo de nuevo boca arriba y poco a poco va invadiéndome una insospechada claridad mental. Acuden a mi cabeza, ¡ordenadamente!, inéditas asociaciones de ideas, brillantes analogías. Mi asombro es total. Hubiera podido escribir o dictar de un tirón las memorias de mi vida. Advierto a la «dueña» que renuncio a fumar otra pipa. Entonces ella y las masajistas se retiran en silencio, evitando darnos la espalda.

Poco después doy por terminada la ceremonia y nos levantamos y empezamos a vestirnos. Entonces Javad me advierte que es preciso no habituarse. Que hay quien se fuma hasta veinte pipas y que la lucidez mental que produce el opio, tomado en su debida dosis, es cosa conocida. Ya Virgilio y Plinio el Viejo hablan de las propiedades curativas de esa droga, tan utilizada en los laboratorios farmacéuticos. El precio que me cobran por la experiencia se me antoja desorbitado.

—No es desorbitado —me corrige Javad—. Madame Pompadour corre mucho peligro. Los *mullahs* están en todas partes, vigilando.

Al salir, mi estado es eufórico. Una gran luna llena deambula por el firmamento y pienso en la estrella bautizada con el nombre de mi padre. Me acometen extraños impulsos: dirigirme a los Himalayas, ser, más que nunca, independiente. Raparme la cabeza como los monjes budistas, tirar a la basura todas mis ingenuas pipas, ir al hotel y llamar por teléfono a Lupe y decirle simplemente: «¿Qué tal?»

El hecho es que regresamos al hotel pero sin llamar a Lupe. Lo que hago es encerrarme en mi habitación y leer el *Teherán Journal*. Por él me entero de que uno de los graves problemas con que se enfrenta Occidente es el reciclaje de los detritus, de las basuras, de que hay guerra en Zaire y de que, repartidas por el mundo, se contabilizan cien millones de pequeñas minas, algunas en forma de juguete, que explotan al ser pisadas. Vuelvo a pensar que acaso lo más deseable fuera que el Einstein de turno inventara una mina colosal que hiciera

explotar el planeta. Y he aquí una novedad: en este momento *no* me doy asco. Lo que siento por mí es compasión, no sé si por influencia budista. ¿Se hace camino al andar? ¿Estoy haciendo camino…? ¿Hacia dónde se dirige mi espíritu, si es —vuelvo a las andadas— que el espíritu existe? Tomo de la mesilla de noche el yugo con que me obsequió Teymur y de un golpe certero lo tiro a la papelera. Y, sin bajar a cenar, vuelvo a soñar que sueño. Me despierta y sobresalta el sonido/pitido de una ambulancia, y me digo, ¡qué descubrimiento!, que también hay dolor y muerte en Teherán, y me pregunto qué tal andará en los hospitales la asignatura de cardiología. ¿Es igual el corazón de un español que el de un iraní? Es de suponer que sí. La ambulancia se ha perdido, tal vez en ruta hacia el más allá y me encuentro de nuevo solo conmigo mismo. ¡Otro gran descubrimiento! Puedo dar la vuelta al mundo, trasladarme al otro confín y encontrarme de nuevo solo conmigo mismo. Y recuerdo algo que me duele tontamente: llevo un mes en Teherán, en Persia, y todavía no he visto un solo gato azul.

Teherán es tan inmenso, que a su lado Bangkok, Taipei y la propia Barcelona parecen villorrios, lo que no significa que no puedan tener majestad. Desde el primer día Javad ha insistido en que no puedo irme de Teherán sin conocer, aunque sea someramente, el mundo de los sufíes, del que precisamente el inquieto Segismundo me había hablado más de una vez.

—Si le apetece, señor Ireneo, le organizo una sesión con un sufí amigo que se llama Majmun. Está siempre dispuesto a dialogar sobre sus creencias y su modo de ser y puesto que el sufismo tuvo, en un momento dado de la historia, ramificaciones en España, tengo la certeza de que aceptaría mi invitación, sobre todo teniendo en cuenta que, si no me equivoco, anda usted por estos pagos buscando la Verdad. En lo que a mí atañe, llevo siempre en la cartera, y también en la mente, una serie de pensamientos sufíes. Por ejemplo, «si conocieras el origen de tus cambios de humor, podrías dominarlos». «El ayer ha muerto; el mañana no ha nacido; el hoy está agonizando». Para abreviar, le diré que los sufíes, y el tullido Teymur está al corriente de ello, no se detienen en la piel. En otras palabras, no les satisface *comerse* la manzana, sino ahondar lo más posible en el concepto de *fruta*. O bien: «Dejar de pensar, como no sea en el creador del pensamiento». O bien: «El que comprueba, sabe». Esto último resulta idóneo para un agnóstico como usted. Mejor dicho, para un hombre como usted, que se considera agnóstico.

Javad, que después de las inhalaciones de opio se ha tomado un respiro y no se lleva a la nariz su inhalador particular, añade que los

sufíes, y por supuesto su gran amigo Majmun, que «nunca conoció mujer», considera que las religiones, con sus dogmas, son un corsé ortopédico que se le impone al hombre, impidiéndole relacionarse con Dios. Y a los efectos me cita, mientras tomamos un té mentolado y en el hotel se anuncia, para la noche, una sesión de «magia», especialidad persa, que Jomeini atacó siempre con furor, me cita, digo, un pasaje de Rumi, el descubridor de que *el monasterio está en los corazones de los hombres*. «Examiné la Cruz y los cristianos del principio al fin. Él no estaba en la cruz. Fui al templo hindú, a la pagoda antigua. En ninguna de ellas encontré signo alguno. Fui a las cumbres de Herat y Kandahar. Pregunté su paradero; nadie me lo dijo. Miré en mi propio corazón. Y en ese lugar lo vi».

—¿Cuándo puedo conocer a su famoso Majmun?

—Esta misma noche. Está siempre dispuesto, porque no tiene nada que hacer, excepto pensar. Lleva años libre como el viento, sin que nadie consiga saber dónde nació, ni cuándo, ni cómo se las arregló para hablar media docena de idiomas, uno más que yo. Majmun no cree en la edad. Por nada del mundo llevaría un documento de identidad, y menos aún un fusil. Incluso dejó de usar el manto de lana, lana: *suf*, porque en el fondo no dejaba de ser un uniforme y cualquier uniforme es una limitación. Y si a veces lleva consigo una calabaza es porque ello le recuerda que es un mendigo y que en los desiertos, que tanto abundan en Irán, sufrió mucha sed. No habla jamás de la muerte porque, a su modo, tampoco cree en ella. La llama «trascendencia» y se acabó. ¿Me permite que le llame por teléfono, pese a que me consta que el timbrazo del teléfono le irrita sobremanera?

—¡Claro que sí! Cuanto antes, mejor.

A las siete de la tarde nos encontramos en mi habitación Javad, Majmun y yo. Majmun viste túnica azul… y lleva, en efecto, una calabaza en el cinto y un zurrón repleto de Dios sabe qué. Alto, muy alto, con una cabellera suelta, bigotes y barba, todo su rostro es una mata de pelo en la que solo son visibles los ojos, negros y penetrantes, con sus dos bolsas debajo, amoratadas, y la prominente nariz. Delgado, fibroso, con solo los huesos y la piel —algo así como en Occidente se suele representar a Juan el Bautista—, tiene largos los dedos de las manos y las uñas muy afiladas. Usa sandalias y se nota en su figura y en su manera de moverse que ha andado muchas leguas, adaptando el ritmo del cuerpo al terreno que debía pisar. No es un ser andrajoso, como Teymur. Limpio y cortés, seguro que ha dormido muchas noches bajo las estrellas.

Lo primero que me dice es que uno de los maleficios de Irán es que gran parte de su población no ha visto nunca el mar. Él sí lo ha visto.

Llega del mar Caspio, cruzando la cordillera del Elborg. Y se dirige al Sur, donde le esperan los poetas de siempre, que son los que a la larga se adueñarán una vez más del país. «Todo lo demás es un sarampión. Las revoluciones son un sarampión. A la larga los *mullahs* volverán a sus mezquitas e Irán pertenecerá de nuevo a Rumi, a Al-Gazalhi, a Saadi, a Hafiz…»

La sesión de «magia mental o espiritual», como podría denominarse, se me graba en la memoria y espero que sea para siempre. Enterado de que abajo, en el *hall*, un mago de oficio hace salir de un sombrero un conejo, con aire divertido comenta que lo difícil sería hacer salir de un conejo un sombrero. Pide una infusión y la sorbe lentamente, de pie. Al parecer, no se sienta nunca, excepto para dormir.

El fácil juego de palabras en torno al sombrero y al conejo me ha colocado a la defensiva y nuestro huésped de honor lo percibe.

—Joven —me dice—, creo saber por dónde va usted. Pero debo indicarle que se equivoca. De las sentencias que coloco aquí y allá, y que son como el aire que respiro en las montañas, solo son mías una mínima parte… La mayoría de ellas pertenecen al acervo sufí, que es un acervo común. De modo que nada de esfuerzo mental serio, porque me las sé de memoria. El *imitador* es como un canal, ¿comprende? Él mismo no bebe, pero puede llevar agua a los sedientos.

Llegados aquí me ha interesado saber de nuestro derviche que tanto ha viajado —y viajado a pie— qué es lo que mayormente le ha impresionado en el curso de los años. «¿Cuántos años?», me pregunta. «Entre los cincuenta y los ochenta», respondo, aludiendo a su edad imprecisable. «Caliente, caliente», ha comentado. Añadiendo luego que, sin ninguna clase de dudas, sus más hondas emociones las ha vivido en los desiertos de Irán, en los tiempos ya lejanos en que los cruzaban las caravanas.

—Los manantiales son el tesoro de los desiertos, como el Bazar es el tesoro de Teherán, hasta el punto de que en las guerras es lo único que se respeta. El nómada, por ejemplo, capaz de todas las atrocidades, no concibe siquiera un atentado contra las fuentes, y los ángeles saben que quienquiera que las envenene será decapitado.

—¿Qué entiende usted por ángeles, Majmun? —le pregunto.

—Los fuegos fatuos de los cementerios y los duendes que mis ojos han «visto» en los ojos de los recién nacidos.

«Majmun, como tocado por un resorte, se lanza a un canto idílico sobre el desierto, que al parecer es su morada predilecta. Dice que en él lo más importante es el guía, que en el idioma parsi se llama *tchaswadar*. El guía conoce los cuatro principales enemigos del

desierto: el hambre, los bandidos, las serpientes y los abismos invisibles. El peor de los cuatro son los abismos: la tierra se hunde de repente, como ocurre en la altiplanicie de Irán. A veces el guía da grandes rodeos que parecen innecesarios: él sabe lo que hace. Y su cariño por las caravanas es paternal, como el que sentía el profeta Mahoma: de vez en cuando toma un pedazo de pan y pone una estaca como señal para que puedan hallarlo los que vengan detrás. Recuerdo un interesante diálogo entre un beduino y Mahoma. El beduino le dijo: "Suelto mi camello y no temo, porque confío en Alá". A lo cual contestó el profeta: "No obras cuerdamente. Ata primero tu camello y luego confía en Alá"».

A continuación nos habla de los curanderos del desierto, de los llamados *hakim*, que cambiaban, ennegreciéndolos, el color de los ojos de las niñas. Asimismo añade que el humo de mi pipa le estorba, pero, que en honor al «forastero», continuará con su perorata. Nos dice que muchos de esos curanderos conocen, por instinto, el arte de sanar determinados males que solo se dan en el desierto. Que no han estudiado anatomía ni diseccionado ningún cadáver: simplemente han aprendido de sus padres y abuelos, quienes les han confiado los secretos de la farmacopea. «He visto curaciones asombrosas debidas a los *hakim*. He visto cauterizaciones, extirpaciones de tumores, fumigaciones en las partes doloridas, presiones en la cabeza para detener la insolación o para curar repentinas parálisis».

Interrumpo a nuestro caminante diciéndole que, personalmente, no creo que en el desierto me sintiera feliz.

—¡Oh, quién sabe! Todos tenemos un sitio donde nuestra sangre circula con libertad. Se trata de encontrar ese sitio. Los poetas sufíes hablan de esto concentrándolo en una gota de agua. Dicen que una gota de agua puede mezclarse con el océano y continuar siendo significativa, porque ha encontrado su lugar.

—A lo mejor su lugar es la urbe, o un prostíbulo. Nada que objetar. Sobre todo teniendo en cuenta que retirarse del mundo no es necesario más que en determinadas circunstancias. Ahí suele haber un equívoco. Los anacoretas, obsesos profesionales, han hecho circular la idea de que el desierto o la montaña son los únicos lugares donde un hombre puede encontrar la paz. ¡Nada de eso! Conozco a gente, como nuestro común Javad, que ha encontrado la paz en medio del tráfico de Teherán. Y hay hombres a los que la soledad conduciría a la locura.

Siempre recordaré lo que me dijo un día un artesano de Kermán: «No hay que confundir un trozo de lana con la alfombra».

—Por favor, le ruego que recite en voz alta tres frases sufíes que puedan interesar a un hombre como yo, que ayer encontró la paz, por

unos minutos, en un fumadero de opio.

—¿Se conforma con tres? Veamos: «Mira la espada. ¿Quieres mejor presencia? Sin embargo, sobre su filo corre la muerte». «La fe no servirá para nada a quien no saque partido de la duda». «Consulta a los ancianos. Sobre sus rostros han pasado los ojos de los años y por sus oídos vibraron diferentes voces de la vida».

Dicho esto, Majmun va a buscar el zurrón que llevaba al entrar y saca de él una flauta no muy larga que parece de bambú y, sentándose por primera vez, toca un par de melodías de sonido pastoril y recita una cuarteta, no sin antes dirigirme una incisiva mirada:

Basta de pensar que la Verdad puede existir. Sentémonos donde arden las rosas.

Lo cierto es que no sabe cómo saber aquel que no sabe también ignorar las cosas.

Majmun se agiganta a mis ojos y me entran ganas de formularle preguntas a voleo, como si tratara de calibrar su rapidez de reflejos. Ni siquiera me acuerdo de que lleva en el cinto una calabaza.

—Maestro, ¿es usted capaz de odiar?

—Sí. Puedo odiar el odio.

—¿Desea el bien del prójimo?

—Ignoro lo que, en términos absolutos, el bien pueda ser.

—¿Ignora también lo que es el mal?

—No, eso lo sé. El mal es amarse excesivamente a uno mismo, el protagonismo del yo.

—¿Usted no se ama?

—No demasiado. Pero me respeto y con eso basta.

—¿Qué opina de Buda?

—Demasiado pesimista.

—¿Y de Zoroastro?

—Demasiado optimista.

—¿Y de Confucio?

—Ahí mi pensamiento se confunde. No se sabe exactamente cuál fue su credo, puesto que jamás habló de Dios. Mi instinto me susurra que fue un hombre de buena voluntad, pero que careció de grandeza.

—¿Cree en la reencarnación?

—Desde luego. Yo fui un juglar de la Edad Media, aunque no viajé jamás hacia Occidente.

—Entonces le falta una muleta para caminar.

—Jamás he necesitado muletas para desplazarme. Ni siquiera cayado.

—¿Cómo ha podido vivir sin mujer?

—Yo no he vivido sin mujer. Tuve a mi madre hasta los treinta

años. Y dos hermanas más se convirtieron al Islam. Una de ellas deambula por aquí, con chador.

—Soy un vicioso y me doy asco. ¿Qué debo hacer?

—Respirar como respiran los yoguis. Y apagar la pipa que surge de sus labios.

—Mi padre es cardiólogo y tiene una estrella a su nombre.

—Enhorabuena. Pero quien debe cuidar de su corazón es usted.

Observo que Javad asiste a ese juego de *ping-pong* verbal con entusiasmo no disimulado. Ahora veo la calabaza y le pido a Majmun que me deje beber en ella un sorbo de agua.

—Está repleta, suya es.

La bebo de un tirón, y mi consciencia lo agradece. Es una suerte de bautismo.

—Ha bebido usted de mi agua. Ahora somos hermanos. Y recuerdo la máxima de Ornar Keyyam: «Es mejor tener los pies bien atados en presencia de amigos que vivir en un jardín con personas extrañas».

Dicho esto, su larga melena, que le cae a ambos lados de la cara, parece iluminarse. Así se lo digo y él me contesta que en todo caso los que se habrán iluminado habrán sido mis ojos, no su cabellera.

¡Eureka!, grito para mis adentros. Siento que acabo de descubrir uno de los secretos de Majmun: a su ver, no hay cosas inmóviles, siempre en el mismo sitio. Una cosa puede estar aquí y al mismo tiempo allí, como sucede cuando nos miramos en los espejos.

—¿Lleva consigo, en el zurrón, querido maestro, algún espejo?

—Hace diez años por lo menos que no he contemplado mi rostro. No me interesa.

—¿Quiere verse? ¡Yo tengo un espejo en mi equipaje!

—De ningún modo. Si posee un espejo en el que pueda contemplar el aspecto de mi alma, préstemelo.

—No llego a tanto. Soy un ser del montón.

—Falsa humildad. Sabe bien que es usted un «elegido». Quien busca la verdad, y ese es su caso, ya la ha encontrado. Y ahora perdónenme, el desierto me espera. ¿Ven? Una cosa hay que me desasosiega: no poder volar.

—Pues yo creo, Majmun, que en todo el día y toda la noche, y todos los días y todas las noches, no hace usted otra cosa.

Y dicho esto desaparece sin hacer el menor ruido. Javad, visiblemente satisfecho del encuentro, aspira con inusitada fuerza su inhalador, mientras yo me tumbo voluptuosamente en la cama, lamentando no haber aprendido, en mi niñez, a tocar la flauta.

Me resisto a creer que se ha terminado mi estancia en Persia-Irán, si bien me apetecería ir cuanto antes a la India, entre otras razones

porque recuerdo que fue la cuna del ajedrez. Pero me asusta enfrentarme con los más de mil credos religiosos que, según Javad, que hace años se bañó en el Ganges, se profesan en aquel país, que más que un país, en frase de Gandhi, es un continente. De modo que, solo en mi habitación, me digo que he de volver al Bazar y exprimir todavía más al viejo Teymur Moghati.

Javad considera que es lógico. «El Bazar es mucho Bazar, y Teymur es mucho Teymur». Así que, andando.

Cruzamos el centro de Teherán —hora y media de caos— y entramos en la tienda del librero zoroástrico; y he aquí que, erguido sobre una pila de libros, ¡hay un gato azul! No me gusta la palabra «maravilla», pero no existe otra para calificar tanta belleza. Teymur no se atreve ni siquiera a acariciarlo. Lo contempla a distancia, embelesado.

—¿Es suyo el gato?

—Desde hace cinco años. Es mi fiel compañero. Me quiere más que mis diez hijos juntos. Por cierto, que en la mitología sufí, el gato se asocia a la luna de Egipto. Excepto el gato de color negro, que simboliza las tinieblas.

—¡Y a mí que no me interesan los animales! Pero ese ejemplar es algo aparte. Tal vez no sea ni siquiera animal. Muchas cosas parecen lo que no son.

Teymur, al enterarse de que me ausento de Irán, tiene un gesto de disgusto, que le agradezco. Ahora resulta que estoy necesitado de cariño.

—¿Podría usted decirme, amigo español, qué es lo que va a buscar en Egipto?

—Voy a ver si encuentro por la calle a Mahoma y si Mahoma puede enseñarme algo que no sepa.

—¡Ah, Mahoma! Gran profeta. ¿Conoce usted el idioma árabe?

—Por desgracia, no.

—Pues es una lástima. Sin conocer el árabe no puede leer el Corán. Leerá alguna traducción, pero no es lo mismo. El Corán es intraducible. Le diré más. Leerlo traducido es una irreverencia.

—¿Tanto como eso?

—Se lo dice Teymur. Y algún día comprenderá el porqué.

—Tampoco conozco el parsi, y la traducción de mi asesor Javad ha salvado el obstáculo.

—Yo soy traducible, pero Mahoma, ¡que Alá sea loado!, no.

De repente, suenan las ambulancias. El Bazar se metamorfosea. Se encienden las luces por todas partes, los reflectores se cruzan y los tenderos ambulantes recogen a toda prisa su mercancía.

—¿Qué ocurre, qué ha ocurrido?

Pronto salimos de dudas. Un joven ha asesinado con un puñal a un sacerdote, un *mullah*. Los policías corretean por todos los rincones del Bazar en busca del culpable. ¡Uno de ellos me pide la documentación!

—A ver, extranjero. Su pasaporte.

Por suerte, lo llevo conmigo. El policía, después de consultarlo con suma atención, me lo devuelve con gesto airado.

Teymur, que ha permanecido impasible, me dice, sonriendo:

—Todos los días ocurre algo en el Bazar. Todos los días hay novedad. Aquí se cuecen las revoluciones, aquí se fraguó la derrota del *sha*.

Hago lo imposible para distraerme de la visión del gato azul y le pregunto a Teymur:

—¿No fue Jomeini quien derrotó a aquel dictador occidentalizado?

—En parte, sí, ¡qué duda cabe! Pero la causa primera fue el gran error que cometió, el más grave e infantil: subestimar la religión, subestimar la autoridad moral que sobre el pueblo tenían los *mullahs*. No me extrañaría que el joven asesino sea un nostálgico de aquella monarquía que quería convertir Teherán en un prostíbulo y el desierto en una metrópoli estilo americano.

Es la primera vez, desde que dejé el despacho de la calle Balmes, que me piden el pasaporte. Lo guardo en la mochila. ¡Ah, la mochila! ¿Se puede dar la vuelta al mundo llevando por equipaje una simple mochila? Majmun diría que sí. Y yo también lo digo. Hasta ahora, lo más cierto que he aprendido es que se puede prescindir de muchas cosas. Que se puede dar la vuelta al mundo con solo una buena dosis de curiosidad… y una caja de preservativos.

—¡Adiós, gato azul…! ¡Me marcho a la luna de Egipto!

El director del hotel lamenta que me vaya tan pronto.

—Yo creí que se desplazaría usted hacia el sur, hacia Ispahan, hacia Chiraz, hacia Persépolis. Para ver las mezquitas y orar un poco ante la tumba de nuestros grandes poetas.

—No, no, lo que yo ando buscando no está en las tumbas de los poetas.

—Ojalá lo encuentre en las mezquitas…

—No digo que no. ¿Es usted musulmán?

—No. Soy un seguidor de Zoroastro.

En el momento de despedirme del gato azul, Teymur lo sienta en sus rodillas y me aconseja que haga una visita al sur de Irán, no solo para ver las mezquitas de Ispahan y de Chiraz sino los restos de Persépolis, el antiguo centro imperial y cerca de donde están las tumbas de los grandes poetas persas.

—Maestro Teymur, cuando se habla de los «filtros de amor» persas, ¿de qué se está hablando?

El ojo de Teymur brilla por un momento como si fuera una chispa.

—Los filtros de amor no son agua pasada. El sexo es connatural al ser humano y no hay imanes, ni siquiera fanáticos como los chiítas, que puedan acabar con él, porque ello significaría el fin de la especie. Aquí mismo, en el Bazar, se pueden encontrar filtros de amor, detrás de una gran tienda con alfombras que hacen las veces de cortinaje, porque tal venta oficialmente está prohibida. Hacia el anochecer, cuando se encienden las luces del Bazar, incluso hay unos chiquillos que tocan una campanilla para que los turistas como usted sepan dónde encontrar esos filtros. Y me desagrada confesar que dichos muchachos están también en venta. Yo lo comprendo todo, lo acepto todo, porque, como dijo Zoroastro, lo Mínimo es también lo Máximo y la parte puede ser considerad el Todo.

Miro el ojo de cristal del maestro y le digo, irónicamente:

—Si esto último fuera cierto, usted sería *todo* de cristal.

—Y lo soy. No tengo nada escondido, ni siquiera en el fondo del alma. Soy transparente. Digo lo que siento. Los asiáticos tenemos fama de impenetrables. Eso es un tópico como lo es afirmar que en verano apetece desnudarse.

—A mí desnudarme me apetece siempre, incluso en invierno.

—Pues es usted un seguidor de Ahrimán, si he comprendido lo que ha querido decir.

—Lo ha comprendido perfectamente. Soy un libidinoso. Y espero seguir siéndolo incluso cuando tenga la edad de usted.

—Le perdono porque yo lo soy también. El menor de mis hijos, una niña que se llama Laila, tiene dos años.

—Le felicito, Teymur. Eso es un récord.

—Nada de eso. Como siempre, la duración de la libido es también un reto mental.

—Perfectamente de acuerdo.

—Pero nos hemos desviado. Hablábamos de los filtros de amor. Quienes los venden son expertos en la materia. Nada de alquimia: son herederos de una antiquísima tradición. Ellos hablan de productos afrodisíacos, de gotas milagrosas, de polvos y de bolitas. En realidad ignoran los ingredientes de tales productos, pero saben que son eficaces, como en su Occidente natal es eficaz un suero de un ruso que no sé cómo se llama.

—Bogomeletz.

—Pues vaya un nombrecito. Conozco la historia de ese suero, que usted no necesita todavía. Es lo que los chinos llaman Wadi-Ginseng,

una planta que nace en Corea. Su eficacia depende del individuo. Nuestro amigo Javad lo probó y le sentó fatal. Pero volvamos al tema. La ingestión de nuestros filtros, y perdone que emplee ese «nuestro» porque yo he llegado a creer que, en cierto modo, todo el Bazar es mío, se desarrolla en medio de una opulenta liturgia. O bien hay doncellas alrededor, de redondas caderas, de esbelto cuerpo, deliciosos bustos y demás, o bien se pasan cintas de vídeo que preparan al cliente. Jomeini quería acabar con ello, pero no lo consiguió. Además, él era el primer consumidor de filtros… y de vídeos, aunque lo disimulaba tras su barba patriarcal y su enorme turbante. Debo añadir que los actuales vendedores de esos filtros, que son amigos míos, durante la ceremonia recitan hermosos versos de nuestros grandes poetas. ¿Es posible, en Occidente, algo parecido? ¿Prepararse por medio de la poesía para hacer el amor?

—Ni siquiera se me había ocurrido. Aunque debo decir que, para mí, ser corrupto donde los haya, hacer el amor es ya el súmmum de la poesía.

—Comprendo. Pues bien, las doncellas de que le hablo son virtualmente menores de edad. Sus padres las venden al mejor postor, garantizando que sus hijas son vírgenes. El sello de garantía es una pequeña estrella dorada pegada a la aleta izquierda de la nariz. Tales vírgenes se presentan maquilladas y maravillosamente vestidas. Van dando vueltas sobre sí mismas, lentamente hasta que se sientan sobre una alfombra. En cuanto la muchacha ha obtenido comprador, se quita la estrella.

—No lo sabía, pero no está mal. Y dígame, Teymur, todo esto, ¿tiene algún parecido con las *geishas* japonesas?

—En cierto modo, sí. Las familias preparan para estos nidos del Bazar a sus hijas más hermosas. Saben cantar, saben bailar y sus ojos parecen «hijos del sol», como dijo Ornar Keyyam.

—¿Podría usted acompañarme a ese nido, para tener la seguridad de que no voy a parar a la cárcel?

—No, eso jamás. Yo no puedo acompañarle. En primer lugar, no puedo abandonar este antro de astrolabios, pergaminos y mi gato azul. Y en segundo lugar, si me bebiera un filtro correría el peligro de ser, por primera vez en mi vida, infiel a mi mujer…

Miro en tomo. El ambiente de la librería es tan relajante que no me siento capaz de forzar la situación. De hecho, ando sobrado de «amores» a lo largo de mi viaje. De modo que decido seguir simplemente hablando del amor, del AMOR, nombre del pub de la lejana Lupe.

Teymur, que afirma ser un enamorado de la India, me informa de

que visitó aquel país una sola vez, en compañía de su esposa, para contemplar el Taj-Mahal, el mítico monumento de amor. Jamás el amor de un hombre por una mujer había dado lugar a una obra de arte tan perfecta como aquel mausoleo de mármol blanco, erigido por el emperador Jehal a la memoria de su esposa Muntaz-Mahal.

—El monumento es conocido en Asia por «lágrima de amor», porque sabrá usted que dicho emperador decidió levantar el monumento a la memoria de su esposa, que murió al parir a su decimocuarto hijo. A partir de ese momento, el emperador, que era mogol, solo pensó en inmortalizar a su favorita y a fe que lo consiguió. Todos los hindúes participaron del duelo de su amo y rezaron y arrojaron guirnaldas al Ganges.

—Conozco la historia del Taj-Mahal, Teymur. Pero muchos occidentales opinan que no es una obra de arte sino un pastel. Incluso un gran filósofo, que se llamó Aldous Huxley, afirmó que era «la estructura más horrible del mundo».

—Pues para nosotros, los orientales, es más hermosa que los llamados «siete cielos».

—¿Siete cielos? Yo creí que con uno bastaba.

—Cielos tiene que haber muchos, pues no todos los hombres se merecen el mismo premio.

—Lo lamento, maestro. Pero no pienso desplazarme a la India. He decidido visitar El Cairo, es decir, conocer el mundo musulmán. ¡Ese paraíso que prometió Mahoma…!

—Mahoma, en cuestiones de amor, era un simple aficionado. El *Kamasutra* le da cien vueltas.

—¡Qué curioso! Una madame profesional, en Taipei, me aseguró que el *Kamasutra* era pueril, que no aportaba nada nuevo.

—No se fíe usted de los chinos y menos de las chinas. Como lo suyo no hay nada. Lea el *Kamasutra*. Y repare, por ejemplo, en el capítulo IV, el de las uñas.

—¿De las uñas…?

—Sí, es un hallazgo. Tiene un componente masoquista, desde luego, pero resulta divertido.

—¿Qué se puede hacer con las uñas en materia de amor?

—Algo así como tatuajes. Imprimir las huellas en el cuello, en los senos, en el pubis. Es una variante de las mordeduras. Pruebe usted con una mujer india y me comprenderá. Mi mujer guarda un recuerdo imborrable de la sabiduría de mis uñas en nuestra luna de miel. Por cierto, que las doncellas del Bazar, de que le hablé a raíz de su curiosidad por los filtros, conocen el *Kamasutra* de memoria y no son pocas las que reclaman del hombre «el numerito de las uñas».

Contemplo las mías. Al parecer, deberían ser puntiagudas y no lo son.

—¿Dónde podría encontrar, Teymur, un ejemplar del *Kamasutra*?

—Yo le regalaré uno. Será un honor para mí. Me temo que, pese a sus fervores, en cuestiones de sexo sea usted un parvulillo.

—No exagere, por favor. No me insulte. Es una carga pesada para mí. ¿Conoce usted, Teymur, un filtro o elixir del desamor? Quién sabe. Es posible que la solución de mi obsesiva libido fuera la impotencia.

—Eso tendría fácil arreglo en el Bazar. Entre los castigos previstos por los discípulos de Jomeini figura el corte o rajadura del pene. ¿Está usted dispuesto a someterse a ese juego?

—¡Jamás…, jamás! Y quiero creer que no ha tenido usted la intención de ofenderme.

—Por supuesto que no.

Y Teymur, que a lo largo del diálogo no ha cesado de acariciar el gato azul sentado sobre sus rodillas, se levanta, se acerca a un rincón de viejos libros y me obsequia con un ejemplar del *Kamasutra*. Lo tomo como si se tratara de una reliquia. Lo primero que me interesa es conocer el nombre del autor. Deletreo. Suena bien a mis oídos. Lo deletreo como si fuera un *mantra*: VATSYAYANA.

—Gracias, maestro. Y ahora, me despido. Confío en que volveremos a vernos en el séptimo cielo.

Capítulo V

Vuelo directo Teherán-El Cairo. Volar en el vientre de la noche es siempre un misterio. ¿Cómo se las arreglará el comandante-piloto para conducirnos sin error precisamente a El Cairo? ¿Qué brújula le guiará, qué radar, qué razón o conocimiento? ¡Cuánta fe en la técnica, con perdón de Majmun! El avión debe de ser un ruiseñor inaudible bajo la constelación de Casiopea. Pero, claro, alguien escribió que para la Fe no hay preguntas y para la Razón no hay respuestas.

Aprovecho el largo trayecto para leer un opúsculo turístico sobre Egipto y, en particular, sobre El Cairo. Lo más destacable que encuentro es que, desde que gobernó Sadat, que fue muerto a tiros, como tantos gobernantes en el mundo, no pertenecen a Egipto los famosos pozos de petróleo árabes, sinónimo, según las carpetas que duermen en el despacho de la calle Balmes, de corrupción, pero sí pertenecen a él el Sinaí y su milenario monasterio de Santa Catalina. ¡El Sinaí! Cuántos recuerdos de mi infancia en los jesuitas, al estudiar lo que llamábamos Historia Sagrada, que, a fuer de sincero, me encantaba, con sus ballenas, su Arca de Noé, sus trompetas de Jericó, ¡su Sodoma y Gomorra!

Asimismo me informo de que la presa de Assuán podría suministrar energía eléctrica a toda Europa y que El Cairo presenta una población de ocho millones de habitantes «censados», más dos millones que no figuran en el registro. Total, la ciudad más populosa de África y una de las mayores del mundo.

Aterrizamos en el aeropuerto. Esta vez soy yo mismo quien aplaude al piloto. Han coincidido varios vuelos y el pandemónium en torno supera con mucho el que tantas veces me hostigó en los aeropuertos de Nueva York.

Al salir de la nave, al asomarme al exterior, una vaharada de calor pegajoso, pestilente, me azota el rostro. A derecha e izquierda se agitan brazos y manos, no sé si para localizar a los «parientes» o para pedir limosna. Veo muchas mujeres con velo —ninguna con chador— y el rápido fulgor de alguna que otra dentadura de oro. Un guardia se apiada de mí y me pregunta adonde quiero ir.

—Hotel Sheraton.

—*Okay, sir*.

Toca el silbato y una *limousine* se destaca de la cola de taxis y se me acerca. Su maniobra ha sido escalofriante y ha estado a punto de aplastar a un hombre que sostiene en alto una pizarra en la que está escrito un apellido inglés.

—Hotel Sheraton —ordena el guardia al taxista.

—*Okay* —responde este, al tiempo que toma mi mochila como si fuera un enemigo suyo personal.

Ya en la carretera, los faros del coche van iluminando los carteles publicitarios. Me pregunto qué opinaría Majmun de la publicidad. La noche me escamotea el paisaje. El taxista me pregunta si soy italiano. Al saber que soy español cabecea intencionadamente y pone una casete de Julio Iglesias.

La voz de Julio Iglesias —¡qué lejos está mi mente!— me da la bienvenida. El taxista va repitiendo: *Very good, very good*. ¿Será posible?

El hotel Sheraton es, ¡cómo no!, un refugio americano como los hoteles que anteriormente me han acogido. *Hall* funcional, música bailable que brota detrás de un biombo, anuncio de restaurantes en el primer piso, en el segundo, en la terraza. Menús italianos. Me pregunto si podrá pagarse en liras, a través del Banco del Espíritu Santo. Me destinan una habitación del piso 40, amplia y confortable, con posibilidad de escuchar música árabe las veinticuatro horas del día. En las paredes, ¡no faltaría más!, fotografías ampliadas de las Pirámides, de la Esfinge, etc. Las contemplo con un desdén fuera de lugar. Bandejas con fruta y folletos. Por estos me entero, como es natural, de que abajo se puede utilizar el fax, cambiar los dólares, pedir reserva para cualquier espectáculo, etc., y beber agua. Bebo un vaso de agua con cierta aprensión, pensando en el Nilo. El agua del Nilo debe de ser fangosa a causa del limo fecundante. Cierro el aire acondicionado, del que tengo desagradables experiencias y salgo a la terraza. El panorama es a un tiempo impresionante e inquietante. Diez millones de seres humanos pululan ahí, ahí se nace, se muere, se hace el amor, se engendra el odio, de la civilización egipcia solo quedan —es de suponer— monumentos, el resto sepultado por el salto adelante, gigantesco, del Islam, religión que, según Javad, rebasa ya los mil millones de fíeles, entre los que destacan los kamikazes, los dispuestos a dar la vida por Alá y su profeta.

Pero lo que yo he venido a buscar aquí es a Mahoma, la realidad de su credo, que se extiende desde el Sudán hasta Indonesia y Filipinas. ¡Un simple camellero! Y han pasado catorce siglos y se dice

que el propósito de los actuales *ulemas* es construir en el mundo una mezquita nueva cada día. ¡Ah, qué lástima no conocer el idioma árabe! Tengo para mí que mi casi perfecto inglés es muy útil para los negocios pero poco útil para la meditación, suponiendo que lo que realmente persigo es aprender a meditar y no asistir reiteradamente a sesiones de la Danza del Vientre, que se anuncian, en inglés, a través de la radio de la habitación. Radio que emite, de pronto, el canto de un almuecín. Dicho canto, al que me propongo acostumbrarme, se me antoja una serpiente ensortijada, una liana, un gemido o lamento salido de las entrañas de la miseria. Porque, la verdad sea dicha, y al margen de la publicidad, son muchos los países árabes que figuran entre los más pobres de la Tierra. No sé por qué, encontrándome en El Cairo apenas si me atrevo a hablar o pensar en renta per cápita. Es una expresión occidental, utilizada por la burocracia occidental, por los amantes de las estadísticas. ¿Qué voz o término se empleará en árabe para definir la miseria, suponiendo que la miseria pueda ser descrita?

Nada más fácil que conseguir audiencia con el director del Sheraton. Alto, pelo rubio, gordo, con varios anillos en los dedos y un reloj de pulsera que marca hasta el año en que morirá, es la perfecta imagen del directivo, e incluso político, estadounidense. Da la impresión de estar seguro de sí mismo, hecho que siempre me desconcierta. Me da su tarjeta: «Samuel Tracy». Samuel… Debe de ser judío. De nuevo pienso que los judíos están en todas partes, para bien o para mal. Lo cierto es que no me importan las razas, ni las etnias, influido por los acontecimientos bélicos tribales que tienen lugar en todo el mundo y por la idea «personalizadora» de Confucio. Samuel Tracy puede ser judío y renegar de Abraham y de Moisés. También puede ser mormón. Lo más seguro es que no sea cristiano; lo más probable, indiferente, como buena parte de los judíos. Pero es pragmático y eficaz: enterado de mis intenciones, me dice que, a su ver, lo mejor para mí sería encontrar un guía interesado, por supuesto, en «el tema religioso», y políglota.

—Me parece que tengo a mano la solución: una mujer. Una mujer joven, árabe, que se llama Zakía y que nos ha prestado importantes servicios. Conoce El Cairo palmo a palmo, le interesa más el «ahora» y el «futuro» que el pasado egipcio, virtud no corriente entre los guías de que disponemos en el Sheraton, con una contagiosa vitalidad para vivir y para apurar cada minuto. A veces me pregunto si no habrá nacido, no en el Delta de Egipto, sino en Chicago. Cobra sus buenos dólares, pero usted me ha dicho, señor… ¿cómo se llama?, ¡ah, sí, Ireneo Morente!, que la cuestión monetaria no es problema,

circunstancia que facilita enormemente las cosas. Si le parece la llamo ahora mismo por teléfono y se reúnen ustedes abajo, en el *hall*.

—Perfectamente de acuerdo.

—*Okay*.

Samuel Tracy marca un número de teléfono y se oye al otro lado una voz femenina, sorprendentemente femenina y a la vez enérgica.

—Zakía me dice que dentro de media hora puede estar aquí.

—Conforme, la espero abajo.

—Le deseo toda la suerte del mundo. La va a necesitar usted. Esa mezcla de faraones y árabes, dos civilizaciones que se han superpuesto, es capaz de enloquecer a cualquiera.

—¿Pasan muchos españoles, compatriotas míos, por el Sheraton?

—Bastantes. Mucho más de los que habíamos previsto; aunque abundan más los hispanoamericanos. Con frecuencia me pregunto si el nivel de vida de Hispanoamérica no es más alto que el de los Estados Unidos.

El comentario me desagrada, pero finjo no haber entendido la cruel ironía.

—Que tenga una feliz estancia entre nosotros.

—Así lo espero.

—¿Tiene usted idea de cuánto tiempo tendremos el placer de servirle en nuestro hotel?

—Ni idea. Lo mismo resuelvo mi asunto personal en una semana que necesitaré un mes o dos meses, o más.

—De acuerdo. No creo, por el momento, que el Sheraton se derrumbe. Su base es sólida. Si no le convence la habitación que le han asignado, la cambiamos.

—De ningún modo. Me ha parecido perfecta. Es decir, perfecta, no. He echado de menos el rostro de Mahoma.

—Intentamos ser neutrales, señor. Además, ya sabrá usted que la religión musulmana prohíbe expresamente representar la figura del Profeta.

—Sí, lo sé.

—Un consejo, si me permite. No exagere usted con las propinas. Los chavales de El Cairo, y los taxistas, se le pegarían a usted como lapas.

—Muchas gracias. Pero una de mis costumbres, además de fumar en pipa, es pagar bien los servicios prestados.

—Dejando a Zakía aparte, que resulta inaccesible en este aspecto, si necesita usted los servicios de una muchacha árabe joven y, digamos, experta en los juegos del amor, avise en recepción.

—Muchas gracias. Sinceramente, no le digo que no.

Media hora después, Zakía entra por la puerta del *hall*. La reconozco de inmediato, como si fuera Fátima en persona que estuviera esperando desde siglos para estrecharme la mano. Hermosa, ojos negrísimos, pechos exuberantes, collar de oro de tres vueltas, observo en su aspecto cierto aire masculino. En recepción cuidan de indicarle que el «cliente» a quien busca soy yo y acto seguido nos estrechamos la mano. Su mirada es penetrante. Se alegra de habérselas con un español. En realidad, los españoles y los árabes tenemos mucho en común, debido a la llamada conquista o reconquista, como yo prefiera.

—Sí, ya lo sé, Zakía. Nos enseñaron ustedes muchas cosas. La principal, tal vez, los sistemas de regadío.

Al oír que lo que me interesaba de El Cairo no son las pirámides ni las Esfinges, sino la figura de Mahoma y el contenido del Corán, sonríe con evidente satisfacción.

—Alá bendito. Veo que se sale usted de los hábitos normales. Será un placer.

Dialogamos en la cafetería de la planta baja, tomando té. Zakía no fuma, pero no le molesta que yo lo haga. Al oír que ando por el mundo buscando la Verdad no puede reprimir un gesto de estupor. El interés que a partir de ese momento demuestra por mi «causa» me estimula y le cuento mis aventuras de «Marco Polo espiritual», como me gusta bautizar ese periplo que emprendí hace ya tiempo. Zakía se entusiasma, sobre todo al oír de mis labios que he estado en Tailandia, Formosa e Irán sin que ninguno de los grandes personajes, supuestamente dioses, o semidioses, que han modelado el carácter y las creencias de tales pueblos, han llenado por entero mi vacío interior. Por descontado, no puede pretender que Mahoma llene por entero ese vacío, pero sí puede aportarme un punto de vista inédito para mí. La civilización y la cultura islámicas son algo más de lo que a buen seguro me enseñaron en España.

—Para los españoles fuimos y somos «infieles». Este adjetivo es muy fuerte. Personalmente, cumplo con las reglas y no me considero infiel a nadie, y menos a usted, que con tanta sinceridad me ha contado sus desventuras. —Guarda un silencio y añade—: En su época de estudiante, ¿le «recitaron» a usted los saberes que el Islam trasladó a Europa en general y a España en particular? Fuimos lo que yo suelo llamar «la correa de transmisión»: arquitectura, poesía, agricultura y un largo etcétera. Y supongo sabrá usted que el treinta por ciento de las palabras que conforman el espléndido idioma castellano, que por desgracia yo conozco solo a medias, provienen del árabe. —Zakía sonríe, un diente de oro, y añade, con picardía—: Incluso nos deben

ustedes ese pastel que suelen comer por la que llaman Navidad: me refiero al turrón.

—¡Eso no se me había ocurrido nunca! Ni mis padres ni mis amistades me lo habían dicho jamás.

—Ya, ya. Las versiones del Islam que han llegado a oídos de los escolares españoles, y no digamos de los curas, han sido siempre muy tendenciosas…

Zakía se muestra tan pragmática como el director del hotel. Me suelta a bocajarro que sería perder el tiempo pasearme por las mezquitas de El Cairo, llevarme a la Universidad El-Azhar, que es donde se dirime y decreta lo que, dentro del Islam, es correcto o no lo es; en otras palabras, expresarse con la sensación de ser comprendida, sin que yo haya leído el Corán.

Un jarro de agua fría, pero que estimo rigurosamente necesario.

—Y puesto que supuse, por lo que me dijo el director, quien por cierto a los árabes nos mira y no nos ve, para no emplear otra expresión más plástica, me he traído dos ejemplares del Corán en castellano, dos versiones distintas, que me consta fueron realizadas con buena voluntad.

Dice esto y Zakía, que exhibe unos labios de un rojo excesivamente subido, saca de su gran bolso dos volúmenes, que besa con devoción e incluso con ardor.

—Hagamos un pacto, señor —añade—. Se encierra usted unos días en la habitación del hotel y se lee nuestro libro sagrado, ¡que Alá sea loado! Y luego me llama y trazaremos el plan a seguir.

A regañadientes, acepto. La personalidad de Zakía me ha cautivado y me duele separarme de ella. Es la directora de una revista femenina y algunos *ulemas*, y no digamos los Hermanos Musulmanes, una especie de secta fanática parecida a la que fundaron los inquisidores españoles, la consideran hereje.

Aprovecho la ocasión para hablarle de los errores y, ¿por qué no decirlo?, de los crímenes que los integristas islámicos están cometiendo en países como Argelia, Afganistán, Arabia Saudí, etc.

—Sí, por desgracia, estoy enterada y tal fanatismo me duele en el alma. Por culpa de ellos tenemos mala fama, lo sé. Es algo horrible. Pero sería un error generalizar y medirnos a todos por el mismo rasero. Lástima que no pueda usted leer mi revista. Hago cuanto puedo por las mujeres musulmanas y especialmente por las que han nacido y viven en Egipto. Es un mal sueño para mí. Tropiezo con muchas dificultades, ya que, incluso aquí, en mi propio país, se ejecutan, creo que es esta la palabra adecuada, ablaciones de clítoris. Pero le ruego que sea un analista imparcial. También en nombre de

Buda y otros fundadores de religiones se han cometido barbaridades, desviaciones de la idea original. Lea, por favor, el Corán, y verá que Mahoma nunca fue antifeminista. A lo largo de su vida estuvo rodeado siempre de mujeres. Decir lo contrario es una calumnia, o simple ignorancia.

Nos despedimos en la puerta del hotel. El cafarnaúm del tráfico en Teherán no es nada comparado con el de El Cairo, porque aquí los conductores de vehículos hacen sonar el claxon con un fervor digno de mejor causa. Algo mareante, yo diría que insoportable. Pero, evidentemente, de ello no tuvo la culpa el Profeta.

Han sido dos días enteros de una actividad mental frenética, sin apenas respiro. Leerse de un tirón el Corán —una versión firmada por Juan B. Bergua, de quien nunca había oído hablar— es una hazaña que yo calificaría de atlética. No me atrevo con la otra versión. Entiendo que con una basta, pues las variaciones posibles por fuerza serán anecdóticas. El director del hotel lo ha dispuesto todo para que yo me sienta bien atendido y a gusto. Me han subido las comidas a la hora prevista y, a petición mía, me han servido menú occidental, excepto el pan, el famoso pan árabe, que me ha encantado. En los descansos he leído los periódicos en inglés, por los que me he enterado de que las matanzas de los integristas —¡perdón, Zakía!— continúan, ahora de un modo especial en Afganistán, con la irrupción de unos grupos étnicos rebeldes llamados talibanes. También me entero de que los americanos, que se caracterizan por su optimismo, sospechan que puede haber indicios de vida en Marte.

Ante mi asombro, ¡poder del Profeta!, ¡gracia de Alá!, no he precisado de las prestaciones de una mujer árabe. El Corán ha ocupado mi mente de un modo absoluto. En los descansos me he dedicado a escuchar música árabe, que con suma frecuencia me ha evocado la flauta de Majmun, a quien no puedo olvidar.

Cerrado definitivamente el Corán, he llamado a Zakía, invitándola a almorzar en el mismo hotel, en el restaurante italiano Mamma Mia, situado en el primer piso. Zakía, que considera indispensable la puntualidad, se ha presentado de nuevo, en esta ocasión llevando menos anillos en los dedos pero, en cambio, lo menos seis brazaletes. Curiosa la atracción del oro en países en vías de desarrollo e incluso en otros del Tercer Mundo. En Taipei me contaron que en la India hay mujeres pobrísimas que ahorran toda su vida para poder lucir argollas de oro en los tobillos.

—¿Qué tal? Le veo a usted con ojeras…

—Ha sido un esfuerzo, Zakía. Pero usted se lo merece, ¡y el Profeta también!

—Por favor, cuénteme…

—Pues le cuento… y perdone usted si algo de lo que voy a decirle le suena a despropósito. Y perdóneme más aún si le suena a brutal.

—Adelante. Preparada para la batalla. Pero antes, por favor, déjeme besar de nuevo el Corán.

No tengo escapatoria, de modo que me lanzo al vacío, con el soporte, eso sí, de la pipa, esta vez de la pipa sin opio, puesto que no es mi intención relajarme ni tanto así.

Le digo a Zakía que el Corán, incluso traducido, y supongo que bien traducido, es un libro formidable… Difícil, pero formidable. Difícil, porque sus repeticiones, que en el original deben de figurar a propósito, buscando un determinado ritmo, en una traducción se hacen fatigosas… Pese a ello, resulta inexplicable que un hombre solo, en el transcurso de una vida, o, mejor dicho, de unos pocos años, compusiera un monumento tan completo. Y digo completo porque, aunque la cronología sea tan confusa, lo abarca prácticamente todo: desde el concepto de Dios, pasando por las leyes matrimoniales, hasta llegar al análisis de las propiedades curativas que tiene la miel… Resumiendo, lo que el libro tiene es *fuerza*. ¡Fuerza, eso es! Para un occidental, por supuesto, quizá carezca de dialéctica sutil, y contenga incluso pocas ideas nuevas; pero, en cambio, rebosa por todos lados una vibración poética interior que le deja a uno psíquicamente exhausto. Y es que, claro, Mahoma, a diferencia de los fundadores de las tres religiones que vengo arrastrando desde Tailandia, no solo tuvo que ejercer de «mediador» o «mensajero» de Dios, sino que tuvo que legislar, hablar de testamentos, de herencias y demás, y, por si fuera poco, tuvo que encasquetarse el gorro militar y enseñar a sus seguidores cómo ganar una batalla cuando el enemigo es superior…

La graciosa expresión de Zakía, que por fortuna no lleva chador, me estimula a continuar con el mayor empeño.

—Entonces —añado, midiendo todavía más mis palabras— entiendo que todo esto tiene mucho mérito. Aunque, por otro lado, es evidente que el libro está plagado de contradicciones, como si parte de él hubiera sido dictado al compás de los acontecimientos… Por ejemplo, en las relaciones hombre-Dios no queda claro si todo está predicho de antemano… nosotros lo llamaríamos determinismo, o le quedan al hombre unas gotitas de libertad o de libre albedrío… Son varios los textos en los que se afirma que el hombre es dueño de sí mismo. Por ejemplo, este: «Quien toma la verdad por guía lo hace por su bien, quien permanece en el error lo hace en su propio perjuicio y ningún otro tiene la culpa». En cambio, en otros textos, en la mayoría, se dice que todo está sometido a la voluntad de Alá y que «si Él lo

quisiera podría hacer que a los hombres se los tragara la tierra». Todo lo cual no parece incompatible con llamarle constantemente el Compasivo, el Misericordioso… ¡Caray con la clemencia! Y con su obsesión por el juicio final… ¿Cuántas veces habla del Infierno? Y la amenaza del Infierno… Ahí, Zakía, yo me he sentido un poco incómodo, se lo confieso, porque no creo en el Infierno, una de las principales razones por las cuales he ido apartándome de mi propia religión… ¡El profeta, en su primera parte, se muestra al respecto apocalíptico!; aunque no conseguí descifrar si hablaba de un infierno realmente eterno, sin fin, o si dejaba un respiro para que en un momento determinado el fuego, el pus y la pestilencia dejaran en paz a los pobres condenados.

—Más bien esto último —corta Zakía—. No queda claro que el castigo sea eterno.

—¡Vaya, menos mal! —exclamé, sirviéndome otro vaso de agua de Évian—. No deja de ser un consuelo… Ahora bien, en el campo en el que nos estamos moviendo hay varios aspectos en el Corán que me interesaron sobremanera… Por ejemplo, que el libro niegue el pecado original… ¡Pegué un salto en el sillón, se lo aseguro! La idea del pecado original es tan ofensiva… Luego, que el Profeta niegue que es hijo de Dios e incluso que tenga la potestad de obrar milagros… Sí, su monoteísmo a ultranza me encantó, porque es también uno de los caballos de batalla de mi religión, que, como sabe, hace hincapié en la Trinidad, aunque utilice el argumento de «tres personas y una sola esencia»… Mahoma acepta que Jesús fue un gran profeta, al que llama incluso el Verbo de Dios, pero le horroriza que Dios tenga un hijo… ¡De acuerdo! A mí no me horroriza, no llega a tanto; pero me desconcierta y me escandaliza, eso sí. Y por supuesto, me hace perder pie… Ahora bien, lo que no entiendo es que Mahoma niegue que crucificaron a Jesús… Supongo que ahí el Profeta improvisó un poco, o que quiso esquivar de ese modo el problema que le hubiera planteado la incógnita de la resurrección…

—¡No, no, nada de eso! —replica Zakía, haciendo sonar sus brazaletes—. Simplemente, el Profeta no creyó que hubieran crucificado a Jesús. Lo dice literalmente: «No lo mataron, ni lo crucificaron, pero a ellos, a sus discípulos, se lo pareció…» Incluso algunos comentaristas musulmanes pretenden que los apóstoles sustituyeron a Jesús por otro hombre, un tal Sergio…

—Bueno, eso no puede tomarse en serio, ¿verdad?

Zakía hace un mohín.

—No, supongo que no… —y agrega—: ¡Pero no pierda el hilo, por favor, que me tiene usted embobada!

Simulo no haber oído esto último y continúo:

—Bien, puesto que nos encontramos todavía en el tramo de la trascendencia, a la fuerza he de hacer alusión a la promesa del Paraíso… ¡Psé, menudo paraíso promete vuestro Profeta!: «Fuentes abundantes, hermosos abgarí, hermosas moradas en el jardín del Edén, palabra que me trae curiosos recuerdos, y una mayor satisfacción de Dios». Y para los varones, no digamos: «Tendrán esposas puras y ellos, en los jardines, serán inmortales…» Hablando en serio, se trata de un cielo casi demasiado palpable, que no se comprende muy bien cómo puede funcionar. Cayó en la trampa opuesta a la del cristianismo, el cual ofrece a los que se salven un cielo demasiado abstracto: la contemplación de la esencia de Dios o algo semejante… Y en otro orden de cosas, Zakía, lo que de verdad me encantó de vuestro Paraíso, y digo *vuestro* sin ánimo de molestar, es que en él se admite incluso a los animales de la Tierra y a los pájaros. Me parece que el Corán dice al respecto: «Todos serán reunidos junto al Señor». No es que los animales, aquí en la Tierra, me interesen; en absoluto. Pero comprendo que, puesto que fueron creados, han de tener su oportunidad…

Zakía no parece entusiasmarse con mi cántico final y continúa en sus trece. Quiere saber si conozco algo sobre las predicciones del Profeta en el Corán y sobre sus intuiciones en el terreno científico…

Por fortuna, y gracias a mi inestimable memoria, puedo satisfacer su curiosidad.

—¡Bueno! —digo—. Al hablar de vaticinios, supongo que se referirá usted a que predijo que, después de su muerte, sobrevendría el hundimiento de los imperios de Roma y Persia; a que su nieto Hassan restablecería la unidad islámica; a que llovería una semana seguida para resolver el problema de la sequía… La verdad es que esas cosas me dejaron un tanto frío, porque imaginemos lo que en ese terreno podría atribuirse a los profetas del Antiguo Testamento. En cambio, sus intuiciones en el campo científico es algo que realmente llama la atención, y conste que a mí me llaman la atención muy pocas cosas: intuiciones como el estado gaseoso inicial de la materia celeste, la pluralidad de mundos, de galaxias, admitida en la actualidad; el sol concebido como una antorcha y la luna como una claridad; el factor desencadenante de las lluvias; la posibilidad de «penetrar» en el espacio; la composición química de la leche animal; el sistema de fecundación humana, gracias a un esperma que anida en el óvulo y va evolucionando, formando progresivamente las vísceras, los tejidos, los huesos, y haciendo su aparición los sentidos, dicho en aquella época por un hombre que no había pasado por la universidad y que vivía en

un ambiente de lo más primitivo, en el que nada puede hacer suponer que tuviera a su lado consejeros sabios… Sí, Zakía, eso me dio que pensar y considero que nadie que pretende ser objetivo tiene derecho a escamotearle ese portentoso mérito.

Zakía muestra una expresión triunfal. Encendiendo su primer pitillo —mechero de oro—, «desafío a los Hermanos Musulmanes», añade, en tono irónico:

—Después de tales declaraciones, que no tengo por qué poner en duda, y de la aceptación de tales hechos, no me extrañaría que fuera usted consecuente consigo mismo y que, olvidándose de los otros dioses y profetas que ha encontrado en su hermoso peregrinar, aprovechando que está aquí, a un tiro de piedra de Yedda, se decidiera a echarle un vistazo a La Meca, lugar que yo pienso visitar antes de que termine el año…

Asiento con la cabeza.

—¡Qué más quisiera yo…! Llegar a La Meca es uno de mis mayores deseos… Pero no con la intención que usted le atribuye al hecho, algo así como una conversión o un bautizo. No, eso jamás. No tengo más remedio que repetirle lo que antes dije. El Corán podría ser todavía mucho más de lo que es, pero yo nunca me adscribiría a un credo que amenaza con la existencia del infierno…

Zakía hace un mohín de desencanto.

—¿Así que lo dejamos tal y como está?

—Tampoco… Quiero dejar muy claro, y de una vez por todas, que Mahoma me interesa profundamente. ¿Y sabe por qué? Porque su aventura traspasa los límites de la lógica occidental en la que me había movido hasta que inicié este viaje… ¡Sí, sí, lo que oye! El hecho me desborda por los cuatro costados… Mahoma era un simple camellero, que iba y venía en un lugar desértico y perdido del planeta, y que ya en su niñez declaró que oía voces y que tenía visiones, por lo que lo tomaron por loco. Pues bien, tal camellero, gracias a un libro que dictó a la luz del día, a retazos, a trompicones, fundó lo que se llama el Islam, es decir, una fuerza arrolladora que al cabo de un siglo aproximadamente había conquistado la mitad del orbe por entonces conocido… Pero la cosa no termina ahí. Resulta que dicha fuerza, catorce siglos después, y al término de un colapso que se produjo por una serie de causas históricamente plausibles, ha vuelto a resurgir, a demostrar que continúa vigente, y que cuenta, si mi estadística no falla, que no suele fallar, con un número de fieles o seguidores que rebasan los mil millones… Eso podría catalogarse, perfectamente, Zakía, en un terreno especulativo, como un milagro. Un milagro, por cierto, muy agradable, porque me ha dado la oportunidad, entre otras

cosas, de conocerla a usted, que lucha denodadamente por una causa noble, la defensa de la mujer dentro del Islam. Confío, mi querida amiga, que gracias a sus ojos, al tintineo de sus brazaletes y a su indiscutible personalidad, venza usted a los integristas de esa religión que en estos fines del milenio le está disputando al cristianismo el predominio del Próximo Oriente y que se infiltra cada vez más en el mundo occidental.

—Muchas gracias, señor… Es usted lo que nosotros entendemos por un caballero español.

—¡Ah, por cierto! Olvidaba preguntarle si los dátiles son afrodisíacos…

—Eso dijeron mis antepasados…

Zakía, al decir esto, tiene un mohín coqueto y añade:

—Bien, según instrucciones de ese ejecutivo americano que dirige este horroroso hotel, he de acompañarle a usted a conocer El Cairo. ¿Tiene alguna preferencia?

—Pues… me pilla usted desprevenido. Apenas si he asomado la nariz al exterior. Aunque puedo adelantarle que no he venido aquí a rastrear la civilización egipcia, pese a su inmensa importancia, sino a husmear en el Islam de sus amores. Naturalmente, confío en que querrá usted acompañarme a ese gran y puntiagudo tópico que son las Pirámides y a ese sobado misterio de la Esfinge y sus patas de león… Pero por encima de esto me interesa conectar con la Universidad El-Azhar, que debe de ser algo así como la versión musulmana de nuestro, ¡ay!, infalible Vaticano, y, por descontado, visitar las principales mezquitas de la ciudad.

Al oír esto, Zakía cambia de expresión. Deja de sonreír y comenta:

—Por extraño que le parezca, no puedo ofrecerle en El Cairo ninguna mezquita que mereciera el beneplácito del Profeta. Ninguna que pueda compararse a la de Córdoba, que tienen ustedes, aunque han metido ahí un altar cristiano, lo cual es un hecho imperdonable, y tampoco que pueda compararse a la de Damasco, a la de Omar en Jerusalén, a la de Santa Sofía de Estambul. A las que cabe añadir, según noticias, la que Hassan II ha erigido en Marruecos.

—¡Bueno, pues me conformaré con lo que hay! Pero realmente el hecho no tiene explicación.

—El presidente Nasser tenía en este capítulo un proyecto gigantesco, pero finalmente prefirió dedicarse a la presa de Asuán… Supongo que en el trasfondo le traicionó el subconsciente de este mi país, con sus vastos desiertos carentes de agua. El Nilo es algo único, pero no basta para abastecer las necesidades de los *fellahin*…

—¿De los *fellahin*…?

—Es el nombre que damos aquí a los campesinos.

Pese a mi decisión de ocuparme únicamente de Mahoma y la religión islámica, entiendo que sería absurdo no visitar las Pirámides. Al fin y al cabo, en su construcción debe de haber también un trasfondo religioso, aunque Zakía me advierte que nadie se ha puesto de acuerdo sobre el particular. Llegamos, pues, a la avenida de las Pirámides, y una vez más compruebo que la obsesión por el colosalismo me impide lanzar al aire exclamaciones de pagmo admirativo. Evoco las pagodas de Tailandia, en especial la de la Aurora, y me quedo con la pagoda. No es que las pirámides me parezcan, como algún esnob ha pretendido, «perfectos pasteles». Pero mi curiosidad por la arquitectura externa y su posible simbología se desvanece en diez minutos. En cambio, y fiel a mi tendencia a descubrir el núcleo o almendrilla de las cosas y las obras, me tienta la posibilidad de penetrar en esos triángulos —tal vez observatorios astronómicos o historia codificada del género humano sobre la tierra —, en el supuesto de que esté permitida semejante violación. Nos informamos y la suerte nos acompaña: no se puede entrar en la pirámide de Keops, tampoco en la de Micerinos, pero sí en la de Kefrén.

—Vamos allá, Zakía —por fin hemos acordado tutearnos—. Quiero llegar hasta la cámara mortuoria. Mis relaciones con la Muerte son de Amor-Odio. Me repele y a la vez me atrae. Me atrae sobre todo cuando estoy al lado de una mujer como tú.

Zakía se siente halagada y sus ojos, que dan la impresión de llegar de muy lejos, me agradecen el cumplido. Adquirimos los correspondientes *tickets* y, salvados los peldaños reglamentarios, entramos en uno de los más relevantes túneles de la historia. Entramos en fila india, encorvados, en medio de turistas ingleses que no cesan de bromear, posiblemente para vencer su aprensión o miedo. ¡Se ha hablado tanto del misterio de las pirámides, de la maldición de la extraña muerte de varios arqueólogos!

Pronto alcanzamos la deseada cámara mortuoria del faraón Kefrén y se confirma lo que mi «guía» me había advertido. No hay más que los muros, entre los que cabrillea una luz espectral y, al fondo, la tumba rectangular, vacía, naturalmente. Y he aquí que entonces, en este momento, ese «antro» singular, salvable únicamente gracias a la imaginación, despierta en mí una excitación irrazonable. Excitación sexual, pariente próxima de la necrofilia. Miro a Zakía, más bella que nunca, y una ráfaga loca se apodera de mi mente, recordando algunos consejos de Chu-Lu, que en cuestiones de coito y orgasmos defendía la tesis de que hay que buscar entornos no habituales. Aprovechando que

los turistas han dado ya media vuelta y que me encuentro solo junto a aquella mujer «feminista», tan feminista como yo mismo, le confieso a Zakía que experimento un deseo profundo de darle un primer beso precisamente en este lugar tétrico. «No estaría mal, mi querido ángel de la guarda, copular en el interior de una pirámide egipcia. Posiblemente, generaciones de arquitectos y esclavos nos aplaudirían desde el más allá. Sería algo así como insuflar vida a esa cámara muerta». Zakía me mira como se mira a un loco, pero, ante mi decepción, lo toma a broma. Con el índice me toca la punta de la nariz y barbota: «Sabía que los españoles estáis locos, pero no hasta ese punto. Anda, que esto no figuraba en el programa ni en el contrato establecido». Su voz ha sido tan dulce que simulo haber bromeado, siendo así que mi impulso era auténtico.

—Nos perdemos, Zakía, una oportunidad histórica —miro a los muros que nos rodean, muros en estado catatónico, y tiento de nuevo, fingiendo no hablar en serio—. No creo que a ninguna pareja se le haya ocurrido nunca, desde la época de Ramsés o de Kefrén, hacer al amor en el vientre de una pirámide. A lo mejor al cabo de unos meses los dioses egipcios nos gratificarían con unas cuantas pirámides en miniatura…

Zakía acaba por soltar una carcajada, que retumba entre aquellas paredes con sonoridades dignas de Frankenstein.

—Hala, se terminó la parodia. Salgamos fuera. Mis relaciones con la Muerte difieren de las tuyas. Yo quiero vivir —guarda un silencio—. Querría vivir eternamente y aprovecho la ocasión para informarte que desde hace tres años pertenezco ya a un hombre de tez más oscura que la tuya y que me ofrece un decorado y un lecho mucho más atractivos que este.

Salimos fuera, donde recibimos de nuevo el asalto de los camelleros que ofrecen *ushabati*, «el que responde» —sarcófagos-miniatura—, con figuras humanas dentro, además de collares, de escarabajos de piedra o arcilla que, al parecer, «traen felicidad». Un chaval hijo del Nilo nos ofrece «brazaletes Cleopatra». Zakía le muestra los que lleva en la muñeca y le da una amistosa palmada en la cabeza, al tiempo que le despide con una frase árabe que no consigo interpretar. Ha seguido Zakía me dice, no sé si rizando el rizo, que, bien pensado, mi reacción anterior tenía su justificación.

—En época del Ramadán, muchas familias cairotas y muchas parejas, al llegar la noche se vienen aquí, al pie de las pirámides, a organizar comilonas, pactos de sangre y, si se tercia, a hacer el amor. Existen innumerables leyendas al respecto, pero te repito que, personalmente, todo lo egipcio me deprime, tal vez porque no hay

constancia de que el Profeta pisara este lugar. Por cierto, ¿tienes idea de quiénes eran los faraones, de quiénes representaban y has oído hablar de un tal Akhenaton, el primer monoteísta de la historia?

—Tengo sobre el particular ideas tan vagas como sobre las costumbres sexuales de los búfalos.

—Pues de eso sí quiero hablarte, ya que lo que andas buscando son datos en torno a las distintas religiones, decisión que te aplaudo, porque la religión, cualquier religión, está en el soma del ser humano, hasta el punto de que no se ha encontrado todavía, ni en la historia ni en la geografía, ningún clan que no haya tenido su dios, o sus dioses, sean los elementos de la naturaleza, sean animales, sean seres abstractos, como el Padre Eterno cristiano o mi adorado Alá.

Dicho esto, y sentados a la sombra de la mayor de las pirámides, la de Keops, mi guía y mentor, después de ayudarme, con su mechero de oro, a encender mi pipa, con voz pausada, suave y soltando su mejor idioma inglés, me cuenta que "faraón" era el nombre que se daba a los reyes egipcios, considerados reyes-dioses sobre la tierra, los cuales, al morir, se convertían en dioses por derecho propio. En sus manos se concentraba el poder de la vida y de la muerte. El faraón era la fuerza, la salud y la vida en el país, lo que no puede decirse ni de Buda, ni de Confucio, ni de Zoroastro, que fueron más humildes y que tal vez por ello no han desaparecido del mapa, como han desaparecido los faraones. El cadáver de los faraones, y a nuestro lado teníamos tres ejemplos concluyentes, era momificado y guardado en esos edificios indestructibles que eran las pirámides, que en su época eran llamadas "casas eternas". En esta que ahora nos abriga, la de Keops, piensa, Ireneo, que cabrían varias grandes mezquitas de las que te hablé, además de las de Ispahan, que no sé por qué, estando en Irán, no te dignaste visitar.

»La religión egipcia tuvo aspectos extraños, desconcertantes. Así, se adoraron objetos inanimados a los que se atribuyó la capacidad de representar ciertas fuerzas de la naturaleza, especialmente el sol, la tierra, el Nilo, el viento. Otras divinidades eran representadas con un cuerpo humano pero con cabeza de animal. También fueron objeto de culto animales vivos, de carne y hueso, como el toro Apis, el chacal Amibis, el buitre, el cocodrilo, la serpiente. El cocodrilo fue venerado porque anunciaba las crecidas del Nilo; el ibis porque destruía, al crecer las aguas, las pequeñas serpientes venenosas. ¿Has visto alguna vez, de cerca, una serpiente venenosa?

Me paso la mano por la mejilla y respondo:

—He visto varias. Una sola vez. Y te juro que no pienso repetir la experiencia.

—De acuerdo, yo no he visto nunca ninguna, ni siquiera en el zoo de El Cairo. Ni pienso verla, a menos que se introduzca de matute, como ciertos pensamientos, en mi habitación. Y haciendo un paréntesis te diré que mi amigo, que se llama Hilmi, me dijo ayer que no comprendía que un hombre que se llamó Ireneo pudiera llegar a ser santo. Habiéndote conocido a ti, yo tampoco lo comprendo.

Zakía continúa su lección de historia con tal acopio de datos y amenidad que mi admiración por ella, y mi gratitud por el señor Tracy, director del Sheraton, van en aumento.

—Reemprendiendo el hilo del relato de los animales considerados dioses menciona el gato, porque exterminaba a los ratones, que devoraban el grano de las cosechas; el escarabajo, que tantas veces habrás visto en los grabados, representaba la salida cotidiana del sol, y la vaca a la diosa Hator, señora del país de los muertos o de Occidente, donde, y presta atención, mi querido occidental, el sol *muere* cada noche; y el toro Apis, como símbolo de la potencia fecundante. La muerte de este animal, a cuyas inclinaciones presiento que podrían aplicarse las tuyas, era motivo de gran luto, que duraba hasta que se encontraba otro toro, que debía ser negro con una estrella blanca en la frente.

»Los tesoros de joyas y metales preciosos que, de modo milagroso, escaparon a la atención de los saqueadores de tumbas, entre los cuales acaso encontráramos algún antepasado tuyo, superan cuanto podemos concebir, ya que lo que se expone al público en el famoso Museo cairota, a cuya visita te aconsejo que renuncies, no es más que una mínima parte, a excepción, quizá, de lo referente a Tutankamón, que es capítulo aparte, pese a tratarse de un faraón menor, que murió a los dieciocho años.

»Pero de quien quiero hablarte, como antes te anuncié, es de Akhenaton, quien, en efecto, se rebeló contra el politeísmo, y sobre todo contra el culto dedicado a Amón, y se convirtió en el primer monoteísta en la historia de la humanidad. Tiempo después, nuestro Profeta arrambló también con los dioses que se adoraban en la ahora Arabia Saudí y propuso la adoración de un Dios único, Alá, el muy loado. Así pues, Akhenaton y nuestro Profeta fueron más monoteístas que vosotros, los cristianos, puesto que el cristianismo se basa en una Trinidad, incesto, y perdona, que tampoco he llegado nunca a comprender, pese a que los coptos de El Cairo, que son una ínfima minoría, han querido convencerme de que ellos son quienes están en posesión de la verdad.

—No hace falta que insistas. Esa creencia en la Trinidad en mi país ha dado pábulo a toda clase de incongruencias, para no emplear otra

palabra más cruel, como, por ejemplo, que en Valencia se adore, como reliquia, un suspiro del Espíritu Santo, y que se hallen esparcidos por el mundo lo menos equis prepucios de Jesús, quien, por descontado, se mereció mejores seguidores que los que ha tenido.

—¿Has dicho prepucios…?

—Eso he dicho.

—¡Que Alá nos asista! Mahoma trata a Jesús, en el Corán, como pudiste comprobar, con el máximo respeto.

—Pues ya lo ves. Ese asunto de las reliquias en la religión cristiana, que mi madre profesa con el mismo fervor con que juega al *bridge*, es una de las causas por las cuales soy agnóstico incorregible, hasta el punto de que dudo mucho de que tu idolatrado Mahoma consiga demostrarme que estoy en un error.

Zakía me mira con ojos no precisamente suaves, mientras una caravana de camellos pasa frente a nosotros.

—Podías haberte ahorrado tal comentario.

—Me he limitado a ser sincero, Zakía. Pero eso no significa que no me interese tu religión, la cual, a mi entender, posee todas las bases para en el futuro ser un fenómeno mundial.

—No hace falta mencionar el futuro, Ireneo. El Islam es ya un fenómeno mundial. Yo calculo que, en el próximo milenio, habrá centenares de millones de Mohamed y centenares de millones de mujeres que se llamarán Fátima.

—De acuerdo, tú ganas. Y dime una cosa: ¿Akhenaton se casó, tuvo hijos?

—Interesante pregunta, formulada por un hombre que asegura haber pasado por la Universidad. Akhenaton se casó precisamente con la reina Nefertiti, de la que supongo que has oído hablar.

—¿Nefertiti…? Pues sí. Tengo entendido que fue muy hermosa, que le dio a su marido cuatro hijas, con una de las cuales el faraón copuló, ya que por aquel entonces el incesto en Egipto era considerado algo normal, como ocurre en el primer libro de la Biblia, el Génesis.

—¡Vaya, menos mal! Si te apetece, puedes encender otra pipa…

—Me apetece. Y tú puedes hacer tintinear de nuevo tus brazaletes.

Me tomo una jornada de descanso para releer algunos pasajes del Corán, solo en mi habitación. Pensando en la propuesta que le hice a Zakía en la cámara mortuoria de Kefrén, volví a sentir asco de mí mismo, «esclavo de mis concupiscencias», como me espetó a bocajarro, en Bangkok, el inolvidable monje Logdse. ¿Es que no me corregiré jamás? ¿Es que no venceré jamás esa boa que se esconde en mis genitales? Zakía, con quien me desahogué al respecto, me dijo que existen otras «parcelas» del cuerpo mucho más limpias y presentables.

«Sé que todo se inicia en el cerebro, pero el pequeño-cerebro es muy grande», como dijo uno de nuestros poetas. «Hay que dispersar sus tentáculos en otras direcciones más duraderas». «El sexo son unos instantes, nada más. En cambio, dedicarse al prójimo, como yo hago —dijo Zakía—, aunque cobrando unos dólares, es mucho más gratificante. Y lo es muchísimo más aún si uno lo hace por amor, sin cobrar una rupia, como lo hace, desde que en un accidente estuvo a punto de perder la vida y Alá lo salvó, mi querido Hilmi».

Al oír este nombre, que obviamente Zakía no ha pronunciado porque sí, le pregunto, adivinando sus intenciones:

—¿Por qué no me presentas a ese caballero árabe —curiosa combinación— y charlamos un rato los tres juntos en el Mamma Mia? Me encantará estrechar la mano de uno de los hombres más afortunados del planeta.

—Está ya en el Mamma Mia, arriba, esperándonos.

Sonrío una vez más ante la agudeza de Zakía y minutos después me presenta a un hombre alto, de cabeza importante, vivo retrato de Nasser e incluso del actual presidente egipcio, Mubarak.

La charla, sentados los tres en incómodas sillas modernas, de diseño escandinavo, discurre placenteramente. Me entero de que Hilmi es, precisamente, profesor de árabe en la Universidad El-Azkar. Tiene las manos grandes, la voz profunda y me felicita porque fumo en pipa, «pariente lejana del *narguilé*», gracias al cual él, Hilmi, nacido en el Delta, ha conseguido un estado de calma que, sin poder parangonarse con el éxtasis de los derviches o de los budistas auténticos —«hay mucha farsa bajo las túnicas de azafrán»—, le permite contemplar el mundo y a sus habitantes con cierta perspectiva y unos gramos de compasión.

Hilmi es hablador, tal vez por el hábito adquirido como profesor en la universidad. Nuestra charla dura por lo menos un par de horas, centrada sobre todo en la psicología árabe y en su idioma. Al separarnos y volver a mi habitación, donde excepcionalmente pido que me suban una botella de whisky, rememoro algunos de los pasajes de dicha charla y la resumo para mis adentros, ya que en seguida percibí que iba a ser decisiva para lo que ando buscando y para realizar un viaje al desierto egipcio, que antaño fue desierto cristiano, que se encuentra al norte de Ouadi Natrun.

—Fíjate en esos tres *ulemas* que acaban de entrar en el restaurante. Fíjate en sus semblantes y en sus barbas: revelan una absoluta seguridad en sí mismos, en su *kisnet*, que significa algo así como el destino, el destino que les tiene reservado Alá, se entiende… ¡Ah, sí, la fe de los musulmanes —curiosamente, Hilmi habla de ellos en tercera

persona— es algo muy serio y a tener en cuenta por Occidente, si Occidente no quiere vivir en las Batuecas…! En el propio El Cairo, cuando el dominio británico, los jugadores ingleses de golf veían que sus jóvenes criados, sus *caddy*, soltaban tranquilamente los palos y las pelotas que llevaban y caían de rodillas al suelo, orando en dirección a La Meca. Eso ocurre incluso ahora, en algunas fábricas; de repente cesa el ruido de las máquinas para que los obreros puedan arrodillarse sobre sus alfombras y adorar a Alá. La religión une a los árabes del mismo modo que los divide a ustedes, los cristianos, entre católicos, protestantes, evangelistas, coptos, ¡qué sé yo! Aunque, tal vez más aún que la religión nos une el idioma. Lástima que no lo conozcas, caballero español. Es un idioma con un ritmo interno difícilmente igualable, en el que han podido expresarse durante siglos todos los saberes humanos y en el que Zakía vierte maravillosamente su vena poética. ¿No te gusta, para ponerte un ejemplo fácil, el *In cha Allah*…? Y siguiendo con los ejemplos, te diré que tenemos cien fórmulas para definir el león, otras cien para definir el camello o la espada… Para no hablar de la *ganna*, que significa jardín o paraíso y que suena a los oídos de forma especial…

»¡Ah, si conocieras el árabe comprenderías mucho mejor la revolución que Mahoma supuso, puesto que él contribuyó en gran medida a la formación de la lengua, enriqueciéndola con incontables nuevos términos, que todavía perduran! La segunda razón de nuestro sentido poético podría ser la variedad paisajística de quienes hablan nuestro idioma. Hay que tener en cuenta que el hilo conductor islámico, y supongo que Zakía, cuya capacidad de amar, puedo garantizarlo, es infinita, supongo, digo, que Zakía te ha recordado que este hilo conductor abarca desde Nigeria y Senegal, pasando por vuestro vecino Magreb y todo el norte de África, hasta Afganistán, la India y llegando por fin hasta ciertos enclaves de Filipinas. Y así nos encontramos con yemenitas que creen que las almas de los muertos vuelan al Tibet, y al propio tiempo con que en la Edad Media los venecianos y genoveses construyeron sus galeras y sus galeones a base de talar cedros del Líbano… ¡Qué sé yo! Es una especie de tómbola. Muchos árabes creen, por ejemplo, que Eva está enterrada en Yedda, en Arabia Saudí, cerca de La Meca, y por supuesto, todos estamos convencidos de que ser hombre tiene más mérito que ser ángel, pese a que sospecho que en ciertos momentos de intimidad Zakía preferiría tener al lado a un ángel que no a un tal Hilmi, quizá excesivamente intelectual… ¿Y qué me dices de los nombres femeninos? Hafiza, Mennat, Salum, Zainab, Shajlaa… ¿Comprendes lo que quiero decir? No, no lo comprendes. Para comprenderlo hay que haber nacido en el

desierto, como yo mismo. En el desierto nació la palabra. En el desierto y en las orillas fluviales, claro, puesto que tampoco son moco de pavo el Éufrates y el Tigris, cuyas aguas también hablan árabe a quienquiera que las quiera escuchar…

La palabra desierto despierta en mí resonancias casi majestuosas, pensando en Majmun. Un poco fatigado de tanta palabra, aunque haya sido palabra con acento árabe, les propongo una excursión al desierto que arranca de Ouadi Natrun, que imagino tendrá también un sentido religioso, ese sentido que ando buscando.

—Yo no puedo acompañaros —alega Hilmi—, porque mis alumnos de El-Azkar me esperan; pero puede acompañarte Zakía, que de desiertos y beduinos entiende más que yo.

Zakía asiente y me propone la excursión para el domingo, ya que el viernes lo dedica al Islam y el sábado tiene que acompañar a unos judíos a contemplar la Esfinge de Gizeh.

—Es curioso, pero he observado que a los judíos, como, por ejemplo, el director del hotel, les cautiva la Esfinge, como si vieran en ella el gran secreto de su raza, o, por lo menos, intentaran descubrirlo. Debe de ser un reflejo de la Cábala, de las persecuciones que han sufrido desde hace cuatro mil años, desde su exilio a Babilonia. En el actual Israel los judíos son nuestros enemigos, ¡qué le vamos a hacer! Se plantaron allí y allí luchan para echarnos del territorio. Batalla perdida. La demografía, y si no, tú, sociólogo, atrévete a desmentirme, cuenta, si no a la corta, sí a la larga. Y ellos son muy pocos y nosotros, los árabes, millones desde el Líbano pasando por Jordania hasta mi querido Egipto. ¿Te das cuenta? La geografía forma una media luna, símbolo que para nosotros significa: «al final, la victoria».

—Hablando de victorias. ¿Crees, Zakía, que al final vencerás en tu lucha por la emancipación de la mujer en el Islam?

—Si no lo creyera, no lucharía. Estoy convencida de que el Profeta, que vivió rodeado siempre de mujeres, me ayuda y me ayudará. No creas que mis ojos no ven el injustificable estado de esa cuestión en algunos de nuestros países, no creas que no detesto con toda mi alma a los Hermanos Musulmanes. Los árabes sabemos amar, pero también sabemos detestar, como les ocurre a todos los seres religiosos del mundo. Lo que ocurre es que nosotros, que yo, lo confieso y otros no. Por ejemplo, todavía no te he oído una palabra con respecto al desprecio a la mujer en el seno del cristianismo, y, dentro de él, del catolicismo. La mujer en vuestra tribu mental no puede ser sacerdote y cuando la conquista de América vuestros teólogos discutían, según me ha contado Hilmi, si las mujeres indígenas, indias, tenían o no tenían alma…

—¿Por qué me metes dentro del saco de los teólogos? Por supuesto, yo creo más en el cuerpo de la mujer que en su posible alma. Y si conocieras a mi amante, que se llama Lupe, comprenderías el porqué.

—Bien, dejemos esto. Y quedamos en que el próximo domingo, a las siete de la mañana, pasaré por el Sheraton a buscarte y nos iremos, juntitos, al desierto, naturalmente con un guardaespaldas para mí: un taxista de recios bigotes.

—De acuerdo, Zakía. Y no olvides tus brazaletes.

En ruta hacia el desierto. El taxista es el «doble» casi perfecto del que, al llegar al aeropuerto de El Cairo, me trajo hasta el Sheraton. El mismo semblante, la misma prominente nariz, y ¡una casete de Julio Iglesias! ¿Es que este hombre me perseguirá hasta el Edén de Mahoma? Las cosas son así, no hay más y entre gustos no hay disputas, frase que siempre me ha puesto nervioso, porque es falsa: entre gustos hay disputas. Las hay, por ejemplo, entre la Torá y el Corán, y entre la Torá, el Corán y el Nuevo Testamento. Y Mahoma disputó, ¡y de qué modo!, y Jesús disputó e incluso utilizó el látigo. Y yo discuto de continuo conmigo mismo. Hay una sola persona en el mundo con la cual no he disputado jamás: mi padre, con quien, desde que inicié el viaje, me relaciono a través del teléfono, del correo e incluso del fax. Por cierto, que el fax resulta muy útil para estar al corriente de lo que ocurre en mi despacho —no quisiera olvidarme de que soy sociólogo, pero me pregunto si a los habitantes de los desiertos les sería de utilidad. Hablé de ello con Majmun y me contestó que en el desierto existen y habitan fax invisibles, a través de los «duendes» que sobrevuelan de continuo las dunas siempre cambiantes.

En ruta, pues, hacia el desierto, cuya carretera conduce a Alejandría pero que a la salida de El Cairo, del hotel Mena House, bifurca a la derecha.

La pincelada gris de la carretera, a pérdida de vista, nos provoca una cierta somnolencia, y guardamos silencio. Julio Iglesias, a petición mía, desapareció ya, quién sabe si al encuentro de una hurí y de algún arroyo de leche y miel. Guardamos, digo, un inusual silencio. Recuerdo una cruel frase de mi añorado Segismundo, según la cual, del canto de los almuecines lo que más le gustaba era el silencio que se producía al terminar.

El terreno está salpicado de pequeños oasis de eucaliptos —filtraciones del Nilo— y de pronto se yergue incluso una mezquita, pobre, hecha de barro, que en ese lugar adquiere para mí carácter totémico. Zakía, en cambio, le pide al desierto más ojos para ver, y el

taxista besa un Corán en miniatura que lleva en el parabrisas, y acto seguido conecta en la radio música árabe, que en el desierto suena de un modo particular.

Kilómetro 83… Por ahí cerca deben de encontrarse los conventos coptos de los que, a petición mía, me ha hablado Zakía. Los monjes que los habitan son algo así como eremitas y su vida y sus mentes me interesan desde que conocí a Majmun. Avistamos el primer edificio, al término de un camino pedregoso. Me gustará saber cómo resuena, en estas latitudes, el nombre de Cristo, quien, según los coptos, monofisitas, solo tuvo naturaleza divina. Zakía me informa de que este convento es el de San Macario. Ella estuvo una vez aquí, acompañando a un grupo de católicos holandeses, los cuales, al llegar a la puerta del *deir*, del monasterio, rompieron a cantar la *Salve Regina*, cuya letra, emparentada con el budismo, afirma que la «tierra es un valle de lágrimas».

Nos recibe el portero, que se adorna con una perilla de chivo, capucha y un francés detestable. Por fortuna, Zakía habla también francés, aunque también detestable. El único, pues, que queda fuera de juego es el taxista, que lo primero que hace es coger una revista árabe en la que, al parecer, se afirma que los submarinistas han descubierto en Alejandría nada menos que el que fue el palacio de Cleopatra.

Pasamos al interior y en seguida nos damos cuenta de que habrá muy poco que ver. Un jardín —jardín y huerta—, un edificio medio en ruinas que debe de ser el recinto de clausura, y la iglesia. Es posible que esta tenga su interés, dado que, según un opúsculo que llevo en la mano, los iconostasios son muy antiguos y los frescos murales datan nada menos que del siglo V. Lo único que nos cuenta el monje, mostrándonos un agujero en un rincón, es que en él, según la tradición, fue encontrada la cabeza de Juan el Bautista, cabeza que más tarde fue llevada a Siria y cuyo destino se ha perdido. Zakía, al oír esta leyenda, hace un gesto despectivo: «Pues sí que empezamos bien…»

Poco después, en el refectorio, nos recibe el padre abad, cuyo francés es sensiblemente mejor. Lo primero que hace es entregarnos un folleto titulado *L'Unité chrétienne*, escrito por él mismo, en el que se incluye una vista aérea del monasterio y una estampa de san Macario. El abad se llama Matta el Meskin, es un estudioso sin fatiga y afirma que el convento disponía de una inmensa biblioteca hasta que los ingleses, a fines del siglo pasado, se presentaron un buen día, sin previo aviso, y se llevaron por las buenas exactamente treinta mil manuscritos sobre papiros.

Zakía, que en varias ocasiones me ha hablado de la implacable expoliación que los ingleses han llevado a cabo en Egipto, murmura por lo bajo:

—Bandidos…

El padre abad pronto se da cuenta de que yo no tengo la menor idea del monacato egipcio y del Ouadi Natrun. De modo que lo primero que hace, con la característica meticulosidad del hombre que no tiene prisa, es justificar el nombre del lugar. Natrun significa «natron», es decir, la sustancia que utilizaban los antiguos egipcios para el embalsamamiento y que ahora sirve para fabricar vidrio, jabón con el que blanquear el lino, etc. En esta zona, en diciembre, comienzan a aparecer una serie de lagos que contienen natron; cuando, en marzo, dichos lagos se secan y desaparecen, el natron es recogido y explotado industrialmente. «Antiquísima geología, como pueden ver ustedes, puesto que el nombre Ouadi Natrun figura en los más remotos textos…»

Luego nos recuerda que el introductor del cristianismo en Egipto fue san Marcos, quien es a la vez el patrón de la iglesia copta. San Marcos, compañero de Bernabé, en cuanto este sufrió martirio y murió, se vino a Egipto y fundó su Iglesia, iglesia que todavía hoy sigue en pie. Por cierto, que su primer converso fue un zapatero de Alejandría, Annianus de nombre; de no haber llegado san Marcos a Egipto no se habría producido la llamada y conocida «epidemia de eremitas», epidemia encabezada por san Antonio, el de las tentaciones, y por Pacomio. Dicha epidemia es difícilmente comprensible a finales del siglo XX, pero llegó a ser tal que, en este lugar en que nos hallamos, han sido encontrados los restos de hasta setecientos conventos y ermitas, aparte de un número incalculable de celdas, en las que vivía un solo hombre, o tal vez dos. Hombres que, impulsados por una fuerza superior, escapaban del mundo y llevaban una existencia mísera, fieles a la voz de Jesús: «Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que posees, dáselo a los pobres y después ven y sígueme».

De añadidura, su lema era «degradar el cuerpo para ensalzar el alma». También las mujeres se lanzaron al desierto —Zakía tiene un mohín de perplejidad—, convencidas de que «el espíritu de Dios nunca entraría en la morada de las delicias y del placer». De ahí que no solo practicaron un ascetismo que en nuestros tiempos sería considerado una locura, sino que rendían un especial culto al silencio. La mayoría comían pan duro, que cocían una vez cada seis meses o cada año, sal y hierbas. Su ideal era «comer hierbas, ir vestido de hierbas y dormir sobre la hierba», con lo que estaban convencidos de poder vencer a

Satanás, cuya presencia tenían por más activa, paradójicamente, en el desierto que en la ciudad. En cuanto al silencio, el gran Arsenio escribió que «incluso el gorjeo de un gorrión impedía que el corazón del monje alcanzara el reposo y que el ruido del viento en los cañaverales lo hacía del todo imposible». Y un eremita, que por temperamento era un empedernido charlatán, aprendió a callarse a base de mantener una piedra en la boca durante tres años. De añadidura, y consecuentes con el menosprecio del cuerpo, llegaron a establecer una especie de asociación o pacto entre «suciedad y santidad». No se lavaban jamás, excepto, quizá, las manos. De ahí que los escasísimos cronistas de la época, para llamarlos de algún modo, los describieran como demonios, y que más tarde los pintores, como puede comprobarse en los frescos de los monasterios de Capadocia y de Grecia, los pintasen como salvajes, demacrados, vestidos de harapos, cabellos cayéndoles hasta el suelo, las miradas perdidas en «otra realidad», que no era más que el desierto, la soledad y Dios. Todo lo cual no impidió, sino al contrario, que su fama se extendiera por todo Egipto —aparte de que muchos de ellos alcanzaron los cien años de edad—, hasta el punto de que los enfermos y los inválidos los visitaban, procedentes de las comarcas más lejanas, para pedirles que los bendijeran y, a ser posible, que los curaran.

Estoy a punto de lanzarme al ataque contra semejante monstruosidad, pero se me anticipa Zakía, la cual, a medida que escuchaba el relato que con voz tranquila y serena desgranaba el padre abad, endurecía el rostro, lo que no le favorece en absoluto, y con cierta crispación emite su criterio, que no difiere gran cosa del que yo hubiera expresado.

—Todo eso me parece una barbaridad —dice, procurando que sus brazaletes no tintineen—. Algo había oído cuando estuve aquí con aquel grupo de holandeses, además de que tengo un pariente, un primo hermano, que se hizo copto y siempre anda leyendo libritos antiguos, de pergamino, en los que se dice textualmente que el acto conyugal es un crimen y que la mujer debe preferir morir antes que acceder a él. Pero hay más. El tal pariente afirma no estar seguro de que san Antonio, el fundador o inspirador del monaquismo, haya existido jamás… ¡Bueno, no se escandalice, padre, por favor! Esas lagunas históricas son de lo más corriente y los musulmanes sabemos algo de eso. Sin embargo, de lo que quería hablar es del hecho de que una «epidemia»… uso su palabra, de anacoretas y de castigo corporal como la que usted ha descrito es imposible que se dé en el seno del Islam, por la sencilla razón de que el Profeta jamás predicó el ascetismo… Tal vez fue más realista, no sé… Por no decir más

humano. El caso es que en el Corán está escrito: «Dios no ha impuesto al hombre una carga demasiado pesada». De modo que, si bien hemos tenido muchos y muy importantes místicos, no hemos tenido ascetas; y permítame que le diga que personalmente me felicito de ello, y no solo porque soy partidaria de la ducha y el baño con jabón y un poco de perfume…

El abad se ajusta las gafas, se acaricia la barba y responde:

—Lo que usted dice es rigurosamente exacto. Conozco el Corán… La explicación tal vez radique en que las dos religiones, siendo en muchos aspectos muy similares, en otros difieran radicalmente. El islamismo es más sensual, acaso porque lo era el pueblo al que Mahoma se dirigía… Eso no hay que olvidarlo. Muchos historiadores y teólogos creen que Mahoma jamás se propuso fundar una religión universal… quizá lo probaría el hecho de que no nombrara sucesor, sino una religión ajustada exclusivamente a la raza cuyo espíritu quería mejorar, elevar, salvar… Lo cual, por supuesto, no es ningún demérito, dado que, fuera cual fuere su intención, los resultados ecuménicos ahí están…

Entiendo que ha llegado el momento de meter baza en el diálogo. Mi estupor es tan grande ante las hazañas de esos desgreñados que no se lavaban jamás y creían que el acto sexual era un crimen, que he de contenerme para no usar palabrotas, que siempre he considerado de mal gusto. Le digo al padre abad que soy contrario a toda clase de fanatismos, que el estilo de vida, o de muerte, elegido por ese Antonio que no se sabe siquiera si existió, se me antoja contra natura. De seguir su ejemplo, la especie humana se habría extinguido ya, si bien debo aclararle que a lo mejor ello sería deseable.

—Hace mucho tiempo que elegí el agnosticismo como la fórmula más razonable de pensar y actuar. Y ando por el mundo como un nómada, escuchando, escuchando y mirando en tomo. Quise conocerles a ustedes porque me dije, solo en mi habitación del Sheraton, que en algún sitio debe de existir la Verdad. Pero todo mi ser y toda mi formación cultural y humana se rebela contra tales atrocidades. No comprendo que sean ustedes partidarios, en la práctica, del suicidio, fulminante o a plazos. Con razón lo han llamado ustedes «epidemia». A mi ver, esos seres que ustedes veneran, cuya máxima aspiración era convertirse en hierba, estaban enfermos, gravemente enfermos. Llevar una piedra en la boca durante tres años es peor que llevarla, como yo mismo, en el corazón. Y menciono el corazón porque para mí la palabra tiene resonancias muy íntimas, que no viene a cuento detallar. Con perdón, padre abad, por primera vez en mi vida comparto los actos de los ingleses, que según ustedes se

llevaron por las buenas treinta mil manuscritos, que, por lo oído, imagino que contenían toneladas de pornografía espiritual. A partir de este momento me atrevo a declarar que el Islam me parece más natural y humano que el cristianismo. Zakía ha dicho del Profeta: más realista… De acuerdo. Cuando me hablan del alma es como si oyera llover. Aunque he de hacer una salvedad: estoy convencido de que aquí, en este monasterio, son ustedes más felices que yo en los prostíbulos que frecuento un día sí y otro también. En resumen, he dado media vuelta al mundo y estoy donde estaba cuando emprendí mi aventura. Así las cosas, padre abad, usted, que lleva esa barba venerable, y que habla con tanta suavidad, ¿qué me aconseja?

—Le aconsejo que preste usted oídos a lo que le voy a decir. Voy a decepcionarle todavía un poco más, hablándole de san Macario el joven, para que pueda aquilatar en su exacta dimensión el grado de locura a que, por amor a Cristo, se puede llegar. San Macario el Joven, que vivió en el siglo IV, se hizo famoso porque se pasaba toda la Cuaresma, cuarenta días, dentro de una especie de hoyo cavado bajo tierra, tan estrecho que en él no era posible siquiera extender los pies. Su austeridad fue tal… en vez de ascetismo emplearé el término austeridad, que quedó en los puros huesos y dejó de crecerle el mentón. Por lo demás, un día en que le picó un mosquito, lo aplastó; pero luego se arrepintió hasta tal punto de haber obrado «por venganza» que se pasó seis meses en un pantano próximo dejándose picar por todos los mosquitos sin emitir una queja. Al regresar al convento todo el mundo creyó que había contraído la lepra. San Macario era así, y yo peco de envidia pensando en su actitud, porque detesto los mosquitos, sobre todo si se pegan a mi luenga barba y empiezan a juquetear con ella.

El padre abad ha dicho esto último en tono repentino de humor, como si quisiera quitar hierro a la situación o clima creado. El taxista, que, cansado de hojear la revista nos obsequia con un expresivo bostezo, toma unas cuantas galletas de una bandeja que un monje ha traído y se acaricia la barba otra vez. Me pregunto qué andará pensando por cuenta propia, dado que no ha entendido una palabra. Según el director del hotel, los taxistas de El Cairo son seres de una gran experiencia humana debido a la variedad de seres que acompañan a las Pirámides, a la Esfinge, a la Ciudad de los Muertos, a la que Zakía en ningún momento se ha ofrecido para acompañarme, y a las mezquitas de la ciudad.

Decidido a no contrariar más al padre abad, me dirijo al taxista y le pregunto qué opina de un convento como este, en el que están encerrados, durante años y años, unos cuantos hombres solos.

El taxista, sin dejar de masticar su última galleta se encoge de hombros y dice:

—No lo sé… Es que a mí, ¿sabe?, me gustan mucho las mujeres…

El padre abad, con mucha parsimonia, toma de nuevo la palabra para añadir, como si nada hubiera ocurrido, que entre los coptos circula una leyenda según la cual, el día del fin del mundo, que a su juicio está cerca, el profeta Mahoma descenderá sobre La Meca, Cristo Jesús bajará sobre la mezquita de Ornar, en Jerusalén, y Juan Bautista sobre la mezquita de los Omeya, en Damasco…

Esa intervención tiene la virtud de aquietar el ánimo de Zakía. El padre abad, con su serenidad y su dulzura, ha ganado la partida dialéctica, que amenazaba con no tener fin… Nos acompaña hasta la puerta. Tiemblo ante la posibilidad de que se le ocurra bendecirnos. No hay tal. En cuanto el coche se pone en marcha, nos saluda agitando la mano en el aire…

Permanezco en El Cairo diez días más, visitando el bazar Khan El-Khalili, más modesto que el bazar de Teherán y, sobre todo, sin ningún Teymur que llevarme a mi afán de saber. Subo a la Torre de El Cairo —la panorámica, como suele decirse, es impar—, asisto a una Danza del Vientre, que me decepciona por su mediocridad, y por fin me decido a despedirme de El Cairo, lo que equivale a despedirme del mundo islámico. Sin embargo, no puedo menos que seguir el consejo de Zakía: no puedo marcharme sin despedirme del Nilo, del famoso Nilo, plexo solar de la vida del Egipto de todos los tiempos. Acato la orden y la víspera de mi marcha alquilamos, en el hotel Meridian, un velero, *Cleopatra* de nombre, cuyo tripulante se llama Hakim. Su piel es de azabache y lleva un pequeño anillo colgado de la oreja izquierda. Se vino a El Cairo cuando, a raíz de la construcción de la presa de Assuán, su pueblo quedó, como tantos otros, sepultado bajo las aguas. Así que es «un hijo del Nilo», en cuyo seno puede decirse que ha discurrido su vida.

Nilo un tanto fangoso, pero refrescante —una ligera brisa cruza sobre el río— y que dispara mi imaginación como un cohete. No quiero pensar en nada concreto, ni siquiera en el itinerario que nos ha marcado Zakía, quien para la ocasión se ha lubricado los ojos con más antimonio que de costumbre. Lo que yo quiero es sentir. Sentir que estoy vivo, que respiro, que huelo, que con la mano puedo tocar la madera del *Cleopatra* y con la mirada contemplar la bella silueta de Hakim, con su pequeño anillo colgado de la oreja izquierda.

Quiero gozar de ese momento, quiero gozarlo en plenitud. Que se paren todos los relojes del mundo, bajo este cielo africano, cuyo azul ni siquiera el vaho procedente del desierto puede empañar. ¡Africano!

El adjetivo se me clava sin hacerme daño, al igual que hace un tiempo no me dañó, sino al contrario, el adjetivo «asiático». Africano… Es una novedad… De una impensable novedad, ya que la palabra África significa para mí, sociólogo de profesión, una de las grandes incógnitas que gravitan sobre el hombre de hoy. Incógnitas que harán tambalear muchas testas coronadas, colocando en su lugar quién sabe a quién; testas de Occidente, claro está. Seguro que Hakim tendrá una docena de hijos… El futuro es suyo, con su piel de azabache. Algo semejante experimenté en Taipei. Tuve la sensación de que despertaba una nueva era, el gong del relevo, de todo punto inevitable. En cambio, con ocasión de un crucero por el Mississippi, rumbo a Orleans, cavilé que todo aquello era el pasado, que el Norte era el pasado y que los habitantes del Sur del planeta iban irreversiblemente a trocar sus revólveres con plumas en la cabeza y que los grupos de muchachos rubios cantando y bailando el *rock and roll* iban a ceder el paso a jóvenes de prieta musculatura que dictarían su ley.

¡Qué curioso! Tengo la impresión de que los recuerdos de mi Occidente no forman parte de mi memoria —ni siquiera mis padres, ni siquiera Lupe—, sino de algo más hondo: de ese sentir que en estos momentos, junto a Zakía, «besadora del Corán», como yo la llamo familiarmente, persigo. Las imágenes no se agolpan, no se confunden: son hechos. Hechos tan evidentes como esas gabarras que pasan a nuestro lado repletas de algodón, como ese niño solitario que, en la orilla, ha lanzado la caña intentando acaso pescar las razones de su venida al mundo.

Poco a poco mi estado de ánimo recobra la normalidad, devolviéndome, por tanto, al Nilo. Estoy en el Nilo, navego por él en un velero propiedad del hotel Meridian. Me viene a las mientes una frase de Napoleón: «Si yo fuera el dueño de este país, ni una gota del Nilo se perdería en el mar». Con la mano toco el agua, al impulso de algo muy semejante a la superstición. La sensación es tan agradable que podría jurar que se acerca a mí algo hermoso. Y de pronto siento lo que ese algo hermoso es: Jerusalén. Sí, en cuanto finalice mi estancia en el país de Akhenaton, el faraón monoteísta, y el país de Zakía, que a veces me parece una diosa, tomaré el avión y me trasladaré a Jerusalén, a Israel-Tierra Santa, donde no sé lo que me va a ocurrir. Será el reencuentro con mis raíces, a las que he sido infiel: el cristianismo, hijo del judaísmo, hecho que con frecuencia se olvida.

Zakía se da cuenta de que algo me ocurre y me pregunta, encendiendo mi tal vez última pipa en El Cairo, de qué se trata. Al oír la palabra Jerusalén abre las palmas de las manos en actitud de plegaria. Los judíos son sus enemigos, los palestinos sus amigos,

acorralados durante años en los guetos de Gaza y Cisjordania, en estos días librando en Hebrón una batalla por los famosos asentamientos de los colonos del Estado de Israel.

—Que Alá te proteja, o que te proteja Jesucristo. No te dejes embaucar. El peor defecto de los judíos es que son mentirosos. Lo son hasta tal punto que ni siquiera se dan cuenta de ello. Es su segunda naturaleza.

—Qué te voy a decir, Zakía. Mi decisión está tomada. Después de mi periplo con tantos sobresaltos, voy en busca de una síntesis. Hay quien dice que el cristianismo es ecléctico, que ha tomado sobre sus hombros lo mejor de cada religión. Yo tengo mis dudas. Pero el ecléctico soy yo y veremos qué me interesa más, si el Santo Sepulcro o el Muro de las Lamentaciones.

—Me temo que será esto último. En el fondo, no dejas nunca de lamentarte. Incluso te lamentas de que el Nilo no sea mar.

—Es cierto. Soy un hipocondríaco espiritual. Pero de lo que me lamento ahora no es del Nilo, que para mí ya es un mar, sino de dejarte a ti en manos de ese hombre encantador que se llama Hilmi.

—¿Qué preferirías? ¿Que me internara en el convento de Ouadi Natrun, y me acostara con el padre abad?

Nos reímos. El Nilo, el río más largo de la Tierra, el «padre de los ríos», la «madre de los ríos» es a la vez un llanto y una sonrisa. Lo único que sé de él es que no lo olvidaré jamás.

Capítulo VI

No hay avión directo El Cairo-Tel Aviv. Hacemos escala en Atenas, lo cual es un buen presagio. Me vienen a la memoria los nombres de aquellos hombres, grandes hombres, que se llamaron Sócrates —suicida—, Platón —quien precisamente buscó en Egipto el sosiego—, Aristóteles —quien tuvo que refugiarse precisamente en Lesbos, isla que podría atraer la atención de Chu-Lu y acaso también de Lupe—, y un largo etcétera. En el aeropuerto de Atenas, mucho más pequeño de lo que yo recordaba, lamento no poseer una cultura filosófica. Miro al exterior, a la tierra griega, con algún que otro ciprés, y me digo a mí mismo que en los jesuitas me escamotearon la cultura islámica en beneficio de las culturas griega y romanas. Un profesor me dijo: «Todos los occidentales somos griegos desterrados». ¿Y el Islam? ¿No aportó nada a Occidente? Mi impresión es que la tierra del Nilo y, por supuesto, Zakía, me han aportado una buena dosis de conocimiento. Procuraré no olvidar que a los árabes mi padre les debe buena parte de sus saberes médicos y que yo les debo el turrón que desde niño me he zampado por Navidad.

Aterrizamos en el aeropuerto de Tel Aviv, donde me apresuro a adquirir una Biblia. No ha sido fácil encontrar una Biblia católica. Reiteradamente me ofrecían una Biblia protestante. ¡Extraña división! ¿Cuál de las dos miente menos?, me pregunto, al tiempo que el pequeño autocar del Sheraton Hotel, que he elegido un poco al azar, reclama mi presencia y emprendemos la ruta hacia la capital del nuevo Estado de Israel. Capital que ha sido fundada, en menos de medio siglo, sobre un terreno inhóspito y rocoso, y que, según el guía del hotel, significa Colina de la Primavera.

El hotel Sheraton es céntrico, lo que, según el plano que me entregan en recepción, facilitará mis desplazamientos. Sí, tendré que andar mucho por Israel, o bien por Israel-Tierra Santa, si quiero enterarme de algo. Pero me siento en forma. ¡He andado tanto por tierras asiáticas desde que salí de Barcelona! Va a resultar cierto que «se hace camino al andar». Y a lo largo del camino uno puede encontrarse con Buda, con Confucio, con Zoroastro, con el profeta

Mahoma, quien por cierto tiene en Israel, «mal que les pese a los judíos» —palabras de Zakía—, numerosa representación.

En el hotel Sheraton toman cuerpo tales palabras, ya que los dos recepcionistas son árabes, paradoja de la que me informan de inmediato. Me asignan la habitación 211, situada en el primer piso. Sobre la mesilla de noche, ¡una Biblia en inglés, protestante! La encierro en el cajón y me propongo, como de costumbre, antes de salir a olfatear Jerusalén, leerme un centenar de páginas del Antiguo Testamento, para no poner cara de idiota cuando me pregunten quién fue el rey David, quién fue Salomón, quiénes fueron las principales mujeres de Israel, tales como Judith, cortadora de la cabeza de su «señor», Ruth, Sara, etc. Tumbado en la cama, excesivamente baja, enciendo mi primera pipa en Israel. El humo que caracolea en el aire me recuerda el incienso. ¡Cuidado!, me digo. Cuidado con las analogías, con las asociaciones mentales, que intelectualmente son un placer pero que a veces enturbian la realidad.

Antes de sumergirme en la lectura, doy, por supuesto, en taxi —el taxista es también árabe— una vuelta por Tel Aviv. No recibo ningún impacto emocional. Se advierte que la ciudad ha sido hecha de prisa, yo diría que contrarreloj, con algún detalle singular, eso sí, como, por ejemplo, la energía solar, presente en muchos edificios; el resto, podría ser cualquier urbe americana, si bien el mar está ahí y ello, cuando se proviene de los desiertos, es siempre una reconfortante novedad. Pienso en alguno de los pasajes bíblicos que me son familiares, espedialmente del de Jonás y la ballena. También recuerdo que algún día en alguna parte leí que los apóstoles de Cristo hablaron del «mar de Galilea», refiriéndose al lago Tiberíades, porque no conocían el Mediterráneo y supusieron que el lago era el mar. Leyenda, probablemente, pero, como la mayor parte de las leyendas, portadora de un mensaje poético de primer orden.

Terminada mi excesivamente simple ojeada a la ciudad, me encierro en mi habitación y memorizo lo que sé de la Biblia, madre de una civilización y de una cultura sin apenas parangón. Entre los recuerdos se filtran unos comentarios que leí, durante unas vacaciones precisamente en las Islas Canarias, en una supuesta *Biografía de Dios*, el nombre de cuyo autor he olvidado, y en la cual se señala obviamente que el gran protagonista de la Biblia es Yahvé, Yahvé-Dios. Se me quedó grabado que después de la palabra, de la palabra de Dios, que llega hasta el libro de Job, sobreviene el «silencio» de Dios, roto únicamente por la voz de los profetas. Dios no vuelve a hablar. Dios no muere, pero ya no interviene nunca más en asuntos humanos. En el libro de Esther, ni siquiera se le menciona. Se diría —

según dicha biografía— que Dios no es inmutable, que cambia con la experiencia y los acontecimientos. ¡Oh, Dios, qué difícil salir, como yo hago en estas vísperas de Semana Santa, en busca de Dios! Dios aparece y se va, se muestra y desaparece y se convierte en misterio para el más inteligente de los hombres, alguien que, según los jesuitas, está a la vez fuera y dentro de nosotros. Para abreviar, me digo, antes de iniciar la lectura del Génesis, que parece ser cierto que la imagen de Dios está presente en la historia de todos los pueblos, si bien con nombres distintos. En esta minúscula partícula del cosmos que llamamos Tierra se hablan centenares de miles de idiomas y dialectos. En todos y en cada uno Dios ocupa su sitio, para bien o para mal, es decir, para consuelo y esperanza o para castigo y desesperación. Yahvé sería más bien aquel que castiga, que se indigna, que amenaza, el Dios vengativo; lo contrario del Dios del Nuevo Testamento, es decir, Cristo, que siembra la paz a su alrededor, la paz del alma y la esperanza. Buda me respondería que tales elucubraciones son vanas, que no conducen a ninguna parte. Tengo para mí, mientras sorbo de vez en cuando, en la cama, vasos de agua de Évian, que Buda tiene razón. Dios se esconde en mi propia mente, mezclado con toda clase de supersticiones. Majmun, el sufí, el derviche, acabó hablándome de Dios a través de la negación y dijo: «Dios es lo que No es». Por el contrario, leí en un texto de un teólogo teatino que Dios *no existe*, que Dios *Es*. En estos momentos, con la Biblia en la mano, no sé si tales definiciones son una *boutade* o un hallazgo profundo.

Mi pregunta angustiosa es, en resumen, ¿qué significa Dios para el hombre corrupto que soy yo? Para el Antiguo Testamento, significa la condenación eterna, el Infierno del que tanto he hablado con Zakía; en este sentido, Cristo, para sus seguidores, sería la mano salvadora, ya que Él mismo dijo que «tenía potestad para perdonar los pecados». Así pues, si uno ama el pecado, como es mi caso, ¿qué acontecerá? Mi pipa me contesta: «Lee, lee y aprende la lección…»

Así lo hago. El clímax del Génesis, según observo y anoto, se revela en la descripción de la creación de *adam* (ser humano, o humanidad). Dios había dicho: «Haya luz», pero dice: «Haya el hombre a *nuestra* imagen, según *nuestra* semejanza». Ese plural invitaría a suponer que en el acto de la Creación, Dios no estaría solo, sino rodeado de otros seres divinos. Misterioso plural. Tan misterioso, ya al empezar, que mi espíritu se fatiga y decido por las buenas, en una de mis clásicas reacciones, abandonar en el acto la lectura o estudio o análisis que me había propuesto, ya que, me digo, «necesitaría toda una eternidad para llegar a una conclusión y *siento* en mi carne y en mis huesos que no soy eterno».

Salto de la cama, me visto y pido audiencia, como de costumbre, al director del hotel. Es un judío askenazi alemán, y se llama Moisés Stern. Cabellera de tono rojizo, abultados mofletes, lleva la *kipá* en la cabeza. Le digo sin ambages a qué he venido a Israel, después de un largo peregrinar. Al oír la palabra Verdad tuerce el gesto.

—No siendo usted judío, le costará un gran esfuerzo encontrar ese asidero que anda buscando. Los judíos creyentes, que somos muy pocos, ya que a la mayoría nos ha ganado la terrible plaga de la indiferencia, sabemos dónde está esa Verdad: en la Torá, los cinco primeros libros de la Biblia, o sea, el Pentateuco; pero para un hombre como usted, de origen cristiano, la cosa se complica. Creer que Dios se hizo hombre, o que Dios tuvo un hijo, es una sentencia arriesgada. Yo, creyente como el que más, creo que Dios se hará hombre, que llegará el Mesías, pero no tengo la menor idea de cuándo tal milagro ocurrirá. Mejor que se vaya usted a Jerusalén lo antes posible, y le doy este consejo en contra de los intereses de mi hotel. Allá, en Jerusalén, la innombrable y al mismo tiempo la de los mil nombres, busque usted un guía judío y recorra los lugares de nuestros profetas. Si cae usted en manos de un guía franciscano perderá el tiempo: intentará convencerle de que los judíos somos unas alimañas, los responsables de todos los males del mundo y, más aún, de que fuimos nosotros los que condenamos a ese ser extraordinario que se llamó Jesús.

—Eso último es imposible. La Iglesia les ha eximido ya de semejante acusación.

—Pero muchos cristianos lo creen todavía. Los judíos tenemos mala prensa.

—Eso no es cierto. Precisamente, la documentación que me llega a mi despacho de Barcelona me demuestra que dominan ustedes, en gran parte, los medios de comunicación.

—Calumnia, que algo queda. Es evidente que ejercemos una influencia en todos los terrenos, porque no somos tontos. Pero de eso a formular una afirmación de este calibre, hay un trecho.

—Mire usted, señor Stern. Yo no he venido a su tierra a discutir, a polemizar. He venido a informarme. Y opinaré después.

—¿Qué quería usted saber?

—Voy en busca de Dios y de saber si ese Dios es bueno o es malo para el hombre.

—No creo que nadie le dé una respuesta convincente.

—Luego querría saber si están ustedes, los judíos, unidos, o están tan divididos como lo están los cristianos.

—Pues mire usted. Por desgracia, en este nuevo Estado de Israel, que, como sabrá, se fundó el año 1948, estamos desunidos. Por un

lado, los askenazis, los centroeuropeos, como yo mismo. Por otro lado, los sefarditas, aquellos que ustedes, los españoles, expulsaron de España y que se asentaron en las riberas del Mediterráneo. Tienen incluso idioma propio, el ladino, que podrá usted escuchar por radio todas las mañanas. Idioma pintoresco. ¿Sabe usted, por ejemplo, cómo les llaman a los sostenes que usan las mujeres?

—No, no lo sé.

—Saquitos para tetas, ¡ja, ja!

—No está mal.

—¿Qué diferencias hay entre nosotros? Muchas: el color de la piel, el acento al hablar el hebreo y, sobre todo, la capacidad mental.

—No le entiendo.

—Sí, me refiero al nivel intelectual. La mayor parte de los sefarditas son muy incultos; los askenazis, en cambio, soltamos al mundo, cada dos por tres, grandes creadores en cualquier disciplina.

—¿Y existe aún una tercera fuerza?

—Sí, los judíos ortodoxos, esos que ustedes denominan, peyorativamente, «los de los tirabuzones». Viven en un barrio de Jerusalén, Mea Shearim, que significa «las cien puertas». Son unos fanáticos tremebundos, que nos acarrean muchos problemas, porque no aceptan como legal o legítimo el Estado de Israel. Según ellos, dicho Estado tiene que fundarlo el propio Mesías, cuando se digne aterrizar por este territorio. A mí, la verdad, me dan pena, sobre todo las mujeres, consideradas personas inferiores y tratadas como a tales. Estudian la Torá día y noche, rechazan muchos de los actuales adelantos científicos. Tendrá usted ocasión de verlos, sobre todo en el Muro de las Lamentaciones, que es su lugar preferido. Procure usted no confundirse. De hecho, son una minoría, aunque arman mucho ruido.

—Lo tendré en cuenta. ¿Y dónde puedo encontrar un guía que sea de su agrado, señor Stern?

—Si decide usted hospedarse en Jerusalén en el hotel David, es decir, de mi misma cadena, el director, gran amigo mío y magnífico colega, que se llama Isaac Rotschild, se lo facilitará. Le entregaré a usted una nota mía para él.

—No tengo ninguna pega. Y le estoy muy agradecido. Aunque el apellido Rotschild tiene resonancias un tanto solemnes en el ámbito mundial de las finanzas. Los Rotschild no serían sefarditas, ¿verdad?

—Por supuesto que no. ¿Me permite, querido huésped, que le haga una pregunta?

—Estoy a su disposición.

—¿Sabe usted cuántos millones de judíos somos en el mundo?

—No tengo idea.

—No más de veinte millones. Y, sin embargo, de esa modesta comunidad salen de continuo gentes escogidas, que, para ceñirnos a nuestra época, han revolucionado nuestro mundo. Le daré tres ejemplos. El primero, Carlos Marx, que ha revolucionado el concepto de clases. El segundo, Einstein, que revolucionó lo que usted ya sabe: el concepto de tiempo-espacio, la física desde sus raíces. El tercero, Freud, que ha revolucionado los esquemas de la psique humana. ¿Le parece poco? Para no mencionarle la cantidad de premios Nobel, de creadores en los campos de la música, de la literatura, de las artes plásticas. Para no mencionarle tampoco la cantidad de judíos que forman parte de los equipos de la NASA. Alguien dijo, irónicamente, que los judíos queríamos apropiarnos de la Luna. Pues bien, ya lo hemos conseguido. ¿No le parece a usted raro que tal cantidad de cerebros de primera fila hayan brotado, repito, de una comunidad de no más de veinte millones de personas?

—Señor Stern, ¿me está usted diciendo, con buenas palabras, que se consideran ustedes «el pueblo elegido», de que habla la Biblia?

—No puedo negarlo, porque el hecho está ahí.

—¿Tiene usted idea, mi querido amigo, de lo que significa la palabra vanidad?

—Sí, desde luego. El hombre vanidoso es aquel que anda suplicando que le aplaudan. Nosotros no suplicamos eso. Somos soberbios, que es otra cuestión. Nos bastamos a nosotros mismos, como aquellos españoles que se llamaban hidalgos. ¡Ah, los hidalgos españoles! Merecen todos mis respetos. Me recuerdan a David, a Salomón.

—¿Cuál es su profeta preferido?

—Isaías, por supuesto.

—¿Y qué opina de Job?

—El pobre fue muy desgraciado.

—Si le parece, tráigame usted la cuenta y se la pago en dólares.

—Yo no puedo cobrarle a un español que no participó en nuestra expulsión de España y que anda por el mundo buscando la Verdad.

—Se lo agradezco mucho, es un detalle.

—He pensado que no es preciso que le dé una nota para mi amigo Isaac Rotschild. Le llamaré por teléfono y le informaré de la llegada de tan ilustre huésped.

—No me llame ilustre, por favor. Yo soy también soberbio, orgulloso, pero no vanidoso.

—De acuerdo. *Shalom*…

—*Shalom*…

Es la primera vez que pronuncio esta palabra, de tanta resonancia en la historia humana, y noto un cosquilleo especial.

Tomo un baño caliente en mi habitación. Y con el agua al cuello, pienso que entre las muchas cosas que ignoro de Israel, figura la que atañe a la vida sexual de los judíos. ¿Cómo será? ¿Como todo el mundo… o lo contrario, o por lo menos distinto? Confío en que el señor Rotschild me facilite alguna pista. Llevo unos cuantos días sin «conocer» mujer y eso es excesivo para el saco de carne que yo soy. En el exterior del hotel he visto varias muchachas judías con uniforme militar y he advertido un cierto rechazo por mi parte. Jamás he tenido la intención de acostarme con un soldado. Sin embargo, recordando el Cantar de los Cantares, de la Biblia, me digo que la mujer judía debe de ser temperamental, aunque quizá un tanto inexperta, comparada con las mujeres asiáticas, e incluso comparada con Lupe. Bien, tiempo tendré de comprobarlo en Jerusalén. Curioso, y a la vez detestable, que lo primero que se me ocurre pensando en Jerusalén sea si sus mujeres saben hacer el amor. Consigo sonreír pensando que se trata de algo así como una «deformación profesional».

Al salir del baño me visto con especial cuidado, Yahvé sabrá por qué y consulto una guía de Israel que está ahí, en la mesilla de noche, junto a la Biblia. Y topo en seguida con una frase granítica, atribuida a Ben Gurión: «Israel, demasiada historia para tan poca geografía». En vano busco en las páginas de la guía un texto que me aclare el misterio de la «identidad de los judíos». En otras palabras, ¿quién es judío, quién no lo es? Por lo visto, Hitler solucionó drásticamente la incógnita: «Ante la duda, a la cámara de gas, es decir, el Holocausto». En la guía, en el capítulo de Jerusalén, se aconseja al visitante, reiteradamente, visitar el Museo del Holocausto, algo así como el Museo de los Horrores de Londres, que en su día me dejó perplejo. En España leí varios textos en los que se califica de exagerada la cifra de seis millones de judíos exterminados que facilita el actual Estado de Israel. Bien, ¿qué más da? ¿Serían cinco millones, cuatro, tres? Un solo judío muerto por un fusil nazi sería bastante, como sería bastante que en el Coliseo romano solo se hubiera sacrificado, echado a los leones, a un cristiano. Tengo un recuerdo para Logdse, de Tailandia, acérrimo enemigo de la pena de muerte. Una vez más, el pacífico budismo. En cambio, Zakía, heredera del Corán, entendía que matar era lícito en multitud de circunstancias. ¡La Guerra Santa!

¿Hay guerras *santas*? Supongo que no. Curiosa también mi postura actual, a raíz de mi ya largo periplo. No digo nunca, ni siquiera pienso: «creo». Siempre digo «supongo». Matiz de apariencia insignificante, pero que implica un cambio radical de mentalidad. Por

más que, como diría Segismundo, al que tanto echo de menos, «creer que no se cree en nada es ya creer en algo». ¡Tonterías! ¡Elucubraciones gratuitas, que no conducen más que a armarse un lío y a tener dificultades, como ahora las tengo para hacerme el nudo de la corbata! Por cierto que, hablando de indumentaria, el traje occidental se me antoja estéticamente muy inferior a los trajes orientales, lo mismo femeninos que masculinos. Claro que, ¿quién es el guapo, el moderno Petronio, que se atreve a juzgar lo que es estético y lo que no lo es?

Ha llegado la hora de abandonar Tel Aviv. Tomo un taxi conducido por un hombre joven, de unos treinta años, que se llama Simón y lleva colgando del parabrisas una pequeña estrella de David.

Mi curiosidad es infinita. ¿Qué va a ocurrirme? ¿Qué encontraré en Jerusalén? Curiosamente, este territorio, que en el fondo debería parecerme próximo, lo siento más ajeno que el de Teherán o el de Taipei. Jugarretas del mundo afectivo, del coágulo emocional. Por pura rutina, ya que desde hace un tiempo el Tiempo no me importa, consulto el minúsculo calendario que llevo en la cartera, y por él compruebo que hoy es miércoles santo. Estamos en plena Semana Santa. Ahora me explico la cantidad de autocares que avanzan por la carretera y a los que Simón, que conduce con una sola mano, procura sortear. Deben de ser peregrinos.

Le pregunto a Simón si es askenazi o sefardita.

—Ninguna de las dos cosas —responde—. Soy *sabra*.

—¿Qué significa eso?

—Que nací aquí, en Israel.

—¿Y qué significa la palabra sabra?

—Sabra es un cacto espinoso por fuera y dulce por dentro.

—¿Así que se siente usted un cacto?

—Más o menos… ¿Y usted?

—Yo también, pero con una diferencia. Soy espinoso por fuera pero también por dentro.

—Pues va usted listo…

—Lo sé, lo sé.

Guardamos un silencio. Ahora Simón conduce con las dos manos.

—Amigo Simón, ¿está usted casado?

—Sí, hace un año. Y tengo un niño de dos meses, ya circuncidado. Me casé cuando me licenciaron.

—¿Licenciaron?

—Estuve siete años en el Ejército, cumpliendo la ley. Siete años montando guardia en los Altos del Golán. A los árabes no se les puede dejar solos.

—¡Siete años! ¡Qué barbaridad! Odiará usted a los árabes.

—Yo, no. Pero ellos me odian a mí.

—Los árabes son muchos… ¿No le dan miedo?

—¡Claro que sí! Este asunto de los palestinos es una lata. Yo no quise conducir autocares porque cualquier fanático de esos, de Gaza o Cisjordania, puede embestirte y cargarse treinta o cuarenta pasajeros, conductor incluido.

—¿Y a los taxis no los embisten?

—Es muy raro. Dicen que matar a un solo judío no les compensa.

—¿Qué opina de Yasser Arafat?

—Es un terrorista.

—Tiene personalidad… Lleno de cicatrices.

—Para ellos, sí. A mí me da náuseas.

—¿Y usted dónde nació?

—En un kibutz de Galilea.

—¿De Galilea?

—Sí, ¿por qué?

—No, nada. Cosas mías. Amigo Simón, ¿le molesta que le haga una pregunta… personal?

—¡Me ha hecho usted tantas!

—¿Es usted religioso?

—No, en absoluto. En el kibutz me enseñaron a leer la Biblia y me lo creí todo. Pero más tarde, cuando estrené bigote en los Altos del Golán, todo aquello me pareció un cuento. Y usted, ¿es religioso?

—¡Ay, Simón! Procuro serlo, pero no lo consigo.

—Pues va usted listo…

—Lo sé, lo sé.

Simón tiene personalidad. Zakía diría de él: es un guapo mozo. Lleva patillas largas, en forma de culata de fusil, pero no parece agresivo.

—Además de taxista, ¿tiene usted alguna afición?

—Sí, la música moderna. Soy el batería de un grupo de rock.

—¿No le tiene miedo a la enfermedad de Parkinson?

—No sé lo que quiere decir.

—Sí lo sabe. Esos ritmos frenéticos, ese mover el esqueleto…

—Hay que estar al día, ¿no cree? No voy a tocar el arpa, como el rey David.

—¿Y por qué no?

—Israel es un Estado moderno. Teatro, conciertos, bailarines, y mucho trabajo de investigación. Y, naturalmente, Coca-Cola.

—¿Va usted al Muro de las Lamentaciones?

—De vez en cuando, con mi grupo. Allí también se mueve el

esqueleto.

—¿Qué opinión le merecen los judíos ortodoxos, los de los tirabuzones?

—Son unos fanáticos. Y menosprecian a las mujeres.

—¿Usted no…?

—A mí me gustan hasta las mujeres árabes.

—¿Le duele haber perdido Jericó?

—¡Mucho! Tenemos un gobierno débil.

—También cedieron ustedes el Sinaí.

—Eso no me importa. Aquello es un desierto y el desierto no me va. Lo único que soporto de los popes griegos, que son los amos de aquel monasterio, son sus voces. ¡Ya las querría para nuestro grupo de rock!

—¿No teme que se vean obligados a ir cediendo territorios, y que al final los árabes entren triunfalmente en Jerusalén?

—Eso no ocurrirá nunca. Nunca jamás.

—¿Quién lo impedirá!

—Yahvé.

Guardamos un largo silencio, lo que me permite mirar y pensar. Continúa la caravana de autocares. A veces veo algún que otro borrico al trote, montado por un hombre con turbante. La mañana es espléndida, soleada. Hay aspersores por doquier y camadas de cabras negras. Los hombres con turbante y las cabras negras son, supongo, árabes; los aspersores, judíos. ¿Estará ahí la diferencia? Si no estoy mal informado, desde el año 1948 en que se fundó el Estado de Israel los compatriotas de Simón han plantado unos ciento cincuenta millones de árboles. Pedazos de tierra yerma ahora son un vergel. Me gustaría contribuir a tal hazaña plantando también un árbol. Me preguntó qué árbol elegiré. No lo sé. Lo único que decido para mis adentros es que no sea de hoja perenne. Las cosas tienen que morir, todas las cosas, tal vez para que no entendamos lo que es la vida.

¿Soy religioso? Menuda pregunta. Repaso *in mente* lo que sé de mi propia religión y el resultado es decepcionante. Católico por el bautizo y por mi estancia en los jesuitas, ahora resulta que no sé siquiera los nombres de los doce apóstoles. A duras penas me acuerdo de los nombres de los cuatro evangelistas. ¿Y los pecados capitales? Recapacito: me falta uno. No doy con él. Como tenía que ser, el primero que me viene a la memoria es la lujuria.

¡Jerusalén a la vista! El corazón, y esto es una novedad, me da un vuelco. Los letreros están ahí, señalando la proximidad jerosimilitana. ¿Por qué el idioma hebreo no tendrá mayúsculas? Algo muy hondo me dice que Jerusalén debería escribirse siempre en mayúsculas. No salgo

de mi asombro. Jerusalén, que historia en mano equivaldría a «guerra sin cuartel», evoca, paradójicamente, la paz. ¿Es que lo aprendido en la infancia marca para siempre? A Simón, no. La Biblia ha dejado de interesarle, pero ahora me interesa a mí. ¿Qué recuerdos conservo de lo que he leído sobre Jerusalén? La Gehenna —pudridero—, el valle de Josafat —la muerte—, el Calvario, la Muerte. Poca cosa. Tiempo tendré para ahondar en la cuestión. Recuerdo que en un libro de viajes por Tierra Santa encontré un párrafo que decía más o menos: «A quien reside habitualmente en Jerusalén le sucede algo raro: un buen día se siente, de pronto, radicálmente otro. Y atisba la posibilidad del milagro, de que "los mudos hablen y los sordos oigan y los leprosos se curen"». A la vista de las murallas, que si no yerro fueron construidas por Solimán el Magnífico —¿por qué magnífico?—, el corazón me da un vuelco más fuerte aún, lo que no me ocurrió en ninguna otra ciudad de las que he visitado. Algo muy hondo se rebela contra el hecho. Me digo a mí mismo que se trata de autosugestión, lavado de cerebro de la niñez, resonancias de antiguas idolatrías. ¡Bah! A los peregrinos hindúes les sucede a buen seguro algo parecido cuando se acercan a Benarés. Me digo que soy presa de espejismo, que he penetrado, a través de la genética, en el mundo de la magia y que lo que debe primar es la objetividad. Lo consigo, gracias en parte a la observación de la frialdad de Simón, pero ello, y como siempre, tiene un precio: no me siento feliz.

Subimos la cuesta hacia la llamada Ciudad Santa. Claro, claro, por algo se dice, reiteradamente, «*subir* a Jerusalén». Una Jerusalén que, según me informa Simón, se divide en dos: la Jerusalén nueva, construida de prisa y con piedra calcárea, un poco o un mucho sin ton ni son, de prisa —«los judíos siempre tenemos prisa»—, y la Jerusalén vieja, antigua, remota, que se encuentra intramuros y que en buena parte pertenece a los árabes. «Yo llevo mucho tiempo —me dice Simón— sin entrar en la ciudad vieja. Aquello huele mal, a suciedad, a especias raras. Un zoco árabe es un compendio de costumbres que la técnica moderna barrerá. Dentro de unos pocos años, pese a sus temores o predicciones, sir, ya no habrá piojos en Jerusalén, ni ancianos ciegos recitando el Corán. Mi mujer se llevará un disgusto, porque compra allí mercancía barata, pero yo me alegraré. Sir, no deje usted de visitar la Jerusalén nueva, y en ella el hospital Hadassa, donde me circuncidaron y circuncidamos a mi hijo; el Museo del Libro y, por encima de todo, ¡el Museo del Holocausto! Mis padres sufrieron en su carne y en su sangre aquel genocidio. Mis padres eran polacos y vivieron de continuo un pogromo tras otro; pero su alma había envejecido y murieron pronto, no sin haber aprendido hebreo, como

es de rigor».

Al oír la palabra «polaco» se me dispara la memoria, recordando que el papa actual, Juan Pablo II, es precisamente de aquella nación sufriente, situada entre dos temibles potencias: Alemania y la ex Unión Soviética.

—¿Habla usted polaco, Simón?

—Nada, ni pizca. Y es uno de mis pesares.

—Sabrá usted, supongo, que el papa, de origen polaco, como usted, sufrió un atentado. Que le disparó un tiro, en la mismísima plaza del Vaticano, precisamente un musulmán.

—Sí, lo sé, lo recuerdo. Aquí se habló mucho del asunto. El asesino se llamaba Alí Agca, si no recuerdo mal.

—¿Sabe usted también que el papa perdonó al agresor, que lo recibió e incluso le dio un abrazo?

—Eso también lo sé. Es un lince en cuestiones de propaganda.

—¿Le cae a usted mal el personaje, jefe de los cristianos?

—No, ¿por qué? Pero hay una cosa que no comprendo: todavía no se ha dignado visitar Israel. ¿Qué le ocurre? ¿Tiene miedo? ¡Qué tontería! Nadie le tocaría un pelo. Y lo que son las cosas. Se quedó en Roma y en la misma Roma le dispararon y estuvo a punto de morir.

—¡Ay, Simón! La diplomacia vaticana es uri misterio más indescifrable que el de la virginidad de María.

El hotel David de Jerusalén es una réplica casi exacta del de Tel Aviv. Simón me ha dejado en la puerta y se ha despedido con un *shalom* sorprendentemente enérgico. Le he prometido que iría a escuchar a su grupo de rock, que actúa en la sala de baile llamada Moisés. La irreverencia me recuerda la del Banco del Espíritu Santo con la que topé en el aeropuerto Leonardo da Vinci, de Roma. ¡Moisés, el de las Tablas de la Ley, convertido en discoteca! Es evidente que la sacralidad de los hombres va diluyéndose con el paso del tiempo. Tal vez al único personaje bíblico al que imagino bailando rock sea Salomé.

El director del hotel, Isaac Rotschild, en cuanto ha recibido el recado de que un español, un «turista» español, según me han calificado en recepción, desea verle, me recibe casi de inmediato. Ha recibido la llamada telefónica de su colega de Tel Aviv, Stern.

Me encuentro ante un hombre alto, vital, de unos cincuenta años, la cabeza cubierta con la *kipá*. Askenazi, por supuesto. Sobre la mesa, la Menorá, el candelabro de siete brazos. En la pared, una bandera blanca y azul y, ¡cómo no!, la estrella de David. Me pregunto cuántas menorás y cuántas estrellas de David veré durante mi estancia en Israel.

Estoy tan cansado de andar por el mundo diciendo que ando buscando la Verdad, o a Dios, a un Dios convincente, que opto por cambiar de *chip*, como se dice en mi despacho, y le digo que necesitaría un guía para conocer la tierra de Israel, un guía judío, por supuesto, que conozca a fondo el Antiguo Testamento.

El hombre me mira con expresión de sorpresa.

—¿No le interesa a usted el Israel moderno, los *kibutzim*, nuestra Revolución Verde: ciento cincuenta millones de árboles plantados, lo cual ha modificado el clima de nuestra tierra, el hospital Hadassa, la universidad, el Museo del Holocausto, etc…?

Simulo no haber oído antes tal música y me pregunto si esos «lugares» o «conquistas» no serán lo único que los hebreos pueden mostrar al visitante.

—Me interesa todo, por supuesto. Pero el Antiguo Testamento es lo primero. Piense usted que soy de un país, España, que no solo les expulsó a ustedes, en mala hora, sino que hasta hace menos de un siglo, leer el Antiguo Testamento estaba prohibido por la Iglesia. Me eduqué en un colegio religioso, de los jesuitas y apenas si se me facilitó información de primera mano sobre determinados hechos históricos de esta tierra. Y las acotaciones a los textos eran muy parciales y escrupulosamente escogidos. El nombre de Cristo borraba todo el resto, ¿comprende?

—Comprendo, porque he estado en España, en Toledo concretamente y sé algo de esa manipulación. Pero nosotros lo hemos perdonado todo, aunque personalmente, lo que mayormente me duele es que se oculte al pueblo español, en la medida de lo posible, que Jesucristo, un ser extraordinario, fuera judío al ciento por ciento y que cuando habló en público, aquí, en Jerusalén, empleara el hebreo.

—A mí no tiene usted que convencerme de eso. Y le pido disculpas por aquella expulsión, que fue una catástrofe para la cultura de mi país. Aunque he de confesarle que, debido a la presión ambiental, nunca se me ha ocurrido, en España, visitar una sinagoga.

—Claro, claro, es natural… En cambio, habrá usted visitado más de una mezquita…

—Más de una mezquita, no. Solo una: la de Córdoba, que me impresionó mucho, la verdad.

—También le impresionaría mucho la Alhambra, supongo, con sus juegos de agua. Los árabes están obsesionados por el agua y ello es natural: provienen del desierto y, en el fondo, debajo de cada árabe hay un beduino escondido.

—Y un borrico. Y una cabra…

—¡Yo no diría tanto! ¡Ja, Ja!

Isaac Rotschild, que con toda evidencia es un pragmático, corta por lo sano y me dice que cree tener en su mano el guía ideal para mí.

—Se trata de un catedrático de la Universidad Hebrea, se llama Benjamín Cohen y se conoce todo esto palmo a palmo.

—¿Askenazi?

—Por supuesto. Hay muy pocos sefarditas en nuestra universidad, Benjamín es un buen amigo, juega muy bien al golf y solo tiene un defecto: ataques de hipo.

—Eso no es ningún defecto, es un tic.

—Bien, conozca a Benjamín, hable con él y ya me dirá.

Acordamos las condiciones de mi estancia, indefinida, en el hotel David y los honorarios del guía, inesperadamente altos. El hotel está a tope. Todos los hoteles y todas las residencias y todos los albergues de Jerusalén están a tope. Hay peregrinos de medio mundo. El director, al oír mi pregunta con respecto a la posibilidad de traer a alguna mujer a mi habitación me contesta, sin inmutarse, que no había inconveniente, a condición de que no fuera judía. «Además, no le sería fácil. En cambio, mujeres árabes encontrará las que quiera, o las que necesite, para ser más preciso». Me sorprende tal distinción, pero estoy ya acostumbrado a las sorpresas.

Tomo posesión de mi nuevo «hogar», en el piso más alto, desde donde se dominan varios sectores de la ciudad, entre ellos el monte de los Olivos, allá al fondo, la famosa mezquita de Ornar, de cúpula dorada, el hotel Hilton presidiendo —«centinela alerta»—, y trozos de la muralla. Según el plano de que dispongo, la Jerusalén cristiana se encuentra exclusivamente intramuros, con el convento de San Salvador, donde viven y rezan y mueren los franciscanos, el Santo Sepulcro y los demás «centros del cristianismo», como el Cenáculo —«pan y vino»—, la Dormición, etcétera.

No me falta el baño caliente —la estrella de David en las toallas—, el descanso en un sillón, la pipa humeante, música en la radio, imágenes en la televisión. Emisión retrospectiva, con las imágenes del no muy lejano atentado contra Simón Peres, que acabó con la vida del dirigente partidario del pacto con los palestinos. Luego me quedo profundamente dormido y sueño que empiezo a estar cansado de tanto deambular por esos mundos de Dios y del Diablo. Desde recepción me llaman: al aparato mi futuro guía, Benjamín Cohen. El diálogo es telegráfico. Pasado mañana, Viernes Santo para mí, pasará a recogerme al hotel y trazaremos el plan a seguir. Por fortuna, el hipo de mi guía ha brillado por su ausencia.

Siguiendo mi costumbre, me paso unas cuantas horas en mi habitación, solo con mis sueños y pesares, leyendo un par de libros

que Zakía, a última hora, me ofreció en El Cairo. Libros que a buen seguro no serían del agrado del director. Lectura que no tiene desperdicio, como lo demuestran los párrafos que subrayo como más significativos. El primero de ellos se refiere a la identidad de los judíos. ¿Cómo se sabe que tal persona es judía? ¿Qué significa ser judío? El texto, apasionante, dice lo siguiente: «Nadie será nunca capaz de contestar a esta pregunta. Los judíos no son una "raza" pura —las razas puras no existen—, dado que se proclaman descendientes de Abraham y de Moisés, y resulta que Abraham era caldeo y Moisés, egipcio. Tampoco forman una nación, puesto que durante milenios han vivido dispersos, adoptando en cada caso la nacionalidad del lugar en que han habitado. La mezcolanza que ello supone imposibilita, en consecuencia, hablar de "unidad" morfológica. No hay más que echar un vistazo por las calles de Tel Aviv, Jerusalén y los asentamientos del Neguev para advertir las diferencias en los tonos de la piel, en la mímica facial y, por supuesto, la variedad de las formas craneanas y del tronco esquelético. Hablar del "pueblo" judío es asimismo aleatorio, como lo es hablar de un común denominador idiomático y cultural. Así que lo mejor es remitirse a las conclusiones de los estudiosos, que de hecho tampoco aportan ninguna solución, limitándose a elaborar juegos de palabras más o menos ingeniosas. Sartre, por ejemplo, dijo que es judío aquel de quien se dice que lo es. Ben Gurión, nada sospechoso, realizó una encuesta al respecto y acabó confesando su fracaso y escribiendo que "es judío quien dice de sí mismo que lo es". Einstein se expresó en términos similares y habló de la "conciencia de ser judío", que por lo visto era su caso particular, como lo era el de Charlot, etc. En otro orden de cosas, hubo un antropólogo danés que pretendió que los cadáveres de los judíos despiden un olor peculiar, aunque los policías nazis afirmaban que dicho olor peculiar es detectable en los judíos precisamente cuando están vivos, como ocurre con los negros y los gitanos. Por último, algunos médicos pusieron de moda una definición tan vaga que igual podía adscribirse a los habitantes del Cáucaso o a los niños prodigio: la de que los judíos eran —y son— neuróticos geniales. Así pues, quizá el resultado más correcto sea admitir que el misterio judío entraña un fenómeno histórico sin equivalente conocido. Por una razón sencilla: porque, pese a dicha imposibilidad de identificación individual —circuncidarse no es privativo de ellos—, y a su constante dispersión por el mundo, siempre ha habido comunidades que por considerarse judías han creído ser depositarías de la verdad fundamental, la Biblia, y que con ella a cuestas han cruzado los siglos y han sobrevivido a toda suerte de persecuciones y catástrofes. El hecho inspira respeto y

en cualquier caso aporta una prueba nada despreciable sobre la eficacia de la fe en la plegaria, en la intervención divina, en lo que ellos llaman "la alianza". La Biblia se ha considerado siempre el *territorio portátil* de los judíos, lo cual no es solo una bella metáfora, sino que posiblemente constituye la única aproximación aceptable para situar como es debido el enigma que el tema plantea. ¡Ah, sin que pese a lo dicho, pueda hablarse tampoco de una determinada "confesionalidad religiosa"! En la práctica, el actual Israel es un Estado laico, y en la vida cotidiana la mayoría de ciudadanos también lo son. Por supuesto, la palabra Israel, que significa "fuerte contra Dios", fue el nombre que se dio a Jacob, y a raíz de ellos todos los descendientes de Jacob fueron llamados israelitas. Ahí se inició el batiburrillo. Más tarde, cuando dichos israelitas se instalaron en el reino de Judá, fueron llamados judíos; y así hasta hoy».

Naturalmente, todos esos trasiegos dialécticos son válidos referidos a las generaciones actuales. En el Antiguo Testamento, en los Evangelios, en las cartas de san Pablo y en los Hechos de los Apóstoles la cosa está aún más clara. Israel —el pueblo judío— era una entidad viva. Tan viva, que fue declarada «el pueblo de Dios», el «pueblo elegido», diferenciado de los demás por una «trascendencia» y al que le fueron dadas la Ley y las Promesas. Una retahíla de patriarcas y profetas presintieron y anunciaron la llegada del Mesías, que debía brotar de las entrañas de este pueblo. El monoteísmo, Yahvé.

En consecuencia, del batiburrillo cabe exceptuar la figura de Jesús, judío por antonomasia, puesto que nació en Belén, creció en Nazaret y murió en Jerusalén, proclamado con escarnio «rey de los judíos». La Iglesia católica, que durante siglos calificó a los judíos de «deicidas», terminó por exonerarlos de tan terrible carga, decisión que en la actual Jerusalén fue recibida con entusiasmo.

En este momento exacto suena el teléfono. Desde recepción me informan de que una señorita árabe pregunta por mí. Mi asombro es total. Me figuro que el director ha actuado con diligencia con respecto a mi necesidad de mujer. Leería en mis ojos que mi pico de jade —¡ay, Chu-Lu!— reclamaba su habitual dosis de sexo.

—Que suba, por favor.

Dos minutos después llaman a la puerta. Abro y me encuentro frente a una muchacha sorprendentemente joven, de piel oscura, los ojos brillantes, pendientes largos. No tendrá más de dieciséis años.

—Me llamo Sora y estoy a su disposición.

Su voz es casi infantil y por un instante la contemplo como se contempla a una niña. Sin más preámbulo se desnuda y aparecen en toda su plenitud *Las mil y una noches*. Los senos como cabritillos, muy

brevemente velluda, da media vuelta sobre sí misma y ágil como un gamo se tiende en mi cama.

Me froto la cara con agua de colonia intentando despertar del todo. Aquello es un obsequio, un obsequio del director y acaso de Yahvé. Sora abre los brazos mientras empiezo, no sin cierta sorpresa, a desnudarme, lo cual me resulta fácil, dado que llevo solamente un pijama de seda que adquirí en el bazar de Teherán. Y hacemos el amor con lentitud, paladeando cada movimiento y de acuerdo con ciertas nociones mías adquiridas a lo largo de mi viaje. Sora demuestra tener experiencia y solo después de mi plena satisfacción me acuerdo de dos circunstancias: la primera, la excitación que me ganó en la cámara mortuoria de la pirámide de Keops, al sentir la proximidad perfumada de Zakía; la segunda, que estamos en miércoles santo. Ello, en vez de despertar en mi cerebro un cierto remordimiento, fruto de la presión sufrida durante la niñez, añade más aliciente a lo que acabo de hacer, de lo que tangencialmente se beneficia Sora, pues la propina que recibe es, posiblemente, la más sustanciosa que haya recibido jamás.

Todo ha transcurrido sin que mediara una palabra. El silencio en mi habitación es total. Sora se levanta y con paso ligero se dirige a la ducha. Entonces el silencio se rompe y el agua —el agua que milenariamente embriaga al pueblo árabe—, al caer me devuelve a la realidad.

Sora se viste sin prisa —«los árabes no tienen prisa»—, me da un beso en la mejilla, deposita mis dólares en su bolso y se va. Ha sido un sueño, todo ha sucedido como en un sueño, con una pizca bíblica en el trasfondo. Un alud de imágenes se apodera de mi mente en cuanto, todavía desnudo, repaso como en una película la cantidad de mujeres que han «soportado» —advierto que no es el término adecuado— mi cuerpo todavía viril pero que empieza a notar cierto cansancio.

No me apetece seguir leyendo la odisea del pueblo judío. El pueblo árabe se impone con toda su carga erótica, en ese aspecto mucho más rica que la del «pueblo elegido», pueblo elegido por Dios, no por mí. Como de costumbre, la retahíla de nombres me lleva hasta Lupe, que fue mi primera maestra, mi Eros particular. Ya más tranquilo, enciendo mi pipa y recuerdo que Zakía en El Cairo me dijo que la ciudad egipcia era el paraíso de los pederastas. «Mano de obra barata», fueron sus palabras. Por teléfono pido un café fuerte, café turco a ser posible y, a punto de dar por terminada la sesión, en uno de mis prontos decido vestirme y bajar a la terraza del hotel dispuesto a curiosear, a ver, como se dice de los ancianos, «el desfile de la vida que pasa…». Me entero de que, además de los peregrinos, la mayoría hispanoamericanos, que abarrotan el hotel, en el salón de la planta

baja tiene lugar un Congreso de oftalmólogos «de todo el mundo», frase que se usa con pueril facilidad. El mundo es muy grande, aunque en cierto modo menos grande que los ojos de Sora. Por cierto, ¿quién es Sora?

¿Realmente la conocí, realmente la poseí? Como un relámpago brota en mi cerebro el recuerdo de un Salmo: «No me reprendas, Yahvé, en tu furor, ni me corrijas en tu ira».

Un whisky a palo seco me devuelve a la realidad. Los oftalmólogos me importan un pimiento —frase de mal gusto— y sentado en la terraza, veo el presentido desfile: un judío con tirabuzones, que anda a paso ligero y como obsesionado, un caballero con salacot, un grupo de muchachos uniformados, otro grupo que, a juzgar por su aire prepotente, deben de ser *sabras*, es decir, cactos.

Me invade una cierta euforia. Me digo que la vida es múltiple, variada, compleja, hermosa. Bueno, la vida sería hermosa si no tuviera fin. Aunque, ¿no resolví hace tiempo que la palabra *eternidad* era espantosa, excesiva? «Para siempre, para siempre jamás». Recuerdo una greguería española: «La eternidad es un instante que se quedó inmóvil». Yo debo de ser eterno puesto que de pronto me quedo inmóvil, ante la visita de un botones del hotel, que me trae un recado del director. Si no manda lo contrario, el viernes pasará a recogerme el guía que me ha sido adscrito, Benjamín Cohen, a las nueve de la mañana. Viernes… ¡Viernes Santo! Otro tropel de imágenes, este de otro cariz. Vía Crucis, llanto, ceniza y polvo, procesión, la Cruz presidiendo el día, mi madre recorriendo no sé cuántas iglesias de mi ciudad natal.

Paso el Jueves Santo sin moverme del hotel. Eso se está convirtiendo en un hábito. Me alegra ser consecuente: voy a lo mío, buscando la X escrita tal vez en el firmamento, donde hay una estrella a nombre de mi padre; el resto se me antoja anecdótico. Naturalmente, echo de menos a Sora, pero en su lugar cuento con la tele, la radio y el Antiguo Testamento. Por si fuera poco, no tengo que quitarme el pijama y me siento a gusto con él, Sonriendo para mis adentros me digo que, salvando las distancias, me parezco una miaja a los eremitas que vivían en su covachuela. En ningún momento me he sentido prisionero. Mi fortuna —probablemente mi única fortuna— es que mi cerebro tiene mil cosas que hacer.

De la televisión me han quedado grabadas las imágenes de los asentamientos judíos en la ciudad de Hebrón, pinza irritativa para los casi doscientos mil palestinos que viven en aquella ciudad, donde están enterrados Abraham y Sara, en dos capillas diferenciadas. El lienzo, verde, que cubre el túmulo de Abraham dice: «Esta es la tumba

del profeta Abraham, que descanse en paz»; el lienzo de Sara, de color carmesí, dice: «Esta es la tumba de nuestra señora Sara, mujer del patriarca Abraham, que descanse en paz». La pantalla me ha mostrado, en primeros planos, una cámara adicional, donde se hallan asimismo el cenotafio de Jacob y el de su segunda esposa, Lía.

El nombre de Abraham me conduce a recuerdos de mi Historia Sagrada infantil, en la que se dice que Yahvé estableció con Abraham el pacto de la «alianza», mediante la circuncisión, medida esta que jamás comprendí satisfactoriamente, como tampoco comprendí lo del sacrificio, que al final no lo fue, que Yahvé le exigió: que sacrificara a su hijo Isaac. En la imagen vi, junto a los cenotafios, varias mujeres rezando y me pareció que la «cueva», o como quiera llamarse, estaba muy descuidada y raídas las alfombras, lo cual me sorprendió.

Otras imágenes que capté fueron las de una sala de baile en la que —Jueves Santo— tocaba un grupo de rock judío, que por desgracia no era el de mi adorable taxista Simón. Las parejas «movían el esqueleto» con un fervor propio de quien desea echar fuera los demonios íntimos o de quien desea vengarse de alguna presión represiva y tal vez injusta, como puede ser el pasarse siete años, ¡siete años!, montando la guardia en los Altos del Golán. En cuanto a la radio, me ofreció horas enteras de melopeas un tanto lacrimosas, que no sé por qué imaginé que correspondían a los subestimados sefarditas. Por último, y reiteradamente, el Muro de las Lamentaciones, con la sempiterna e injusta separación de sexos. Destacaban, ¡cómo no!, por el movimiento de sus cuerpos, los ortodoxos de Mea Shearim y los soldados, casi barbilampiños, que prestan el servicio militar defendiendo los territorios todavía ocupados. Todos ellos, y también algunos turistas, que por sus atuendos supuse norteamericanos, rezaban a Yahvé, o a Jehová según me enseñaron en los jesuitas, para que el Estado de Israel saliera de una vez por todas vencedor en su sempiterna lucha contra los árabes.

Un *cohén* —sacerdote— apareció también hablando en inglés y habló de que Israel era el núcleo o «coágulo» de la religión monoteísta, compuesta por judíos, cristianos y musulmanes, sin hacer mención de aquel faraón egipcio de que Zakía me habló, Akhenaton de nombre. Pensé que resultaba curioso, y tal vez de mal gusto, que la Historia común en el mundo al hablar del monoteísmo obviara la figura pionera de dicho faraón, esposo precisamente de la famosa reina Nefertiti, célebre por su belleza y por haberle dado a su esposo-rey cuatro hijas. Una vez más me dije que lo que sabemos del pasado el común de los mortales es una caricatura de lo que aconteció y me acordé de una frase nada menos que de Agatha Christie, casada en

segundas nupcias con un arqueólogo, en la que afirmaba que debajo de la tierra «habitaban» más mundos y más secretos que los que habitan en la superficie. Así ocurre también, me dije, en el ámbito de las personas, de la persona. Es mucho más rico lo que se oculta debajo de la piel, en el claustro interior, que lo que exteriorizamos por medio de palabras, gestos y actos. Siempre me gustó la voz «insondable» y en ese Jueves Santo más aún. ¿Quién soy yo? ¿El budista frustrado, el Confucio de andar por casa, el Zoroastro del Bien y del Mal, el Mahoma de los camellos, de la conquista de inmensos territorios, o un desertor de Cristo, quien, por cierto, no ha aparecido ni una sola vez en la televisión? ¿Quién soy yo? Bien, tal vez la incógnita sea, en este caso, lo mejor, pese a que cuando me contemplo en el espejo, relajado y con pijama, mi autoestima desaparece por arte de encantamiento.

Por supuesto, otra hojeada al Antiguo Testamento me ocupó un largo espacio de tiempo durante la jornada. Me entretuve con los Salmos y los Proverbios y por primera vez en mi vida tuve que rendirme a la evidencia. La Biblia, con todas sus limitaciones y todos sus desafueros como, por ejemplo, el Diluvio Universal, no solo era la cima de la Simbología sino un caudal del humano saber, con apuntes relacionados con cualquier estado de ánimo del ser humano. La ira está presente en los Salmos y en los Proverbios, el amor, el arrepentimiento, la súplica al Más Allá invisible. Están incluso presentes las estadísticas —¡cuán lejanas las siento!— en los libros de los Números y el Deuteronomio. «A ti, Señor, me acojo, no quede yo derrotado para siempre». «Señor, no me corrijas con ira, no me castigues con cólera». «El que es simple, venga acá; al que no tiene sentido, hablo». «Porque por mí se aumentarán tus días y se te añadirán años de vida». ¿Por qué, si estas o semejantes palabras hablan a mi corazón, no hablan a mi mente? Vuelvo a recordar la lapidaria frase, en esta ocasión frente al espejo: «La Fe no hace preguntas, la Razón no da respuestas». Solo encuentro una solución: la ducha, un violento chorro de agua fría, que enfría no solo mi piel sino también mi alma.

—*Shalom…*

—*Shalom…*

Es Viernes Santo, son las nueve de la mañana. Ante mí, Benjamín Cohen, réplica sorprendente de Simón Peres, el «mediador». Askenazi, por descontado, hijo de padres alemanes, que se dedicaban al transporte en la ciudad de Hamburgo y que fueron acribillados a balazos en su intento de fuga de Dachau. Impresionante aspecto, expresión inteligente, catedrático de hebreo en la Universidad de Jerusalén. Su profesión habitual no es la de guía; aceptó tal encargo

por amistad con el director del hotel.

—Yo no puedo dejar solo a quien busca lo que usted, señor, anda buscando.

—¿Ello supone que usted lo ha encontrado…?

—¡Qué va! Pero lo buscaremos los dos, y acaso, de rebote, me ayude usted a mí.

No podía empezar mejor la mañana, mi exploración tan deseada.

—Lo primero que desearía hacer es darle mis señas de identidad. Estoy casado, tengo seis hijos, hablo siete idiomas, entre ellos el sánscrito, y procuro vivir con holgura. Me gusta la buena mesa, no soy rigorista, no tengo lo que ustedes, los cristianos, llaman «la fe del carbonero» y considero que, de un modo u otro, todo es válido, ya que nadie sabe dónde se asienta la validez.

No podíamos empezar mejor y soy yo quien está a punto de tener un ataque de hipo.

—Me interesan las humanidades y la psicología en particular. Me dispongo a dialogar con usted, ya que sé por Isaac que es sociólogo, sobre el alma colectiva y, naturalmente, sobre el alma individual. Me vine a Israel el año 1960, en homenaje a mis padres. Uno de mis hijos encontró una holgada situación en el Hospital Hadassa. Es cirujano cardiólogo, se dedica a trasplantes y ello le hace feliz.

¡Acabáramos! Pienso en mi padre, en el Hospital Clínico, en los trasplantes. Benjamín, al oír tan asombrosa coincidencia, no puede menos que felicitarme, sobre todo teniendo en cuenta que, si las revistas médicas no mienten, que no suelen mentir, España es uno de los países más generosos en materia de donación de órganos.

—Aquí no resulta fácil. Los judíos no estamos excesivamente dispuestos a ceder algo que nos pertenece.

—Esta es una frase muy fuerte.

—¡Ay, amigo, ya se acostumbrará! Soy el primer autocrítico del reino de Israel.

—¿Del reino?

—Esto es un reinado democrático, como el que tienen ustedes en España.

Benjamín traza acto seguido el plan que, a su juicio, debemos seguir, teniendo en cuenta que el Viernes Santo ofrece en Jerusalén importantes novedades. «En los reductos cristianos, se entiende. En la Jerusalén moderna, la nuestra, la de los judíos, todo sigue igual».

—¿A qué novedades se refiere?

—Naturalmente, a la procesión del Vía Crucis, con varios millares de personas procedentes del país más inesperado, por ejemplo, Nueva Zelanda. El cristianismo básicamente se ha asentado en Occidente, es

decir, Europa y América; pero hay avanzadillas por doquier, gracias a esos santos varones que llamamos misioneros. Les basta con catequizar, ellos dicen evangelizar, a una sola persona para plantar ya ahí su Cristo particular.

—Me parece natural y, por supuesto, legítimo.

—¡Claro que es legítimo! ¡Claro que es natural! Además, si algo caracteriza al cristianismo es que no sufre ningún complejo de inferioridad. Pero volviendo a nuestro plan de trabajo, y perdone usted la expresión, por la mañana de este día Santo llegan a Jerusalén los Mesías…

—¿Cómo?

—Sí, lo que oye. Personas que se creen el Mesías, falsos Mesías, por supuesto, aunque yo opino que cada individuo, por el solo hecho de respirar, tiene derecho a creerse Gengis Khan, o el profeta Elias, o Cristo. Eso no hace mal a nadie. ¿No se ha sentido usted alguna vez Napoleón?

—No, por cierto. Lo que con frecuencia me siento es gusano.

—¡Caramba! Eso es interesante.

—Y no he hecho más que empezar.

Mi guía y mentor, por primera vez desde mi llegada a la ciudad, consigue que me acerque a las murallas, o a la Gran Muralla, según como se mire. Debo decir que su altura no me impresiona demasiado, pero sí que evoca Historia, leyendas de toda suerte y me remite a Solimán el Magnífico, a Salomón, al famoso Templo destruido. Más aún, yo diría que «huele» de un modo particular, y he de confesar que soy muy sensible a los olores, como podrían confirmar Teymur, del bazar de Teherán, Zakía, las aguas del Nilo… y Sora.

—Esta es la puerta de Jaffa, una de las principales de la ciudad intramuros. Por ahí pasan los «falsos» Mesías de que le he hablado. Fíjese usted. Ahí tiene dos. Esas almas benditas a veces llegan de muy lejos, en peregrinación. La gente analfabeta o insensible, que es casi un sinónimo, los toma a chacota; yo, no. Hay que verlos actuar, observar su conducta, intentar meterse en su piel. Ahí tiene a dos de ellos, en franca disputa.

Nos acercamos a la acera. Nos abrimos paso entre la masa de curiosos y nos enteramos de que uno de los «contendientes» es una especie de *hippy* cristiano, que dibuja en la acera un Cristo magnífico, mientras el otro «contendiente» es una especie de *hippy* judío, que también dibuja un Cristo añadiéndole, empero, algunos detalles caricaturescos.

Conseguimos situarnos en primera fila y a fe que el «combate» vale la pena, es digno de atención. El Cristo, o mejor dicho, el rostro de

Jesús —porque se trata del rostro, nada más— del primer *hippy*, es maravilloso. Tiene una expresión que a la vez consuela e inspira temor, como acaso ocurriera con el Jesús histórico, de carne y hueso. El autor, que trabaja arrodillado en el suelo y suda a mares, está apurando la cabellera de Jesús, cabellera que le cae por ambos lados, al modo de algunos iconos, ¡con tirabuzones!; su adversario, que se ha arrodillado junto a él, fumando, le coloca a Jesús una oreja izquierda tan enorme que el conjunto causa irrisión. Por fin, le añade dos cuernos, detalle que me produce malestar.

Los mirones guardan silencio. Yo, obedeciendo a un impulso que solamente Freud, el judío Freud, podría analizar, me acerco al autor del Jesús cristiano y aplaudo diciéndole *okayl*, pero sospecho que ni siquiera me ha oído, ocupado como está en siluetear la corona de espinas.

La escena tiene su miga y arranca de mi guía un inteligente comentario. «Como usted ve, el comienzo no podía ser mejor». En efecto, se trata de dos Cristos, o de dos ideas, o de dos conceptos del mundo y del Antiguo y el Nuevo Testamento. Dibujados en una acera, al carbón. Ello significa que, a la larga, o a la corta, ambos serán pisoteados, como así ha ocurrido en la realidad en el transcurso de los siglos. En mi fuero interno deseaba que ambos contendientes al final se estrecharan amistosamente las manos, pero no hay tal. Al contrario, el *hippy* judío empieza a repartir a la concurrencia unas octavillas que dicen: *Jesús, el impostor*. El *hippy* cristiano, con la mayor parsimonia y sin perder la calma, enciende una cerilla y quema el panfleto. Su rostro se ha iluminado como en una ceremonia de purificación.

—Ya lo ve usted, Ireneo. La eterna guerra en la interpretación de la Biblia y de los Evangelios ha alcanzado incluso a los pintores de grafitos, arte popular al que, por cierto, los chavales palestinos son muy aficionados.

Por primera vez Benjamín tiene su previsto ataque de hipo, al que no concede mayor importancia y por el que no pide excusas. Dicho ataque, bastante aparatoso, tiene la virtud de cortar por lo sano la batalla de los artistas. Tanto más cuanto que, por la pendiente de la puerta de Jaffa, en la que nos hallamos, hace su aparición el primer «Mesías». Un hombre joven, que lleva las manos y las muñecas vendadas y que carga con una pesada cruz. Va repitiendo el mismo sonsonete: «El que quiera oír, que oiga; el que no quiera oír, que no oiga. Soy el Mesías y traigo palabras que devolverán la salud a ese mundo que ha caído de nuevo en la idolatría del dinero y del *matarás*». Su barba pelirroja despide destellos. «Los que dicen Espíritu Santo son falsos profetas, porque una persona de la Santísima Trinidad

es mucho más que Santa…» «Hoy, Viernes, me crucificarán. Nadie me reconocerá, excepto los que verdaderamente importan: los niños. Los niños dirán: era Él, y en ellos permaneceré eternamente».

—¿Qué opina usted? —pregunta Benjamín, ajustándose la *kipá* en la cabeza—. ¿Es un farsante, un loco, o un hombre de buena voluntad?

Reflexiono un instante y respondo:

—Yo diría que es un poco de cada cosa…

—Conclusión fácil, y perdone. Yo diría que se trata, simplemente, de un fanático. Pero no todos los fanáticos están locos, ¿no le parece? Jesús de Nazaret era, a mi juicio, un fanático, y en cuanto al profeta Isaías, que es mi preferido, me guardaré muy mucho de suponer que estaba loco.

No me da tiempo a replicar, ya que por la rampa de la puerta de Jaffa asoma el segundo «Mesías»: bajito y tripudo, lleva pendiente una pancarta, porque está afónico, apenas si tiene voz. Necesitaría un micrófono, o un megáfono, pero posiblemente renuncia a ellos para no parecer un feriante. «Yo soy el que soy». «No existe más luz que la de Dios, de la que soy un reflejo, porque mi sabiduría es *increada*». «Ya me conocéis: todos los años vengo aquí. Ya venía cuando el dominio otomano, pues para mí el tiempo no pasa… Algún día yo mismo me convertiré en luz y entonces me comprenderéis».

Es desolador verle. Y oírle. Afónico, con aspecto tabernario, carnal. Lo imagino mordiendo fruta y dejando que el zumo le chorree por los labios y la barbilla. Le cubre una vieja piel de un viejo camello. Tiene los pies pequeños. Sus trazos en la pizarra reclamarían un grafólogo, pero Benjamín estima que no hay necesidad de ello. «Este pobre hombre es un esquizofrénico».

El «Mesías» siguiente es un vejete, también con pancarta, cuyo texto dice: «Ustedes pueden negar que yo soy Dios, pero no podrán negar que yo digo que soy Dios».

Dicho esto se ha ido, refunfuñando. Lástima. La frase tiene su aquel. Una voz ilocalizable dentro del grupo de curiosos le increpa con un ardor inesperado. Él no se inmuta. Solo lleva en la espalda el palo transversal de la cruz.

El último de la cola es un hombre de barba patriarcal, digna de Abraham. Más que hablar, refunfuña. Afirma no ser el «Mesías», pero sí su reencarnación. Añade que nació en Belén y que desearía casarse con una tibetana, que sería «la reina del mundo». ¡Una tibetana! Resonancias en mi interior. El patriarca, al observar la incredulidad de los presentes, dice, mirando al cielo. «Perdonadles, porque no saben lo que hacen». Y se pierde por las callejuelas.

Benjamín sonríe… Para él el espectáculo no es nuevo. Me recuerda que hace un año, en Norteamérica, en una iglesia pentecostal, unas cuantas señoras se reunieron el Jueves Santo esperando la llegada del Señor para que las raptara; en vez del Señor llegó la policía y las arrestó. «En Norteamérica es normal que se arreste a los inocentes». Asimismo, y conforme a las informaciones que en estos días llegan de Ruanda y el Zaire, agrega que el presidente de esta última república, general Mobutu, se autoproclamó el Mesías y declaró que su partido había de ser considerado como una religión, al tiempo que su imagen debía presidir todas las iglesias del país.

Benjamín me ruega que no me aparte de su lado y que le siga. Lo hago, pisándole los talones. Y al llegar a la cima de la cuesta, al chaflán que dobla hacia la puerta Nueva y hacia la puerta de Damasco —la puerta de acceso al zoco árabe de que me habló Simón—, me muestra, en medio de un gran gentío, a un anciano modesto, humilde, sentado sobre una cruz —está colocada horizontalmente sobre la hierba verde— sosteniendo en brazos un cordero. Una inscripción en hebreo dice simplemente: «Cordero de Dios», es decir, *Agnus Dei*. Este hombre me impresiona especialmente y Benjamín me informa de que en los primeros siglos del cristianismo la imagen de un hombre «clavado» en una cruz, en una cruz patibularia y erecta, no era todavía símbolo religioso. Hasta el siglo IV no aparece en la iconografía un Jesús crucificado.

Terminado el desfile, retrocedemos hasta la puerta de Jaffa, donde podemos contemplar, ahora, ya terminadas y ya sin curiosos, las dos versiones de los dos *hippies*. Pensaba que las dos imágenes de Cristo me conmoverían de algún modo, y no es así. La frialdad, la asepsia de Benjamín se me contagia y ambas figuras no hablan una sola palabra a mi interior. Por un momento ello me duele. ¡Desearía tanto encontrar «mi» verdad! Y pasan las semanas y recorro los países y solo consigo retener un calidoscopio de imágenes y de frases más o menos sagradas que no consiguen sino «complicarme el alma», extraña frase que oí en Bangkok, en el Bangkok budista. En cambio, Benjamín de pronto sale de su celda de hielo y me dice:

—Pese a que todos los años se repite la misma historia, en el fondo he de reconocer que estos seudo «Mesías» tienen su miga. Bien mirado, todos y cada uno, en algún momento de nuestras vidas, deseamos ser un Mesías, un Mesías auténtico que redima a la humanidad y que consiga la paz en los corazones. Ignoro si usted, mi fiel escudero, y perdone que use esta metáfora, ha sentido como yo lo que le he dicho; yo, sí, pensando sobre todo en nuestra eterna guerra con los árabes. ¿Cuándo Alá y Yahvé se darán la mano, o se

abrazarán…? ¿Cuándo se abrazarán el Antiguo y el Nuevo Testamento? Lo veo difícil, pero no imposible. Pero también se me antoja imposible que vivamos «eternamente» a oscuras. A mis alumnos de la universidad, que llegan a Israel de países lejanos y procuran hablar o por lo menos entender el idioma hebreo lo antes posible, les digo siempre que no todo está perdido, que debajo de nuestra piel de viejos camellos no solo hay un cerebro, como pretenden los neurólogos, ni un corazón, como pretende mi hijo, sino algo impalpable, ilocalizable, que no es materia ni química ni el binomio energético yin y yang.

—Se está usted refiriendo al alma, profesor.

—No me llame profesor, se lo ruego. Me estoy refiriendo, sí, a los fíeles de cualquier religión que creen en el alma. La solución más fácil: decir «yo no la he visto», es errónea. Hay millones de astros, de árboles, de hienas y de pájaros cantores que no hemos visto pero que sabemos con certeza que existen. ¿Sabe usted lo que realmente yo hubiera deseado ser? Se lo digo siempre a mi hijo: astronauta. Debe de ser pueril, pero tengo la impresión de que cuanto más avancemos en el conocimiento del cosmos más cerca estaremos de descubrir Algo que hasta el momento se nos ha escamoteado. Y ahora, si le apetece, vámonos a almorzar a un restaurante árabe y a esperar a que se inicie la procesión cristiana del Viernes Santo, que impregna de preguntas sin respuesta, y de almas lacrimeantes, la Vía Dolorosa.

Nos instalamos en un restaurante árabe situado enfrente de la V estación del Vía Crucis: «Nos servirán una bazofia intragable, pero también es bazofia y también intragable lo que comen los ortodoxos de Mea Shearim». «Lo único que me gusta de la comida árabe es el pan, lo confieso». «A mí —replico— me gusta el pan y también los dátiles». «¿Y el cordero asado…?» «¡No sea irreverente, por favor!» Benjamín se ríe. Es la primera vez que se ríe de buena gana, lo que me permite ver que lleva dos dientes de oro. Bromeo sobre el particular y Benjamín me dice: «Según ustedes, los cristianos, porque usted es cristiano aunque no se dé cuenta, los judíos llevamos siempre, escondido, un poco de oro… Yo lo llevo en la boca. Pero desearía que no atribuyera usted la brillantez de mi discurso al fulgor de ese metal». «Pierda cuidado. Conozco la diferencia que existe entre una dentadura y la riqueza de nuestro ordenador cerebral». «Muchas gracias, Ireneo».

Me parece llegada la hora de hablar un poco de la Biblia. Al fin y al cabo, yo no estoy aquí, torturándome, para hablar de fruslerías. Benjamín, cuya mirada es inquisitiva, chispeante, está de acuerdo conmigo, «sobre todo porque hablar de la Biblia es una de las

condiciones de nuestro contrato».

—¿Qué prefiere usted? ¿Que le hable de Egipto y de nuestro padre Moisés, o de la Biblia y el sexo?

—¡De esto último, sin discusión! A fin de cuentas, es mi tema preferido, si no en teoría, sí en la práctica.

—Pues bien, escuche usted, porque me sé de memoria algunos textos básicos sobre el particular.

No deja de causarme una extraña sensación el hecho de hablar del sexo mientras esperamos el Vía Crucis en la Vía Dolorosa. Jamás hubiera pensado, de niño, que mi entrada en esa Vía fuera a través de Lupe, de Chu-Lu… y de Sora. Pero así soy yo y así es la vida de un trashumante.

—Escuche, por favor, y vamos a suponer que la melopea árabe de este restaurante, Alí Babá, nos permita el diálogo, o el monólogo, y que nos lo permitan las sonrisas irónicas de esos árabes que nos rodean fumando tranquilamente su *narguilé*. Nosotros solemos decir que su mente está «aparcada», excepto cuando se trata de repartir hijos por el mundo.

—Sí, ya lo sé, profesor.

Benjamín Cohen me demuestra que es realmente eso, un profesor, ya que recita de memoria unos cuantos textos básicos:

—En el Génesis la cosa está muy clara: «Díjole entonces Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza… Y los creó macho y hembra… Y vio Dios que era muy bueno cuanto había hecho. Puso, pues, el siervo la mano bajo el muslo de Abraham y lo juró"».

»En el Éxodo no se dice únicamente: "No desearás a la mujer de tu prójimo", sino que se dice: "No desearás la casa de tu prójimo, ni la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su buey, ni su asno, ni nada de cuanto le pertenece".

»En el Levítico se dice: "La mujer que tiene su flujo, flujo seminal en su carne, estará siete días en su impureza. Quien la tocare será impuro hasta la tarde… Pero si uno se acostase con ella, será sobre él su impureza, y será inmundo por siete días, y el lecho en que durmiere será inmundo". "No te ayuntarás con hombre como con mujer: es una abominación". "No te ayuntarás con bestia, prostituyéndote con ella; es una perversidad".

»En el Deuteronomio se dice: "No llevará la mujer vestido de hombre, ni el hombre vestido de mujer, porque el que tal hace es abominación a Yahvé, tu Dios". "Pero si la acusación fuera verdad, habiéndose hallado no ser virgen la joven, la llevará (el hombre) a la entrada de la casa de su padre, y las gentes de la ciudad la lapidarán hasta matarla…" "No será admitido en la asamblea de Yahvé aquel

cuyos órganos genitales hayan sido aplastados o amputados". "Si mientras riñen dos hombres, uno contra otro, la mujer de uno, interviniendo para librar a su marido de las manos del que le golpea, agarrase a ese por las partes vergonzosas, le cortará las manos sin piedad".

»En el Eclesiastés se dice: "Y hallé que es la mujer más amarga que la muerte… El que agrada a Dios escapará de ella, mas el pecador quedará preso".

»Y en el Cantar de los Cantares se dice: "Miel virgen destilan tus labios, esposa, y hay leche bajo tu lengua; y el perfume de tus vestidos es como aroma de incienso". "Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas y los ciervos, que no despertéis a mi amada hasta que a ella le plazca".

Grande es mi asombro, aunque no total, puesto que había yo picoteado en las Sagradas Escrituras y había encontrado algunos de estos textos. Ahora bien, al oírlos clasificados y expuestos literalmente por el profesor, siento un rechazo casi doloroso por las admoniciones de Yahvé. Una vez más el fanatismo, la intolerancia, al castigo. Le digo a Benjamín que semejantes amenazas, aparte de que en el fondo contradicen el célebre «Creced y multiplicaos», llenan las conciencias de injustificados escrúpulos.

—Mi querido mentor, el Nuevo Testamento habla de forma muy distinta. Acuérdese que, en los Evangelios, Jesús perdona a la mujer adúltera con las dulces palabras: «Ni yo te condeno tampoco, vete y no peques más». ¿Imagina usted la alegoría y el alivio de aquella mujer, que según la ley de Yahvé iba a ser apedreada, junto con el hombre, hasta acabar con su vida? Me dijo usted, en nuestro primer saludo, que era autocrítico con los suyos, autocrítico por convicción. ¿Pues qué comentario se le ocurre a lo que me acaba de dictar?

—Se me ocurre que quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra. Conozco el pasaje de la mujer adúltera y también el de María Magdalena. Y conozco al respecto las opiniones generosas de los mismísimos san Agustín y santo Tomás; pero la historia de la Iglesia cristiana está repleta, no de puntos oscuros, sino de puntos negros. No tema, caballero, no voy a hablarle de las Cruzadas y de la Inquisición, para no ofender a su demostrada inteligencia; pero sí me atreveré a referirme a las tergiversaciones de que ha sido objeto el Evangelio, o los Evangelios, por parte del papado. Acuérdese, por ejemplo, de León X: «Gocemos del papado, pues que Dios nos lo ha dado». Acuérdese de los Borgia. Y de aquel subterfugio según el cual las «pinturas inmodestas solo podían contemplarse a condición de que fueran antiguas». Acuérdese igualmente de las palabras de Cristo: «No he

venido a abolir la ley, sino a cumplirla». La ley de Moisés, se entiende; pues bien, hasta épocas muy recientes, tanto en el lenguaje cristiano como en el arte sacro oficial, era usual aludir a la «ceguera» y a la «perfidia» de los judíos. Y no olvidemos que fueron países cristianos los que crearon los primeros guetos, de tan poco grato recuerdo, los que organizaron los pogromos. Esto clamaría al cielo, si entendemos por «cielo» un lugar en el que se le ha dado a cada cual su merecido. A más de esto, me viene a la memoria la discriminación de las mujeres por parte del Vaticano: no pueden acceder al sacerdocio, porque los apóstoles de Jesús fueron exclusivamente varones, lo que no casa con el papel sublime que ejerció en la llegada de Cristo a la tierra, su madre, la llamada *Virgen* María, cuya leyenda, por cierto, a mí me cae muy bien y merecería pertenecer al Antiguo Testamento. Ahórreme, se lo ruego, hablarle de lo que aconteció en la guerra civil de su país, en el bando de los vencedores. La cantidad de crímenes que se cometieron en nombre de Dios. ¿Y a qué viene la actitud «misionera», llamada «evangelización» de la Iglesia? Los judíos jamás hemos caído en semejante y prepotente tentación, propia, a mi juicio, de quien está excesivamente seguro de poseer la verdad. Le daré un detalle al respecto: aquí mismo, en Jerusalén, encontrará usted dos maravillosas mezquitas, la de Omar y la de El-Aksa, y encontrará el cristiano Santo Sepulcro con pretensiones de basílica; en cambio, no encontrará ni una sola sinagoga que intente deslumbrar. Ni siquiera en Mea Shearim. Y es que la religión, si algo ha de ser, ha de ser algo íntimo, personal, no una excusa para la masificación. Allá cada cual con sus virtudes y sus pecados. Repito, para no alargarme demasiado: quien esté limpio de pecado, que tire la primera piedra.

—Me desorienta usted, profesor: me ha hablado usted únicamente de los errores o crímenes, si lo prefiere, de la Iglesia cristiana; pero no de la figura de Jesús, del propio Jesús. Que yo sepa, y creo que dispongo ahora de datos con respecto a la adulteración que han sufrido todas las religiones, a partir de los seguidores de quien las fundó.

—Bien, mi admirado amigo, y uso este adjetivo porque empiezo a admirarle de verdad. ¿Qué me dice usted de que Jesús se proclamara a sí mismo Hijo del Padre, Hijo de Dios, que amenazara con que de esta ciudad que ahora pisamos, y de su Templo, no quedaría piedra sobre piedra? ¿No le parece un poco fuerte, por no decir presuntuoso, afirmar: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»? Imagino que es usted enemigo de juzgar, como lo es cualquier ser humano inteligente; pues bien, Jesús dijo reiteradamente: «Mi testimonio es verdadero. Mi juicio es verdadero. Porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me

ha enviado». Convendrá conmigo en que tales palabras, y muchas más que no pienso añadir, no tienen nada que ver con la humildad, con la mansedumbre, con el talante de un Cordero. Todo ello destila una presunción y una soberbia sin límites, comparados con las cuales Moisés, Abraham y los profetas de la Biblia se quedan en inocentes capullos.

Confieso que no sé qué responder a tamaña exposición. Realmente el profesor ha tocado fondo y ante ello no le queda, a cualquier cerebro pensante, otra cosa que bajar los brazos y decir, como me martillearon en los jesuitas: «Es un misterio, es cuestión de Fe». Con Zakía hablarnos de semejante pugilato dialéctico y ella me espetó a bocajarro: «Observarás que, en el Corán, Mahoma no se declara en ningún momento Hijo de Dios, sino simplemente profeta».

Decido dar un giro radical a la conversación y pido, en el restaurante Alí Babá, el tercer café «turco», al tiempo que aparto de mí a una mujer árabe, con un pañuelo coloreado en la cabeza, que pretende adivinarme el porvenir «leyendo» el poso de café que queda al fondo de la taza. La mujer me mira con ira, aunque, a fuer de sincero, quien realmente se mira con ira en estos momentos soy yo mismo.

El diálogo, por el momento, se ha terminado no solo por mi decisión sino porque de pronto se oye el rumor de una multitud que avanza por la Vía Dolorosa, donde nos encontramos. Es la procesión del Viernes Santo. Me dispongo a observar, a contemplar el hecho con la mayor imparcialidad posible. Yo, que tengo por profesión el análisis del comportamiento colectivo.

Los primeros en aparecer son los fotógrafos, que se sitúan estratégicamente. Luego hacen su aparición los maceros, golpeando el suelo —tictac, como el corazón— para abrirse paso y detrás de ellos, por entre la multitud, unos chavales que, al igual que ocurriera en la puerta de Jaffa, reparten unas octavillas que dicen: «Jesucristo fue un falso profeta. Fue un impostor». El profesor tiene para con ellos un gesto despectivo, que es de agradecer, y los chavales desaparecen.

El Vía Crucis es realmente impresionante. La muchedumbre que asiste a él se ha agrupado, dentro de lo posible, por nacionalidades, cada una de ellas «cargada con su cruz». Varias de dichas cruces son de tal dimensión y peso que llevarlas exige continuos relevos, aunque hay quien aguanta y resiste hasta el agotamiento. Con todo, y como es de rigor, intento ir contabilizando los peregrinos en esa Vía Dolorosa, pero me resulta imposible. Por lo visto la Fe no es cuestión de números, sino de sudor, de lágrimas y de penitencia. Varios millares, por supuesto, si bien, comparados con las multitudes asiáticas se

quedan en una exigua minoría. Indumentarias de toda suerte con predominio del color morado. Muchos hábitos religiosos, destacando el hábito pardo y el cordón blanco de los franciscanos de la llamada Custodia, los cuales, si no yerro, llevan algo así como setecientos años guardando los llamados Santos Lugares. Pienso que uno de ellos tendrá que acompañarme a mí solo, cuando mi peripecia con Benjamín se dé por terminada. Intento adivinar cuál de ellos puede ser e incluso me permito elegir, tentando la suerte: un fraile más o menos de mi misma edad, que anda ligero como quien está acostumbrado a pisar terreno pedregoso e incluso la arena del desierto. Si conociera su nombre le gritaría: «¡Eh, por favor, que estoy aquí! ¡Prepárese, que le voy a poner en graves aprietos!» Pero no. Se oye la cantinela: Quinta estación. Y todo el mundo hinca las rodillas. Hay ancianos casi inválidos y mujeres llevando en brazos niños de muy corta edad y de mirar desorientado o iluminado, vaya usted a saber. Es realmente la apoteosis del dolor. Pero es preciso observar un detalle, o un dato a tener en cuenta: el mundo occidental, como era de prever, está representado en una clamorosa proporción. A no ser por los árabes —el profesor me indicó que los franciscanos eran por definición proárabes—, los africanos y, ¡cómo no!, algún japonés, diríase que lo que realmente se conmemora aquí es la muerte de un hombre, de un Hombre, representante de la raza blanca. El profesor asiente y me dice que cuando los primeros cristianos llegaron al Indostán y se encontraron con la Cruz como objeto de adoración, se quedaron asombrados y no supieron si atribuirlo a sensibilidad profética de los indígenas o a obra del diablo, que en ocasiones «se anticipa a las acciones de los ángeles».

Mi estado de ánimo, como es habitual, me juega una mala pasada. Hay momento en que soy víctima del contagio y me integro en el dolor de los demás, del «prójimo»; pero de repente me gana una absoluta frialdad, como si aquel alud de «almas» fueran, en su mayoría, o quizá en su totalidad, marionetas en manos de un invisible titiritero. Me enojo conmigo mismo. ¿No quedamos con el profesor, que inesperadamente se ha puesto a fumar —en cambio, a mí no se me ocurre encender mi pipa—, en que «cada cual con su vida, con su creencia, con su joroba»? ¡Segunda caída!, se oye por el altavoz. Todo el mundo hinca la rodilla. Todo el mundo, excepto los árabes de irónica sonrisa que ocupan el café, el profesor y yo. Y al momento recuerdo una frase que me dedicó el añorado Logdse en Bangkok: «El peor pecado de usted es el pecado de omisión». Sí, es cierto. A lo largo de mi vida —Jesús, qué cansancio siento— hubiera podido, con solo un pelín de esfuerzo, sembrar alegría a mi alrededor, saludar a este,

ayudar a aquel, llamar por teléfono a quien sufre de soledad. Y nada. «Insolidario hasta las cachas», me dijo en cierta ocasión Segismundo.

Mi guía y mentor advierte que algo no agradable me ocurre y me dice:

—Si le parece, nos vamos. No creo que el espectáculo pueda ya aportarle ninguna novedad. Tercera caída, genuflexión, al final, la muerte. Por cierto, un detalle: eso de la Verónica es un puro invento. Los propios franciscanos lo han reconocido.

—Ya…

Camino del hotel David guardamos silencio. Silencio que rompo de improviso, preguntándole:

—Profesor… ¿puede una mentira durar dos mil años?

—¡Y muchos más! El budismo es una mentira y lleva mucho más tiempo reclutando adeptos.

Quedamos con Benjamín en que pasará a recogerme el domingo, ya que mañana es el *sabbat* y él es judío, circunstancia que casi había olvidado. Me dispongo a echarle una hojeada al libro de Job cuando, de pronto, me digo que a mi madre la haría feliz llamándola por teléfono desde Jerusalén. Para no pecar de omisión pido la debida conferencia y al poco rato oigo la voz de mi madre, quien, por fortuna, no estaba jugando al *bridge*.

—¡Hijo…! ¡Querido!

—¿Cómo estás, madre? Te llamo desde Jerusalén…

—¿Es posible? ¡Qué alegría!

Por dentro me enredo en un juego de palabras: «Madre, aquí tienes a tu hijo».

—He asistido a la procesión del Vía Crucis. Había gente del mundo entero.

—Te habrás emocionado, ¿verdad?

—Pues sí… Más de lo que supuse.

—Aprovecha el tiempo, hijo. Estás en Tierra Santa.

—¿Y papá?

—Como siempre. Echándote de menos.

—Mamá, quiero ver si me trasplantan el corazón…

—¿Cómo…?

—Sí, ya me entiendes. Me gustaría que en esta ciudad me dieran un corazón nuevo, que yo me despojara del «hombre viejo».

—No te entiendo.

—No te preocupes. Habla con papá y él me comprenderá.

—¿Cuándo piensas regresar?

—Creo que ya no tardaré mucho.

—Aquí todo sigue igual. Pero te echamos mucho de menos.

—También yo a vosotros.

—¿Qué es lo que recuerdas de Barcelona?

—Os recuerdo a vosotros, desde luego. Y después, la Sagrada Familia y el cementerio de Montjuic.

—¡Jesús! Jesús, nunca mejor dicho. Lo de la Sagrada Familia lo comprendo, lo del cementerio, menos.

—Si hubieras asistido al Vía Crucis, me comprenderías.

—Hala, hijo, cuídate. ¿Has adelgazado mucho?

—Menos de lo que hubiera querido.

—¿Estás cansado…?

—Empiezo a estarlo, mamá.

—Pues vuelve. Aquí, en el Turó Parc, ya florece la primavera.

—Hermosa frase, madre.

—Un millón de besos.

—¿Solo un millón?

—Los que quieras, hijo. Te oigo como si estuvieras aquí.

—Y yo te oigo como si estuvieras en Jerusalén.

—Ojalá, hijo, ojalá…

Ojalá, palabra árabe, saludo árabe. Empiezo a pensar que no soy el de antes, que me he enriquecido, que las cosas y las personas tendrán para mí un sentido distinto. Un sentido distinto, pese a Yahvé.

Me paso el *sabbat* prácticamente en mi habitación, como un eremita de Ouadi Natrun, salvando las distancias, por supuesto. Y hojeando el Antiguo Testamento. Hoy me inclino por el libro de Job. Me parece el más adecuado.

«Él creó la Osa, el Orion y las Pléyades y las cámaras del cielo astral». «Él obra cosas grandes e insondables, maravillas sin cuento». «Él pasa ante mí, yo no lo veo; se desliza, yo no lo advierto». Y más adelante: «¡Estoy hastiado de mi vida! ¡Voy a dar curso libre a mis quejas!» «Quiero decir a Dios: no me condenes». «¿Tienes tú acaso ojos de carne, y miras como mira el hombre?» «¿Por qué me sacaste del vientre de mi madre? Muriera yo sin que ojos me vieran».

Cierro el libro. Recuerdo a mi madre, su voz. ¿Por qué salí de su vientre? Todo el peso de Yahvé gravita sobre mí. Me digo que Job comparte con Buda la idea de que todo es dolor y que es una desgracia haber nacido. Teymur, en cambio, el librero del Bazar de Teherán, parecía feliz. «Al final ganará el Dios del Bien». ¿Jesucristo era/es el Dios del Bien? Los peregrinos del Vía Crucis dirían que sí. Pero antes es preciso pasar por la sala de espera, que es donde yo estoy ahora, dentro de la bañera con agua caliente… y me interrogo a mí mismo: ¿Y si me bañara en el Jordán? ¿Cambiaría mi corazón, cambiaría mi piel, cambiaría mi alma? ¿Por qué estoy tan triste? Mañana Jesús

resucitará de entre los muertos… Mañana… Por cierto, no recuerdo ninguna imagen de Jesús en la que Este aparezca sonriendo. ¿Es que no sonrió jamás? En los jesuitas me dijeron: «Llevaba sobre sus hombros los pecados de los hombres». Terrible frase. El Oficio de Tinieblas. Yo llevo sobre mi hombro mis pecados y no puedo más. Estoy tentado de llamar a recepción para que me traigan a Sora… Pero no lo hago. Por primera vez en mi vida me parecería una irreverencia, una blasfemia. Salto del baño y me miro al espejo, desnudo. Sí, el cansancio se me nota en las ojeras. Y mi cintura ya no es la del atleta que fui. De pronto, echo de menos el ajedrez. ¡Si el director del hotel, Isaac Rotschild, quisiera subir y jugar una partida! ¡O si dispusiera de una computadora, para vérmelas yo, desnudo, contra la máquina, contra la cibernética! Bebo agua de Évian. Contemplo los grifos del baño. Son plateados y pienso que los grifos de los jeques árabes, los del petróleo que irritaban a Zakía, son de oro, según un reportaje que leí hace mucho, mucho tiempo… El concepto de Tiempo, como siempre, se me escapa. Tictac, el corazón, tictac, los golpes de los maceros por las callejuelas del Jerusalén intramuros. ¿Así que la Verónica no existió? ¿Quién, pues, enjugó el sudor y la sangre de Jesús el Galileo? Probablemente, nadie. ¿Y por qué murió? ¿Cuál es el significado de su sacrificio? ¿Redimirnos? Así pues, ¿yo he sido redimido? Ojalá, ojalá…

Me visto y bajo a la terraza del hotel. Pasan los judíos ortodoxos, con sus filacterías, sus levitas negras y sus tirabuzones. Se van al Muro de las Lamentaciones. Allí se encontrarán con el terrible Yahvé, tal vez con Job, que a buen seguro está vivo y contará ya con un incontable número de años. Recuerdo a Majmun, su calabaza, su flauta. Pasan chavales árabes. Ninguno de ellos me entrega ninguna octavilla. Pasan dos *gentlemans* ingleses, ¡fumando en pipa! ¡Si pasara, con su taxi, el *sabra* Simón! Imposible, debe de guardar el *sabbat*. Yahvé tampoco me convence. ¿Verdad que no? ¡Claro que hay muchos Yahvé! El de los Salmos, por ejemplo —estoy precisamente en el hotel David—, el del Éxodo, el del Sinaí. ¿Por qué no me voy al Sinaí a darle un vistazo a la montaña Gebel Musa, la de las Tablas de la Ley? Allí está el desierto —desierto-claridad mental—, Mahoma y el sitio exacto del Becerro de Oro. Las multitudes siempre adoran a Algo, a Alguien: los individuos, un poco menos. Yo adoro a esa muchacha judía, *sabra* sin lugar a dudas, posiblemente nacida en un kibutz, que regula con firmeza el tráfico. ¡Jerusalén, Jerusalén! ¿Y si muriera aquí, ahora mismo, de un ataque al corazón? Vendría raudo el hijo de Benjamín, del Hospital Hadassa, y no podría hacer nada por mí. Solo Uno fue capaz de resucitar a los muertos, si he de creer en los Evangelios: Jesús de

Nazaret. Pero Jesús está lejos… y yo no me muero. Ha sido una carambola verbal, un juego de la mente, como siempre. No, por ahora no hay quien me dé jaque mate.

Domingo de Pascua. Jesús ha resucitado, sin que nadie le haya activado el corazón con un masaje o una descarga eléctrica. ¿Se ha resucitado a Sí mismo o lo ha resucitado el Padre? Viene Benjamín a buscarme. Por mi culpa ha tenido que renunciar a su partida de golf. «Lo siento, maestro». «Cumplo con mi deber, señor».

—¿Adónde piensa llevarme?

—Al Museo del Holocausto…

—Por favor, no. Estoy un poco harto de cadáveres, ¿comprende?

—No sé de qué está hablando.

—He estado leyendo a Job…

—¡Ah, comprendo!

—Pero oiga una cosa, profesor. Dicho museo es la prueba irrefutable de la persecución nazi contra los judíos… ¿A qué atribuye usted su mala prensa? ¿Por qué llevan ustedes algo así como veinticinco siglos siendo perseguidos, desde el exilio de Babilonia, para indicar una fecha?

El profesor tiene un acceso de hipo, el segundo, si mi cálculo es correcto.

—Si yo conociera de verdad la causa, sería el más sabio de los historiadores de Israel…

—En Egipto mis amigos árabes me hablaron de algo extraño, emplearon una extraña palabra: sionismo… ¿No vendrá de ahí tan constante persecución? Una amiga mía, Zakía de nombre, en El Cairo, hermosa y que detesta las pirámides y los faraones, excepto uno de ellos que se llamó Akhenaton, me dijo que, con respecto a tal persecución, había que descartar el factor casualidad. Que vosotros, los judíos, lleváis dentro el signo de la discordia. Añadió que sois terriblemente inteligentes y usted, Benjamín, es un vivo ejemplo de ello, pero que empleáis dicho talento, de forma implacable, para lograr vuestros objetivos. No voy a caer en el tópico tan habitual entre vuestros enemigos según el cual lo que pretendéis es el dominio universal. Eso no se lo cree nadie, habida cuenta de que el planeta ahora mismo está habitado por seis mil millones de seres comúnmente llamados humanos. Yo me inclinaría más bien a pensar que lo que os obsesiona, lo que les obsesiona a ustedes, es el afán de poder. Esa puede ser vuestra tentación en tanto que pueblo «elegido», adjetivo que tiene su intríngulis y que puede llevar al más dramático de los fracasos… De verdad, y le ruego, profesor, que me perdone, es que dondequiera que estalle un conflicto, grande o pequeño, detrás asoma

su cabecita el sionismo… directa o indirectamente. ¿Qué ocurre ahora mismo en Israel, con eso de los «asentamientos»? ¿Qué ocurrió en Gaza y Cisjordania, y en Hebrón? Quienes padecieron en su carne el mazazo que supone cualquier gueto, fueron los palestinos. Y acaba de ganar las elecciones un conservador, léase un fanático, con el que resultará difícil que se cumpla el tratado de paz… Sé que andáis divididos, y esa es otra. ¿Cómo se explica que, siendo tan pocos, no hayáis conseguido a lo largo de la historia agruparos, formar un «hogar» común? Lo malo es que os dispersáis siempre, y que lo hacéis voluntariamente. Vuestro santo y seña es la Diáspora, el exilio. Y siempre que elegís un lugar para vivir, dicho lugar no es vuestra primera patria, sino la segunda, ya que la primera es precisamente Jerusalén… Al término de la segunda guerra mundial, si las agencias informativas, base insustituible de mi profesión, no mienten, os ofrecieron un territorio donde poder acampar a vuestras anchas, sin hipotecas históricas, sin litigios: la Patagonia, en Argentina. Pues no, elegisteis Israel y ahí están las consecuencias. Mi padre, que admira mucho a ciertos cardiólogos judíos que ejercen en los Estados Unidos, me dijo que puede que haya en vosotros un fondo masoquista. Tal vez sea así. Necesitáis autoafirmaros sin cesar, ser constantemente, de uno u otro modo, héroes. Esto, contemplado desde la luna, que es donde yo vivo pagando, por supuesto, un alquiler muy caro, se parece tanto a los fanatismos de cualquier índole que no acierto a establecer la menor distinción. Hay en vosotros algo suicida, como si la tierra os resultara un estrecho corsé. Tal estrecho corsé puede ser la Torá, el candelabro de siete brazos, la añoranza del Templo, la espera del Mesías que ha de venir y que no viene. Tal vez tengan razón los peregrinos del Vía Crucis que usted y yo, juntos, vimos desfilar… Tal vez el Mesías haya venido ya, y no lo habéis reconocido. O quizá, y esto sería lo peor para todos, es que el tal Mesías no exista y que, por lo tanto, esperarlo es una pérdida de tiempo, para no usar una frase más expresiva y concluyente.

—Caballero, le he escuchado con atención. Y en consecuencia, aquí cancelamos el pacto, el contrato. Busque usted un guía a su medida. Vaya a saludar al director, señor Rotschild, y páguele los honorarios.

Me quedo de una pieza. No esperaba yo una reacción de tal calibre en un hombre que juega al golf.

—De acuerdo. Me esfuerzo en comprender y confío en que lo conseguiré.

—Hala, se acabó, *shalom*…

—*Shalom*, profesor…

Con harto pesar doy por terminada mi experiencia judía; ahora me

falta la experiencia cristiana, o católica, para ser más preciso. El propio director del hotel, a quien pago los honorarios, exageradamente altos, a mi entender, me indica que lo que me conviene es hacer una visita al «hogar» de los franciscanos en la Jerusalén intramuros, hogar llamado Casa Nova, refugio de peregrinos.

—Allá encontrará usted un guía competente. Es decir, hay muchos guías y podrá elegir el que mejor le parezca. Yo no conozco a ninguno, ya que no voy nunca por allá; pero los he visto a veces cumpliendo con su labor. Los hay que llevan treinta años enseñando los mismos lugares, el Santo Sepulcro, Belén, Nazaret, el Jordán, Getsemaní, etcétera. Es posible que los más «antiguos» pequen de rutinarios; pero los hay jóvenes, que despiden un calor humano que muchos peregrinos que se hospedan en mi hotel elogian sin reservas. Puede usted ir andando. En Israel, ya sabe, las distancias son cortas.

—¿Se pueden visitar Sodoma y Gomorra?

—¡Desde luego! Están al sur del mar Muerto, lugar que le aconsejo sobre todo si tiene usted algún problema dermatológico. Los escandinavos son los clientes más asiduos de las aguas del mar Muerto, que al parecer tiene insólitas propiedades curativas. Sin embargo, ¡un momento! Creo que Gomorra ha sido borrada del mapa; en cuanto a Sodoma, que debió de ser el no va más, es ahora un gran complejo industrial.

—Es lógico, ¿no cree? El sexo a la larga se convierte en industria, ¡ja, ja!

¿Por qué me he reído? Pues no lo sé. Tal vez para no amargarme la vida porque un profesor judío no haya querido ni siquiera replicar a mi requisitoria, basada, no en opiniones, sino en hechos. Y porque lo último que me ha dedicado ha sido su tercer hipo.

Sin la menor dificultad entro en la vieja Jerusalén por la puerta de Damasco, sorteo el bazar árabe de que me habló Simón, me cruzo con un par de graciosos borriquillos y alcanzo Casa Nova.

Me sorprende la austeridad del edificio. Parece —tal vez lo sea— un hostal, una casa de huéspedes. Apenas si hay nadie. Un recepcionista ya entrado en años, árabe sin la menor duda, me pregunta qué deseo.

—Deseo un guía para visitar los Santos Lugares.

—¿Forma usted parte de algún grupo de peregrinos?

—No, no, viajo solo. Necesito un guía solo para mí. Pagaré lo que sea menester.

—¿De dónde es usted?

—Soy español.

—Aguarde un momento.

Llama por teléfono y a los diez minutos baja un hombre joven, de unos treinta y cinco años, de amplia sonrisa. Es una mezcla de razas. Pelo rubio, ojos ligeramente oblicuos, mofletes mongoles, barba de chivo. Todo él respira una alegría inesperada y poco común. Anda ligero, ¡cómo no! Y gesticula tal vez exageradamente. Me ofrece la mano y yo, en reacción no corriente, la retengo unos segundos.

Pocos minutos bastan para hacernos una composición de lugar. Se llama Jerónimo Lozano y es de Burgos, lugar del que salen muchas vocaciones, aunque no tantas como sería menester.

—¿Qué anda buscando, caballero?

—Ando buscando a Dios.

—¡Buen comienzo, je, je! Si no lo encuentra aquí, en Tierra Santa, ¿dónde lo encontrará?

No ha dicho Israel, sino Tierra Santa. Pronto advierto que su rasgo más destacado es la alegría. Rebosa alegría por todos los poros y así se lo digo.

—¿Qué quiere usted? ¿Qué culpa tengo yo? Llevo este hábito a gusto, mi salud es buena y mi trabajo me complace: enseñar a quien sea los «lugares» que pisó el Señor.

Me dice que profesó hace doce años, que se ha especializado en la historia de las religiones primitivas y que está preparando una tesis sobre san Marcos, en la Escuela Bíblica.

—Mi trabajo es gratificante, lleno de anécdotas por parte de los peregrinos, especialmente los hispanoamericanos, que tienen de la Iglesia una opinión muy particular, a menudo lindando con la herejía, por influencia de las sectas.

—¿Qué opina usted del Vaticano?

—Pues que me pilla lejos. No entiendo aquella pompa, aquel protocolo. ¿Sabe usted cómo denominamos a la mitra en nuestras tertulias…? La prolongación de un vacío.

—Eso es muy fuerte.

—Y más cosas decimos de la tiara, de algunos papas, de los cambios del Catecismo, que se iniciaron con el Catecismo holandés. Mi papá preferido es Juan XXIII, capaz de reírse de sí mismo. En cambio, el actual, Juan Pablo II, da una imagen un tanto torturada y eso no es bueno para la grey. ¿No le da risa esa palabra?

—¿La palabra «grey»? Pues, pensándolo bien, sí.

—¡Je, je! La jerga clerical está anticuada. No se puede decir, por ejemplo, que la Iglesia es la «esposa de Cristo». Jesús no necesitó ninguna esposa. En cambio, varios de los apóstoles, empezando por san Pedro, no me sorprendería que en su juventud, antes de conocer al

Maestro, hubieran picoteado aquí y allá, por los caminos de Galilea. ¡Je, je!

Tengo la impresión de que he encontrado la horma de mi zapato, el guía que yo deseaba. Los emolumentos son tan modestos como la estancia en Casa Nova.

—¿Qué es, Jerónimo, lo que usted «enseña» más a gusto? Me explico. ¿Cuáles son los lugares evangélicos que prefiere mostrar?

—Le sorprenderá a usted. Todos me interesan, por supuesto. Pero si se refiere usted a la carga emocional, mis lugares preferidos son el Tabor, por aquello de la Transfiguración y las tres tiendas, y el Campo de los Pastores… A escondidas escribo algunos versos, ¿comprende?

Ahora quien suelta un ¡je, je! soy yo. Jerónimo, dando un giro al diálogo, me pregunta:

—¿Puede usted andar mucho, y sin bastón? ¿O tendrá que reclinarse en mi brazo?

—Soy un consumado atleta. Tenga usted en cuenta que mi *hobby* preferido es el ajedrez. ¡Bien, es broma! Me cuido, practico el *footing*, como todo ejecutivo que se precie, y llevo muchas semanas deambulando sin apenas descanso por tierras asiáticas.

—¿Ha subido usted a los Himalayas?

—Físicamente, no. Espiritualmente tampoco, aunque en varias ocasiones he estado a punto de iniciar la ascensión.

—¿Y dónde ha ocurrido eso?

—En varios sitios. En Tailandia, en Taipei, en Teherán, en Egipto.

—¿Y en las alturas no ha encontrado a Dios? Pues es raro, porque Dios está en todas partes.

—No me diga usted que está en mi corazón, porque esa música me la sé de memoria.

—Conforme. Lleva usted las de ganar. Tiene usted lo principal para encontrar a Dios: sentido del humor.

—Es la primera vez que oigo eso.

—¿Lo ve usted? ¡A que no se sabía de memoria esa música! Dios es alegría, mi querido amigo. El Viernes Santo pasa y llega la Resurrección: los místicos españoles me parecen excesivamente serios y pesimistas. Más que hablar de la muerte, a mí me gusta hablar de la Vida.

—Pero la muerte existe.

—Claro que sí. Pero es un mero tránsito. Luego viene el Tabor y la eternidad junto al Padre.

—¿Tiene usted, Jerónimo, la fe del carbonero?

—No, porque Jesús nunca habló del carbón. Habló de lirios, del celemín, del pan y del vino, y si viviera ahora se reiría con los dibujos

animados.

—Sin embargo, el otro día hablé con un amigo y advertimos que, según la iconografía al uso, Jesús no se rio jamás. Más aún: ni siquiera sonrió.

—Porque lo conocemos poco. Aparte de su infancia, durante la cual se reiría como cualquier otro niño de Nazaret, estoy seguro de que sonrió más de una vez al advertir las torpezas de sus discípulos. Y María le haría cosquillas de vez en cuando, ¿no cree?

—Me deja usted K.O.

—Y no he hecho más que empezar —y Jerónimo se acaricia la barbilla, que por lo visto es su tic.

—Supongo —añado— que a estas alturas habrá usted adivinado que soy agnóstico, ¿verdad? Teniendo en cuenta este dato, ¿qué plan me propone?

—Adiviné que era agnóstico en cuanto le vi encender la pipa con un ritual semejante a la liturgia de los popes griegos. A los agnósticos no les queda más remedio que fumar en pipa.

—¿Usted no fuma…?

—Solo una vez al año: por Nochebuena. He de conservar la espléndida salud que Dios me ha dado. Jesús era médico, ¿recuerda? Como Lucas. Curaba toda clase de enfermedades, incluso las hemorroides…

—¿Con agua del mar Muerto?

—¡Qué va! Con agua del mar vivo, que son el lago Tiberíades y el Jordán.

—Entiendo.

Acordamos tutearnos. Al fin y al cabo somos españoles y yo he estado una vez en Burgos, atraído por la catedral.

—¿Así que eres sociólogo?

—Exacto.

—Analizas las reacciones colectivas…

—Eso es.

—Pues no te arriendo la ganancia. Aquí mismo, en Tierra Santa, las comunidades cristianas estamos divididas en no sé cuántas facciones. Disputas humanas, ¿comprendes? Que si esta lámpara es mía, que si esa alfombra es vuestra. Un cachondeo, y perdona la expresión. Pero no te escandalices por eso. Llevamos siglos discutiendo esas bobadas, pero hay algo que nos une: Jesús. Jesús, además de médico, era un malabarista. Nada por aquí, nada por allá, y de repente se sacaba de la manga el Espíritu Santo.

—¡No creerás, Jerónimo, en aquello de las lenguas de fuego!

—Pues sí, creo en ellas. Yo mismo llevo una en la cabeza. Lo que

ocurre es que así, a simple vista, no se ve.

—Conforme. Oye una cosa. ¿No es pecado, aunque sea venial, acariciarse tan a menudo la barbilla?

—El pecado, no venial, sino mortal, sería dejarse la barbilla y luego no acariciársela. Eso nos lo enseñaron los ermitaños, los anacoretas.

—Sé algo de ellos, porque estuve en Egipto, en el desierto, concretamente en un monasterio copto.

—¡Por favor, no me hables de aquellas almas enfermas de tristeza! Yo me ducho todos los días, ¿comprendes? Y prefiero el membrillo y la mermelada a la hierba. Bueno, todos los franciscanos españoles, y somos doce, como los apóstoles… a mí a veces me llaman Judas, ¡je, je!, nos duchamos a diario; en cambio, los franceses, solo una vez a la semana. Y los norteamericanos, tenemos dos, yo creo que se duchan cada cuatro horas. Pero lo que tú, querido Ireneo, necesitas, es otro tipo de ducha.

—¡A que acierto lo que estás pensando! Necesito una ducha espiritual…

—¿Cómo lo has acertado, si acabas de conocerme?

—Es que tengo la impresión de que te conozco desde hace años. Y ahora, dime, ¿de dónde provienen esos pómulos que exhibes al respirar, esos mofletes tipo mongol?

—Es que desciendo de Gengis Khan.

—¿Por vía paterna o por vía materna?

—Por vía materna. Mi abuelo era militar.

—¡A sus órdenes, mi comandante!

—Toma nota de lo que te he dicho. Si me pones demasiadas pegas, te mando al calabozo, donde reinan las tinieblas.

—Conforme.

Acordamos vernos al día siguiente, a las nueve de la mañana, que es cuando Jerusalén ha despertado ya. Jerónimo querría que me hospedara en Casa Nova, pues la Semana Santa ha pasado y casi todos los peregrinos han abandonado sus celdas. Pero yo rehúso la invitación, porque evidentemente el hotel David es más confortable.

Me despido con un irónico *shalom*, pero mi guía a eso no juega. Me saluda con un A-Dios, perfectamente vocalizado, y agitando la mano en la puerta de entrada. Y yo me alejo desandando lo andado, por las mismas callejuelas, en un estado de euforia que no acierto a comprender. Encuentro los mismos borriquillos y algún hábito religioso, ignorando a qué orden pertenece. Si a la orden de la «lámpara», o a la orden de la «alfombra». En vano me digo que Jerónimo es un chiquillo con zapatos nuevos. Un chiquillo. No, no,

hay algo en él que no tiene edad y que me ha golpeado al plexo solar. En el bazar árabe, que tanto le gusta a la mujer del taxista Simón, estoy tentado de comprar alguna fruslería, un espanta-viejas, un bolígrafo, ¡qué sé yo! Una bolsita de caramelos para los botones del hotel David. Por fin compro una naranja, las hay a montones, y juego con ella como si fuera, ¡ay!, una pelota de golf. ¡Jerusalén, Jerusalén! Pienso para mi capote que la ciudad no tiene un «alma» individual sino un «alma» colectiva. Y que necesitaría muchos años para conocerla y meter los correspondientes datos en el ordenador de mi despacho de la calle Balmes.

Al llegar al hotel David me encuentro a Sora esperándome. El recepcionista, de recios bigotes, me dice: «Está aquí desde hace una hora, por si precisa usted de sus servicios». ¡Pobre Sora! Ha elegido un mal momento. Se levanta y se me acerca, aguardando con conmovedora humildad mi decisión. Mi decisión está tomada. Es la primera vez que me niego a aceptar los favores de una mujer. Por lo visto Jerónimo me ha vacunado contra las tentaciones de la carne. No sería capaz de «cumplir con mi deber».

—Lo lamento, Sora, querida. Hoy no te necesito. ¡Por favor, no te ofendas! —Saco unos dólares de mi bolsillo y los pongo en su mano. Sora niega con la cabeza.

—De ningún modo, señor. ¿Quiere que vuelva mañana?

—No, tampoco. Bueno, no lo sé. Estoy muy ocupado —y le ofrezco la naranja que adquirí en el bazar de la puerta de Damasco. La acepta no sin un rictus de tristeza.

Como siempre, me encierro en mi habitación, como un cartujo debe de encerrarse en su celda. Me dispongo a pasar un par de horas leyendo los Evangelios, un poco al buen tuntún, no sin recordar que Zakía me afirmó que sus textos estaban «manipulados» por los teólogos.

Tomo asiento en mi butacón, abro el libro al azar, y topo con frases un tanto sibilinas.

El más grande de vosotros sea vuestro servidor. El que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.

Volviendo de la ciudad, muy de mañana, sintió hambre, y viendo una higuera cerca del camino, se fue a ella pero no halló en ella más que hojas. Y dijo: «Que jamás nazca fruto de ti». Y la higuera se secó al instante.

Porque hay eunucos que fueron hechos por los hombres, y hay eunucos que se han hecho por amor del reino de los cielos. El que quiera entender, que entienda.

Si tu mano o tu pie escandaliza, córtalo y échalo de ti, que mejor es entrar en la vida manco o cojo que con manos o pies arrojados al fuego

eterno.

Mientras decía estas cosas, levantó la voz una mujer de entre la muchedumbre y dijo: «Dichoso el seno que te llevó y los pechos que mamaste». Pero Él le dijo: «Más bien dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan».

Pero, ¡ay de vosotros, ricos, pues que habéis recibido vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis!

Fue invitado también Jesús con sus discípulos a la boda. No tenían vino, porque el vino de la boda se había acabado. La madre de Jesús dijo a este: «No tienen vino». Díjole Jesús: «Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? No es aún llegada mi hora».

¿Lenguaje nuevo? Por lo menos es nuevo el ánimo con que lo leo. ¿Llegaron a tal perfección los poetas persas de que me habló Teymur? No lo sé. Sin embargo, estoy asombrado. No se me aparece en ninguno de estos versículos la mansedumbre de Jesús. Son textos duros, en los que se amenaza, en los que se habla incluso del fuego eterno. ¿Qué decir, qué pensar? Según tales textos, yo, que soy rico, gemiré y lloraré. Y puesto que he escandalizado en mi entorno y en todas partes, debería cortarme las manos y los pies y echarlos de mí. ¿Adónde, al abismo, a la Gehenna de Jerusalén, que al parecer significa «estercolero»? ¿Al mar? ¿Y qué culpa tenía la higuera de estar seca? Y puesto que a lo largo de mi vida me he ensalzado, seré humillado. Jerónimo tiene ante sí una dura tarea para hacerme comprender el sentido exacto de esas palabras. «El que quiera entender, que entienda». Pues bien, yo quiero entender y no entiendo.

Debería abrir el minibar de la habitación y beberme un whisky. Pero ¿quién se atreve a beber whisky mientras lee los Evangelios, y utilizo el plural porque cada evangelista tiene su tono, su sintaxis, su modo de relatar el misterio? Bebo agua de Évian y me apetecería ducharme. Pero el Nuevo Testamento me atrae y sigo leyendo, leyendo, hasta llegar a la Crucifixión. Recuerdo la parrafada de Benjamín, el profesor, con respecto a la prepotencia y la soberbia de Jesús. ¿Dónde está el Cordero de Dios? «Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo». Tal vez esté ahí, en el poder, sorprendente poder, de perdonar pecados. Me levanto del sillón y voy dando vueltas en la habitación. En las paredes, la estrella de David, no el crucifijo. «Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí?» ¿Es posible? ¿No le importaba al Hijo que no hubiera vino para la boda? Claro que acabó trocando agua en vino, lo que es mucho «trocar». Jesús, figura gigantesca, como se admite en el Corán, y que dividió la historia en «antes y después», con solo tres años de vida pública, de predicación a las masas. Topo

con el Sermón de la Montaña, o de las Bienaventuranzas, y dicho sermón tiene la virtud de gotear paz sobre mi atormentado espíritu. Pero luego resulta que Jesús fue tentado por el Diablo. ¿Cómo es posible que el diablo tuviera poder para llevar en volandas a Jesús a un monte muy alto y le dijera: «Todo esto te daré si de hinojos me adorares»? Me gustaría llevar barba para podérmela acariciar. Me gustaría sentir la necesidad de encender mi pipa de siempre, mi «pipa de agnóstico», pero hay algo que bloquea mis deseos: el recuerdo del zoroástrico Teymur —Teymur de nuevo— que me abrió los ojos a la doctrina zoroástrica: «Un dios del Bien, Ahura-Mazda, un dios del Mal, Ahrimán», ambos con igualdad de poder. Así pues, ¿las religiones se repiten, se plagian unas a otras? ¿Tienen igualdad de poder Jesús y el Diablo? Claro que el final es también el mismo: el dios del Bien de Zoroastro acabará venciendo al dios del Mal y Jesús acabará venciendo incluso a los fariseos, incluso a mí, a mis concupiscencias. Lucifer perdió en su rebelión contra el Creador. Me pregunto si yo no seré una réplica de Lucifer, no en el sentido de querer ser Dios, sino en el sentido de rebelarme contra su agresivo Poder. Y en medio de tanto barullo, veo por la ventana que sobre Jerusalén se extiende una bruma también amenazante y se oye el fragor de los truenos. Me pregunto qué habría hecho yo en el puesto de Poncio Pilatos. ¿Hubiera entregado Jesús a los judíos? ¿Lo hubiera absuelto? Difícil disyuntiva, difícil dicotomía. En estos momentos no me sentiría capaz ni de condenarlo, ni de absolverlo, ni de declararme neutral. Sencillamente, no sabría qué hacer. Una vez más, pero en esta ocasión con más doliente presión, su majestad la Duda. En los Evangelios hay versículos y «milagros» maravillosos, entre los que yo destacaría el poder de «andar sobre las aguas» en el lago Tiberíades. Lo único que decido es pedirle a Jerónimo que me dé su versión y, por supuesto, que me acompañe a dicho lago, en la fértil Galilea. Conozco a Jerónimo. Me huelo que me dirá: «Anda, ve, prueba tú a andar sobre las aguas». Y soltará uno de sus ¡je, je!, o tal vez, en esta ocasión, una gran carcajada. Y algo me parece claro: si Jesús fue capaz de semejante milagro, huelgan los análisis, las contraopiniones. Si Jesús —pero ¿quién lo prueba?— fue capaz de vencer la ley de gravedad, no hay más que hablar.

Jerónimo es puntual. Se presenta en el hotel a las nueve en punto, con su hábito pardo, con su cinturón o cordón blanco, con su barbita, con su alegría.

—¿Qué tal? ¿Has dormido bien?

—Regular. Estuve leyendo los Evangelios. Algunos versículos me han desvelado.

—Mejor que mejor. Mejor que dormir es desvelarse.

—Eso depende de los sueños que, durmiendo, se tengan. Yo he tenido muchos sueños placenteros.

—Me alegro, Ireneo. Pero yo te llevo ventaja: vivo en sueño perpetuo. Hay momentos en que me encuentro ya en el paraíso de que los Evangelios hablan.

—¡Qué suerte! Habría que preguntar a los minusválidos, a los enfermos de cáncer o de sida, a Sora… ya te explicaré quién es Sora, si sienten lo mismo. En el mundo hay tantas gotas de dolor que podría con ellas formarse un mar.

—Sí, es cierto. Pero resulta que el Señor consiguió andar sobre las aguas… ¿Sabes a qué me refiero?

—¡Por supuesto! Al lago Tiberíades.

—Tengo que llevarte allá.

—Y yo quiero que me lleves.

—Sin embargo, no adelantemos acontecimientos. Ahora vamos a Belén. Vamos a ver el pesebre más auténtico que te haya sido dado contemplar.

Jerónimo conduce la furgoneta de Casa Nova. Experto piloto, lo que significa que conduce con cautela, sobre todo teniendo en cuenta que los conductores árabes se saltan a la torera todos los reglamentos.

Intento olvidar, por el momento, las perplejidades en que me han sumido los Evangelios y lo consigo. Ruta hacia Belén… Toda mi infancia y toda mi catequesis en los jesuitas me vienen a la mente. Jerónimo me dice que Belén, en árabe BetLejem, significa Casa del pan.

¡Acabáramos! El pan… El pan es el símbolo de la vida, es el alimento número uno, por lo menos en Occidente; en Oriente, por supuesto, el alimento número uno es el arroz. Recuerdo las estatuas de Buda: estaba gordo, tal vez él sí abusó del pan. Pan y vino, la Eucaristía. «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre».

—Belén es árabe casi al ciento por ciento. El alcalde es árabe y en los veinte años que lleva de mandato ha transformado la población.

—¿Población…? Yo siempre lo imaginé un pueblo insignificante en el mapa.

—No es pueblo, tampoco aldea. Es una población, casi una ciudad. Y si tienes oídos y quieres oír, es la ciudad más importante del planeta. ¡Ah, lástima de estas nubes que ocultan la visión! ¿No serás tú el responsable? ¿No serán tus dudas las responsables? No te enfades, es broma, ¡je, je!

Jerónimo me dice que la hora idónea para avistar de lejos Belén, y en consecuencia el Campo de los Pastores de que me habló, es el

amanecer, cuando lo creado vuelve a surgir del no existo, o, por el contrario, al llegar la hora nona, cuando el sol, incrédulo por soberbio, dice que está agonizando y dice mentira, pues ya debe saber que resucitará.

Pregunto por el Campo de los Pastores y Jerónimo sonríe. Me dice que debo utilizar el plural. No hay un *campo* de los pastores, sino tres: el de los católicos, el de los protestantes y el de los griegos ortodoxos. Pero esta pelea es provisional. Llegará un día en que todo será un campo único, naturalmente, el nuestro. La explanada está cuidada en toda su extensión. Por lo visto aquellos pastores que vieron la estrella tuvieron descendencia y han ido perpetuándose hasta hoy.

¡Belén a la vista! Casas blancas, suave pendiente, ningún rascacielos, ningún Hilton presidiendo, como en la panorámica de Jerusalén, pero sí anuncios de Coca-Cola. El tráfico es más intenso aún y Jerónimo hace sonar con energía el claxon, el tictac del corazón del motor. Entretanto, ¿qué hace mi corazón? Bombea pausadamente, como debe ser, tal vez por lejana y benéfica influencia de mi padre.

Al final de la cuesta entramos en la plaza de la Natividad, donde está la basílica y donde está también la cueva, la cueva por antonomasia, que ha hecho correr ríos de tinta y que ardo en deseos de visitar. ¡Ah, los judíos! Hay una pareja de soldados israelíes, *sabras* es de suponer, vigilando la plaza, está llena de autocares árabes pintarrajeados con todos los colores del arco iris. Bajo los pórticos, varios cafés y varias tiendas de *souvenirs*, con ancianos jugando plácidamente al tric-trac y fumando su *narguilé*, al margen del tiempo. Nada los inmuta. Constituyen la versión laica o seglar de los budistas en plena meditación. Observo sus rostros «cargados de años», como en Persia suele decirse de las altas montañas. Los chavales no reparten octavillas subversivas, sino medallas, estampitas, postales, imágenes fosforescentes de la Virgen. Jerónimo comenta:

—Deseo que tales imágenes no te parezcan *naif*. Para el que sabe mirar, todas las imágenes de la Virgen le parecen fosforescentes. Acuérdate de los Evangelios: «Yo soy la luz del mundo».

—Si te parece, Jerónimo, hablaremos de los Evangelios en otra ocasión…

—De acuerdo. Tú ganas… por el momento.

Nos acercamos a la basílica, que carece de grandiosidad. Imposible compararla con las catedrales, con las mezquitas, con las pagodas. A punto de mostrar mi decepción, Jerónimo me señala la puerta de entrada, la única que hay. Puerta diminuta, como de miniatura, tan baja que para cruzarla hay que bajar forzosamente la cabeza.

—¿Qué se pretende con eso? ¿Que los peregrinos hagan un acto de

humillación?

—Nada de eso, amigo. En tiempos pasados, cuando la puerta era de tamaño normal, los camellos y los caballos se metían por las buenas en el recinto sagrado. No hubo más remedio que empequeñecerla, y desde entonces se ha conservado así, probablemente sin razón concreta.

Agachando la cabeza entramos en la basílica, en el momento en que el órgano —«obra de un franciscano, que tardó veinte años en construirlo»— suena. Mi cultura musical es muy pobre y no sé si lo que suena es de Bach, de Vivaldi o de cualquiera de esos monstruos llamados «imperecederos». De lo que no cabe duda es de que el compositor no pertenece al grupo rock del taxista Simón.

Veo unos iconos —«los iconos no han de ser una imagen, sino un misterio»—. Esos iconos son un misterio y tal vez por esta razón varias muchachas árabes se han separado de la cola y se han acercado a ellos para tocarlos con la mano. ¡Oh, claro! ¡Occidente es vista, Oriente es tacto! Alguien me dijo esto, pero no recuerdo quién. ¡He conocido a tanta gente a lo largo de mi singladura!

Jerónimo, antes de entrar en la «cueva», que está al fondo, a mano izquierda, me advierte —y se lo agradezco— que nadie puede garantizar que dicha cueva sea la auténtica. Más aún, tampoco se puede asegurar que Jesús naciera realmente en una «cueva», o «gruta», en el sentido que se da a esta palabra.

—Lo único seguro es que no nació en el hotel David. En los Evangelios no figuran las voces «cueva» o «gruta» ni una sola vez. Solo Lucas menciona, por tres veces, la palabra «pesebre». Los restantes evangelistas, ni eso siquiera. «Y porque no hubo para ellos sitio, sitio *adecuado*, se entiende, en el mesón».

—Así pues —comento—, ¿aquello del establo, del estiércol, del asno y el buey…?

—Simple tradición. Lo único que no es simple tradición es que el Niño era el hijo de Dios.

Tuerzo el gesto. ¿Quién me garantiza, o quién garantiza, que lo que acaba de afirmar Jerónimo es cierto? Se lo pregunto y Jerónimo, sonriendo, responde:

—Es que yo estaba allí. Para Dios no hay pasado, ni futuro. Para Dios todo es presente, de modo que la estrella que ahora, mal que te pese, vas a adorar, es la auténtica estrella que vieron los pastores…

Por fin penetramos en la cueva, bajando los escasos peldaños. Nos precede un fotógrafo con una pata de palo y Jerónimo me dice, después de respirar hondo, que siempre le ocurre lo mismo:

—Cada vez que me encuentro con Cristo, al lado hay un mutilado,

un ser incompleto o doliente, que probablemente pide su curación.

Esto me induce a preguntarme si yo también le pediré a Jesús «mi» curación, habida cuenta de que soy algo así como un «leproso espiritual». Rechazo la idea. Sigo sin querer contagiarme del entorno, de la carga emocional. Así se lo confieso a Jerónimo y este me susurra, con respeto por el lugar en que nos encontramos:

—No está de más, ni está prohibido, al «pensar» en Dios echarle un poco de imaginación…

Por fin estamos delante de la estrella, que brilla menos de lo que supuse. Leo la inscripción: *Hic de Virgine Maria Jesús Christus natus est*… *«Aquí* nació Jesucristo de María Virgen». Vuelvo a torcer el gesto, y Jerónimo se me anticipa:

—Sé lo que estás pensando; pero ¿qué importancia tiene que fuera *aquí* o a doscientos metros más a la derecha? Lo importante es que nació, ¿no te parece? Anda, no seas insensato. Este momento puede ser solemne para ti y para tu recuerdo. Arrodíllate y dale a la estrella el más fervoroso beso de tu vida, y tócala con la mano… Nunca te arrepentirás.

Un tanto desconcertado, obedezco. El órgano continúa sonando. La estrella está fría. Tan fría como la que, en el firmamento, lleva el nombre de mi padre. Querría no distraerme, pero no lo consigo. Me obsesiona la pequeñez del lugar, la negrura del techo, debida sin duda al humo de los cirios y la figura del fotógrafo de la pata de palo, que para besar el *Hic* tiene que retorcerse, doblar su cuerpo con sumo cuidado. Y al momento, mi ordenador cerebral: «Después de tantos siglos, ¿cuántos millones de seres habrán bajado esos peldaños, habrán cantado el ¡*Hosanna*!? Claro que, ¿cuántos millones de seres habrán tocado o meditado ante los infinitos budas que hay solo en Tailandia?»

De nuevo me enfado conmigo mismo y recuerdo otra vez aquella frase: «La Fe no hace preguntas y la Razón no da respuestas». Entonces, en un alarde de gimnasia mental, me digo: «Si Jerónimo no se hace preguntas, representa la Fe, si la Razón no da respuestas, Jerónimo no podría darme ninguna respuesta». Pero he aquí que me sorprendo a mí mismo arrodillándome y tocando la estrella con la frente. ¿Superstición? ¡Yo qué sé! Me siento incómodo y agradezco al franciscano que salga del lugar. Yo le sigo de buen grado, maldiciendo al Diablo que tentó a Jesús y que ahora, pienso, me ha tentado a mí. Desembocamos en un patio con columnas y vemos allá arriba un pedazo de cielo azul. Jerónimo comenta:

—Es curioso. Cuántas cosas bellas tienen el color azul: el cielo, el mar, los ojos de muchos niños, el manto de la Virgen…

—Mírame, Jerónimo. ¿De qué color tengo yo los ojos?

Mi guía se me acerca.

—Sí, algo hay en ellos de azul, pero sobresale el verde…

—¡Qué lástima!

—En verdad que es una lástima. Pero no te atormentes. Ya puedes encender tu pipa… —Y Jerónimo juguetea un momento con el cordón blanco que ciñe su cintura.

—Jerónimo, ya he visto el Nacimiento. Ahora me falta ver la Muerte. Volvamos a Jerusalén y acompáñame a lo que los planos de la ciudad llaman el Santo Sepulcro, donde sospecho que también tendré que echar mano de la imaginación…

—Por supuesto. ¿Cómo te imaginas el Calvario?

—Pues tal y como lo dibujaba en los jesuitas: una colina y encima tres cruces, ocupando Cristo la de en medio, un poco más alta que las demás.

—Pues te equivocas. No es una colina al descubierto. Esto es lo que «dicen» los protestantes, que desde hace veinte años han descubierto «otro» Calvario, un montículo árido, frente por frente de la puerta de Damasco. Nuestro calvario es otra basílica, también, por cierto, propiedad de los griegos ortodoxos, de esos popes cuya voz tanto te gusta, y no es para menos. «Yo suelo decir que, a no ser por la voz, los griegos ortodoxos, con los que nunca he conseguido congeniar, ya habrían desaparecido del mapa». «Y es natural. Nuestro organista suele decir que no hay mejor música que la de la voz humana». «Voz de varón, se entiende. Porque la voz de las mujeres, incluso las de las divas, chirrían un poco, me dañan los oídos».

—Porque eres célibe, Jerónimo. A mí la ópera me fatiga, pero a veces las mujeres, con la voz susurrante, acompañada de algún que otro suspiro o jadeo, resultan una delicia.

—No sabía yo eso… ¡Soy un analfabeto!

—Y que lo digas.

Regresamos a Jerusalén. El trayecto es corto, pero está colapsado. Muchos autocares, muchos taxis, algún borriquillo al trote, una ambulancia que hace tronar su sirena… Me pregunto si el paciente de la ambulancia se habrá emocionado en exceso en la cueva y habrá sufrido un desmayo o algo peor. Bromeando, se lo digo a Jerónimo y este responde:

—Pues mira por dónde, no estaría mal morir donde Cristo nació. Y hablando de eso, he de informarte de que un franciscano de la Custodia, vasco, hace unos años murió en el desierto del Sinaí, en el convento de Santa Catalina, a los pies del Gebel Musa.

—¿Gebel Musa…? ¿Quién era o quién es este caballero?

—No seas tontaina, ¡je, je! El Gebel Musa es la montaña en la que

Yahvé entregó a Moisés las Tablas de la Ley.

—No me hables de Yahvé, por favor. Me cae mal.

—Sí, da un poco de miedo. Pero Jesús, como quien no quiere la cosa, le pegó un revolcón… Y dime, Ireneo, ¿podrías recitarme los diez mandamientos?

—Podría, pero eso de «no desear la mujer del prójimo» es algo demasiado duro para mí.

—Ya… ¿Y los siete pecados capitales?

—Creo que sí. Aunque yo añadiría otro, que es el peor: el pecado de omisión.

—¡Enhorabuena! Es lo más sensato que te he oído desde que te conocí. Yo nunca me confieso de lo que he hecho, sino de lo que he dejado de hacer.

En la plaza de la Natividad hemos comprado un ejemplar del *Jerusalem Post*. En él, y rebasados ya los Campos de los Pastores, leo una noticia que me produce enorme sobresalto: unos científicos ingleses y escoceses han conseguido la clonación de una oveja y se teme que, a partir de este hallazgo sin par, pueda obtenerse más adelante la clonación de las personas, de los seres humanos. El doctor que ha dirigido durante diez años las investigaciones se llama Wilmut y la oveja se llama *Dolly*. Le leo en voz alta a Jerónimo la noticia y pega un frenazo que a poco nos hace perder el equilibrio.

—¿Cómo dices…? Repite, por favor.

Le leo de nuevo el breve reportaje y por primera vez no suelta ningún ¡je, je!

—Es asombroso.

—Asombroso e inquietante, amigo. Porque, ya sabes: la ciencia no se para en barras. Por más voces que salgan clamando que ello no sería ético, que sería inmoral, etc., las investigaciones seguirán adelante.

—Pero ¿te imaginas, Ireneo, la clonación de las personas? Multitud de seres humanos, todos iguales. ¿También serían iguales las huellas dactilares?

Consulto el periódico.

—También. Lo único que variaría con el tiempo sería lo debido a la crianza, la educación, el medio ambiente, etc. ¡Es asombroso!

—¿Qué opinas tú, Ireneo, que eres hombre de mundo?

—Pues no opino nada. Tengo que digerir esto. De modo que aplazaremos para mañana la visita al Santo Sepulcro, la Muerte del Señor, como tú la llamas. Quiero quedarme solo en el hotel David.

—¿Has dicho que los científicos eran británicos y escoceses?

—Sí, eso dice el corresponsal.

—Protestantes… ¡estaba cantado!

—No seas mentecato. Eso no tiene nada que ver. Aquí se habla de una parte positiva, como podrían ser los trasplantes, lo cual encandilará a mi padre. La parte negativa la imagino: podrían crearse Judas a voluntad. Pero también podrían crearse a voluntad hombres como Jesús.

—¡Eso jamás! —replica Jerónimo—. Jesús es irrepetible. Jesús no solo era hombre, sino al mismo tiempo Dios. A ese binomio se la llama, como sabes, unión hipostática.

—Extraña palabreja.

—No es ninguna palabreja. Es una victoria de la semántica.

—Un momento. ¿No decís que se espera que Jesús vuelva a la tierra gloriosamente, con todo su poder y majestad?

—Eso decimos. ¿Y qué?

—Pues que a lo mejor estamos en vísperas del acontecimiento… En vísperas del final de los tiempos…

—Calma, calma, no sé si te chanceas o no. Eso no tiene nada que ver. —Jerónimo agarra con fuerza el volante, Jerusalén asoma a lo lejos y añade—: Lo que me sorprende es que el *Jerusalem Post* no atribuya el hallazgo a los investigadores judíos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no pasa semana sin que las agencias, que están bajo su control, no anuncien un descubrimiento sensacional, científico o arqueológico: sobre el cáncer, sobre nuestro entresijo neuronal, sobre la desalinización de las aguas del mar… O sobre el descubrimiento de la ciudad de Abraham, Ur, o el esqueleto del primer dinosaurio… Y luego nunca más se supo.

—Los judíos no te caen bien, ¿verdad, Jerónimo?

—Ni bien ni mal. Hablo con objetividad. Son hermanos míos. Y Jesús era judío, lo que me basta y sobra; pero, amigo, los *sabras* son de armas tomar, y nunca mejor dicho. Y la verdad es que les debemos grandes intuiciones y admito que han contribuido decisivamente a los avances de nuestra civilización. La potencia de los Estados Unidos, por ejemplo, es en gran parte obra de los judíos que residen allí, que controlan las finanzas, las productoras de cine y televisión, y que de vez en cuando vienen aquí, a su «añorada» patria, y dan una palmada al hombro a los pobres que sudan en los *kibutzim*. Aquí, en Israel, no cabe duda de que han hecho maravillas. Aunque en uno de sus intentos fracasarán.

—¿A cuál te refieres?

—A acorralarnos, a acorralar a la Custodia franciscana, a través de los decretos del Ministerio de Cultos. Querrían borrarnos del mapa.

Pero te doy mi palabra de seguidor de Cristo que no lo conseguirán. Entretanto hacen lo imposible para arañar cuanto pueden nuestras propiedades y nuestros derechos. Desde ahora puedo jurarte, y solo juro una vez al año, por mi cumpleaños, que la *Dolly* esa, que tiene nombre de artista de cine, que esa oveja tampoco es judía. Los judíos hubieran hecho los experimentos con un topo, y que Yahvé me perdone.

—Yahvé tal vez te perdone, Jerónimo; pero Jesús no creo. Y yo tampoco. Mira si me ha sentado mal lo que acabas de decir, que había declinado visitar el Museo del Holocausto y ahora me apetece ir. Como sabes, soy sociólogo y los genocidios, en consecuencia, me atraen de manera especial.

—De acuerdo, conforme, pero no te pongas nervioso. Confieso que a veces soy más papista que el papa; pero si vivieras en Tierra Santa, día tras día, comprenderías mi reacción.

—No lo creo. Mejor dicho, no lo sé.

—Tampoco sabes, estoy casi seguro, la diferencia que hay entre fariseos y saduceos, entre zelotas y esenios. Y me da en la nariz que ni siquiera serías capaz de recitarme de carrerilla el Credo.

—Es verdad. Pero no me culpes de esto a mí. Cuando oí, de pequeño, que Cristo bajó a los infiernos cerré la tapa del piano y nunca más he tocado una tecla.

—Por lo menos sabrás que eso se quitó ya del texto, ¿no?

—Peor aún. Generaciones enteras de cristianos creyeron que Cristo bajó a los infiernos y es posible que esta frase los persiguiera a lo largo de su vida.

—Has encontrado un filón… En el fondo, eres un minero.

—No, no, en el fondo soy un ejemplar clónico de Freud, quien, por cierto, no sé si lo sabrás, era judío.

—Sí, lo sabía. Te parecerá raro, pero lo sabía. Y hablando de saber esto o lo otro, ¿sabes que Jesús, pese a ser judío, no tocó nunca una moneda? ¿Eh, qué dices a esto? Fustigó a los mercaderes pero en los Evangelios no figura en ningún momento que tocara con sus manos una moneda. No creo, viendo el viaje que te has pegado y te pegas, que eso mismo pueda decirse de ti.

—Por supuesto que no. Yo vivo a mi aire y no me creo redentor de nada. Y ahora no me digas que me redima a mí mismo, que no pienso hacerlo, pese a que soy mucho menos feliz que tú, que lo tienes todo resuelto.

—Cierto. No solo la salvación del alma, y toco madera, sino también el *modus vivendi*. En Casa Nova tengo garantizados el plato en la mesa, el techo y la enfermería en la vejez, en el optimista supuesto

de que llegue a viejo.

—No está mal. Lo tenéis óptimamente organizado.

—No faltaba más. Pero en mi lugar querría yo verte. Acompañando a turistas más bien pedantes, que le ponen pegas a Dios. Moralmente se sufre, se sufre más de lo que puedas imaginar.

—Nadie lo diría, ¡je, je! En el fondo te envidio, Jerónimo. Ni siquiera puedo acariciarme la barbita, porque me afeito todos los días.

—Bien, basta de este tira y afloja. ¿Te dejo en el hotel David?

—Si no te importa…

—¿Entonces, el Santo Sepulcro, la Muerte, como tú la llamas, mañana a las nueve?

—Conforme. Hasta mañana. *Shalom*…

—Adiós.

Está visto que no tengo remedio, que no hay «salvación» para mí. En el *hall* del hotel me encuentro de nuevo a Sora, que lleva una hora esperándome, «por si necesito sus servicios». El cambio de clima es radical. No lleva escote, pero como si lo llevara. Es un pedazo de mujer, o, mejor dicho, una mujer entera. No imaginaba yo tamaña irrupción. Pero de pronto, adivirtiendo que los recepcionistas aguardan con expectación, me digo: ¿por qué no?

—Con una condición, Sora. Mi estado de ánimo no es el mismo que la vez anterior… Acabo de visitar algo que me ha dejado K.O. Sube conmigo y veremos qué pasa.

En la habitación, sobre la cama, los Evangelios. Sora empieza a desnudarse y de repente me convenzo de que no podría estar a la altura de las circunstancias.

—Siéntate, Sora. Y hablemos un poco. Ya te dije que no era el momento oportuno para mí. Acabo de llegar de Belén, de la cueva. Dime, ¿eres musulmana?

—Desde luego. Como toda la familia.

—¿Qué significa Jesús para ti?

—Lo que creemos los musulmanes, lo que me ha enseñado mi abuelo. Un gran profeta.

—¿Nada más?

—No entiendo lo que quiere usted decir.

—¿Para ti no fue, no es, Dios, o Hijo de Dios?

—Para mí, Dios es Alá, y cumplo con mis obligaciones.

—¿Cómo te imaginas a Mahoma?

—No lo sé… Es algo tan grande que no puedo imaginármelo.

Advierto que el interrogatorio intimida a Sora y doy un giro al diálogo.

—¿Vives con tus padres?

—Sí, en la parte árabe de las murallas.

—Cerca de Casa Nova.

—Muy cerca. Los franciscanos nos ayudan. Gracias a ellos aprendí a leer.

—¿A qué se dedica tu padre?

—Trabaja en el bazar de la Octava Estación.

—¿Cómo…?

—Sí, hablo del Vía Crucis.

—Ya. Y entonces, ¿por qué tú te dedicas… a eso?

—Porque somos siete hermanos. Tengo que ayudar.

—¿Cuándo empezaste?

—Hace dos años. Soy muy joven.

—Sí, ya lo veo. Y dime una cosa. ¿Cuál fue el primer hombre que te llevó a la cama?

—Mi padre.

—¿Cómo…?

—Sí, es natural.

—¿Natural?

—Sí, ¿por qué no? Mi padre se acuesta también con mis otras dos hermanas.

—¿Y con los hermanos también…?

—¡Eso nunca! No es una cosa natural.

—¿Has oído hablar del sida?

—Sí, pero no sé lo que es. De todos modos, mi padre usa preservativo.

—Es lo menos que puede hacer…

—No sé.

—¿Y si quedaras embarazada?

—¿De mi padre?

—Sí, de tu padre.

Sora encoge los hombros y se cubre la cabeza con el pañuelo anudado al cuello. Es evidente que se siente incómoda y que lo que desea es marcharse cuanto antes.

—Abortaría.

—¿Cómo…? Esto es muy serio.

—Abortaría. Es natural, ¿no?

—Pues… no sé qué decirte.

—Si no le importa, me voy. ¿Tengo que volver algún día?

—No, no… Bueno, no sé. En todo caso, desde el hotel te llamaré. Mejor dicho, los recepcionistas te llamarán. Y ahora, toma —y deposito en sus manos un puñado de… monedas.

Sora, tranquila, sin traumas, se va. Es joven. Es mucho más joven

que los Evangelios, que yacen sobre la cama.

La visita me ha dejado un sabor raro. Es la segunda vez que rechazo a esa mujer, mujer jovencísima. ¿Algo ha cambiado dentro de mí? Ni siquiera me apetece encender mi pipa. Necesito dormir. ¿Lo conseguiré? Supongo que sí… «Es natural». Abro el minibar, me tomo de un sorbo una naranjada, me acomodo en el sillón y al cabo de unos minutos de contar ovejas… precisamente ovejas, me duermo como un bebé, no sin preguntarme si hubiera sido deseable que mi madre, en vez de traerme a este mundo, hubiera abortado. No, no… Hubiese sido la Nada… Y la Nada es inconcebible…

Me despierto con sobresalto. Tengo un hambre feroz y pido que me traigan a la habitación una copiosa merienda, con té y tarta de manzana para terminar. Aunque no me gusta comer solo, ya he empezado a acostumbrarme, ¡qué remedio! Las imágenes de la mañana se mezclan en mi cerebro, de forma un tanto explosiva. ¿Cómo poner en orden mis ideas? Se me ocurre la solución-Jerónimo: los Evangelios, los Evangelios otra vez. Y tal vez Pablo de Tarso, de quien tengo pésimas referencias en lo que atañe a su concepción de la mujer, aunque la verdad es que he olvidado los textos.

Abro los Evangelios buscando al Cristo «manso de corazón». Y he aquí que lo encuentro.

… Y al que quiera litigar contigo para quitarle la túnica, déjale también el manto. Da a quien te pida y no vuelvas la espalda a quien desea de ti algo prestado.

Porque si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial.

Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá.

¿Quién de entre vosotros que, teniendo cien ovejas y habiendo perdido una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va en busca de la perdida hasta que la halle?

Si peca tu hermano contra ti, corrígelo, y si se arrepiente, perdónalo. Si siete veces al día peca contra ti y siete veces se acerca a ti diciéndote: «Me arrepiento», le perdonarás.

La paz os dejo, la paz os doy. No como el mundo la da os la doy yo. No se turbe vuestro corazón ni se intimide.

Sin cerrar el libro voy en busca de san Pablo. Y hallo lo siguiente: Carta a los tesalonicenses:

Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación: que os abstengáis de la fornicación, que cada uno sepa guardar su cuerpo en santidad y honor, y no con afecto libidinoso, como los gentiles, que no conocen a Dios.

Cierro el libro. Pienso que san Pablo escribió esto para mí, contra

mí. Más duro me parece el apóstol que el propio Jesús. Si todo esto es cierto, ¿cómo podré mañana presentarme en el Santo Sepulcro? ¿Y qué le diría Pablo a Sora, y sobre todo, al padre de Sora? Claro que el padre de Sora no es el Padre celestial al que Jesús invoca, sino su antítesis. Recuerdo a Zakía, que me habló con toda crueldad del incesto en tiempos de los faraones. Mi digestión de la merienda copiosa es lenta, me siento abotargado y abotargado también está mi espíritu. Jesús, signo de contradicción… Resulta cierto. Hay mil maneras de leer los Evangelios y una distancia sideral entre un versículo y otro versículo. Si lo leyera entero —digo, poniéndome en pie ante el espejo—, estoy seguro de que mi cabeza estallaría. Lo lógico debe ser que cada cual pellizque de esos textos lo que estime que le pertoca. Por ejemplo, yo me siento capaz de perdonar siete veces a Benjamín Cohen, mi guía judío, cuya última mirada la guardo en mi retina; en cambio, soy incapaz, por lo menos hasta el momento, de renunciar a la fornicación. Y tampoco me sentiría con fuerza para renunciar a las ganancias que atesoré en mi profesión, pese a que en determinadas ocasiones opté por prescindir de los escrúpulos. El listón del Evangelio es muy alto, tan alto que el espejo me devuelve la imagen de un enano. Bien vestido, eso sí. Un *gentleman*. No sé por qué, mi imaginación se desborda y pienso en lo atractivo y asombroso que sería que en los Rollos del mar Muerto se encontrara una cita en la que se afirmara que en el Cielo —¿dónde está?— podría yo jugar al ajedrez con algún arcángel. Me pregunto también si los ángeles son clónicos, como la *Dolly*, o bien cada uno ofrece su propia e individual personalidad. ¡Tonterías! ¿Estoy borracho? Tal vez sí. Jerónimo está borracho de tanto beber la palabra de Jesús. Y los misioneros que mueren en Ruanda están borrachos de amor por Jesús. Y los ermitaños del antiguo Egipto lo estaban hasta tal punto que se dejaban picar por los mosquitos o vivían durante años en lo alto de una columna. Las ciencias avanzan, sí, como se ha demostrado en Escocia en estos días. Pero ¿llegará un momento en que a través de Internet podremos conectar con el Cielo? Jerónimo me diría, tal vez con razón, que la manera más segura de conectar con el Cielo, con el Padre, es conectar con Jesús.

Me siento angustiado, pero no me doy asco. Angustiado porque en esta tarde jerosimilitana no se hace dentro de mí la Luz. «¡Ay —me dijo Javad—, ay de ti si te aficionas a las letras mayúsculas!» Decir «luz» no es lo mismo que decir «Luz». Decir «padre» no es lo mismo que decir «Padre». Padre… ¿Me acuerdo del Padre Nuestro? Vamos a ver: Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el

cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal. Amén.

¡Eureka! ¡Lo he recordado de carrerilla! Pese a la mala digestión, mi archivo mental ha respondido favorablemente. La estrella… La estrella de plata en la cueva de Belén. ¡Qué lejos está Belén! —BetLejem, Casa del pan—. Intento memorizar la Salve Regina y fracaso. ¿Por qué será que Jerónimo me ha hablado muy poco, o quizá nada, de la Virgen María? Era una doncella humilde, de una aldea llamada Nazaret, que iba a la fuente a por el agua clara y cuyas imágenes «deberían ser todas fosforescentes». Atención, atención… ¿Quién me dijo que era preciso no dejarse aprehender por la belleza poética del lenguaje evangélico? ¿Y si leyera el Apocalipsis? No, no me atrevo. Soy un cobarde. Según lo que en él encontrara, cerraría el piano y no tocaría ya ninguna tecla más. Y la verdad es que tengo miedo. Por primera vez en mi viaje tengo miedo. Me tomo el pulso. El pulso está revuelto, descompensado, con aparatosas sacudidas. Me gustaría dormirme otra vez… Pero ¿quién es capaz de dormir teniendo al lado los Evangelios?

Todo ha sido como un sueño, no sé si un mal sueño o el único sueño auténtico que he tenido en mi vida. Ah, pero he ahí que he encontrado la palabra clave: autosugestión. En los libros esotéricos y de parapsicología se habla de esto con detalle. A caballo de la autosugestión se han producido estigmatizados y levitaciones. Conecto la radio y busco una emisora de música rock. No la encuentro, pero sí encuentro cantos espirituales africanos. Voces humanas… Voy a ducharme. Yo también soy el que soy. No vaya a ser que caiga en la tentación de negarme a caer en la tentación. Me llamo Ireneo Morente y sigo siendo agnóstico. Buda queda lejos, meditando… Confucio queda lejos, ejerciendo de pedagogo. Zoroastro habita, escondido, en el Bazar de Teherán. Y Mahona subió al cielo, arrebatado, desde la mezquita de Ornar, que debería visitar, en homenaje a Zakía… Todo queda lejos, excepto mi corazón… y la ducha.

Jerónimo es puntual. No se ha dejado en Casa Nova ni el hábito ni la barbita. Está de buen humor, como era de esperar. No le hablo de los Evangelios, ni de Sora, pero sí de san Pablo. Le pregunto si puede ser cierto que Saulo, camino de Damasco, se viera de repente rodeado de una luz del cielo y al caer a tierra oyera una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»

—¡Pues claro que es cierto! La luz puede hacerse presente en el alma del hombre en el momento más impensado. Ojalá se haga la luz dentro de ti ahora que vamos al Santo Sepulcro.

En el camino, con la furgoneta de Casa Nova, me previene contra una posible decepción. Gólgota significa cráneo o calavera y la colina que nos imaginamos apenas si se merecía el nombre de tal. Tenía a lo sumo seis o siete metros de altura.

—Ha sido la piedad histórica la que ha convertido aquello en promontorio, el cual, ahora, ni siquiera es visible. Todo ello se ha convertido en basílica, no muy lograda, por cierto, para que los vientos y el tiempo no arrasaran el lugar. Pero no importa, Ireneo. Lo importante es que Cristo murió crucificado, lo cual no puede decirse de ningún otro fundador de religión, para usar un lenguaje semejante al que tú empleas.

Menos mal que Jerónimo me ha prevenido. Porque al entrar en la basílica me encuentro con un templo caótico, dividido en compartimientos estancos, perteneciendo en gran parte a los griegos ortodoxos. Los franciscanos no son dueños más que de un pedazo al fondo a la izquierda, aunque Jerónimo me advierte, sonriendo, que para el caso con un centímetro que fuera suyo bastaría. «La cuestión es la *presencia*». Setecientos años, ¿te das cuenta? Nos pasamos la antorcha, o el testigo, como dicen los deportistas. No tenemos hijos, pero tenemos sucesores. Y la certeza de que continuaremos teniéndolos. ¿No opinas que hay en esta certeza algo misterioso o, si lo prefieres, algo inexplicable? Confiar en los «hijos de la carne» es ginecología; pero aguardar «hijos del espíritu» es más complicado.

No hay casi nadie en la basílica, lo cual me sorprende. Solo un par de guías esperando clientes, es de suponer. A la derecha de la entrada, una escalera de caracol que me llama la atención.

—¿Y esa escalera, Jerónimo?

—Es precisamente la que conduce al altar de la Crucifixión. Vamos a subir. Como te diría Jesús: ven y sígueme.

Le sigo como un monaguillo, respirando hondo, no sé por qué. Tal vez porque los peldaños son muy altos y exigen un cierto esfuerzo. Al llegar arriba, ¡el Calvario! Y, de inmediato, a pesar de las prevenciones, la decepción. No se trata de un altar humilde, como el de la cueva; se trata de un altar suntuoso y deslumbrante, con fáusticas lámparas que cuelgan del techo, con muchos candelabros y parpadeo de llamas y reflejos. A duras penas si descubro, en medio de tanto lujo, la imagen sencilla y estilizada del Crucificado, abiertos los brazos. En la parte superior del madero, el INRI que resume el sacrifico de Jesús. El mosaico que pisamos es también riquísimo y nada permite imaginar aquí el «Cráneo» desnudo sobre el cual, luego de *dar un grito*, expiró el Nazareno. Recuerdo que en casa de mis padres tenemos varios cuadros *naifs* que representan con mucha

mayor autenticidad el drama cruento que, según los textos, tuvo lugar «en la hora nona». Así se lo digo a Jerónimo y este, sin dejar de mirar el altar me contesta:

—Pues ya ves. Tú crees que siempre estoy riéndome o a punto de reírme, ¿no es cierto? Pues no. Cada día, al llegar la «hora nona», o sea, al ponerse el sol, pienso en ese versículo y me pongo a rezar.

No tengo por qué dudar de su palabra y siento dentro de mí que se acrecienta el respeto que me inspira mi guía.

Nos preceden dos peregrinos que se acercan al altar, a cuyos pies destaca un hoyo abierto en el pavimento. Me entero de que introduciendo el brazo en dicho hoyo, la mano consigue *tocar* la roca gol-gótica que está debajo. He decidido cerrar la boca por cuanto me sé de memoria la respuesta de Jerónimo, respuesta, por lo demás, claramente lógica: «¿Y qué más da si la roca fue *esta* u otra a cien metros de distancia?» Jerónimo parece adivinar mi pensamiento y dice:

—Debería prohibirse a los notarios visitar la tierra de Jesús…

En una columna a mi derecha veo un fresco representando el beso de Judas; a mi izquierda, un anciano de cuerpo alámbrico, compuesto solo de piel y huesos, avanza de rodillas hasta meter el brazo en el hoyo. En este momento, Jerónimo me tiende un ejemplar diminuto de los Evangelios y me dice: «Lee esto, por favor. Ahí, en esa página». Obedezco y leo, en el libro de san Marcos, «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» *Eli, Eli, lema sabactani*; y un poco más adelante: «Mas Jesús, dando un grito, expiró».

Sin darme cuenta me postro de rodillas. Yo, que sería capaz de contemplar miles de seres humanos expirando, sin notar en mis adentros la menor emoción. ¿Algo está cambiando en el aire? No quiero cantar victoria, pese a que segundos después oímos un ¡*Hosanna*! cantado desde abajo, desde la puerta de entrada, por un grupo de peregrinos, es de suponer. También este ¡*Hosanna*! me suena de un modo especial, remontándome a mi niñez. Y he aquí que se trata de unos peregrinos singulares: un grupo de *boy scouts* vestidos con pantalón corto y blandiendo cada uno de ellos un cirio como si fuera una bandera. Sé, mejor dicho, intuyo, lo que Jerónimo está pensando: «Dejad que los niños se acerquen a mí».

Las voces enmudecen y oigo que los componentes del coro suben por la escalera de caracol. Y entonces me fijo en un monje barbudo sentado a la izquierda del altar, ante una mesa con cestillos repletos de velas. Comprendo. Los peregrinos compran las velas y las encienden, depositando en la bandeja un billete de mayor o menor cuantía. El viejo alámbrico, que por su aspecto podría ser un mendigo,

cumple con el rito y yo, un tanto avergonzado, cumplo también. La llama del cirio que me ha tocado en suerte tiembla, como tiemblan los labios de Jerónimo, que repite una y otra vez, en voz bajísima: *Eli, Eli, lema Sabactani*. Me doy cuenta una vez más de hasta qué punto la fe puede transformar el alma, de la que alguien dijo que «empieza donde termina lo demás». ¿Es posible que Jerónimo se emocione aún, teniendo en cuenta que habrá visitado este altar centenares de veces, muchas de ellas «al llegar la hora nona»? Así se lo digo y me contesta:

—Pues ya lo ves. Cada día me emociono más. Sí, entiendo: el riesgo de la rutina. Algunos compañeros, para qué mentir, acaban tropezando con la indiferencia, ante el entusiasmo del Diablo; que Dios no permita que la indiferencia me gane a mí. También tengo momentos bajos, no creas; pero hoy, acompañándote a ti, Ireneo, no caeré en esa tentación. Y ahora, anda, arrodíllate y pon el brazo en el hoyo.

El hoyo… ¡He metido el brazo en tantos hoyos! Pero, sí, claro, este es un hoyo único, no hay otro igual. Obedezco y la sensación al tacto es de frío, de cierta frialdad. ¡Ah, me salva la presencia de los *boy scouts*, cuyo abanderado, además del cirio, lleva en lo alto el escudo del Reino Unido! Los niños cantan ahora a pleno pulmón, en latín, el Credo. Observo sus rostros, ganados por la emoción. Dada su edad, comprenderían mal, supongo, que sus padres «los abandonasen». Por lo demás, confieso que al tocar la *roca* he formulado un deseo, rompiendo con mi tradicional costumbre: he deseado, simplemente, ser un hombre «bueno». Se lo digo a Jerónimo y el guía, que ha recuperado la sonrisa, me contesta:

—Pues no es poco pedir. Yo llevo muchos años deseando ser un hombre bueno y no he alcanzado aún el *placet* del Señor.

El *placet* del Señor. No me gusta el léxico eclesial. Se me antoja enfático. No obstante, debería aceptarlo con naturalidad. «Es su oficio», pensé. Y he aquí que ahora es la palabra «oficio» la que me duele como una transgresión. Jerónimo no es un zapatero, no es un minero, no es un sociólogo: es un hombre que, voluntariamente, dejó a sus padres y hermanos y se vino a Tierra Santa a «expirar», en el sentido espiritual del término. Dicho de otro modo, a cambiar la piel del hombre viejo por la piel del hombre nuevo. ¿Qué tendrá el Evangelio cuyos vocablos y el ritmo de sus frases se clavan muy adentro? Bah, también se pegan muy adentro las melodías de algunas canciones oídas en la niñez.

En este momento llega un grupo de peregrinos hispanoamericanos, a las órdenes de un guía «judío». Jerónimo presta atención. El guía, señalando con el índice, y con indecible energía, una inexpresiva

imagen de la *Dolorosa* que ocupa un lugar preferente a la derecha del altar, en una hornacina discretamente iluminada, dice:

—Vean ustedes, señores, esa patética imagen de la Virgen María… La Virgen María no pudo soportar la visión de los suplicios que Jesús, su hijo, estaba padeciendo, y antes de que el martirio se consumara, ella misma se clavó una espada en el corazón…

Alzándome de puntillas veo que, en efecto, la imagen, en vez de llevar clavadas siete espadas, lleva una sola.

—Y ahora, señores —prosigue el guía—, veamos el altar del Calvario. Allí está el monje, que les facilitará a ustedes los cirios y las velas que deseen…

Mi estupor es absoluto. Temo que Jerónimo se lance a increpar al guía, pero no lo hace. Consigue controlarse, cerrando y apretando los labios, hasta que logra articular unas sílabas dirigidas a mí:

—No puedo intervenir… Lo tenemos prohibido. No puedes imaginar lo que publicaría mañana el *Jerusalem Post*.

Jerónimo se percata de que mi estado de ánimo ha rebasado los normales límites de mis contradicciones y se abstiene de continuar enseñándome la basílica, cuarteada por las diversas confesiones religiosas aglutinadas en su interior. Al igual que en la Natividad, en Belén, los dueños y señores son los griegos ortodoxos, cuyas voces yo hubiera deseado escuchar. Pero están también los armenios, los coptos, los etíopes, etc. «Rompieron a pedazos su túnica y la sortearon», se disculpa Jerónimo. «Pues los cristianos, dos mil años después, hacemos lo mismo, tal vez para dar continuidad al hecho histórico de que los mismísimos Pablo y Pedro anduvieron a la greña».

Salimos fuera, donde un grupo de monjas se aprestan a entrar en la basílica. Inesperadamente, Jerónimo, que ha recuperado ya del todo su buen humor, me pregunta:

—¿Has estado en Grecia?

—Sí, dos veces.

—¿Viste el Omphalos, o sea, el ombligo del mundo, según los griegos?

—Sí, lo vi.

—Pues esos griegos, que tanto sabían, se equivocaban: el verdadero centro del mundo está aquí, en el hoyo en el que acabas de hundir tu mano.

—¡Ay, Jerónimo! Llevo meses andando de país en país, con mi itinerante corazón, y en todas partes me encuentro con personas que creen vivir en el centro del mundo. Los chinos, por ejemplo… Y en Camboya, al lado de Tailandia, los indígenas creían que el centro del mundo estaba en sus templos, los templos de Angkor Watt…

—Bien, de acuerdo. A cada cual con su fe. A lo mejor resulta que el mundo no tiene centro, ¡je, je! Pero yo desearía que tú tuvieras uno. A ver si, al término de tanto viaje, eliges el tuyo, y ojalá que sea el de Jesús.

—Ojalá, Jerónimo. ¡Qué más querría yo! Porque la verdad es que la vida se me escapa de las manos y todo en mí es periférico.

Jerónimo se detiene y, por primera vez, luego de decirme que tengo su permiso para encender mi pipa, añade:

—Hay una palabra excelsa, no me gusta decir importante, que todavía no te he oído pronunciar.

—¿Cuál es?

—La palabra AMOR.

—¿Amor con mayúscula?

—Me conformaría con la minúscula, ya ves.

—Tienes razón, egregio mentor. He amado centenares de veces y todavía no sé lo que es el amor.

—Yo tampoco lo sabía cuando creía saberlo, porque amaba a mis padres y hermanos. Ahora sí lo sé. Desde que profesé y llegué a Tierra Santa. Te diré una cosa. Sería capaz de dar la vida por Jesús.

—¿La vida…? Eso es mucho.

—Te diré más, y no te enfades: sería capaz de dar la vida por ti.

Ha sido un escopetazo. Porque de repente me doy cuenta de que Jerónimo no miente, de que ha dicho esto porque lo siente. Estamos en la Vía Dolorosa. Bazares árabes por todas partes. Se oye el canto del almuecín de tumo.

—Si vuelves a decir eso, Jerónimo, te pego el bofetón del siglo.

—Puedes pegármelo, pero no lo harás. ¿De qué te iba a servir? Yo seguiría pensando lo mismo. —Y Jerónimo se acaricia la barbita y acelera el paso.

Capítulo VII

Mi cansancio ha llegado al límite, aparte de que Jerónimo me ha noqueado con sus palabras. De modo que renuncio a seguir en Tierra Santa y me dispongo a regresar. A regresar a Barcelona, a mi piso, al despacho de la calle Balmes, a mi «patria». Renuncio, por tanto, a visitar la incomparable mezquita de Ornar, pese a saber que desde allí Mahoma «ascendió» al cielo, renuncio a subir hasta Galilea —pese a saber que allí nació Jesús y allí está el lago Tiberíades, que según cierta leyenda jamás se secará—, renuncio a bajar hasta Judea, donde está Sodoma, renuncio incluso a visitar el Sinaí, con todo lo que la montaña supone para los judíos y los cristianos.

Estoy cansado y no creo que un último esfuerzo pudiera aportarme nada nuevo, ¡ni siquiera el Museo del Holocausto! Lo hecho, hecho está. He vivido la mayor experiencia de mi estancia en este mundo, tan alejado y tan próximo de cualquier otro mundo y nadie podrá quitarme la «buena intención». Por un momento, en mi habitación, solo con mi cerebro y con mi magma intestinal, pienso en el suicidio. Pero rechazo la tentación, no solo por cobardía —discusión eterna la de si el suicida es un valiente o un cobarde—, sino porque virtualmente en todas las religiones está proscrito. En el catolicismo durante siglos los suicidas no tenían derecho siquiera a un entierro en «tierra sagrada». Mahoma escribió, en el Corán: «Aquel que se quita la vida sin esperar el día de su destino, arderá en el infierno». Zoroastro, teniendo en cuenta que al final de los tiempos vencería Ahura-Mazda, el Dios del Bien, consideraba un error precipitar los acontecimientos; y en cuanto a Buda, estimaba inútil el suicidio, dado que, por mor de la teoría de la reencarnación, suicidarse no era de ningún modo el FIN. Confucio no habló de ello, que yo sepa, acaso porque en la China antigua, que era la suya, los condenados a muerte tenían permiso para suicidarse y de este modo evitar la vergüenza del castigo público. Y al margen de la religión, es decir, como mera tesis filosófica, tenemos que Cicerón dijo: «¿Por qué tenemos que sufrir? Disponemos de una puerta abierta: la muerte, refugio eterno en el que el hombre ya no siente nada…» Asimismo recuerdo —va a resultar que no soy tan

analfabeto como supuso mi guía tailandés—, recuerdo dos hechos, a buen seguro dos leyendas: la de Empédocles, que se lanzó al interior del cráter del Etna por no haber podido encontrar la explicación de la explosión de los volcanes; y la referente a Aristóteles, quien se envenenó en Calcis, por no haber encontrado explicación al fenómeno de las mareas.

Suicidarme, no —podría hacerlo en la bañera, con agua tibia o arrojándome desde la terraza del hotel al vacío israelí, aunque esto último resultaría casi divertido pensando en el alboroto que se produciría buscando al culpable—; suicidarme, no, porque todavía hierve la sangre en mis venas, porque provocaría un infarto mortal en mi padre y, además, porque no me da la gana. Este último argumento, acaso por la soberbia que me domina, es el definitivo. Así que abro el minibar y me bebo el último whisky seco, después de lo cual ensombrezco el espejo con mi aliento.

Así pues, ¿cuándo moriré? La más cruel, o tal vez la más generosa, de las incógnitas. Es una bendición de ese Cielo inconmensurable no saber cuándo uno tiene que morir. Contemplaríamos sin descanso el avance del minutero del reloj y cometeríamos toda suerte de locuras. Por mi parte, me digo y repito que, no sé por qué razón, procuraría que la muerte no me llegara mientras estuviera copulando con Lupe, a quien echo de menos. No precisamente su «carne», sino su experiencia. O la ternura con que me trató siempre, hasta llegar a decir que era su «fetiche», e incluso su «bebé».

¿Me vuelvo ligero de equipaje, como cantó el poeta? No. Vuelvo cargado, con cien años más sobre las espaldas y habiendo engordado —¡ay, la diversidad gastronómica, la voracidad sentida en muchos momentos!— calculo que unos cuatro kilos. Mi sastre de Barcelona me saludará con una sonrisa de oreja a oreja: «Bienvenido, señor Morente». Mi sastre y mi peluquero son los únicos seres del mundo que me llaman señor Morente, en lugar de Ireneo.

¿Qué objeto me llevaré de Israel-Tierra Santa, o de Tierra Santa-Israel? Para mí, el *Hic* de la cueva de Belén y el escopetazo de Jerónimo. Para mi madre, un rosario bendecido por los franciscanos; para mi padre, un ejemplar del *Jerusalem Post* en el que, ¡cómo no!, se anuncia al mundo el hallazgo de un nuevo método para los trasplantes de corazón. En cuanto a Piedad, mi fiel sirvienta, podrá conservar para siempre un pañuelo de seda para atárselo al cuello, con la efigie de Cristo, del Cristo del Santo Sepulcro, en la que se ha escamoteado, por fortuna, la figura del monje ortodoxo «vendiendo» a los fieles cirios y velas. El regalo para Lupe seré yo mismo, aunque un «yo» en cierto modo transformado. Cierto, noto en mi núcleo interior que no

soy el mismo. Algo ha ocurrido en mi alma —va a resultar que ahora creo en el alma— que con toda evidencia ha roto con mis anteriores esquemas. A saber si ello será pasajero, como un sarampión, o será algo permanente y duradero como la menorá para los judíos.

En recepción cuidan de conseguirme un billete de avión Tel Aviv —aeropuerto Ben Gurión—, Roma y Roma-Barcelona. Así pues, haremos escala en Roma, nombre de fuertes y contradictorias resonancias. Solo estuve una vez en la Ciudad llamada Eterna, y fue por un motivo trivial: para comprarme ropa italiana, especialmente corbatas y zapatos. De paso, asistí a un Congreso en el que se intentaba contabilizar los enfermos de sida en el continente africano, llegándose a la conclusión de que era imposible contar la cifra y que, de añadidura, todavía no se sabía con exactitud lo que el sida era o es.

Me hubiera gustado despedirme del taxista Simón, pero ¿quién es capaz de localizar un taxista entre los *sabras*, o en medio del Antiguo Testamento? En el Antiguo Testamento se habla de carros de fuego, de que Abraham, para jurar, se «tocaba» los genitales, pero no se hablaba de taxis. Bien, no le faltará a Simón mi deseo de que su grupo de rock vaya viento en popa y que él se convierta en el mejor batería de Israel.

Me despido, eso sí, de Isaac Rotschild, el director del hotel quien, ante mi asombro, no quiere cobrarme los honorarios correspondientes al guía Benjamín Cohen. «Estoy enterado de lo que ocurrió. Tiene usted pleno derecho a detestarnos o a emitir su personal juicio sobre el sionismo y sobre lo que creemos que a lo largo de cinco mil años hemos sido calumniados. Ahora bien, le aconsejo que lea esto…, cuando le apetezca o cuando no tenga otra cosa mejor que hacer —y me entrega un voluminoso libro titulado *El Talmud*, en el que generaciones de hebreos han ido escribiendo su dietario colectivo—. Descubrirá usted, caballero, un mundo tan viejo que le parecerá nuevo, o recién estrenado. Yo mismo colaboro ahora en la redacción de lo que ocurre este año en Israel, y por supuesto relataré lo ocurrido entre usted y mi querido amigo Benjamín».

En un momento dado, mientras volamos por encima de las nubes —cosa siempre aconsejable—, me invade el temor de caer, en cuanto recupere mi piso, mi trabajo, mis costumbres, en la depresión, esta maldita palabra que se extiende metásticamente por este fin de siglo. En el fondo, mi temor es infundado, porque lo que me caracteriza es el hambre de saber, además de la vitalidad congénita, y la depresión consiste precisamente, si estoy bien informado, en la pérdida de la curiosidad, en la tendencia al inmovilismo hasta alcanzar, en casos agudos, el estado catatónico. Claro que también se dice, supongo que con sobrada razón, que el depresivo se caracteriza por la pérdida total

de la afectividad, y lo cierto es que, en estos momentos, hago balance y compruebo o descubro que, de verdad de verdad, solo amo a mi padre. «Con que se ame a una sola persona, basta para salvarse», escribió Freud.

Y yo amo a mi padre, aunque no hasta estar dispuesto a dar la vida por él. No, no caeré en la depresión. Siento ganas de seguir viviendo, me aferró a la vida aunque, como tocado por el budismo, me expongo a creer que la vida es dolor, que es dolor el Universo, que el comandante-piloto del avión debe de sentirse abrumado por la responsabilidad. ¡Sí, quiero vivir!, clama algo dentro de mí, no sé si la sangre o los pulmones, mientras no caiga enfermo de cualquier desagradable enfermedad. Quiero comprobar que la carga metafísica que llevo en la espalda se basta y sobra para encontrarle nuevos alicientes a la vida. La vida de antes, la vida que precedió a mi travesía, que ha sido a la vez psíquica y mental, si bien es posible que ambas palabras sean sinónimas e incluso clónicas. Voy a enfrentarme a mi entorno de antes, voy a redescubrir aquel mi mundo monótono que me catapultó a las galaxias exteriores. Veremos lo que ocurre. ¿Habrá envejecido la gente? ¿Habrá envejecido el mundo? ¿Habrá envejecido la Barcelona que me vio nacer? Por supuesto que sí. Como dicen los sufíes, todo envejece, incluso la vejez. Y añaden que lo único que no puede morir es la muerte.

Viajo en primera clase. Voluptuoso, como siempre, a imitación de los nobles romanos, como pude detectar en las ruinas de Pompeya. Las azafatas me miman. «¿Le apetece algo al caballero? ¿Algo de comer, alguna bebida?»

—Por favor, tráigame una toallita perfumada.

Sé por experiencia que a menudo lavarse las manos con agua de colonia, y no digamos mojarse la cabeza, trastoca el estado de ánimo, lo que daría la razón a quienes pretenden que en el ser humano la fusión entre lo puramente físico y el ángel o el diablo que todos llevamos dentro suele ser perfecta.

Esto lo saben mejor que nadie lo mismo los astronautas que los submarinistas. Y los médicos de los balnearios. Y los masajistas. Y los acupuntores, ciencia empírica de la que tanto me hablaron en Taipei.

Y bien, ¿he resuelto algo, he llegado a alguna conclusión? Me desabrocho el cinturón. Consigo permiso para encender mi pipa y me digo que he resuelto que no he resuelto nada. Es decir, miento. He resuelto, he llegado a la conclusión de que nada externo puede hacer nada por mí, por lo que los monjes y los curas de cualquier religión dirían «por mi salvación». Lo he probado todo, como los enfermos en fase terminal. Y nada de lo visto, oído y vivido me ha convencido. No

es el mundo ni son sus valores o entelequias lo que tiene que cambiar; soy yo. Es mi «yo». Me pasaría toda la eternidad comparando, poniendo en un plato de la balanza la teoría de la reencarnación y en el otro plato la doctrina de la resurrección de la carne. ¡Dios mío, la resurrección universal, en un instante determinado, todo a una! ¿A qué edad? ¿Con qué facha? ¿Con necesidades fisiológicas? ¿Y en qué clase de paraíso, Edén o antro de suplicio? Me pasaría toda la eternidad comparando y no obtendría respuesta convincente. Todos los fundadores de religiones me han interesado, por esto, aquello y, sobre todo, por el más allá. Pero ninguno lo he sentido tan próximo a mí que se haya convertido en mí mismo. Posiblemente, por el peso de las raíces, de la educación infantil y adolescente, por el medio geográfico e incluso climático, he sentido que Jesús me era el más afín, además de que es el único que se declaró «hijo del Padre», léase «Hijo de Dios», lo que escandalizó a Benjamín Cohen. Pero esto yo lo he leído y oído en boca de otros. Y lo he leído y oído en traducciones, y en traducciones de traducciones. Por desgracia no conozco el sirio-arameo, ni el arameo, ni el hebreo. Y tampoco conozco los idiomas con que se expresaron Buda, Confucio, Zoroastro y Mahoma. Por lo tanto, he de basarme en testimonios ajenos. Además —y aunque ello sea un tópico comparable al de que en primavera florecen las rosas—, si hubiera nacido en Pekín todo lo vería de otro modo, al igual que si hubiera nacido en el Tibet, en Persia o en la mismísima Tokio. ¿Y si mi piel fuera negra? ¿Y si una mujer indígena del Amazonas, o quechua, o del norte de Australia, me hubiera parido en su territorio? ¿O una mujer del antiguo Egipto? Tal vez adoraría al Sol, a un cocodrilo, a un león, al rayo o declararía «sagrada» la montaña más cercana.

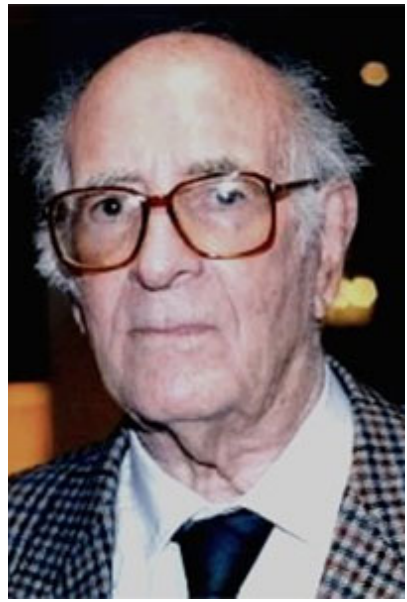
Con todo, algo ha cambiado en mí, ciertamente. Cada una de esas religiones me ha aportado algo y ahora estoy triste, compungido, desorientado, pero no me doy asco. El sentimiento de culpabilidad ha bajado en mí varios enteros. No aspiro a ser feliz, ya que esa conquista no figura en mi código cromosomático, pero ya no me doy asco. El paso no es baladí. Es gigantesco, más gigantesco que este avión que milagrosamente navega por el espacio.

Jerónimo me habló del Amor. Quizá lo único que pueda ayudarme, prestarme una muleta para no continuar viviendo lujuriosamente, en un eterno prostíbulo, sea el amor, para lo cual lo más certero y directo sería fundar una familia. Enamorarme, por difícil que ahora me parezca, y depositar mi esperma en el óvulo de una mujer y que en virtud de ello ayude yo a perpetuar la especie humana. Algo he ganado, sí. Ya no deseo, por lo menos en estos momentos, en que ya

hemos dejado Roma atrás y estamos a punto de tomar tierra en Barcelona, la aniquilación total de la humanidad. Ya no califico de asesino, asesino a largo plazo, a quien tenga un hijo o varios hijos.

Por desgracia, tampoco estoy seguro de que esta sea la solución, mi solución. Es un mero interrogante. Y con este interrogante a cuestas me voy al lavabo y me lavo las manos y me froto ahora la cara y la nuca con agua de colonia. Y al darme cuenta de que mi fantástica travesía termina precisamente en el lavabo del avión me echo a reír, y suelto una carcajada que suena estruendosamente dentro de mí, como si quien se riera fuese la estrella asignada a mi padre en la constelación de Casiopea.

Arenys de Munt
25 de diciembre de 1996-10 de marzo de 1997.



JOSÉ MARÍA GIRONELLA POUS (Darnius, 1917 - Arenys de Mar, 2003) fue un escritor español. Autor de éxito en los años que precedieron al tardofranquismo, sus obras pretendían ser una crónica objetiva de los acontecimientos históricos de la España reciente. Cursó estudios en un seminario durante una breve etapa y luego ejerció diversos oficios mientras se procuraba una formación autodidacta. Al inicio de la guerra se unió al bando nacional, y al término de la contienda pudo acceder a trabajos acordes con sus conocimientos y talento, como reportero periodístico y corresponsal.

Inició su trayectoria literaria con el volumen de poemas *Ha llegado el invierno y tú no estás aquí* (1945), al que siguieron las novelas *Un hombre* (1946), premio Nadal de ese año, y *La marea* (1949), sobre la derrota del nazismo y sus consecuencias. Posteriormente alcanzó la popularidad gracias a la trilogía *Los cipreses creen en Dios* (1953), *Un millón de muertos* (1961) y *Ha estallado la paz* (1966), en las que recurrió a las fórmulas narrativas tradicionales para reflejar a través de tramas cruzadas la impresión personal sobre unas realidades intensamente vividas. La primera de ellas aborda los antecedentes inmediatos de la Guerra Civil, mientras que la segunda se centra en los años de la contienda y la tercera versa sobre la época de posguerra. A pesar de su enfoque simplificador y maniqueo, estas obras tienen interés por su vocación testimonial y la capacidad del autor para entrelazar lo novelesco y lo histórico, seleccionando hábilmente tipos, rasgos y situaciones pintorescas que alcanzan la

categoría de documento.

Entre el resto de su producción narrativa cabe destacar *Condenados a vivir* (1971), novela río con aspiraciones de crónica sociológica y generacional, y *Los hombres lloran solos* (1986), visión personal de la transición política española. En otras obras, como *Mujer, levántate y anda* (1965) y *La duda inquietante* (1986), Gironella explora el ámbito de los conflictos psicológicos y existenciales con cierta superficialidad.

También hay que mencionar sus libros de viajes *El Japón y su duende* (1965), *En Asia se muere bajo las estrellas* (1968), *El escándalo de Tierra Santa* (1978) y *El escándalo del Islam* (1982), así como los reportajes reunidos en *Gritos del mar* (1967) y *Gritos de la tierra* (1970).